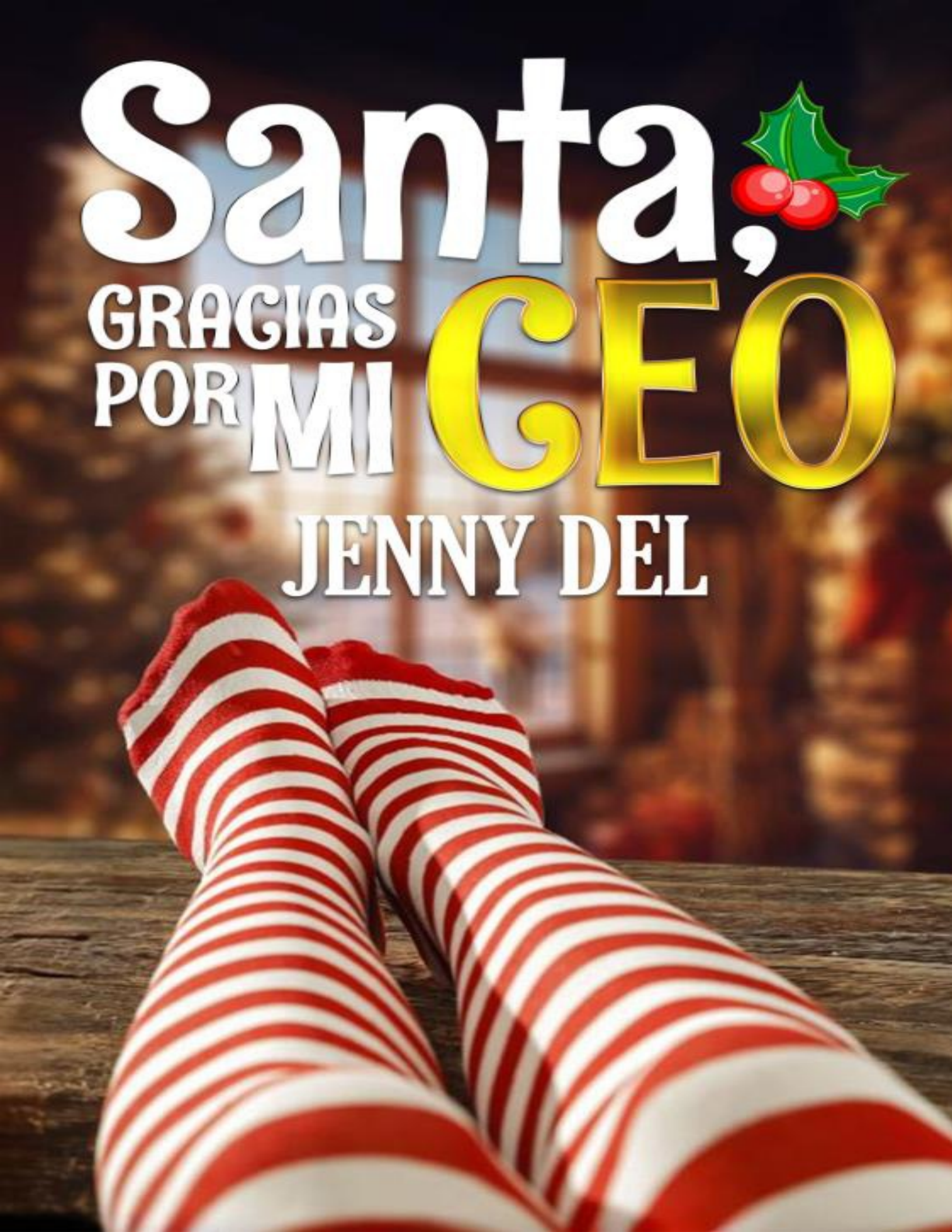
Santa:
GRACIAS POR MI CEO
JENNY DEL

Santa, GRACIAS POR MI CEO

JENNY DEL

Primera edición.

Santa, gracias por mi CEO

©Jenny Del.

©diciembre, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Epílogo

Prólogo



Unos meses antes…

—Pero Jackson, ¿dónde vas? Es que no lo entiendo, te lo prometo—le preguntaba sollozando sin parar al que había sido mi novio en los últimos años y el hombre por el que le di el más radical de los giros a mi vida.

—Déjalo estar, Julia. No le des más vueltas, por favor—me pedía mientras sacabas sus camisas de trabajo de las perchas. Con los años, se hizo vendedor de un concesionario de coches.

—Pero, ¿dónde vas a ir? ¿Qué pasa con nuestra vida? ¿Y qué hay de nuestros sueños?

—Se esfumaron, Julia. Ya no existen, tienes que metértelo en la cabeza.

—No lo entiendo…

—Eso ya lo has dicho. Y muchas veces. Haz el favor de no darme más la brasa. Se acabó, todo termina en la vida, ¿tan difícil es eso de entender? —me preguntó.

—Pues sí, tan difícil porque no veo ningún motivo, por eso. Si lo hubiera, pues vale, pero tirarlo todo por la borda, años de relación… y eso por no contar que dejé toda mi vida atrás por salir corriendo detrás de ti, Jackson.

—Ya tardabas en echármelo en cara.

—Que no te lo estoy echando en cara, por favor. Es solo que…

—Que se supone que estoy en deuda perpetua contigo por eso y va a ser que no. Si lo hiciste, si te marchaste de tu casa, fue por tu cuenta y riesgo.

—Lo dices como si no tuvieras nada que ver. Tú me pediste que apostase por ti y lo hice con los ojos cerrados.

—Quizás ese sea el problema, Julia.

—¿Qué has querido decir?

—Que ya tienes 25 años y que no eres esa cría, ¡¡abre los ojos!!

—¿Y qué es eso que se supone que debería ver? ¿Hay algo que no sepa? Dímelo, te lo ruego.

—¡¡Estoy con otra!! —me soltó en ese momento en el que el cuerpo se me fue hacia atrás como si me hubiesen dado calambre.

—¿Con otra mujer? —le pregunté abriendo tanto los ojos que parecía que se me saldrían de la cara.

—Por favor, no quiero dramas—me pidió al ver que esos mismos ojos se me comenzaban a empañar.

—Yo creía, yo creía que me querías…

—Y te quería, claro que sí. Lo que sucede es que el tiempo ha pasado y que las relaciones tienen fecha de caducidad. La nuestra ya huele a podrido—opinó como si tal cosa, como si se tratase de elegir qué color de camisa llevar ese día.

El mundo se me cayó encima en ese instante en el que enmudecí. No pude decir nada más. Una piensa, cuando les pasa a los demás, que ante una situación así lo lógico es que los reproches se agolpen y que salgan atropelladamente de la boca. Sin embargo, el día que me tocó el turno, ese día en el que Jackson me hizo sentir que no valía nada… Ese día fui incapaz de articular palabra.

Recuerdo que me fui al sofá y que me eché a llorar allí a lágrima viva. Y también que, mientras terminaba de hacer sus maletas, cerró la puerta para no escuchar mi llanto. Creo estar en lo cierto al afirmar que a eso es a lo que se le llama indiferencia total: la que mi novio mostró conmigo.

Un rato más tarde, se esfumó para siempre. Ni siquiera se acercó a mí, no mostró el más mínimo gesto de piedad con la persona que se lo jugó todo por un amor que resultó ser unilateral, como sus actos me estaban demostrando.

—Adiós—pronunció con frialdad desde la puerta.

—Dime al menos quién es, por favor—le pedí.

—¿Eres masoquista ahora? ¿Para qué quieres saberlo? No se te ocurra acercarte a ella, no es culpable de nada.

—Eso quiere decir que la conozco, ¿no? ¿Es una compañera de tu trabajo? ¿La nueva? ¿Esa que siempre va como un pincel? Debí imaginármelo—le comenté poniéndome un cojín delante de la cara como si eso fuese a arreglar algo.

—No, joder, no es la nueva.

—¿Y entonces? ¿Es Coral? ¡¡Si está casada!!

—Que no es Coral tampoco, ¡¡joder!! —gruñó.

—No hay más mujeres en tu oficina… ¡¡Oh, no!! ¿Es que acaso…?

—¿Insinúas que me he cambiado de acera? ¡¡Estás paranoica!! —me chilló.

—¿Y entonces? ¿Entonces de qué va esto?

—¿Y a ti quién te ha dicho que es alguien de mi trabajo, lista?

—Es lo único que se me ocurre. El resto del tiempo sueles estar aquí conmigo en casa y solo vienen Jim—me referí a su mejor amigo—y Hilary—nombré a la que era como mi hermana desde que llegamos a esa ciudad en la que nos instalamos años atrás.

Se le cambió la cara cuando la nombré, cuando nombré a esa chica con la que lo había compartido todo y que era vecina de nuestro bloque, al ocupar un apartamento dos plantas más abajo.

—¿Es Hilary? —a pesar de formular la pregunta le interrogué más con mi asombrados ojos que con palabras.

—Y dale… Has tenido que meter el dedo en la llaga…

—Pero, ¿cuánto tiempo crees que me lo podrías ocultar? Ya veo lo que pensabas hacer… Marcharte y no dar la cara, irte sin tener que decirme su nombre y que me lo hubiese contado ella cuando hubiese bajado en busca del consuelo de la que creí mi amiga y que no es más que otra traidora cínica como tú.

—Mucho cuidado al hablar así de ella. Además, dejó el apartamento anoche, ya no está aquí. Se ha instalado en otro barrio, en un piso más amplio que hemos alquilado para los dos.

—Me caigo muerta… Es una jodida pesadilla. Creí que te perdía a ti y ahora resulta que sois los dos… ¡Me ha habéis jugado entre ambos!

—Ya te pedí antes que no hagas drama, que no te lo pienso consentir.

—¡¡Me da igual lo que me consientas!! —alcé la voz y di un golpe sobre la mesa.

—Al menos demuestras tener algo de sangre, me alegro. En el fondo, nos lo vas a tener que agradecer, puesto que esto te servirá para espabilar—me vaticinó con todas las malas pulgas del mundo antes de abrir la puerta, cruzarla y terminar por cerrarla, dejándome detrás como quien abandona un par de zapatillas viejas.

Capítulo 1



Desde que Jackson se marchó con Hilary, me quedé muy sola en la ciudad. No había nacido allí, solo llevaba un tiempo en el que le seguí hasta donde me pidió. Y al fin del mundo le hubiera seguido si me lo hubiese pedido. Suerte que no lo hizo.

En mi ciudad natal dejé a mis padres, a mis amigos de toda la vida y, en definitiva, a mis raíces. Nací en el seno de un entorno acomodado. Mis padres, Buster y Mia, eran funcionarios del juzgado y me criaron con mimo, al ser su única hija.

No es que fuese especialmente buena en los estudios, aunque se mostraron pacientes conmigo. Terminé el Bachillerato un par de años más tarde de lo que me correspondía y, cuando estaba a punto de barajar las opciones que tenía para elegir universidad, se me cruzó Jackson en el camino.

Le conocí el día que mi madre me pidió que llevase su coche a cambiarle el aceite al taller. Me acababa de sacar el carnet de conducir y ellos me habían prometido comprarme mi propio vehículo, así que conduje hasta allí soñando con que eso ocurriese pronto.

Por aquel entonces, Jackson trabajaba como mecánico y, nada más llegar, me tiró fichas, sin anestesia y sin nada: que si un silbidito por aquí, que si qué tienes que hacer mejor que tomar una copa conmigo esta noche por allá…

Accedí a las peticiones de aquel descarado que me pareció el chico más atractivo del mundo y con un aire de malote que me ponía muchísimo. Aún tenía 20 años y no había aprendido la lección que nos suele dar la vida a todas las que elegimos pareja con ese criterio.

Mis padres pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron porque, para empezar, descarté cualquier universidad que me obligase a vivir fuera de casa para permanecer cerca de él.

—Pero, ¿cuánto hace que le conoces? ¿Dos minutos? A mí me va a dar algo—decía mi madre —. Buster, háblale tú, a ver si entra en razón.

Y lo intentó, claro que lo intentó. Mi padre no consiguió nada porque no había manera de hacerme cambiar de opinión. Le abrí a Jackson las puertas de mi joven corazón de par en par y él entró hasta la cocina, adueñándose de mis decisiones.

Era muy sutil. Mi novio no me hablaba mal de mis padres ni se enfrentaba con ellos en las pocas ocasiones en las que coincidíamos (siempre en la calle, porque en casa no le dejaban entrar). Se habían enterado de que era un bala perdida y, por tanto, le querían muy lejos de mí. Trataron de que entendiese sus razones, pero me opuse a escucharlas.

Unos meses después le despidieron del taller. Él me comentó, apenadísimo, que el jefe odiaba tomar esa decisión, pero que al no contar ya con tanta faena por repartir, se deshizo de su mecánico más joven, que a la vez era el último que había llegado; él.

Mis padres, sin embargo, argumentaron que me mentía y que su jefe le puso de patitas en la calle porque tenía un lío con su mujer.

Me pareció muy vil y muy canalla lo que consideré una invención absoluta por su parte para apartarme de Jackson. Fue la gota que colmó el vaso y que coincidió con su propuesta de irnos a vivir juntos a una ciudad situada en California, a unas horas de coche de mi casa y, por tanto, de mis padres.

El día que me vieron hacer las maletas maldijeron y hasta trataron en vano de que no saliera de casa. Concretamente, fui mi padre quien se interpuso entre la puerta y yo, por lo que vociferé por la ventana. Al tratarse de una vivienda baja, con su jardincito y su valla, Jackson no dudó en acudir en mi auxilio y entonces ocurrió lo peor que hubiese podido imaginar; ambos llegaron a las manos.

Horrorizada al ver a su marido con las gafas partidas y en el suelo, mi madre me advirtió que si me marchaba con mi novio les perdería de por vida. Hubo un segundo en el que vacilé debido a mi tremendo desconcierto, si bien Jackson me tomó de la mano, me miró con esos ojos que me tenían loquita, y le seguí hasta su coche. Por cierto, que con todo ese jaleo nunca recibí el mío como regalo, tampoco lo merecí.

Desde entonces habían pasado cinco años en los que nuestra convivencia tuvo sus altibajos porque había cosas de mi príncipe azul que olían más a chamusquina que a convite en palacio, pero siempre se las ingeniaba para que le perdonase y para que terminase viendo solo lo que él quería que viese. Hasta el día que me dejó, marchándose con la que creí que era mi mejor amiga allí, esa vecina a la que conocí nada más llegar y de la que me hice inseparable, metiéndola en mi casa y en mi vida, sin saber que por su cuenta Jackson y ella también se meterían en la cama.

En fin, que para colmo, al poco de marcharse él perdí mi empleo como dependienta en una tienda de lencería porque la dueña se jubiló y cerró el negocio. No tenía cómo pagar el alquiler yo sola y malviví. Tuve que abandonar el apartamento y buscar una habitación en un piso.

Tras darle muchas vueltas al asunto, una anciana llamada Liz me ofreció una habitación a muy buen precio. Entendí que no necesitaba tanto el dinero como la compañía y agradecí al cielo que me brindase esa oportunidad. Mientras, iba aceptando un trabajillo precario por aquí y otro por allá… Algunos, meras sustituciones de unos días en restaurantes o en lavanderías. A mí no se me caían los anillos por nada.

A las puertas de aquella Navidad, me ofrecieron estar al cargo de la pista de patinaje sobre hielo de la plaza central de la ciudad, esa que se abarrotaba en unas fechas tan especiales. Y por supuesto que acepté.

Capítulo 2



El trabajo en la pista de patinaje no es que fuese un chollo, pero tampoco lo hubiera considerado malo de no ser por el inepto de su dueño, mi jefe, un tipo llamado Henry de la peor calaña.

Si he de definirle, no sabría ni por dónde empezar; aquel hombre desaliñado que no parecía nada amigo del agua me daba un asco que me moría cada vez que se acercaba por allí para ver qué tal funcionaba su negocio. El asco no solo provenía de que fuese sucio, que también, sino de que me miraba de una forma que me daban ganas de vomitar; era un baboso total. Y, por si le faltaba algo, déspota y desconfiado.

—¿Esto es todo lo que hemos recaudado esta tarde? —me preguntó sin quitarme ojo de encima al ver la caja.

—Sí, no está nada mal, hay mucha gente—observé rezando porque se marchase pronto a beber, porque encima empinaba tela el codo y con el aliento a alcohol que me llevaba podía matar moscas.

—Eso es lo que me parece, que aquí hay demasiada gente para la mierda de caja que hemos hecho, ¿tú no habrás metido la mano?

Sentí unas ganas tremendas de llorar, las mejillas me hervían. Ni en el peor de los momentos que hubiese pasado en aquellos meses, en días en los que apenas tuve nada que llevarme a la boca, me habría planteado robarle a nadie.

—Por supuesto que no—le contesté indignada.

—Cuidado con esos humos que te los bajo de una patada en el culo, ¿me estás oyendo? A mí no me hables así.

—Es que estás insinuando que te he robado.

—Lo estoy sospechando, de hecho.

—Pues no deberías, yo no soy así—me quejé.

—Eres una muerta de hambre, eso se ve de lejos, así que no tendría nada de particular. En fin, me voy. Y mucho cuidado con tocar lo que no es tuyo, que todavía duermes en el calabozo.

Nadie me había ofendido tanto como aquel tipo. Sentía unas enormes ganas de dejar el trabajo, pero no podía. Debía mantenerme como cualquiera, tenía mis gastos y no quería verme envuelta en cajas de cartón en un banco por la noche o en la cola de la beneficencia para obtener comida.

El vínculo con mis padres estaba roto y no me sentía con fuerzas para tratar de restablecerlo. Tuvieron razón en todo, incluso en eso de que me vería algún día "como una muerta de hambre", justo las palabras que me acababa de decir aquel maldito.

Las lágrimas afloraron a mis ojos sin remedio y utilicé el dorso de mi mano para borrarlas. Por un segundo los cerré y, al abrirlos de nuevo, me encontré con la sonrisita más encantadora que hubieran visto mis ojos nunca.

—Hola. Somos dos, mi padre y yo, ¿cuánto te debemos? —me preguntó.

—Son 20 dólares por persona más 15 por el alquiler de los patines si no los traéis—le contesté mientras se me escapaba un suspiro.

—Los traemos. Papá me regaló unos muy chulos al comienzo de temporada y él tiene otros muy grandes porque al ser tan alto…

La cría era una preciosidad rubia con ojos azules (podría pasar por mía, pues eran mis colores de pelo y ojos también). Iba preciosamente conjuntada, con una faldita de tutu en tul rosa, leotardos blancos, botitas rosa y anorak de plumas del mismo color. Parecía un caramelito. Y no era de extrañar porque su padre era un bombón, aunque en moreno y con ojos negros. Y cuando digo un bombón, me refiero a uno de esos especialmente deliciosos que te dejan el mejor gusto en la boca.

—Habla mucho mi hija, ya te ha contado—me sonrió.

—Sí, es una monada, ¿cómo te llamas? —le pregunté mirándola.

—Kiara, me llamo Kiara. Y mi padre se llama Ethan.

—Pues encantada, Kiara. Te doy tu entrada y la de tu papá, y ya podéis empezar a disfrutar.

—¡¡Yupiiii!! —saltó corriendo hacia la pista.

—Perdona la intromisión, ¿estás bien? —me preguntó él.

—Sí, sí, perfectamente. Un día tonto lo tiene cualquiera—le contesté tratando de borrar del todo el rastro de las lágrimas en mis mejillas.

—El mío no iba mal del todo hasta ahora. Tengo que preguntártelo, ¿ese tipo que hablaba contigo te ha insultado?

—¿Quién? ¿Henry? Es mi jefe—me encogí de hombros.

—Lo cual no le da ningún derecho a insultarte, ¿cómo te llamas?

—Julia.

—¡¡Papá!! ¿Vienes? —le preguntó su hija, impaciente.

—Ve poniéndote los patines, mi amor, ¡¡que ahora voy!!

—No la hagas esperar, es una niña muy dulce, ¿qué edad tiene?

—Ocho años—me contestó sin dejar de mirarme—. ¿Se propasó ese tío contigo? —insistió.

—No, tranquilo, no es nada. Tiene muy malos modos y hoy venía embistiendo, pero estoy acostumbrada.

—¿Se cree acaso un reno? —me preguntó tratando de que le sostuviese la mirada.

—Si te digo la verdad, no sé qué se cree, pero ser, es un mierda—me desahogué.

—¡¡Bien dicho!!

—Sí, lo cierto es que me he quedado a gusto, hasta creo que he engordado un par de kilos.

—Pues yo te veo fantástica—me soltó con gracia.

—Anda, mira qué bien. Ya me has alegrado un poco el día.

—¿A qué hora sales? —se interesó.

—Al final de la tarde, ¿por qué? —me estaba poniendo hasta nerviosa con esa sonrisa tan preciosa enmarcada en su perfecta dentadura.

—Porque me gustaría que te vinieras a cenar con nosotros—me pidió sin más.

—¿Perdona? No, no puedo—le contesté de inmediato, sin pensar y sin nada.

—Ya, que te espera tu novio y que no le haría gracia, ¿no?

—¿Novio? No, ya no uso de eso—le sonreí con timidez.

—Pues mejor. Entonces no tienes ningún motivo para negarte a esa cena. No te preocupes que

no andaremos muy lejos. Mi hija es incansable en la pista de patinaje, estaremos hasta la hora del cierre.

—Es que no sé, ¿dónde iremos? —le pregunté nerviosa.

—Tranquila, que no se trata de una cita. Kiara ya se ha presentado y lo que no te ha dicho es lo mucho que charla.

—Será un placer escucharla—apunté.

—Eso espero porque no vengo con bozal, esto no estaba previsto—me guiñó un ojo.

Me dejó suspirando, pero por motivos muy distintos a por los que suspiraba minutos atrás. Qué atractivo era y qué encantador… Su hija tenía a quien salir.

Me quedé embobada mirándolo hasta el punto de que no me di cuenta de que había un par de adolescentes esperando para que les cobrase su entrada.

—Está *in love* con aquel—le dio un codazo la una a la otra y señaló a Ethan, a quien yo estaba mirando.

—No, ¿qué decís? Claro que no… Solo estaba un poco despistada.

—Ya, mi madre también se despista así a menudo desde que se divorció de mi padre. Y luego dice que no, pero no sabe dónde tiene la cabeza—se rieron.

—Chicas, ya basta… que no es eso.

Capítulo 3



Me había pasado el rato viéndolos patinar. Se notaba que había un rollo impresionante de bonito entre ambos.

Tal como me dijo Ethan, la pequeña no paró de hacer piruetas sobre la pista de hielo hasta el cierre. Su padre también se defendía muy bien con los patines, pero lo de ella era digno de estudio.

—¿Te ha gustado, Julia? —me preguntó cuando se vino hacia mí mientras terminaba de hacer la caja.

—Anda, si ya te sabes mi nombre—le comenté.

—Sí, me lo ha dicho mi padre. Y también que cenarás con nosotros, ¿es verdad?

—Eso parece…

—Guay, ¿y a ti qué te gusta cenar?

—Me da igual. Lo que tú elijas.

—Papá no me dejará elegir hoy porque tú eres nuestra invitada.

—¿Qué cuchicheáis? —le preguntó él al llegar donde estábamos.

—Nada, que hoy debe elegir ella dónde cenar, ¿verdad, papá? Pero que si elige unos tacos o unos burritos, lo vería sensacional—me guiñó un ojo también. La cosa era de familia.

—Eres una pequeña manipuladora, Kiara—la tomó en brazos y ella se moría de la risa.

—Soy avispada, eso dice siempre la tía Amelia.

—¿Es tu hermana? —le pregunté y él asintió.

—En realidad, vivimos con ella en Solvang—se refirió a ese pueblo que no se encontraba a

demasiada distancia, pero en el que nunca estuve.

—Ah, vale, creí que vivíais aquí.

—No, hemos venido este fin de semana porque debía cerrar un negocio.

—Ah, claro, por eso no os había visto antes por aquí.

—¡¡Correcto!! ¡¡Y también lo es que tengo hambre!! —contestó la peque.

—Hija, por favor, ¿qué modales son esos?

—Si es que la tengo, papá, tú siempre me recuerdas que lo importante es decir la verdad.

—¿Ves a este personaje manipulador? Pues así se pasa el día.

—Y por eso me adora, porque en el fondo soy como él—lo miró orgullosa su pequeña.

No iríamos muy lejos de allí, por lo que pasearíamos hasta el restaurante en el que tomaríamos esos tacos y burritos que sugirió Kiara y que tenía muchas ganas de probar. Desde que Jackson se marchó no había vuelto a salir ni a darme el más mínimo capricho, vivía al día.

Nada más ver su coche, comprendí que su situación no solo tenía poco que ver con la mía, sino que aquel hombre debía contar con una cuenta corriente muy abultada para tener una maravilla así en su garaje.

—Qué coche tan bonito—le dije a la vista del Lincoln Navigator de última generación con todo lujo de detalles.

—Es uno de los que utiliza cuando nos movemos de ciudad en ciudad porque dice que es más cómodo que un deportivo, pero tiene unos cuantos que me gustan más—me anunció la peque.

—¿Unos cuántos deportivos? Me caigo muerta.

—Sí, tiene varios Ferrari, Asthon Martin, Buggatti…

—Ya, cariño, ¿qué más dan sus marcas? —le preguntó su padre.

—Porque todo el mundo se queda loco con ellos, papá. Y a Julia se ve que le gustan los coches.

—¿Te gustan? —se volvió hacia mí.

—Mucho… Caramba, no me imaginaba que fueras alguien así—carraspeé un tanto apurada.

—¿Alguien cómo?

—No sé, uno de esos tipos que lleven relojes más caros que un piso—me fijé en el que portaba en la muñeca y por ahí debía andar la cosa.

—¿Y eso qué más da? Solo somos un padre y una hija que quieren invitar a cenar a una amiga.

—¿Soy vuestra amiga?

—Claro—me contestó Kiara con voz cantarina.

Me sentí muy bien. No sabía qué hacía con aquel par de desconocidos que me cayeron del cielo en un día en el que estaba de capa caída total por culpa del imbécil de mi jefe, pero iba muy animada.

Escogieron un local precioso. Se notaba que ya lo conocían porque iban a tiro hecho.

—Tiene pinta de caro—murmuré nada más entrar y hasta me fijé en la ropa que llevaba puesta, comparándola con la del resto de clientes, que iban muy arreglados.

—Por favor, eres nuestra invitada. Toma asiento—me ofreció.

—Gracias. Si hubiera sabido que iba a salir a cenar me hubiera arreglado un poco—me excusé.

—¿Arreglarte para qué? Yo te veo perfecta—me comentó Ethan.
—Sí, muy guapa y moderna. Me gustan tus botines—me comentó la niña.

—Si supieras que me los he comprado en una App de segunda mano—le comenté refiriéndome a las botas canadienses que llevaba puestas, de pelito y súper calentitas.

—¿Qué es eso? —me preguntó Kiara, quien era tan bonita como curiosa.

—Una App en la que los usuarios ponen a la venta la ropa o zapatos que ya no usan para que otros usuarios las compren a precio muy baratito.

—¿En serio? Se le abrieron los ojos como dos platos.

—En serio, sí… Y hasta a veces se encuentran gangas. Estas botas son de marca y solo me costaron 10 dólares.

—¿10 dólares? ¿De verdad?

—De verdad de la buena.

—Papá, ¿lo has escuchado?

—Claro, hija, ¿qué hablamos siempre sobre otras personas?

—Que no tienen tanta suerte y que el dinerito no les llega—recordó.

—No lo decimos por ti, por supuesto—me comentó Ethan mostrando su intención de no incomodarme.

—No, no… Si podéis decirlo sin problema. Estoy pasando una mala racha, no me llega ni para pipas. Si no fuera por eso, no aguantaría ni un día más al cerdo de mi jefe.

—Desde luego que ese tipo me ha dado la peor espina—me comentó.

—Pues eso que no le has escuchado hablar. Da asco el despotismo con el que lo hace. Y encima calumniando.

—¿Hace eso?

—Sí, ha insinuado que meto la mano en la caja y que me aspen si yo hago eso. No se me ocurriría en la vida.

—¿En qué caja? —me preguntó Kiara.

—Se refiere a que ese tipo la ha acusado de llevarse dinero del negocio, Kiara. Es un desgraciado—lo soltó con mucho coraje.

—Bueno, vale ya de hablar de él, que este sitio es maravilloso y la compañía también lo es. Muchas gracias a los dos por invitarme.

—Gracias a ti por aceptar.

Kiara, que era muy desenvuelta para su edad, fue la encargada de pedir.

—A mí me da igual, de veras. No soy delicada para comer y todos los platos que pasan están para hincarles el diente—les comenté.

—Pues entonces, vamos a encargar mis preferidos y te chuparás los dedos—me propuso—. ¿Te parece, papá?

—Y si no me parece lo harás igual—murmuró él.

—Vale, también es verdad, pero quedo mucho mejor.

La niña pidió con un gusto impresionante, pues todo lo que nos pusieron sobre la mesa estaba de vicio. Me solía llevar algo para merendar por las tardes en mi trabajo, si bien ese día se me olvidó y me sentía hambrienta.

—Tengo un hambre atroz—les comenté al llegar los aperitivos.

—Que no es lo mismo que tener un hombre atrás—hizo la niña el juego de palabras.

—Y así todo el día, su cabecita nunca para—la miró con amor su padre.

—Es lo que tiene ser de altas capacidades—le respondió.

—¿No me digas que lo eres?

—Sí, eso dice el coeficiente intelectual de esta chiquitina—reconoció su padre, orgulloso.

—Papá, en aquella mesa hay varios niños juntos a los que sus padres han dejado comer solos, ¿me puedo ir un ratito con ellos?

—Pregúntale a Julia si le importa. Ella es nuestra invitada.

—No, claro que no, Kiara. Por supuesto que puedes ir si a tu padre le parece bien.

—¡¡Gracias!! —entonó.
La niña no solo era preciosa, sino que se la notaba sumamente inteligente como me habían comentado, y despierta. Aparte estaba muy bien educada y tenía un encanto con el que sin duda se hacía querer.

Se levantó y me dirigí a su padre.

—Es una niña muy especial, aunque seguro que eso ya lo sabes.

—Sí que lo sé, me siento muy afortunado, aunque también es tremenda, lleva un ritmo bestial. Si te gusta tanto, te la puedo prestar un ratito.

—¿Y a su madre le parecerá bien? —enarqué una ceja porque tenía ganas de saber.

—No creo que le importe demasiado. Su madre la abandonó con apenas unos días de vida, nos dejó solos y se esfumó, así que no sé qué podría objetar a estas alturas.

—¿Y no ha vuelto a saber de su hija?

—Va a ser que no…

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero es lo que hay. Por suerte, Kiara ha crecido sin traumas.

—¿Y qué puede llevar a una mujer a hacer algo así? Es decir, yo no tengo hijos, todavía, pero no me imagino…

—Lara no tenía intención de ser madre. Lo de su embarazo fue un descuido que le sentó como…

—Como una patada en el mismísimo, vaya.

—Justo así, yo no lo hubiera dicho mejor. El caso es que a mí sí que me hacía ilusión, insistí en que lo tuviéramos y creí que sería capaz de contagiarle mi ilusión por el bebé.

—Y no,…

—No, todo lo contrario. Lo único que logré fue que nos aborreciese a ambos; a su hija y a mí. De ahí su decisión de largarse en cuanto nació.

—Y la has criado tú solo.

—No, con Amelia.

—Cierto, tu hermana. Dijiste que vivíais juntos, ¿no?

—Sí, tomamos esa decisión cuando Lara se marchó.

—¿Es tu hermana mayor o pequeña?

—Mayor, bastante mayor, nos llevamos muchos años.

—¿No tienes padres?

—No, mis padres fallecieron hace años en un accidente.

—Lo lamento.

—Gracias, ¿y los tuyos?

—Pues como si hubiesen fallecido, por lo que a mí respecta—suspiré.

—¿Y eso por qué?

—Porque supongo que no quieren verme ni en pintura.

—¿Cómo que lo supones?

—Es que hace años que no nos hablamos y la última vez me dejaron muy clarito que no querrían saber más de mí si me marchaba.

—Qué mal me huele eso, ¿una familia mal avenida?

—No, qué va… Crecí en una familia estupenda y me esperaba un buen futuro, el que mis padres construyeron para mí.

—Pero…

—Pero se me cruzó en el camino un desgraciado que me lo jodió. Es decir, sé que la culpa fue mía por seguirle, pero lo hice por amor—suspiré.

—¿Y él te dejó colgada?

—Ya te digo. Se largó hace unos meses con la que pensaba que era mi mejor amiga.

—Lo siento, de verdad.

—No, no. Qué te voy a contar a ti. Al menos a mí no me dejaron con un recién nacido—hice una pausa—. Lo siento, no debí decir eso, yo es que tengo un defecto…

—¿Qué defecto vas a tener? Que no…

—Que sí, que lo suelto todo sin filtros, tal como me viene a la boca. Y algunas veces es para pegarme.

—Claro que no. A mí me gusta la gente clara, tienes razón.

—Es que si estuvieras como yo te diría que somos dos desgraciados a tiempo completo, pero no. Tú eres… Tú eres rico por lo que ha dicho tu niña.

—Digamos que mi padre fue un hombre de negocios que prosperó muchísimo y que llegó a levantar todo un *holding* inmobiliario.

—O sea, que me he quedado corta porque eres rico, pero rico.

—Soy un privilegiado, lo veo así.

—Pero tú no te has conformado con mantener lo que él creó, ¿a que no?
—No, soy muy activo como para eso.

—A quién va a salir la niña si no…

—No, mi hija es mucho más inteligente.

—Ya, ya me has dicho, pero tú de tonto no tienes ni un pelo.

—Tampoco creo que lo tengas tú.

—¿Después de lo que te he contado sigues pensando así? ¡¡Que me fui con el primer

tarambana con el que me encontré!

—Eras una cría, no te culpes.

—No, si me va a dar igual. Me culpe o no, las consecuencias las voy a pagar caras.

—Siempre se puede salir del pozo, que no te quepa duda.

—Pues yo me debo haber metido en el más hondo, porque llevo una temporada que por más que trato de mirar hacia arriba, no veo la salida.

—Eso tiene fácil solución.

—Pues tú me dirás. Me debes coger un tanto espesa.

—Ahora llegan las Navidades.

—Ni me lo recuerdes. En estas condiciones me ponen enferma. Y encima todo son gastos. Eso sí, no sé a quién le voy a regalar aparte de a Liz si no tengo a nadie más.

—¿Quién es Liz?

—La anciana que me alquiló una habitación en su casa. No veas si le estoy agradecida.

—¿Lo ves? Ya te comienzan a pasar cosas buenas.

—No te flipes tanto, que esa será porque al destino se le escapó, que si se llega a dar cuenta…

—No estás pasando por tu mejor época, está claro.

—Para nada.

—Pues pídele a Santa Claus que las cosas mejoren.

—Mira qué cachondo—me llevé la mano a la boca después de decirlo—. La culpa ha sido tuya por decirme eso.

—Es lo que pienso. Seguro que Santa Claus puede hacer algo por ti.

—Pisarme la cabeza para que ya me hunda del todo. Lo siento, no creo en la magia de la Navidad.

—Pues deberías.

—Para ti es fácil decirlo, no tienes que luchar todos los días por sobrevivir.

—Quizás tengas razón, ¿por qué no pasas la Navidad con nosotros y me dejas pensar en cómo ayudarte?

—Espera, espera… Ahora caigo.

—¿En qué?

—Es que llevo toda la noche mosqueada pensando en de dónde habéis salido. Y me estoy dando cuenta de que se trata de un programa de esos…

—¿De qué me hablas?

—Seguro que es un nuevo formato. Coges a alguien que las esté pasando putas y le ofreces cambiar su vida durante unas Navidades. Después supongo que te lo llevas a un sitio plagado de cámaras…

—Bueno, en mi casa las hay, pero de seguridad.

—No te hagas el tonto, que te he catado.

—De veras que no sé de qué me hablas, palabra—levantó sus manos en señal de inocencia.

—¿No? ¿No va de eso? Y entonces ¿qué? ¿Va de que quieres hacer la buena obra del año?

—¿Me has visto cara de samaritano? No necesito hacer cosas de esas…

—Pues cada vez lo entiendo menos.

—Es que no hay nada que entender: vente con nosotros a pasar las Navidades y todos saldremos ganando.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú te librarás de tu jefe y nosotros gozaremos de tu compañía.

—Suena tentador, aparte de que habrá que ver la chabola en la que vives, pero no puedo. Necesito el trabajo, no lo puedo dejar. Estoy sin blanca.

—Si es por dinero, deja de preocuparte.

—¿Y por qué va a ser si no? Soy una chica responsable que no cree en los milagros de Navidad porque luego llega enero y hay que seguir comiendo.

—Cuando pasen las Navidades, igualmente, quitarán la pista de hielo. No es por amargarte, pero…

—Pero lo has hecho. Qué bajonazo me acaba de dar.

Kiara llegó a la mesa y cambiamos de conversación. Al poco, nos levantamos para salir del restaurante, después de que le dieran un buen sablazo.

—Más que una cuenta, ha sido una multa—le comenté—. Muchas gracias.

—Mi padre paga cuentas mucho más caras, pero no suele salir tan contento—me comentó Kiara tomándome de la mano.

—Pues normal. Si yo tengo que pagar esta, salgo ya con cara de tener acidez de estómago, cuanto y más…

—No es por eso, si el dinerito no le importa. Es porque se ha reído mucho contigo.

—Kiara ya—trató de frenarla.

—Siempre dices que soy muy observadora, papá. Pues eso lo he observado.

—Así es ella.

—Eso es, soy Kiara Astor—hizo una graciosa reverencia mientras me revelaba su apellido.

—Señorita Astor, ha sido un placer—me despedí.

—¿Dónde se supone que vas? —me preguntó su padre.

—A mi casa, que ya es hora.

—Cierto, pero te llevamos nosotros, ¿no pensarás irte andando?

—La costumbre, qué quieres que te diga.

—Vamos a por mi coche, por favor.

—Vale, si insistes.

—Insiste, insiste—le decía Kiara, que era de lo más cómica y a quien se veía muy a gusto a mi lado.

Me dejaron en la puerta de mi edificio. Al día siguiente era sábado y ellos seguirían en la ciudad.

—Igual nos apetece volver a verte mañana, ¿no te parece, Kiara? —se dirigió a su pequeña.

—Yo creo que sí…

—Sois tremendos, los dos. Pues si os apetece, ya sabéis dónde podéis buscarme. Echo allí más horas que un reloj.

Capítulo 4



Subí y Liz estaba más contenta de lo habitual. Lo normal era que aquella mujer dulce y buena tuviese la mirada un tanto apagada, opacada por el paso de los años y las penas, puesto que enviudó y perdió a su hijo varón con pocos años de diferencia, quedándose sola en la vida con su hija Anne y los nietos que esta le dio. No obstante, ellos vivían en Berlín, por lo que las separaban muchos miles de kilómetros.

—Buenas noches, Liz, ¿a qué viene ese brillito en los ojos? —le pregunté.

—Es que resulta que mi hija Anne me ha dado la sorpresa de que viajará con mis nietos para pasar aquí las Navidades. Hacía años que no ocurría y si no me he puesto a dar saltos de alegría es por la jodida artrosis de las rodillas, que me está matando. Pero hoy ni la artrosis ni ningún otro mal podrá conmigo, ¡¡estoy tan contenta! —me abrazó.

—No sabes lo mucho que me alegro por ti, de verdad.

—Oye, pero que no te sientas desplazada, te lo pido por favor. Nuestro plan de pasar juntas las Navidades aquí en casita sigue en pie, solo que ahora estaremos más acompañadas.

—Me parece sensacional. No sabes lo mucho que me alegro por ti, Liz.

—Es que estoy tan contenta, tan contenta. Y tú, ¿cómo es que vienes tan tarde? Que no soy tu madre y no pretendo controlarte, hija, solo me ha llamado la atención, ¿no tendrás algún muchacho rondándote?

—No, para nada. Ha sido un cliente con su hija, me han invitado a cenar.

—Qué generoso por su parte, ¿y es guapo?

—Guapísimo, además de rico. Imagínate la cantidad de mujeres que debe tener en fila esperando por él.

—Valdrás tú menos que ellas, vaya…

—No, ya te he dicho muchas veces que no quiero líos, Liz, que no me busques novio.

—¿Buscarte novio yo? No sé de qué me hablas.

—No, pero desde que estoy aquí has tratado de emparejarme con el panadero, con el vecino de enfrente y con el chico que viene a cobrarte cada mes el seguro de decesos.

—Ya, pero eso es solo por añadirle algo de emoción al asunto, que el chaval viene a recordarme que un día me voy a morir.

—Un día nos vamos a morir todos, Liz. La buena noticia es que no es hoy.

—Ya, pero lo normal es que a ti te falten cantidad de años. Yo, sin embargo, ya he quemado todos los cartuchos, Julia.

—Oye, que todavía tienes mucha guerra que dar, no lo olvides.

—Pues si tengo que darla yo, imagínate tú, que todavía no has empezado a vivir. Así que te me vas abriendo a la vida porque, si no empiezas a quedar con chicos, me veré obligada a inscribirte en una de esas Apps de citas.

—Capaz eres…

—Y tanto que lo soy.

Me fui a mi dormitorio con la intención de darme una ducha. Lo mejor que tenía el piso de Liz era que contaba con dos cuartos de baño y uno era de mi uso exclusivo, lo cual me resultaba muy cómodo.

Se trataba del momento de mi vida en el que menos tenía, pues el cajero automático lo único que me daba era las gracias por haberlo intentado, pero al menos agradecía a Dios por contar con un techo bajo el que cobijarme y con una persona que me estaba dando más amor en él del que recibí en años por parte de mi pareja.

Salí de la ducha un ratito después muy reconfortada, con mi toalla en el pelo y mi bata de pelo suave y calentita, precisamente un regalo de Liz.

—Sé que a estas horas ya has cenado, pero ¿te apetece que te prepare un vaso de leche calentita? —le pregunté porque algunas noches se lo tomaba.

—¿Y si mejor que eso bridamos con un licorcito de hierbas muy rico que tengo guardado para la ocasión?

—Hoy estás que te sales, ¿eh? Se nota que tu familia llegará en breve.

—Sí vamos a brindar por ellos y por ti.

—¿Por mí?

—Sí, porque encuentres el amor esta Navidad, Julia.

—¿Y tiene que ser precisamente esta? Que me has pillado con el pie cambiado y la tenemos justo encima… Estamos a pocos días.

—Ya lo sé, hija, pero lo que no ocurre en un año, ocurre en un día.

—Ya, sobre todo si es lo que quieres. Yo solo deseo quedarme como estoy.

—¿Sola? —arqueó una ceja—. Mira que, si sigues diciendo tonterías, te quedarás sin chupito.

—No estoy sola, estoy contigo.

—Genial, con una vieja decrépita baldada por los dolores…

—Tú no eres eso…

—No qué va. Tú tienes que vivir. Me gustaría que permanecieras siempre conmigo, eres lo más parecido que tengo a una hija aquí, pero eso sería muy egoísta: debes buscar el amor, Julia.

—El amor no se busca, Liz.

—Tienes razón en eso.

—Menos mal que me la das en algo…

—El amor no se busca, él te busca a ti. Y si ha de encontrarte, te encontrará por mucho que te escondas en un agujero.

—No me amenaces, hazme el favor.

—Qué tontuela eres, cariño. Si el amor es lo más maravilloso que existe.

—Hasta que se termina.

—Eso te lo ha metido a ti en la cabeza el niñato de tu ex. Cuando el amor es de verdad, no viene con fecha de caducidad. Yo quise a mi marido hasta el último día. Y no como al principio, no… En sus últimos años le quise mucho más. Es lo mismo que te deseo.

—Liz, yo creo que esos amores solo existían antes.

—Y yo creo que el amor es para los valientes que lo encaran y que no tratan de ir esquivándolo a diestro y siniestro.

—Ya pillo la indirecta. Si no te digo que algún día… No ahora, eso sí, porque todo está muy reciente.

—¿Y eso cómo se mide? Tú has sufrido mucho por culpa de tu ex. Bajo mi punto de vista, eso deja vuestra relación muy atrás. Te mereces pasar página.

—Y no te llevo la contrario, pero todo llegará en su momento. Hoy por hoy, no quiero sufrir más.

—Otra metedura de pata. Sigue así y no habrá brindis que valga. Hija, cuando el amor es verdadero no te hace sufrir, solo reír.

Capítulo 5



Al día siguiente, a media tarde, los vi avanzar. Kiara venía preciosa, con un conjunto de punto de pantalón y jersey en azul eléctrico, y anorak crudo, igual que sus botitas.

—Mira, Julia, son parecidas a las que llevabas ayer—me soltó por todo saludo.

—Y a las que llevo hoy también, pequeña. No creas que tengo tantas donde elegir.

—¿No? Pues yo tengo un zapatero enorme en mi vestidor—abrió mucho los brazos como para mostrarme el tamaño.

—Pero bueno, ni que fueras *una influencer*, qué suerte.

—Eso le digo yo cada día. Buenas tardes, Julia—me las dio Ethan.

También venía guapísimo y muy juvenil. Él debía rondar los 35, eso me parecía. Ideal con sus vaqueros, botas, jersey y anorak en celeste que contrastaba con el conjunto de su niña, porque también era azul, pero mucho menos intenso.

—Venís muy conjuntados, Buenas tardes, Ethan.

—No creas que es casualidad, ¿quieres creer que me escoge la ropa en función de la que ella lleve?

—No me extraña, tiene mucho gusto tu niña.

—¿A que sí, Julia? ¿Dónde quieres ir a cenar esta noche? —me preguntó y me dejó cortada porque no lo esperaba.

—No, cariño, esta noche cenaré en mi casa—le contesté de inmediato.

—¿Y se puede saber por qué? —me preguntó Ethan.

—Porque es lo normal, supongo.

—¿Y quién quiere hacer cosas normales? Kiara tiene antojo de pizza, ¿dónde te gusta tomarla? —me preguntó sin más.

—¿A mí?

—Claro, si le gusta a otra me importa un bledo. Es a ti a quien quiero ver comer pizza mientras te echas unas risas.

—Eres muy amable, de veras. Pues hay un restaurante italiano no lejos de aquí. El caso es que no es demasiado lujoso, por eso lo conozco. Antes iba bastante, ahora ya no…

—Pues si es de tu gusto, habrá que conocerlo.

—Vale…

—Hoy vienes más arreglada, ¿sabías que cenaríamos juntos? —apuntó Kiara y las mejillas casi me entran en erupción.

Tenía razón. En el fondo de mi corazón me apetecía que ambos aparecieran por allí de nuevo como prometieron. Y lo hicieron a la misma hora que el día anterior.

—No, no lo sabía—disimulé.

—Pues estás muy guapa igualmente—me sonrió la cría.

—Pero que muy guapa—añadió su padre y de nuevo noté un calor inusual en el rostro.

—Se está formando fila, menos cháchara—escuché decir entonces y temí que fuese el ogro de Henry que viniese pidiendo guerra.

—La señorita solo está haciendo su trabajo—se volvió a contestarle Ethan sin vacilar lo más mínimo.

—Eso lo tendré que valorar yo, que soy su jefe. Y las he visto más rápidas—avanzó entre la gente.

—Enseguida estarán todos atendidos, Henry—le comenté sin poder siquiera mirarle a la cara de lo mal que me ponía su presencia.

—Más te vale—me amenazó.

Ethan fue a intervenir de nuevo y le supliqué con la mirada que no lo hiciera. Al día siguiente, ellos ya se habrían marchado y quien seguiría allí sería yo, por lo que rogaba al cielo hacerlo con los menos problemas posibles.

Le costó echar el freno porque estaba más que decidido a hacerle frente, pero respetó mis

deseos. El otro terminó por irse y yo les di sus entradas para que pasasen a la pista.

—No deberías dejar que te hablase así—me recomendó.

—No tengo más remedio, no me queda otra—le miré fijamente al contestarle y detecté en sus ojos que no estaba de acuerdo.

A continuación, entraron. La niña era un prodigio sobre la pista de hielo y esa tarde estaba que se salía… Más de una persona terminó por pararse para mirarla únicamente porque estaba ofreciendo un verdadero espectáculo en el que su padre la acompañaba muy bien.

Según me comentó la noche anterior, pertenecía a un equipo de patinaje artístico. Kiara necesitaba ocupar su tiempo en múltiples actividades y esa era una de sus favoritas.

Me quedé perpleja, como el resto. Y en el momento en el que salieron, la aplaudí.

—Bravo, bravo, bravo—le dije saliendo a darle un beso.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Qué confianzas son estas con los clientes? —escuché que me preguntaba el energúmeno ese que tenía por jefe y que había vuelto a olisquear porque tenía ganas de sangre.

—Somos sus amigos—salió en mi defensa Ethan de inmediato.

—Pues me da exactamente igual. Esta tiene que mantener las formas mientras esté trabajando —se refirió a mí de ese modo tan descortés.

—Supongo que te refieres a Julia, puesto que ese es su nombre. Y te diré, para tu información, que ella sí que da una imagen en este negocio y no tú, que eres el dueño y pareces un zarrapastroso—le soltó Ethan.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. Que da asco verte y más todavía observar cómo la miras.

—Ethan, por favor te lo pido. Calla…

—Alguien tiene que decírselo, Julia.

—¿A mí? No te has creído ni tú que vas a venir a insultarme a mi propio negocio, desgraciado.

—Kiara, cariño, ven aquí—le di la mano porque conociendo a ese desastrado, lo mismo le levantaba la mano a Ethan.

Creo estar segura cuando digo que se le pasó por la cabeza, si bien ver que él no se amilanaba

lo más mínimo, sino todo lo contrario, le hizo cambiar de opinión.

—Esto te va a costar caro—le amenazó de inmediato—. Estás despedida—me miró.

—No puedes hacer eso, Henry, no puedes.

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos, que para eso soy tu jefe. Quiero que te marches ahora mismo y que no vuelvas por aquí.

—Pero…

—Pero no quiero volver a verte, eso es todo lo que tengo que decirte.

—Es lo mejor que te podía pasar, Julia, no le necesitas—me comentó cogiéndome de la mano e invitándome a abandonar ese recinto donde tan mal se me trataba. Lo más bonito fue que Kiara me tomó por la otra.

Capítulo 6



Iba caminando hacia el restaurante italiano con las lágrimas cayendo de mis ojos. Ethan me apretaba la mano y pronto llegamos, pues no estaba lejos.

Nada más sentarnos, le sonó el teléfono.

—Un momento, por favor—descolgó.

—Por supuesto—murmuré mientras buscaba un pañuelo de papel con el que secarme el rostro.

Habló durante unos segundos con su hermana Amelia y enseguida se la pasó a la niña.

—La tía Amelia, cariño.

—Vale, ¿puedo apartarme un poco para hablar con ella? Es que hay mucho ruido aquí.

Su padre asintió y ella caminó en dirección a la puerta con el teléfono en la mano.

—No llores, por favor. Me parte el alma ver que estés así por culpa de ese tipejo—me pidió.

—No es por él, compréndelo. Es por mi situación. Contaba con ese trabajo, tengo que pagarle el alquiler a Liz y estoy sin un centavo. Me muero del agobio.

—Dime cuánto necesitas, por favor. He sido yo quien se ha metido por medio y, aunque no me arrepiento porque ese maldito no se merece que trabajes para él, me duele verte así.

—No, no digas eso. Si no has dicho nada que no sea verdad, lo malo es la necesidad. No voy a coger tu dinero, me quemaría en las manos, no puedo.

—Pues entonces tenemos lo que se llama un conflicto de intereses, porque a mí me quema saber que te sientes así en parte por mí, ¿cómo podemos resolverlo?

—Pierde cuidado, de verdad. Ya me saldrá otra cosa—suspiré.

—¿Y por qué no te tomas un respiro navideño para pensar?

—Porque los pobres no podemos quedarnos parados ni a respirar, tenemos que estar buscándonos la vida todo el tiempo.

—Acepta mi propuesta de pasar con nosotros las Navidades y deja que sea yo quien le pague el alquiler a Liz.

—Eso, no solo me invitas a tu casa por toda la cara, sino que pagas mis deudas, ¿tú de qué mundo has salido?

—De este… No tiene ningún mérito lo que te estoy ofreciendo. El dinero no me supone ningún problema y mucho menos la cantidad de la que estamos hablando.

—Para ti será calderilla, ya.

—Solo te digo que el par de botas que lleva hoy mi hija vale más que el alquiler de tu habitación, Julia.

—Ya, que tú no eres de los que compras en las Apps de segunda mano como yo—le sonreí.

—No, pero soy de los que admiro a quienes lo hacen con una sonrisa en la cara, como tú.

—¿De qué sonrisa me hablas? Si estoy con una cara de cordero degollado que no veas.

—Hagamos una cosa para que no te sientas mal…

—A ver qué me vas a proponer.

—Échame un cable con la niña estas Navidades.

—¿Cuidar de Kiara?

—En cierto modo. Me vendrá bien porque, aunque tengo vacaciones, son muchos los momentos en los que he de atender llamadas y demás. Cuando estoy con ella, me genera mucha tensión tener que hacerlo. Si sé que la entretendrás mientras, iré mucho más aliviado.

—Me lo estás proponiendo como un apaño para que os acompañe.

—Más bien lo veo como un trato.

—Eso es porque eres un hombre de negocios. ¿Y qué dirá tu hermana al ver aparecer por allí a una intrusa?

—Mi hermana no dirá nada. Además, que la casa es mía aunque vivamos juntos.

—Pero no quiero originar malos rollos.

—Y no lo harás. Esa parte déjamela a mí.

—¿Me estás queriendo decir que tu hermana tiene buen carácter como Kiara y como tú?

—No exactamente. Más bien te estoy queriendo decir que sé cómo manejarla.

—No sé si esa respuesta me favorece o me perjudica. No creo que sea buena idea, la verdad.

—Pues ya se lo he dicho a la tía Amelia—nos anunció la peque con el teléfono en la mano, el cual venía a entregarle a su padre.

—¿Cómo? —los ojos me hicieron chiribitas.

—Es que decías que no podías venir con nosotros por trabajo y como ahora ya no tienes—se encogió de hombros.

—El razonamiento de mi hija es correcto, no digas que no—me comentó su padre.

—¿Correcto? Para mí que estáis un poco loquitos los dos, pero…

—Pero te vienes con nosotros, ¿ok? Nos vamos mañana por la mañana. Queremos pasar el día allí y el lunes preparar la Nochebuena juntos.

—Nochebuena es el martes, sí—suspiré.

—Tiempo más que de sobra, así que ahora no tienes más que cenar tranquila, olvidarte de los problemas y contarnos cosas de ti, que no sabemos muchas.

—Si es que mi vida es muy sencilla: tomé una mala decisión, no seguí estudiando, me enemisté con mis padres… Y ahora es tarde para todo.

—Nunca es tarde y mucho menos a los… ¿Cuántos años tienes?

—25, tengo 25.

—¡Le sacas 13, papá!

—¿Tienes 38? Creí que eras más joven—intervine.

—Hija, ¿ves lo que has logrado? ¡¡Me ha llamado viejo!!

La niña se echó a reír con ganas y me contagió de su risa. Cuando terminó, me miró muy fija, y me preguntó.

—¿Tú ves viejo a mi padre, Julia?

—No, claro que no…

—¿Lo ves, papá? Seguro que, además, te ve guapísimo. Oye Julia, ¿tú ves…?

—Tú preguntas mucho—la interrumpí con las mejillas ardiendo.

—Se ha puesto colorada, es la prueba evidente de que te ve guapo.

—¡¡Ya vale!! —les tiré con una servilleta a cada uno.

—Sigue preguntándole, hija. Vas por el buen camino.

—Estáis muy compinchados vosotros.

—También podemos someterte a la prueba del polígrafo—me recordó la cría.

—Tú sabes demasiado…

—Papá dice que nunca se sabe demasiado.

—Pues en tu caso, para mí que se puede hacer una excepción.

—Vale, pero ¿a qué hora te recogemos mañana? ¡¡Eso es lo importante!!

Ethan la miraba orgulloso.

—Lo ha dicho ella, no lo he dicho yo y me parecería muy feo, pero que muy feo, dejar con la intriga a una niña pequeñita.

—¿Kiara es una niña pequeñita? Más bien creo que es una vieja—reí porque se las sabía todas.

Capítulo 7



Liz se puso como loca de contenta cuando se lo conté todo.

—Si es que los astros se han aliado para que te vayas tranquila, ¿no ves que yo también estaré acompañada? —me decía.

—Es que si no fuera así, no me muevo de aquí. Me estás ayudando mucho y no te hubiera dejado sola en Navidad ni en broma. Por cierto, hablando de ayuda, gracias por esperar para cobrar el mes. Aquí tienes.

—¿Y cómo se supone que me vas a pagar si no has llegado a cobrar? Déjalo, hija. Ya vendrán tiempos mejores.

—Que no. Ha sido Ethan. Se ha empeñado en pagarme para que le eche un ojo a su hija estos días.

—Espera, que esto es de telenovela: un tipo rico aparece como por arte de magia en Navidad para invitarte a su mansión y encima te paga por ello.

—Más que de telenovela, lo veo de chiste, sí. Así es. Pero no se quedará tranquilo hasta saber que has cobrado el alquiler.

—Eso es un hombre. Yo no te digo nada, pero eso es un hombre.

—Solo le he caído bien y, aunque no lo reconozca, para mí que quiere hacer su buena acción de Navidad.

—Pues a ver si hay suerte y la hace a mi gusto—me guiñó un ojo.

—¿Es que estáis todos de acuerdo?

—¿De quién más hablas? Yo aquí no veo a nadie más. Oye, a mí no me asustes, no sea que estemos aquí peor que en la peli de “El sexto sentido”.

—No, estamos solas…

—Vale, vale—se santiguó.

—Me refiero a que Kiara también está flipando con que vaya con ellos…

—Le caes bien a la niña, ya lo tienes todo solucionado.

—Que no, ¡¡que no es eso!!

—Bueno, tú ve a hacer la maleta para mañana y no te olvides depilarte, ¡¡todo!! —hizo hincapié.

—Por favor, ¿y cómo me dices eso? Si, además, en tus tiempos no se llevaba.

—Claro que no, pero como ahora es la moda… Le llego a aparecer a mi difunto marido sin un pelo ahí y se troncha, me habría tomado por una muñeca.

—Lo eres, pero de bonita.

—Sí, hombre, bonita voy a ser… con más arrugas que tengo ya que el codo de una momia…

—No digas tonterías, si estás guapísima.

—Guapísima no, pero contenta sí. Antes lo estaba solo por mí, ahora lo estoy por las dos.

Me costó dormir aquella noche. La que iba a ser una Navidad bastante regular trabajando a destajo en la pista de patinaje sobre hielo se había convertido en una muy distinta en la compañía de dos personas que no paraban de halagarme.

Escogí un vestidito de punto con botas altas junto con un plumífero para el viaje en coche.

—Me voy, Liz, ¿cuándo dices que llega tu familia?

—Esta noche, no veo la hora.

—Me inquieta saber que estarás sola todo el día.

—Ya, ¿y cuándo trabajas cómo estoy?

—Anda, pues eso es verdad.

—A mí no me sufras por nada. Y pásatelo muy bien.

Le dii un beso y un abrazo, saliendo de la casa. El coche de Ethan ya me esperaba en el portal y enseguida me lanzó un silbidito al verme.

—Pero bueno, no sé si podré concentrarme en la conducción así. Igual me multan por

distraerme. Llevarte al lado es peor que coger el móvil con las manos.

—¿Tu padre les vacila siempre igual a todas? —le pregunté a la niña.

—Papá, te cobraré dependiendo de la respuesta que dé, ¿vale?

—Eres una vendida, Kiara—le saqué la lengua.

—Soy una chica de negocios, lo he aprendido del mejor.

Por el camino, me fue contando sobre su actividad como dueño del *holding* y también como CEO del mismo, pues se notaba que le costaba delegar y estaba al pie del cañón.

—Y así fue como mi padre se convirtió en millonario—puso el punto final Kiara que siempre estaba en todo.

—¿Y eso de ser millonario se pega? Porque no me vendría nada mal aprender un poco. Para mí han llegado las vacas flacas.

—Si cuando acaben las Navidades quieres volver a trabajar en la misma ciudad, yo mismo te ayudaré a conseguir un buen empleo, no te preocupes por eso.

—Es muy generoso por tu parte, pero ¿dónde voy a trabajar si no?

—También puedes marcarte un Alana, la hija de CR7 y Gio—me comentó Kiara.

—No entiendo.

—Ah, porque ella dice que no quiere trabajar de mayor, que se va a quedar tranquilita en casa.

—No es mala idea esa—me reí—. No, cariño, que hay que trabajar. Lo malo es cuando te explotan.

—Prefiero no saber cuánto te pagaba el tío ese o todavía daré marcha atrás y volveré a buscarle—me comentó Ethan.

—Pues entonces no quieras saber las horas extras que echaba y que no me pagaba.

—Ese tipo de gentuza no paga ni ahorcada.

—A mi padre es que le quieren mucho todos sus súbditos—me comentó Kiara y me quedé patidifusa.

—¿Cómo mis súbditos, hija? Querrás decir mis empleados.

—Es que como me dices que soy tu princesa, pues digo yo que serás el rey.

Explotamos en carcajadas porque Kiara era muy ocurrente y divertida. El camino se nos pasó rapidísimo con ella hablando, proponiendo juegos y demás.

—Ya estamos cerca. Tranquila, que la tía Amelia puede parecerlo, pero no muerde—me advirtió la peque.

—Tú dijiste que…—me volví hacia su padre.

—Está todo controlado, ya te lo ha dicho Kiara.

—Es que me he confiado y ni la vacuna de la rabia traigo puesta—le solté y él se dobló en dos de la risa.

—¿Qué vacuna es esa, papá? ¿A mí también me la tienen que poner?

—No, hija, tranquila, que es una broma.

—Eso espero—le aseguré porque me daba que mi presencia allí no sería del todo del agrado de esa mujer.

Capítulo 8



Di en el clavo, Amelia no es que fuese desagradable conmigo, ya que mostró mucha educación y guardó las formas. Sin embargo, su forma de mirarme me indicó que no le alegró demasiado mi presencia allí.

Tampoco me dio tiempo a percatarme demasiado porque la niña me llevaba de la mano a todos lados.

—Pero ¿esto sigue formando parte de vuestra casa? —le preguntaba porque dando una vuelta a aquella propiedad se podría correr una maratón.

Aún no había entrado en la casa, pero no hacía falta. Ciertamente, se trataba de una impresionante vivienda rodeada de unos jardines y tierras como solo había visto hasta la fecha en la gran pantalla.

Vaya un rancho que parecía el mismísimo paraíso. La construcción principal, que servía de vivienda, era enorme y majestuosa, toda en tonos claros con tejados azules, a juego con las vallas y con cantidad de elementos exteriores que le otorgaban al conjunto el más armonioso de los aspectos.

El verde de los campos contrastaba con los colores de aquel rancho del cual me enamoré a primera vista.

—No es una mansión tipo palacio como ves, sino algo mucho más adaptado al gusto de mi hija. Yo nací y me crie aquí y Julia es feliz en este lugar.

—¿Y quién no podría serlo? Es el jodido paraíso.

—¿Tanto te gusta?

—¡¡Y cómo no!!

Cuadros, cobertizos, lagos, zona de juegos, zona de rodeo, piscina de dimensiones olímpicas… No era fecha para bañarse en ella, pero era el broche de oro con el que cerrar una propiedad que, paradójicamente, me hizo abrir mucho los ojos.

—Hoy mismo montaremos a caballo, en un rato—me anunció Kiara.

—Hija, no atosigues. Esta tarde tenemos que ir al pueblo a disponer todo para las Navidades. No querrás que llegue el día y comer una sopa de sobre—se burló.

—Claro que no. Quiero que la tía Amelia nos cocine como siempre.

—Pues entonces también sabrás que a ella no le gusta mucho salir del rancho y que tendremos que traerle todo lo necesario.

Le miraba porque lo lógico sería que encargara a alguien que lo hiciera, aunque ya me había explicado que le gustaba vivir las Navidades con su hija con intensidad y que por eso se ocupaba de ciertas cosas personalmente.

También me habían comentado que, pese a contar con bastante servicio, era Amelia quien se ocupaba de la cocina y que era muy suya en ese sentido, un tanto cerrada. Vaya, que no se dejaba ayudar. Aun así, tras asearme, bajé a la cocina y le brindé mi ayuda.

—No, no es necesario, gracias. Prefiero que esperes en el salón con los demás.

Me lo dejó claro. Fue seca y rotunda. No le preguntaría más porque se notaba que le incomodaba nadie más rondando por la cocina. Y tenía la impresión de que, si era yo, todavía peor.

Enseguida llegó con una sopa calentita que entraba sola. Tenía muy buena mano la mujer con los fogones. Me llamaba la atención que, al ser también una rica heredera como lo era (igual que su hermano Ethan), nunca hubiese querido saber de los negocios y actuase como ama de casa.

Se la notaba como pez en el agua entre calderos. Se trataba de una mujer reservada, poco dada a expresar sus emociones, aunque era evidente que amaba a su hermano y que sentía adoración por su sobrina, quien era su debilidad.

Tomamos la sopa mientras la niña le contaba los planes que teníamos para esa tarde, en la que iríamos de compras navideñas al pueblo.

—Podrías venirte con nosotros, Amelia—le ofrecí agradecida por la rica sopa que nos había servido.

—Gracias, pero no. A mí en el pueblo no se me ha perdido nada. Id los jóvenes.

—Lo dices como si fueras mayor y no lo eres para nada—le comenté.

—Los años son los que se llevan por dentro—me contestó y comprendí que mejor no me metía más donde no me llamaban.

Su hermano la miró y ella se removió en su silla. Enseguida se levantó y fue a por un guiso de

carne que había preparado y cuyo exquisito olor llegaba hasta el salón.

—No se lo tengas en cuenta. Es buena, pero de modales muy rudos. No es una mujer de mundo.

—¿Apenas sale entonces?

—Muy poco, la verdad. Su vida está en el rancho.

—Pero aquí no le saldrá pareja, no es fácil relacionarse con nadie sin salir de casa.

—¿Pareja a la tía Amelia? Veo eso y me caigo muerta—hizo la peque como que se caía de espaldas.

—Bueno, ya imaginarás por la reacción de mi hija que no es precisamente un compromiso matrimonial lo que esperamos de Amelia.

—Pues es una pena, ¿nunca ha tenido pareja?

—Alguna vez de joven, pero luego lo dejó pasar.

—Nunca es tarde, ¿no?

—¿Para qué? —irrumpió ella en el salón en ese momento.

—Para hacer cosas nuevas, para emprender proyectos y tal—disimulé porque no creo que le hubiese hecho ni chispa de gracia que me metiese en su vida.

—Bueno, cada uno verá, ¿te gusta la carne magra o la más seca?

Para seca ella. Era el único elemento discordante de la casa, por llamarlo de alguna manera. No podía afirmar que me tratase mal, pero un chorrito de agrado tampoco era.

Su hermano carraspeó y trató de ser algo más condescendiente con la mirada.

—La que quieras, de verdad, me da exactamente igual.

—Mejor, no me gusta que la gente delicada se siente en mi mesa.

Ethan me había dicho que el rancho era de él, pero estaba claro que Amelia actuaba como si también fuese suyo porque, al fin y al cabo, era su hogar ya que vivía allí con ellos.

Había que reconocer que el guiso de carne estaba de vicio y, por si eso fuera poco, como postre sirvió una tarta de chocolate que a la niña y a mí nos dejó bizcas. La peque reía metiendo el dedito mientras ella la reprendía. Se notaba el amor que sentía por su tía, pero como una niña que era también le gustaba desafiarla.

Capítulo 9



Tras el almuerzo, y antes de que se hiciera más tarde, salimos a hacer esas compras.

—Amelia es que se pasará mañana todo el día cocinando para la cena de pasado—me comentó.

—Siente pasión por la cocina, es evidente.

—Sí, para ella es como su reino. Te diría que es el lugar en el que se encuentra más a gusto, en el que puede ser más ella.

—Se nota, se nota. También noto que no le gusto demasiado.

—Ya te dije que no es una mujer fácil, pero no te preocupes, que todo está controlado.

—Entonces, ¿no tratará de envenenarme? —le pregunté mientras la peque corrió hacia el interior de la casa porque se había dejado su gracioso gorrito.

—No lo creo.

—¿Y ni siquiera poner un laxante en mi plato?

—Eso ya no te lo podría asegurar.

—Mira, por ahí viene Kiara.

Pese a que las temperaturas en California no son precisamente extremas en diciembre, aquellos días habían bajado bastante y convenía resguardarse. No solo vino con un gorrito, sino con bufanda y guantes a juego. Y lo mejor era que traía otro conjunto para mí.

—Las manos no sé cómo las va a meter en tus guantes, hija—le comentó su padre.

—Es verdad, las tienes muy grandes y con los dedos muy largos. Ponlas al lado de las mías—me pidió antes de subirse en el asiento de atrás—. Anda, son manos de pianista, ¿nunca has tocado?

—Buff, hace muchos años, cariño—le comenté mientras sentía una especie de punzada en el pecho.

—Pues eso hay que arreglarlo… Yo lo toco, tenemos uno en el salón, ya lo has visto.

—Es verdad, igual me animo, ya veremos, aunque he perdido toda la práctica.

—Pues la recuperas—me indicó con esa inocencia que convierte lo difícil en fácil.

—Ya lo has escuchado—añadió su padre.

Me quedé algo más seria de lo habitual. Durante una serie de años me acordé menos de mis padres, o lo hice con menos pena, pero desde que Jackson me falló y me di cuenta de que todo me lo advirtieron por mi bien, me sentía muy mal por ellos y por cómo se lo hice pasar.

Fueron muy duros conmigo al darme el ultimátum, si bien las cosas llegaron muy lejos, concretamente a las manos entre el que entonces era mi novio y mi ofuscado padre, que solo buscaba el bien para su única hija.

Ethan notó que el tema del piano me resultó espinoso y me regaló una sonrisa mientras ponía el coche en marcha con rumbo al pueblo, pues vivían en las afueras.

Dicen que Solvang es el pueblo más navideño de toda América y ese título no te cae encima por las buenas. Nunca había estado allí y pronto tendría ocasión de comprobarlo.

A ese paraíso de la Navidad, que bien podría calificarse como un parque temático de tan especiales fiestas, se la considera como un pedacito de Dinamarca en plena América. Que sea así tiene que ver con que la arquitectura de sus fachadas es muy europea y esos días se engalana con luces de colores y con adornos varios que convierten al pueblo en un rincón de cuento de hadas, en uno de esos rincones en los que te encuentras frente a frente con el espíritu navideño.

Por si eso fuera poco para enamorarme de aquel lugar, me quedé pegada a los escaparates de sus deliciosas pastelerías que en unos días tan especiales ofrecen sus dulces más llamativos y coloridos, en consonancia con las fiestas.

En pleno corazón del Valle de Santa Ynez, en el condado de Santa Bárbara, se encuentra ese enclave que me dejó boquiabierta en cuanto nos bajamos del coche.

—¿Es bonito o no es bonito nuestro pueblo? —me preguntó entonces la peque.

—Es tan precioso como tú.

—Y como tú entonces, porque las dos somos rubias y con los ojos azules, ¿te has fijado?

—Sí, cariño, me he fijado.

—Es que tú podrías ser mi mamá—me comentó dándome la mano.

Su padre me miró en ese momento en el que me quedé helada y enseguida metió baza.

—¿Alguien quiere unos riquísimos buñuelos? —preguntó.

—¡¡Sí!! ¡¡Y con todos los siropes!! —chilló la niña.

—Eso es, cariño, no te prives de nada.

—Oye, papá, que yo no soy Alana—hizo referencia de nuevo a la hija del célebre futbolista y la *influencer*.

—¿Y ahora por qué dices eso?

—¿Tú no has visto el *reel* ese en el que dice que no puede comer chocolate, que papá se enfada? Pues no te pongas tú igual.

Se llevaban a las mil maravillas. La niña es que estaba en todo. Su agilidad mental era impresionante e improvisaba como nadie. Aparte, era muy dulce, bromista y cariñosa. Le estaba cogiendo mucho cariño en poco tiempo.

Nos sentamos a comernos los buñuelos en un banco. Como digo, hacían vida de los más normal, pese a que su padre podía ser uno de los hombres más ricos de la zona, si no el que más. Al ver que sentí repelús, Kiara me colocó la bufanda que traía para mí y también el gorro. En cuanto a los guantes, eso ya estaba más complicado, si bien me llevé la sorpresa de que Ethan sacó unos de su bolsillo y me los ofreció.

—Gracias, de verdad, no hace falta. Póntelos tú.

—Para nada, póntelos, tienes los dedos un poquillo morados—los tomó entre sus manos y me los frotó.

—Es que soy muy friolera, eso es lo que me pasa.

—¡¡Pues te encasqueto más el gorro!! —exclamó Kiara mientras se subía en el banco para hacerlo causando mi risa.

—Tienes una niña muy bonita, cómo os parecéis—afirmó una señora mayor con pinta de turista que se nos quedó mirando y abrí mucho la boca.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —reía ella mientras le hacía cosquillas y su padre nos tomaba una fotografía.

Capítulo 10



El resto de la tarde nos la pasamos en el mercadillo navideño. Se daba la circunstancia de que aún estaban por decorar la casa para las fiestas y que eso nos tocaría hacerlo entre los tres al día siguiente mientras que Amelia se ocupaba de la cocina.

Para mí representaba un alivio el tener una faena pendiente, pues así no estaría mano sobre mano mientras Amelia se daba la panzada de currar. Eso no lo habría llevado bien.

Desde allí, hablé por teléfono con Liz. Su hija y sus nietos ya habían llegado y la mujer se encontraba pletórica, nunca la escuché tan contenta.

—Disfruta, que te lo mereces, cariño—le deseé.

—Y tú también, ¿estás a gusto?

—Muy a gusto, no te imaginas lo bonito que es esto y todo lo que me rodea—le contesté mientras los miraba a ambos y me dirigían la misma sonrisa. Sus gestos eran muy similares.

—Pues ya sabes, sigue mis indicaciones—me comentó en tono pícaro y no dudé en carraspear para que se percatase de que estaba rodeada y de que no podía hablar.

Ambos me miraron cuando colgué. La niña se levantó con intención de llevarnos hacia un tiovivo que habían colocado y que era una auténtica preciosidad. Pretendía que montásemos los tres y lo hicimos.

Ethan estaba muy contento y se dedicó a grabarnos desde su caballo. La cría ponía caritas y yo también. Él se partía y luego giraba la cámara y también las ponía.

—Papá se lo está pasando bomba—me decía.

—Y yo también, pequeña.

—Van a ser las mejores Navidades de mi vida—afirmó.

—Pues me alegro de participar en ellas.

—No es que participes, es que eres una de las protagonistas—me corrigió en su línea.

—Pues entonces me siento más feliz todavía.

—Deberías—asintió.

Un crío algo mayor que ella comenzó a hablarle desde otro de los caballos mientras que el tiovivo seguía dando vueltas y vueltas, y ella se mostraba más contenta por momentos.

—A ese le he gustado—opinó en cuanto nos bajamos.

—Ya me he dado cuenta, ya. Qué suerte la tuya, es muy guapo.

—También lo es mi papá y tú le gustas.

—Ya te has dejado caer en plancha—le contesté mientras Ethan echaba mano a su teléfono porque le llamó Amelia para hacerle algún encargo.

Antes de abandonar el mercadillo, y con el coche abarrotado de comida, nos dispusimos a ver los puestecitos de decoración propiamente navideña para la casa.

—Aquí hay virguerías—me salió al ver algunas figuritas de cristal para colgar del árbol que eran increíblemente bonitas.

—Sí, vamos a comprar—le pidió Kiara a su padre.

—Claro, las que queráis.

—Que elija Julia, que yo lo hago todos los años.

—A mí no me deis esa responsabilidad porque no sé elegir, me llevaría una de cada—resoplé mirando tanta preciosidad junta.

—Pues no se diga más. Eso está hecho—lo hizo tal cual.

Los ojos se me abrieron tanto que ambos se rieron. Igualmente se le abrieron a la chica del puesto, pues semejante compra no se la harían todos los días.

—Pero si son muchísimos.

—Los que hubieras elegido, ¿no? Pues ya lo hizo mi padre por ti. Pide por esa boquita, que él es un poco mago.

La cría lo decía todo ella solita y a los demás los que no quedaba era reírnos.

—¿Y si no caben todas en el árbol? Porque son estas más las que ya tenéis.

—Compraremos el abeto más grande, ya está previsto—me anunció él.

Así lo hicimos en aquella parada camino de la casa hasta la que llegamos entre cánticos de Kiara, quien me emocionó con su angelical voz a la hora de entonar villancicos.

Su padre me vio la cara de asombro en cuanto abrió el pico, pues nunca escuché cantar en directo a una cría como ella.

—Suenas como un ángel, mi niña—le comenté con lágrimas en los ojos cuando terminó.

—¿Tanto te ha gustado? ¿Sí?

—Muchísimo. Eres una artista, vales para todo.

—Gracias, gracias—me hacía reverencias.

—Es muy especial, ya te lo dije. Muy cansina cuando quiere, pero muy especial—reconoció orgulloso su padre.

Menudo descubrimiento ese que acababa de hacer. Kiara contaba con una voz sobrenatural, con una de esas voces que ponen los vellos de punta. En cuanto elegimos el abeto que nos acercarían enseguida a casa en una camioneta, también pusimos rumbo a ella. Y entonces ella se lució de nuevo.

—Acompáñame—me pidió que le hiciera los coros.

—Deja, deja, que me dará vergüenza visto lo visto.

—Que no, por favor…

—Dale, si llueve nosotros lo hemos querido—bromeó él.

No se me daba mal cantar, aunque a su lado me quedaba en bragas. Qué digo en bragas, me quedaba en pelota picada. Sin embargo, a ellos les gustó mucho también escucharme.

—La sigues genial, preciosa voz.

—No se puede comparar con la de la artista.

—No digas eso, la tuya también es muy bonita—me indicó la niña, que era muy humilde pese a que todo parecía hacerlo a la perfección.

—Vale, vale… Pues vamos a cantar un poco más—me animé.

Incluso Ethan lo hizo. El ambiente no podía ser más festivo en el coche y nos reíamos mucho cuando uno entraba tarde o perdía el tono. Qué divertido me estaba resultando.

Por último, llegamos a la casa y enseguida nos trajeron el árbol. Amelia lo miraba con recelo.

—Ethan, ¿no había alguno más grande? —le preguntó irónica.

—Ya sabes que no, porque lo hubiese traído.

—Tía Amelia, si es que traemos maravillas para colgar. Mira, las ha elegido Julia—le enseñó las dos bolsas que llevábamos.

—Como si no tuviésemos ya suficientes adornos—suspiró.

—Nunca son suficientes, ¡¡nunca!! —chillaba y corría la cría.

Lo hice con ella y cuando paré, escuché lo que Amelia le decía a Ethan.

—Kiara parece muy contenta, espero que sepas lo que estás haciendo.

Capítulo 11



Dejaríamos la decoración para la siguiente mañana, la del día de Nochebuena.

—Es que este año lo fuimos dejando porque papá estaba muy liado y mira, ha sido mejor porque así la pondrás con nosotros—me decía la cría ya cansadita durante la cena.

Amelia nos la había dejado en la cocina y ella se retiró a descansar. A mí me hizo un favor.

—No se lo tomes en cuenta, es que suele acostarse muy temprano.

—¿Tu hermana hace alguna vez algo divertido? —le pregunté extrañada.

—Galletas, le gusta hacer galletas—me contestó Kiara.

—Ya, cariño, me refería a otras cosas.

—Sí, a bailar y a eso… No, la tía dice que tiene dos pies izquierdos para el baile. No baila ni siquiera con papá.

—Ah, vale—suspiré.

—Kiara, estás que te caes de sueño, ¿te llevo a la cama?

—Sí, papá, que mañana tenemos mucho que decorar y, si no, me quedaré dormida encima del árbol. Buenas noches, Julia—se acercó a mí y me dio un abrazo y un beso.

Al poco bajó él.

—Ya la he dejado tapadita y con beso de buenas noches. Es un ritual. Cuando no estoy en casa, lo hacemos a través de videoconferencia.

—Qué modernos, ¿viajas mucho por trabajo?

—Lo imprescindible. No me gusta dejarla sola.

—Ya lo he comprobado, os encanta estar juntos.

—También me encanta estar contigo.

—No me vayas a comparar, no me vayas a comparar. Kiara es tu hija y yo para ti solo soy una desconocida.

—No traigo a desconocidas a mi casa, con mi familia y mucho menos en Navidad.

—¿A cuántas les has dicho eso?

—A ninguna, eres la primera. Y sé que igual no lo crees, pero me basta con saberlo yo… De momento.

Me pareció sincero y quise conocer más sobre su vida.

—Me estás interrogando y todo resulta más fácil con una copa en la mano—me comentó.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Pero si te la pongo me dará el derecho a interrogarte también.

—Pregunta, pregunta, no tengo nada que ocultar en mi vida. Es muy sencilla y no tiene secretos.

—Eso lo tengo que decidir yo. Igual no me parece tan sencilla y sí muy interesante.

—Entonces te lo tendrás que hacer mirar porque no estarás muy bien de la azotea—le señalé a la cabeza.

—Me gusta, me gusta la idea de beber contigo.

—Lo dices como si nos fuéramos a pillar la cogorza del siglo.

—Tú déjate llevar.

—¿Me estás hablando solo de la bebida? —enarqué una ceja porque lo noté muy intenso.

—Déjate llevar—me repitió picante y, al poner la copa en mi mano, me dio un pico.

—Me has besado—le dije en ese momento mientras todavía saboreaba el dulce de sus labios en los míos.

—Y espero que no te haya resultado desagradable, aunque igual deberías volver a probar porque puede que te haya sabido a poco y no estés en posición de valorar.

—Sabes mucho tú, normal que tu hija sea más lista que los ratones colorados.

—¿Qué hay de malo en que dos adultos sin compromiso se besen? No le debemos nada a nadie.

—No, eso seguro que no.

—Pues entonces, vamos a por otro….

Estábamos a solas en el sofá, si bien yo miraba de reojo a la puerta. Él se dio cuenta y se levantó, cerrándola.

—¿Más tranquila así?

—Eso es.

—Ninguna de las dos se levanta una vez que se acuestan, pero tienes razón en que me he dejado llevar.

—¿Al besarme?

—No, al hacerlo sin cerrar la puerta.

Le sonreí porque me resultaba totalmente irresistible. Llevaba una perilla de la que le cogí, me ponía muchísimo junto con ese vello que se le veía a través de la parte superior de la camiseta, asomando por allí. Le hacía muy varonil, no me gustan los hombres depilados.

Nos dejamos de caer en el sofá y me pegó mucho a él.

—¡¡Por unas Navidades fantásticas!! —brindó conmigo.

—¡¡Por unas Navidades fantásticas!! —repetí.

Habíamos abierto la veda. Me ahuequé en su pecho y me hizo mimos. Estaba muy falta de cariño, aparte de otras cosas… Sabía que ese no era mi lugar porque no pertenecía a su mundo, al mundo de Ethan. Sin embargo, lo disfrutaría al máximo en aquellos días porque otra oportunidad así no se me presentaría.

Comenzó a dar instrucciones para que las luces quedaran a su gusto, en una discreta penumbra que resultaba ideal a esas horas. Lo hacía de viva voz, todo eran comodidades en su lujosa casa, cualquier orden era atendida de inmediato por los sofisticados sistemas de una construcción que, sin embargo, a la vista resultaba bastante clásica.

Menudo contraste, igual que ese otro que se daba entre el Ethan padre, tan amoroso con su niña, y el Ethan hombre, tan sensual como me estaba resultando en la intimidad.

Algo me decía que, pese a que las ganas por ambas partes eran muchas, no nos acostaríamos esa noche. No iba a saco, se trataba de algo más pausado y para disfrutar. Lo estábamos haciendo, mucho. Me puso una mano sobre el muslo y con la otra rodeó mi hombro. Comenzó a besar mi cuello y se paraba a disfrutar con la escena de mi piel erizada, la cual llevaba el rubor a mis mejillas, que me ardían.

En tales circunstancias, me costaba sostenerle la mirada. Era muy guapo, pero sobre todo atractivo y sugerente. Entre confidencias, besos y miradas nos pasamos un buen rato en el que cayeron un par de copas tras las cuales cada uno terminó en su dormitorio. Ethan me acompañó hasta la puerta del mío y yo… Yo me volví a mirarle antes de que él entrase en el suyo.

Capítulo 12



Me desperté en aquella amplísima estancia sin noción de dónde estaba esa mañana. Había dormido como hacía mucho tiempo que no lo lograba; como un tronco, menudo sueño reparador el que eché.

Me desperecé y me quedé mirando el amplio ventanal a través del cual se colaba una gran cantidad de luz. Estaba ensimismada cuando escuché unas carreras que se detuvieron delante de mi puerta.

—Julia, ¿estás despierta? ¡¡Amelia ha preparado galletas para desayunar!! —me anunció la cría.

—Creo que las huelo desde aquí…

—¿A que sí? Pues si te gusta el olor, ¡¡ya verás el sabor!! —me chilló.

Me levanté hipnotizada por ese olor que provenía de la cocina y que aromatizaba toda la casa. Me encontré con Ethan en el pasillo. Miró hacia un lado, luego hacia el otro y, al comprobar que nadie nos veía, depositó un beso en mis labios mientras le salía la sonrisa.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Sensacional. He dormido sensacional, a pierna suelta.

—Se te nota en la cara, estás muy guapa.

—¿Eso significa que antes estaba fea?

—Ni mucho menos, significa que hoy luces todavía más bonita—me dejó paso para que entrase antes en el salón.

Íbamos gastando bromas hasta que nos encontramos con el gesto de pinchaglobos de Amelia.

—Buenos días, parece que se me han pegado las sábanas, Amelia. Qué bien huele—traté de ganármela.

—Es lo que suele pasar cuando se trasnocha—me contestó.

—Es que tú te acuestas a la hora de las gallinas, tía Amelia—se metió la cría por medio.

—Pues poco te quejas cuando me levanto para prepararte las galletas.

—¡¡Eso es verdad!! Pruébalas, Julia, ¡¡son las mejores galletas del mundo!!

Podía sonar de lo más exagerado, pero así me parecieron aquellas exquisitas galletas de mantequilla y mermelada que se deshacían en la boca.

—¿Están buenas o no están buenas? —me preguntó la cría.

—Están, están… ¡¡están buenísimas!!

Amelia no estaba ya en el salón. Se la escuchaba trasteando en la cocina y dando órdenes al resto del personal. Daba la imagen de ser una mujer muy estricta y poco dada a las alabanzas. Con todo y con eso, me acerqué por allí tras el desayuno.

—Amelia, tengo que felicitarte por tus galletas, son realmente increíbles.

—Gracias—me contestó sin más.

—De nada. Si hay algo en lo que pueda ayudarte para preparar la cena de mañana…

—No, distrae a la niña con la decoración. Y al padre—me soltó irónica.

No entré al trapo. Lo mismo no le gustaba yo o no le gustaba cualquiera que se acercase a su hermano porque fuese acaparadora. No me rayaría demasiado.

Nos pasaríamos toda la mañana colocando la decoración navideña. Jamás había visto en una casa un abeto así de bien adornado ni de ese tamaño. Y también me deleité con el resto de las figuras de tela, de cristal, de madera y de diversos materiales que tenían para decorar el resto del salón, la entrada y hasta las escaleras.

Al mismo tiempo, colocamos alfombras, cojines y otros elementos de atrezo típicos de las fiestas y el resultado fue simplemente fabuloso. Eso sí, nos dimos una soberana paliza y, al mediodía, caímos sobre una de las alfombras bocarriba con los brazos abiertos Kiara y yo.

Su padre, que nos había estado ayudando mucho rato, pero que también tuvo que atender varias llamadas, llegó e hizo lo mismo.

—Tú no puedes estar tan cansado, papi—le comentó la cría.

—Esto también cansa, no creas—le señaló al teléfono.

—Pues déjalo ya. Eres rico. No necesitas más dinero.

—Las personas debemos sentirnos útiles, Kiara.

—Tú me resultas útil a mí. Podríamos comenzar a dar una vuelta al mundo sin preocupaciones.

—¿Y qué hay de tu escuela?

—Podría aprender por mi cuenta.

—Es un buen intento, pero no.

—Julia, pídeselo tú, a ver si te hace más caso.

—¿Dar la vuelta al mundo? Pues en mi caso, como no la dé a pata…

—Oye, no has visto todavía el resto de los coches de papá.

—Cierto, por eso sigo viva. Cuando los vea igual palmo de envidia, de envidia cochina…

—Pues vamos a verlos ahora, ¿nos damos un paseo en descapotable, papá?

—Primero, que hace mucho frío, hija. Y segundo, que Julia está cansada ahora, ¿no te das cuenta?

—¿Para ir a ver coches? Nunca…

—¿Lo ves? —le preguntó ella.

Nos dirigimos al enorme garaje y sentí que moría de amor. Lo que allí me encontré fue alucinante y superó todas mis expectativas. La mayoría de los mortales habría dado mucho por poseer uno solo de esos coches, ¡¡y él tenía un montón!!

Impecables, lujosos, brillantes y pertenecientes a ediciones exclusivas. Me quedé muy loca observándolos.

—Kiara, trae un babero o voy a dar la nota—le pedí.

—Papá, que está encantada.

—Puedes conducir el que prefieras—me ofreció.

—¿Conducirlo yo? ¿Te fías?

—Los tiene asegurados a todo riesgo, que no se ponga tan chulito que no se juega nada—me informó la peque y explotamos en risas.

—Mi hija es como para confiarle un secreto…

—Ya lo veo, ya.

—Quisiera probar este, pero es un biplaza—le indiqué un flamante Ferrari.

—Da igual, si yo tengo un montón de felicitaciones navideñas que enviar por email—se conformó la cría.

—¿Haces eso?

—Claro. No tengo teléfono móvil todavía porque papá no confía en que sea lo suficientemente responsable para eso, así que debo recurrir al correo electrónico.

—Eres responsable, pero no tienes edad, amor…

—Lo mismo es—se encogió de hombros.

Se marchó a continuación dando saltitos y nos dejó en el garaje.

—Tienes mucha suerte con ella, ¡y yo con esta maravilla! —chillé dando saltos también mientras le pedía la llave para subirme en el Ferrari.

—¿Has conducido algunas vez uno de estos? —me preguntó.

—Claro, muchas veces… Pero todas en sueños—me apresuré a subir en cuanto me entregó la llave.

—Pues entonces debo darte unos consejos: verás, se trata de un deportivo de doble potencia y, por tanto, debes…

No le dio tiempo a decir nada más. Me fascinaban los deportivos, había leído mucho sobre ellos y la práctica me la sabía enterita.

—¡¡Cielos, tendría que haber pillado un casco!! —me comentó mientras trataba de ponerse derecho, pues el cuerpo se le iba hacia atrás del tremendo acelerón que di.

Me sentía el ama del mundo. Menudo regalo el poder conducir ese cochazo en la víspera de la Nochebuena por esas preciosas carreteras que invitaban a perderte en ellas y a olvidarte de los problemas.

Capítulo 13



Volvimos justo a la hora del almuerzo. O, mejor dicho, un poco tarde para almorzar. La cara de Amelia nos lo decía todo.

—Ahora tendré que volver a calentar el guiso—nos reprochó.

—No, por favor. Te lo ruego, vete a descansar, yo me encargo—me había cortado el punto nada más llegar.

—Esta vez te voy a hacer caso porque no tengo más remedio. He de preparar mi maleta—me comentó y su hermano la miró con extrañeza.

—¿Dónde vas? Mañana es Nochebuena.

—Cierto, pero los males no entienden de días. ¿Te acuerdas de mi prima Emily?

—Sí, la que enviudó no hace mucho.

—Así es. Pues recordarás también que no tiene hijos y esta mañana se ha caído y se ha partido la cadera. La van a operar y no tiene a nadie.

—Vaya, lo siento—le comenté y me miró sin demasiada gratitud.

—Bueno, espero que no me hagáis ningún estropicio en la cocina durante los días que deba ausentarme. Su casa está a unos 50 kilómetros de distancia, no quiero oler a quemado desde allí.

—No, claro que no…

—Y si te la quemamos, papá te pone otra, tía Amelia—la chinchó un poco la cría.

—Hay cosas que no se pueden sustituir y otras que no se compran con dinero, como por ejemplo el amor—le indicó, mirándome regular.

Lo sentía por su prima, pero si me abro en canal, os digo que me sentí aliviada con su marcha, pues esa mujer le iba a añadir un puntito de calor a las Navidades totalmente innecesario.

—Por supuesto que te acerco a su casa—le indicó su hermano.

—Está bien. Pero almuerza mientras, que todavía tardo un rato.

Se fueron los dos solos. Me quedé con la cría, quien me iba enseñando los detalles de su dormitorio, uno enorme y que parecía una casa de muñecas gigante, con tantos adornos que me podía pasar horas y no percibiría muchos de ellos. Luego me invitó a tumbarme en su cama con ella y nos quedamos dormidas.

Cuando escuché los pasos de Ethan a su vuelta, me levanté de puntillas para no despertarla.

—¡¡Así que estamos solos!! —me besó.

—Creo que no—carraspeé y entramos en el salón porque escuchamos que la peque también se había espabilado.

—Vamos a montar a caballo, papá. A Julia le va a encantar…

—Hija, ¿no podemos parar un poco? Te pasas el rato haciendo cosas.

—Ya lo sé, es que no paro—se encogió de hombros—. ¿Te doy mucho la chapa, Julia?

—¿A mí? Para nada…

—Por cierto, que Amelia me ha indicado que lo dejó todo preparado para la cena de mañana antes de irse. Y que quedará comida para el almuerzo de Navidad.

—Y casi que para un mes más, seguro. Ven y lo comprobamos—me dio la niña la mano.

Abrió el frigo y así era. Qué cantidad de bandejas, táperes y platos… Todo con una pinta de impresión.

Tomamos uno de los muchos postres caseros que dejó listos y nos fuimos con él hacia el salón. Entonces, mientras lo degustábamos, señaló al piano.

—Vale que además hace frío para ir a montar a caballo en este momento, pero para el piano no tienes excusa—me dijo moviendo sus deditos en el aire.

—No, para eso más bien tengo amnesia, amor, ¡¡no me acuerdo de nada!!

—Esto es como lo de montar en bici, no se olvida, ¿y si lo intentamos a cuatro manos?

—¡¡Esa idea es buena!!

—Pues como todas las que tengo, ¿a que sí, papá?

—¿Tengo que contestar a eso, hija? ¿Y sin la presencia de mi abogado?

Solté el aire poco a poco al sentarme en el banco y poner los dedos sobre las teclas. Me sentía oxidada, nunca volví a tocar desde que me marché de la casa de mis padres.

Para mayores nervios, Kiara comenzó a hacerlo y de nuevo sonaba a música celestial. Aquella pequeñaja tenía un don para la música y nuevamente me lo demostraba.

Eligió una pieza navideña clásica que también toqué mucho en el pasado y noté mis ojos vidriosos al comenzar a acompañarla con mis dedos. Su padre me miraba desde el sofá y me dedicó un gesto de apoyo que le agradecí con una sonrisa tímida.

—Piensa que el tiempo no ha pasado y que ensayaste ayer, Julia—me recomendó Kiara.

Lo hice y me maravillé al comprobar que los dedos comenzaban a conectar con las teclas, si bien también lo hizo mi corazón y vi a través de ellas a esa Julia niña y adolescente que un día fui y que tocaba mientras mi padre se acercaba a darme un beso en la cabeza o mi madre me dedicaba una amorosa sonrisa al tiempo que pasaba con la cesta de la ropa planchada para guardarla en mi armario.

Tuve que luchar contra las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos y lo hice. No quería empañar ese emocionante momento en el que me reencontré con una Julia que parecía haber perdido para siempre y no, pues enseguida comprobé que vivía dentro de mí.

Mi felicidad fue total al ver que, poco a poco, y aunque en las primeras piezas me costó bastante, logré acompasarme con Kiara, quien me miraba complacida y más aún su padre, quien nos ovacionaba con palmas y silbidos al final de cada pieza.

Él, que solía estar bastante pendiente del móvil por motivos de trabajo, lo silenció en el instante que comenzó a sonar y no le prestó atención en ningún momento durante el largo rato que pasamos al piano, porque al final se nos fueron las horas.

Cuando nos levantamos del banco, la pequeña no se cortó.

—Me duele hasta el culo—soltó.

—Creí que era la única a la que le dolía, qué alivio—le contesté y su padre se puso bizco mirándome el trasero.

Capítulo 14



Ya estábamos solos porque la niña se había acostado tras la cena.

—Te diría que te pondría una copa, luego comenzaríamos a bailar muy cerca el uno del otro y el final ya sabes cuál sería. Te propongo saltarnos la primera parte—me sugirió tomándome de la mano.

Me dejé arrastrar por esa mano hasta su imponente dormitorio. Tras entrar en él, cerró la puerta. Allí, en la intimidad, descubrí a otro Ethan, a uno que me impuso mucho en las distancias cortas porque se notaba su mucha experiencia con las mujeres, aparte de que adoptó un rol que me hizo chorrear.

Llevaba un tiempo sin mantener relaciones y eso me tensaba aún más. Pero luego miraba sus labios y comprobaba que, mientras los suyos estuvieran cerca de los míos, todo marcharía bien.

Me besaba, me besaba con total intensidad y yo entrecerraba los ojos. No lo hacía del todo porque me encantaba contemplar el brillo del negro de los suyos mientras me desnudaba con la mirada.

Solo le conocía de pocos días, pero la tensión sexual entre ambos había existido desde el primer momento e iba a más. Sus manos comenzaron a retirar mi blusa mientras su sexo aprisionaba el mío. Notaba la presión y el efecto lubrificante que esta me producía. Sus manos eran grandes y fuertes, Ethan las conducía por todo mi cuerpo. Me apretaba, me pellizcaba, me hacía el amor con los ojos de antemano.

Tragué saliva. Estaba tan nerviosa que notaba cómo la temperatura de mi cuerpo subía varios gados de golpe y cómo la sangre se alborotaba en el interior de mis venas para terminar agolpándose en mis mejillas. El rubor era total en mí y más cuando me tumbó bocarriba y con sus dientes arrancó mis braguitas.

No estaba preparada para eso y por tal motivo no llevé hasta allí ninguna sexy, por mucho que me aconsejase Liz. Tampoco las tenía porque las que utilizaba con Jackson las tiré tras su marcha, ya que no deseaba que nada me lo recordase.

Daba igual, aquellas otras braguitas más cándidas también encendieron a Ethan de un modo

sublime, mientras que su sexo se alzaba valiente reclamando entrar en esa cavidad húmeda y caliente que le reclamaba.

Lo primero que introdujo fueron sus dedos y para eso me pidió que no chistara, que no objetase nada, que le dejase avanzar a su antojo. Supe que no me arrepentiría y lo constaté gracias a la maestría de esos dedos que hundió en mi sexo mientras que sus ojos los hundía en los míos.

Salió de mí un gemido de placer en ese instante en el que no dudó en moverlos en mi interior, en rozarlos con mis paredes, en tomarse unos segundos para analizar cuáles de esos movimientos me hacían jadear más mientras que mi piel se perlaba de sudor y mi lenguaje corporal le decía que estaba excitada al máximo.

Ethan era muy sexual y muy sensual, pero además es que esa actitud dominante en la cama me estaba haciendo derretirme por dentro mientras que él seguía con su movimiento de dedos al tiempo que sus labios se iban a mis pezones y comenzaba a succionar de ellos. En cada una de esas profundas succiones, sentía como si se llevase parte de mi vida y la fundiese con la suya. Y entonces noté esas contracciones que llevan inevitablemente al más feliz de los finales mientras que el corazón da botes en tu pecho y sientes que un calor infernal se adueña de ti.

Paró para ver cómo me corría. Creo que le resultó hasta tierno, a juzgar por la mirada que me dedicó. No era ternura lo que deseaba inspirarle ni mucho menos, si bien hay cosas que no están en la mano de una. El eco de mis jadeos retumbó en las paredes de la habitación y entonces decidió probarme. Para ello, me colocó encima de su boca a la par que me pedía que me deslizase suavemente sobre sus labios.

Mi esencia se iba desprendiendo poco a poco hacia su boca y él la paladeaba como si se la dispensase un cuentagotas y cada una de esas gotas le supiese a miel pura.

—Eres dulce—me indicó tras paladearme.

—¿Eso es un halago? —le pregunté nerviosa.

—Eso es una realidad—me respondió entonces mientras, bocarriba como él estaba, me tomó de los hombros para ir colándose en mí.

No había prisa en ninguno de sus sugerentes movimientos. De hecho, jugó a provocarme más y más deseo. Mi vagina le deseaba tanto como yo misma y entonces, cada vez que parecía que iba a entrar con la punta de su flecha tremendamente inflamada, se tomaba un respiró y salía de mi cavidad, provocando que le suplicase.

En una de esas, me tomó la delantera y por fin se coló en mí. Lo hizo llegando hasta lo más recóndito de mi sexo, recorriéndolo con lentitud y provocándome una fricción casi sobrenatural.

Mis gemidos salían uno tras otro de mi boca mientras él volvía a la carga con mis senos. Los

tenía a la altura de su lengua con tal de que se acodase y así lo hice. Entonces comenzó a lamerlos de un modo que me hizo estremecer. Apreté su miembro en mi interior y apartó por un segundo esos senos de su boca para lanzar un rugido que me sonó de lo más masculino y que aceleró ese nuevo orgasmo que estaba por venirme.

Me sentía muy sorprendida porque ya iban dos y no me consideraba una mujer demasiado sencilla a la hora de que me pasara. Tampoco estaba acostumbrada a que se recrearan tanto en mi cuerpo para lograrlo y aquel me supuso un gran descubrimiento.

Cuando estás habituada al sexo con una sola persona como me ocurría con Jackson, puede que sea maravilloso y lo es en muchos casos. El problema es que, si no es así, no tienes con qué comparar. Eso me ocurrió a mí en una noche en la que descubrí un nuevo sexo muy placentero, uno al que me estaba enganchando a cada minuto, pues no deseaba que el tiempo pasase.

Cuando me hube corrido en esa postura, salió de mí y me tumbó. Estaba muy fuerte porque se cuidaba mucho, aparte de que era tan grande que la sombra que proyectaba sobre mí me hacía sentir pequeñita. Y eso que no lo era, pues también soy alta.

Ethan jugaba con mi pelo mientras que su otra mano sostenía mi cadera al entrar en mí. Lo hizo de nuevo de una sola embestida, una muy certera que me provocó un inmenso gusto y más cuando una de sus manos se fue hacia mi clítoris y lo estimuló al mismo tiempo.

—Qué placer, qué placer—murmuraba mientras sacaba la más atractiva y varonil de sus sonrisas, esa que me indicaba que estaba tan encantado como yo por mucho que no tuviera su experiencia. Es más, diría que eso le ponía mucho más aún.

Ethan llevaba el control. Yo captaba todas sus indicaciones, para las que no utilizaba palabras, como esa con la que me pidió que le rodeara con mis piernas mientras se puso de pie. Lo hice y entonces me dio una nalgada que provocó que me mordiese el labio inferior debido a la mucha excitación que sentí… Una excitación que me llevó a correrme de un modo descomunal un poco después cuando, tras esa nalgada, llegaron varios más.

Me agarré a su cuello y hasta se lo mordí en el momento en el que reprimí el fuerte grito que hubiese dado de no haber nadie más en la casa, aunque realmente el dormitorio de la niña nos quedaba lejos y los del servicio no estaban ni en ese mismo ala.

Le sonreí mientras me pasaba la mano por la frente para retirarme el sudor. Le resultaba muy apetecible, tanto como él a mí irresistible. Volvió a besarme y me colocó en la cama, esa vez en la postura del perrito. Pensé que me penetraría y lo hizo, aunque no en ese justo momento. Para ese proyectó colocarse debajo de mí y volver a beber de mi sexo mientras que con sus manos pellizcaba mis senos hasta llevarme al límite.

Cuando le pareció que yo no podía más, entró en mí desde atrás, sujetando mis caderas con fuerza. Era normal que lo hiciese así porque de otro modo se me habría ido el cuerpo hacia delante debido al mucho ímpetu que mostró mientras me penetraba.

A él le llegó el clímax en esa postura y lo vi reflejado en el espejo mientras me retorcía de placer por ese nuevo orgasmo que también llamó a mi puerta. Y entonces caí exhausta en la cama y Ethan sobre mí.

A continuación me dio la vuelta y se quedó con su rostro a la altura de mi vientre. Le sonreí y me miró con gesto misterioso.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Mejor no—me contestó mientras volvía a recrearse en ese silencio que tenía mucho de cautivador.

Me sentía muy cansada y no me apetecía en absoluto moverme, aunque entendía lo que había entre nosotros y que esa no era mi cama.

—Creo, creo que ya debería irme—murmuré entonces envuelta entre las sábanas en un gesto inocente que sacó su sonrisa, pues ya me había visto hasta las amígdalas.

—Puedes asearte aquí si quieres—me ofreció su cuarto de baño.

—No es necesario, gracias. Lo haré en el mío.

—¿Tienes prisa? —me preguntó.

—No… Supongo que estoy un poco cansada.

—Ok, te acompañaré entonces hasta tu dormitorio.

—¿Bromeas? ¿Crees que me asaltarán por el pasillo? Además, ¿qué puede sucederme si Amelia no está en casa? —le pregunté bromista.

—No se lo tomes en cuenta, no es nada personal contra ti.

—Me alegra saber que entonces es contra todas las que traes a casa.

—No traigo chicas a casa.

—Ya, ¿y yo qué soy?

—Una excepción, eres una excepción—me dio una nalgada en el trasero mientras me disponía a caminar hacia ese dormitorio mío en el que me encontraría a solas tras un asalto sexual que me había deslumbrado.

A pesar de todo, me acompañó y eso causó mi risa.

—Y si ahora se levanta tu niña y nos ve tan juntitos a estas horas, ¿qué le decimos?

—Mi niña tiene el sueño a prueba de bombas.

—Vale, vale, pero vete ya por si acaso.

—Ok—me comentó mientras dio un salto conmigo y se coló en mi dormitorio, besándome—. Que sepas que me quedo con ganas de más—murmuró al tiempo que se marchaba.

Yo también me quedaba con ganas de más… De más sexo y de algo que me preocupaba; me quedaba con ganas de dormir entre sus brazos, por eso precisamente salí pitando de su dormitorio.

No debía perder la perspectiva. Ethan era un hombre estupendo, uno que me hubiese podido enamorar hasta las trancas (pese a que creía haber cerrado momentáneamente las puertas al amor). Pero también se trataba de un hombre rico y poderoso, de uno que jugaba en otra liga y del que, por tanto, no me podía enamorar.

Pensaba en todo ello mientras que mis ojillos se iban cerrando. El día siguiente sería Nochebuena y debería ponerme las pilas para celebrarlas como es debido.

Ellos se lo merecían todo. Me habían abierto las puertas de su casa y me estaban tratando como si fuese una más de su núcleo familiar. ¿Qué más podía pedirles a ese par de desconocidos que me habían dado la posibilidad de celebrar esas increíbles Navidades en el rancho más idílico del mundo?

La sonrisa se dibujaba en mi rostro, me sentía tan y tan contenta… Nunca me habría imaginado unas fiestas así, nunca hubiera pensado que un par de desconocidos rescataran del olvido mi espíritu navideño como ambos lo estaban haciendo.

Mi niña, mi preciosa Kiara era esa muñeca que parecía haberme traído Santa Claus, mientras que su padre era el artífice de un sueño tan sensual que me hacía temblar con solo pensarlo.

Capítulo 15



Escuché un cántico casi celestial por el pasillo y tuve claro que era Kiara quien avanzaba por él. Muy cuca, se paró delante de la puerta de mi dormitorio y siguió cantando para que la escuchase.

—*"Jingle bells, jingle bells, jingle all the way…"*

Me removí sobre el colchón. Estaba claro que la cría deseaba que me levantase y me encontraba muy cansada por el encuentro que tuve con su padre en la cama el día anterior y que aún me hacía estremecer con solo pensarlo.

—Buenos días, Kiara—le dije desde dentro.

—Buenos días, Julia, ¿puedo pasar?

—Claro, entra cielo.

Lo hizo muy contenta.

—Es que no sé si sabes que hoy es Nochebuena.

—Lo sé, cariño, lo sé muy bien. Ven, ¿quieres sentarte aquí conmigo y que te achuche? ¿Es eso?

—¡¡Sí!!

Lo hizo y le di un gran abrazo y mimos mientras nos reíamos. Entonces apareció su padre por el umbral de la puerta.

—Buenos días, papá, ¡¡hoy es Nochebuena!!

—Buenos días, hija, ¡¡y mañana Navidad!! —le anunció un poco payaso—. Buenos días, Julia —me miró con ojos penetrantes.

—Buenos días, Ethan—le contesté ruborizada.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —nos preguntó la niña.

—Nada, amor, ¿por qué dices eso?

—Porque se nota un rollito raro, no sé…

No solo era inteligente, sino tremendamente intuitiva para la edad que tenía.

—¿No te has puesto tu bata? Ve a por ella—le comentó su padre.

Nos dejó a solas y él se acercó, haciéndome una carantoña.

—Tu niña es un peligro en potencia, que lo sepas.

—Y no solo mi niña lo es—apreció.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que otras cosas son iguales de peligrosas y de sorprendentes—me comentó.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Yo creo que sí.

Ya la teníamos detrás y se calló. Los dos nos fuimos con ella hasta la cocina para preparar el desayuno.

—Yo me encargo de mi cacao, papá.

—Me parece bien, hija. Y yo del café para mí y para Julia.

—Ok, pues yo prepararé las tostadas.

—¿Y pones también algún dulce de los que preparó Amelia, porfi?

—Claro, aquí hay como para montar una pastelería. De veras que ha preparado mucha comida, como si se tratase de unas fiestas multitudinarias y somos tres gatos.

—Tres gatos dice, papá… Por cierto, que tengo que llevarla a ver la camada de gatitos también.

—¿Tenéis una?

—Sí, de una gata que vive suelta por el rancho. Es nuestra, pero no quiere vivir en casa, así que se escapó y se lo debió pasar pipa porque vino… Vamos, ya me entiendes, que ahora tiene gatitos.

Su padre y yo nos miramos y reprimimos la risa.

—Vale, lo veo bien. Pues iremos a verlos.

—Eso será antes de ir a montar a caballo. Nos coge de camino, ¿vale? Hoy no tenéis excusa. Ya está todo preparado para la Nochebuena.

—Razón no le falta. Y a mí me genera algo de temor, pero es algo que quiero hacer, Ethan.

—No temas. Estaré contigo y te escogeremos el caballo ideal.

Así fue. Me mostré muy temerosa en un primer momento, pero aquel animal era muy dócil y no solo él estaba muy pendiente de mí, dándome las oportunas instrucciones desde el suyo, sino también Kiara.

Al rato, ella ya comenzó a hacer verdaderas cabriolas y a alejarse un tanto.

—No me digas más. Por lo que están viendo mis ojos, también es una amazona increíble.

—Todo aquello en lo que se empeña le sale genial, ¿qué te puedo decir?

—Que no tienes una niña, sino una artista.

—Sobre todo, una artista en darme coba. En eso es inigualable.

—Si te dejas encantado, te tiene en el bote.

—Esa va a ser la cosa, que igual no es tan complicado tenerme en el bote—me miró fijamente.

—Oye, que estamos hablando de tu niña.

—Lo sé, lo sé…

—Ay, por favor, ¿no te da miedo? Mira lo que está haciendo.

—No puedo criarla con miedos, no lo hice nunca y ahí está el resultado.

—Lo veo, que la van a contratar como especialista para las escenas peligrosas.

Su padre galopó hacia ella y le pidió que tuviera un poco de prudencia.

—Ahora tú, ¡¡haz lo mismo que yo, Julia!! —me pidió viniendo hacia mí la cría.

—En eso estaba pensando, Hago lo mismo que tú y me parto hasta las pestañas.

—Que no, que yo te ayudo…

—Bastante he hecho con estar aquí montando a caballo, con haber vuelto al piano… Todo esto es un regalo para mí, chiquitina.

—Pues si esto te parece un regalo, espera a que llegue Santa Claus. Es muy generoso cuando pasa por casa.

La cosa quedó ahí y luego le pregunté a su padre, cuando ella fue a lavarse las manos para el almuerzo.

—¿Kiara todavía cree en…?

—¿En qué? —me preguntó haciéndose el tonto.

—Ya sabes, es que hemos estado hablando de la magia de la Navidad, de los regalitos, ¿para ella que los trae Santa Claus?

—¿Y quién si no podría traerlos?

—No me vaciles, que te lo pregunto en serio. No quisiera meter la pata en ningún momento.

—No me preguntes cómo lo descubrió. Es tan inteligente que lo sabe desde siempre, pero al serlo tanto, no me lo reconoce. Cree que así me ilusiona más, como si me tragara que ella no tiene ni idea.

—¡¡Joder!! ¡¡Sí que es lista!!

—No lo sabes tú bien. Menudo peligro que tiene esa enana.

—Tampoco es enana precisamente, que será bien alta.

—Para mí siempre será una enana.

—Eso también. Venga, pues vamos a almorzar.

—Y después descansaremos un poco, ¿te parece? Seguro que la de hoy será una noche larga y no quiero que te pille cansada.

—¿Cómo de larga? —quise saber.

—Es Nochebuena. Hay mucho que celebrar en el salón y…y en la cama—carraspeó.

—O sea, que lo de anoche no fue algo puntual…

—Por mi parte, desde luego que no. Estoy deseando repetir.

Capítulo 16



La tarde la habíamos pasado de nuevo cantando al piano. Incluso fui yo quien lo sugerí. Quería volver a cogerle el tono, practicar… Aunque para lo poco que me serviría cuando me fuese de allí… En casa de Liz no teníamos piano ni nada que se le pareciese, pero prefería no pensarlo.

Subí a arreglarme. No es que tuviese ropa de fiesta, pero sí un precioso vestido de punto en verde botella muy juvenil y favorecedor que, con los zapatos y complementos adecuados, me quedaba muy arreglado y me hacía figura.

Kiara también se preparó con un vestidito de cuadros escoceses de lo más fino, leotardos y zapatos tipo merceditas en los pies. Y su padre apareció en traje de chaqueta con la mirada puesta en nosotras dos.

—Estáis realmente preciosas—besó a su hija en la mejilla y tuvo el mismo gesto conmigo.

La cría tomó asiento y giré sobre mis talones para ir a la cocina. Entonces me habló en el oído.

—Tú estás deslumbrante, además.

—Y tú estás muy halagador—me volví.

—¿Solo eso? Qué pena.

—También estás guapísimo, ¿vale?

—Ya por ahí vas mejor. Si no me lo llegas a decir, pongo un puchero.

—Tienes más cuentos…

—Nunca he sido de cuentos, aunque puede que hasta comiencen a gustarme, fíjate.

—¿No se los cuentas a Kiara por las noches?

—Ya no, sabes que subo a darle las buenas noches, que le doy su beso, pero lo de los cuentos

ya no le va.

—Tu niña sabe más de lo que le han enseñado.

—Pero mucho más. A veces me da miedo.

—Que es una niña, no el muñeco diabólico—le sonreí.

Llegamos al salón con los entrantes y regamos la mesa completa. Amelia había preparado comida como si fuésemos a alimentar a un cuartel completo. Y la diversidad llamaba la atención.

—Qué mujer. Por cierto, ¿has hablado con ella?

—Sí, todo bien—carraspeó.

—Ha sido muy generoso por su parte lo de ir a cuidar a su prima.

—Siempre lo hace con sus familiares cuando lo necesitan—me comentó Kiara.

—Eso está bien.

—Sí, ella es así. Muy obsesiva, pero buena.

—¿Obsesiva? —le pregunté a Ethan.

—Claro, no tienes más que ver la cantidad de comida que ha preparado—añadió Kiara.

—Sí, a eso me refiero, que cuando le da por algo…

—Ah, vale—respiré aliviada y él me puso la mano encima del muslo como para que me tranquilizara.

Tras los entrantes, llegaron los platos principales. Y hablo en plural porque dejó preparados tres distintos.

—Esto es como un bufete libre, puedes elegir lo que te dé la gana. Hay restaurantes con una carta menos variada—apreció porque era así.

—¿Estás a gusto? —me preguntó Kiara.

—Mucho, pequeña.

—¿Son las mejores Navidades de tu vida?

—Desde luego, las mejores de los últimos años, seguro.

—¿Y las que pasaste con tus padres? —me preguntó, metiendo el dedo en la llaga sin pretenderlo.

—Kiara, por favor—le indicó su padre que se callase.

—No pasa nada, Ethan. Todo está bien. Pues mira, cariño—me dirigí a ella—, las que pasé con mis padres fueron fantásticas, lo que sucede es que esa etapa de mi vida quedó atrás.

—¿Atrás? Pero ellos no están en el cielo, ¿no?

—No, pero no los veo.

—¿Y eso cómo va a ser? —me preguntó con toda su inocencia.

—Porque a veces las personas somos muy bobas y hacemos daño a quienes más queremos. Y cuando el daño es mucho, es muy complicado echar marcha atrás.

—O sea, que metiste la pata con ellos y ahora no sabes cómo sacarla.

—Bien resumido.

—Pues no creo que sea tan complicado. Son tus padres—se encogió de hombros.

—Está bien, está bien, ¿quién quiere pavo relleno? —se metió su padre por medio para dar por zanjada una conversación que sabía que me dolía.

—¡¡Yo quiero!! —levantó ella la mano.

Fue el único momento espinoso en una cena maravillosa en la que se respiraba paz y buen rollo. Su compañía era un verdadero regalo y tras los muchos postres, nos pasamos a la zona de sofás con una bandeja de dulces y allí Kiara se levantó y nos dio un pequeño recital de villancicos que fue increíble porque su voz era prodigiosa.

—En este me tienes que ayudar tú, Julia—me pidió metiéndome en el ajo.

Lo hice con mucho gusto en los que me pidió y su padre, con una copa en la mano, nos miraba emocionado. Se le notaba feliz, en calma…

Esa noche la cría se acostó bastante tarde Estaba ya medio desfallecida cuando la llevó a la cama tras tanto cantar y bailar, porque tras el recital pusimos música y lo estuvimos dando todo en una improvisada pista de baile que preparamos.

—Venga, te llevo en brazos—la cogió.

—Sí, pero que venga también Julia a darme las buenas noches.

Me sobrecogió que me lo pidiese porque era un ritual de ambos en el que quiso incluirme. Miré a su padre, quien asintió encantado, y entonces no tuve ninguna duda de que debía ir con ellos. La dejamos tumbadita y ambos le dimos un beso de buenas noches.

—Os quiero mucho—murmuró antes de que saliéramos de su dormitorio.

Los ojos se me empañaron porque ese comentario por parte de la niña me llegó al alma.

—En el dormitorio de tu hija debe haber algo raro en el ambiente, te lo digo yo, porque mira cómo me ha puesto los ojos—le comenté.

—Sí, va a ser eso. Ven, vamos a arreglarlo.

Capítulo 17



Ethan me llevó con él al cuarto de baño de su dormitorio y allí me echó agua fresca en los ojos. Tras eso, se colocó detrás de mí, en la zona de los lavabos, mientras me presionaba el trasero con su miembro y me abría el vestido para mostrar mi desnudez delante del espejo.

Lo hizo con sus manos, tirando hacia ambos lados del escote del vestido y bajándolo. Yo respiraba con lentitud, gestionando la salida del aire de unos pulmones que notaba muy llenos al mismo tiempo que sentía que la tensión entre ambos subía de una manera meteórica.

Me di la vuelta y entonces me cogió por la cintura y me sentó en la enorme encimera de los lavabos. Solté un gemido y noté cómo se aceleraba. Me abrió las piernas, me terminó de retirar el vestido, echó hacia un lado mis braguitas, hundió sus dedos en mi sexo y luego, cuando más lo estaba disfrutando, me los acercó a la boca, haciendo que abriese los labios y que los lamiese.

El corazón me iba a toda velocidad. Entonces se agachó y sacó su lengua. Me separó los labios vaginales y comenzó a dar toques en mi clítoris para estimularlo antes de comenzarlo a succionarlo.´

Comencé a jadear más y más… no quería hacerlo muy alto, eran más bien unos gemidos sordos que salían de mi garganta y que se reflejaban en mi cara, esa misma que le miraba ardiente.

Él se mostraba concentrado, loco por darme placer, recorriéndome con sus manos mientras que mi sexo recibía las caricias de su lengua, todo él, puesto que del clítoris bajaba y entonces entraba en mi cavidad vaginal con la lengua, recorriéndola por dentro, llegando con su punta a darme un placer tal que me agarraba de su pelo, que sentía que iba a levitar en aquella encimera de la que me tomó para llevarme a la cama.

Me quedé bocarriba, implorando sus caricias, pidiéndoselas con la mirada y con ese gimoteo que tanto parecía gustarle. Me besaba y yo le rodeaba con mis brazos por el cuello. Sus dedos iban a tope en ese momento sobre mi clítoris, dibujando unos círculos que me arrancaban los suspiros hasta que el corazón me bombeó sangre a tope y me corrí.

Mi vientre, que permaneció en tensión hasta ese preciso instante, pareció desinflarse después,

y toda yo quedé laxa sobre la cama con los labios entreabiertos. Viendo cómo se desnudaba y dejaba sus atributos varoniles al aire, los tomé y me los llevé a esa misma boca.

Fue un gruñido lo que salió de Ethan en ese momento. Un gruñido que acrecenté al imprimir un movimiento más fuerte con mis labios, los cuales succionaban su miembro, impulsándolo hasta el principio de mi garganta mientras que mis manos lo masajeaban a placer, primero con una, luego con la otra y finalmente con las dos.

Se estaba endureciendo más en mi boca. Adopté otra postura, como si fuera un perrito, pero frente a él. Metió las manos por debajo de mi cuerpo y llegó a mis senos, los cuales pellizcó y retorció. El conjunto de lo que estaba sucediendo me ponía muchísimo. Tanto que la humedad salía desde mi vagina, la cual me ardía por el deseo. No tardó Ethan en retirarse de mi boca, y eso que parecía hipnotizarle lo que le hice con ella. Quería darme el mayor de los placeres y en ello estaba.

Me hacía estremecer al entrar en mí. Noté que me corría, que un río de lava caliente le envolvía en el justo momento en el que me penetró y en el que de mi boca salió un tremendo suspiro que ahogó con un beso.

Me amasaba el cuerpo al completo con sus manos, se notaban las ganas que tenía de recorrerme, de degustarme, de demostrarme que cualquiera de los movimientos por su parte estaba destinado a hacerme gemir hasta la saciedad.

Siguió dentro de mí sin olvidarse de mis senos, de ese juego con mis pezones que me hacía delirar de gusto. Notaba que me ardía el cuerpo al completo, que con Ethan parecía entrar en combustión espontánea, que no se me ocurría ningún otro momento en el mundo que pudiera mejorar aquel, no al menos en el terreno sexual.

Su sexo parecía explorar cada milímetro de mis entrañas. Me removía para él y me hacía gestos con sus manos para que estuviese tranquila mientras entraba tanto en mí que tenía la sensación de que podría perforarme. Pero no, tan solo sentía placer… Un placer indescriptible, un placer que me abrasaba, un placer que provocaba llamas en mi interior.

Cuando hubo terminado, cuando llegó al clímax no sin antes habérmelo provocado a mí varias veces, nos quedamos abrazados.

De nuevo la situación de la noche anterior. Y de nuevo debía irme a mi cama cuando solo tenía ganas de quedarme allí, de que sus brazos me rodearan y de que fuesen sus últimos besos nocturnos los encargados de conducirme al sueño.

Me quedé mirándole. Nada le diría al respecto. Hay cosas que no se piden y esa era su cama, así que me dispuse a levantarme unos minutos después, y entonces me tomó por la muñeca.

—Quédate, por favor—me pidió.

—¿Quieres que me quede?

—Sí, hazlo.

Ni siquiera le respondí con palabras. Me ahuequé en su pecho y respiré profundamente. Hacía mucho que no dormía acompañada, pero mucho más que no dormía sintiéndome amada. Y lo necesitaba.

Mi carencia de cariño era evidente. Me había quedado muy sola en el mundo. Mis malas decisiones me condujeron a un callejón sin salida, a un callejón oscuro al final del cual me había encontrado con Ethan, el cual parecía querer darme luz.

Me agarré a su cuerpo, suspiré, me dejé rendir por el cansancio. No quería pensar, solo quería sentir. Y al lado de aquel hombre lo estaba haciendo.

Noté que seguía despierto mientras me iba durmiendo. Noté que no me quitaba ojo de encima, pese a que la luz estaba apagada. Noté cosas que ya tenía olvidadas y me dormí sonriendo, porque eso es posible, ya que todo lo es cuando la maquinaria del corazón se pone en marcha, y el mío iba a tope.

Capítulo 18



Día de Navidad y me levanté de puntillas para ponerles un par de detallitos que les había comprado en un descuido la tarde que estuvimos en el mercadillo navideño.

No tenía apenas dinero, así que eran un par de calcetines para cada uno, muy calentitos, pero que les entregaría con todo mi amor. A él le había escuchado levantarse un rato antes. Sin duda, iba a hacer de Santa Claus.

Me di la vuelta para volver a la cama y me lo encontré de frente.

—¡¡Qué susto!! —exclamé.

—Oye, que también vivo aquí.

—¿No me digas? Qué desilusión. Y yo que creí que el rancho era mío.

—¿Quieres que lo ponga a tu nombre? Pero si me prometes no echarme.

—Entonces serías mi ocupa, mi atractivo ocupa.

—¿Te parezco atractivo?

—Más o menos—le vacilé.

—Me encantaría terminar de convencerte, pero no es momento, ¿la despertamos?

—¡¡Vamos allá!!

Kiara era dormilona como ella sola. De día, su actividad era frenética, pero cuando las pilas se le terminaban necesitaba recargarlas con ganas.

Ambos nos acercamos a su cama y la besamos, cada uno por un lado de su carita. Entonces abrió los ojos y nos abrazó.

—¿Ya ha llegado Santa Claus?

—Eso parece. Hizo su trabajo, no es tan perezoso como tú.

—Yo también tengo hecho el mío. He sacado sobresaliente en todas las asignaturas.

—¡¡Toma ya!! Con lo que me costaban a mí los estudios—resoplé.

—¿Sí? Pues si quieres, te doy clases.

—Ya lo que me faltaba. Anda, levántate, a ver con lo que se ha dejado caer el barbudo.

Eran muchos los regalos que su padre tenía allí colocados, así que ella se desperezó, se levantó de un brinco y salió corriendo.

—Me levanto así y me da un mareo que me tienen que ingresar—le comenté a su padre.

—Pues yo creo que te levantas muy activa—me dio una nalgada.

—No más que tú—le lancé un beso.

Entramos en el salón y ya estaba abrazada a los paquetes, los cuales llevaban su nombre.

Comenzó a desenvolver y había de todo: juegos de mesa, libros que había pedido a tutiplén, ropa, perfumes ¡¡y hasta un karaoke!!

—¡¡Luego cantaremos todos, papá!!

—Me parece bien. Ya tenemos plan para esta tarde.

—¡¡Es todo precioso!! Me ha encantado. Dale las gracias a Santa Claus de mi parte—le guiñó un ojo.

—Madre mía lo que sabe esta niña. Kiara, al lado de todo eso lo mío es un poco ridículo, pero al menos Santa Claus te dejó algo de mi parte.

—Nada es ridículo cuando es de corazón—me contestó ella abriendo los brazos.

—Esta niña me produce alergia. Menudo picor en los ojos—les comenté, sacando sus sonrisas.

Desenvolvió sus calcetines y le encantaron. Se le notó en la cara que así era.

—¡¡Gracias!! ¡¡Qué chulos!! Ahora mismo me los coloco.

—Toma ya… Qué suerte tienes, Kiara—señaló su padre.

—Pues no te creas que tienes menos. También hay calcetines para ti—le indiqué.

—¿Para mí? Pues sí que tengo suerte, sí. ¿A ver?

Le di su paquete y lo abrió también con emoción.

—Gracias, de verdad. Me gustan mucho, me los voy a colocar como ella.

—Ya ves, un millonario recibiendo unos calcetines, ¿no parece un chiste?

—No, parece un sueño si vienen de tu parte. Y si te ha sonado cursi, de aguantas, no lo hubieras hecho.

Se sentó a colocárselos y la niña vino con ellos puestos también.

—Papá, ¿y para Julia no hay nada? —me miró con cierta pena.

—Es que no vivo aquí. Piensa que soy vuestra invitada.

—Eso no tiene nada que ver. Santa Claus lo tiene todo en cuenta.

—Me parece que es cierto—añadió su padre sacando un regalo más de debajo del árbol.

—Ay, madre, ¿y esto por qué?

—Esto por haber venido a hacer más mágica nuestra Navidad.

Lo abrí con evidentes nervios y se trataba de una pulsera que era una auténtica joya, y nunca mejor dicho. Una maravilla, finísima y súper elegante que quedaba perfecta en mi muñeca.

—Esto es demasiado, de verdad.

—Ni se te ocurra derramar una lágrima, que no quiero pensar en que también yo te dé alergia.

—Pues se la darás. Si se la doy yo, se la darás tú, papá, porque somos muy parecidos.

—Espero que no, me encanta tenerte cerca—murmuró en mi oído en ese momento.

—Esta pulsera a cambio de unos calcetines. No sé si te trae cuenta. ¿De verdad eres un hombre de negocios?

—Y de los buenos—intervino la peque—, aunque en estos días lo noto más tranquilo con el teléfono. Va a ser que la Navidad es mágica, sí. O igual la magia nos la has traído tú, Julia.

—¡¡Va, va!! ¡¡Que al final me haréis llorar!! Vamos a sacar el pastel navideño que nos dejó Amelia, que es una preciosidad.

—¿El que tiene forma de casita de chocolate? Es mi preferido. Me lo hace todos los años.

—Ella tiene un pastel preferido para cada fecha especial, ¿sabes? Y Amelia siempre se lo prepara.

—Adora a Kiara, se nota. No como a mí, que no me puede ver.

—Sí que te puede ver, no digas eso.

—Ya, si puede verme es porque aspira a echarme de aquí subida en una catapulta.

—¿No me digas? No tenemos de esas, esto no es un castillo.

—Pues por poco. Madre mía, cómo vivís los ricos…

Sacamos la deliciosa tarta en forma de casita. Desde luego que esa mujer podría ganar cualquier concurso de chefs de la tele y además hacer que los demás cogieran una depresión.

Pasamos el resto de la mañana dando un paseo por los exteriores hasta la hora del almuerzo.

—Allí están los gatitos—nos señaló cuando volvíamos porque vio correr a la madre y supo que los peques no estarían lejos—. ¡Ven, Julia!

Salí corriendo de su mano. Él venía detrás. Efectivamente, la gata nos llevó hasta donde tenía a su camada.

—Ten cuidado, porque se pone a la defensiva con los desconocidos.

—Es normal, teme por sus peques.

—Es bonito tener una madre que te cuide, ¿verdad? —me preguntó Kiara.

—Sí que lo es, cariño—el alma se me cayó a los pies.

—Tú podrías ser la mía, ya te lo dije.

De nuevo esa reacción de tener algo en los ojos y más al ver cómo cogía a los gatitos, tan amorosa, y me los iba pasando.

—Nala—le habló a la gata, a quien llamaba así—. Ella se llama Julia y es buena, no les hará nada a tus pequeños. Confía. Yo lo hago.

Capítulo 19



Durante el almuerzo navideño, Kiara nos estuvo contando que quería ser veterinaria de mayor.

—Pero si hace poco querías ser profesora, hija, ¿ya has cambiado de opinión?

—Sí, porque los animales me encantan y cuando los veo tan indefensos como a Nala me da penita.

—Nala es una gatita muy valiente y fuerte. Se sabe defender.

—Ya, y vive aquí. Fuera, pero aquí, en el rancho.

—Recuerda que nunca ha querido vivir dentro. Ahora bien, la vamos a esterilizar, eso sí.

—Vale, pues entonces disfrutaré de los gatitos más, porque no vendrán otros. Esta es su casa. Todo el mundo debería tener una. Cuando sea veterinaria, ayudaré a los animalitos callejeros.

—Por cierto, hablando de ayudar, recuerda que tenemos que pasarnos por el comedor social para echar una mano.

—Es verdad, me lo apunto.

—¿Y eso? —les pregunté.

—Papá organizó un comedor social en el pueblo para los sin techo. Y en estos días de frío se sirven más comidas que nunca porque la gente necesita algo calentito que comer. Además, que es Navidad y siempre preparan comidas más ricas.

—¿Lo financias tú?

—Sí, es lo menos que puedo hacer, hay gente que lo pasa muy mal.

—Pues sí que la hay—suspiré.

Ese gesto por su parte me llamó más la atención de él. Conforme lo iba conociendo me daba

cuenta de que se trataba de una persona con muchos valores y encima como hombre me dejaba sin respiración con solo mirarme.

La tarde la pasamos en casa. La niña montó el karaoke ella solita y nos invitó a cantar.

Comenzó ella por Taylor Swift y después seguimos nosotros por otras más míticas de rock. A mí me encanta Bon Jovi y no me resistí a cantar un par de canciones de él.

—Papá, y ahora tú por ese señor mayor que cantaba tan bien, ¿cómo se llama? Si tú cantas por él a veces en la ducha.

—¿Señor mayor? ¿Uno de tu época? —le piqué.

—¿Perdona? Estamos hablando de Frank Sinatra, vamos a dejar el temita de la edad a un lado.

—Bueno, si quieres esta noche lo discutimos.

—Yo te diré dónde—me comentó en el oído.

Ya me lo imaginaba y me estremecía con solo pensarlo. El sexo con él me resultaba fascinante y me pasaba el día pensando en cómo sería la siguiente vez que estuviésemos juntos.

Cantó el mítico "A mi manera" de ese monstruo de la música que es Frank Sinatra y le hicimos los coros la peque y yo, con mucho sentimiento.

—Gracias, gracias, mi querido público—hacía reverencias cuando acabó.

—Papá, Nala está en el poyete de la ventana, qué raro.

—¿Nala? Pues es cierto, hija, si nunca viene por aquí.

—No, porque teme que la metamos en casa. Sí que es raro.

—Vamos a ver qué quiere. Seguro que nos lo sabrá indicar.

—Sí, porque si hablara, sería más lista que mucha gente. Lo es ya—observó la peque.

Abrimos y, ciertamente, el animal quería que la siguiésemos. Había comenzado a lloviznar y nos llevó hasta el lugar en el que dejó a su camada a salvo de la lluvia.

—Nos señala a este gatito, parece que no está bien.

—Es verdad, está como dormido—lo cogí con cuidado y Nala me lo permitió.

—¿No se habrá muerto, verdad? —me preguntó la niña con lágrimas en los ojos.

—No, pero no está bien.

—Vamos a llevarlo al veterinario. Voy sacando el coche…

Parecía estar resfriado y tener fiebre. Lo más gracioso fue que, al vernos subir al coche, la madre se debatió entre subir también o quedarse con el resto de los gatitos.

—Quédate con ellos, que nosotros nos encargamos del malito—la acarició Julia y pareció entenderla.

El veterinario nos confirmó que era un fuerte resfriado y que se lo podía llevar por delante, de manera que tomamos buena nota de la medicación. Al volver a casa, nos fuimos a buscar a Nala y, por primera vez, el animalito accedió a entrar en la casa con sus pequeños, comprendiendo que al chiquitín le vendría mejore estar guarecido.

—Se llama Chocolate por su color, les puse nombre a todos. Con uno así de bonito, no le puede pasar nada malo, ¿verdad? —me preguntó.

—No, cariño, claro que no.

—Es que hay cosas que no comprendo, porque todas las mamás deberían ser tan buenas como Nala y a sus hijitos no deberían pasarles más que cosas buenas.

—Y así será, preciosa mía.

Le dimos toda su medicación y estaríamos muy pendientes. A Kiara eso de asumir responsabilidades le encantaba, era una niña estupenda.

Esa noche no hubo sexo porque, dada su mucha preocupación por el gatito bebé, nos quedamos todos a dormir en los sofás para estar pendiente de él. Nala parecía agradecérnoslo y para Julia era importante, así que lo hicimos. No obstante, él me abrazó para dormir y murmuró en mi oído cosas que me estimularon más que el sexo.

—Tenía planeado algo más para esta noche, pero igualmente es perfecta. Estar así contigo lo es—me comentó.

—Y contigo—le respondí.

Seguía sin saber dónde me llevaría nada de aquello. Igual a un agobio infinito al final de las Navidades. Por cierto, que al día siguiente llamaría de nuevo a Liz para saber qué tal las había pasado. Era mi única familia, la mujer que me había acogido en los últimos meses fue mi tabla de salvación y le debía mucho, aunque también notaba que le debía mucho a los Astor, a Ethan y a su hija.

Capítulo 20



—¡¡Está bien!! ¡¡El gatito está bien!! —escuchamos los gritos de alegría de Kiara de buena mañana.

Abrimos los ojos a la vez, su padre y yo tardamos en dormirnos la noche anterior, entre miradas y confidencias en el sofá, y por eso nos mostrábamos somnolientos.

—Me alegro mucho cariño.

—Es que somos las caña los tres juntos—chocó los cinco conmigo.

—Eso parece.

—Opino igual, aunque lo veré todo más claro con un café, ¿quién quiere?

—¡¡Yo!! —levantó la mano del tirón Kiara.

—Sí, lo que te faltaba a ti es tomar café, hija.

—Papá, que eso se lo dijo Gio también a Alana…

—Oye, ¿tú siempre tienes a esa niña en la punta de la lengua?

—Es que es un puntazo de niña.

—Pues entonces lo mismo que tú—la cogí en brazos para jugar con ella.

Desayunamos muy contentos por la mejoría del gatito, que era evidente. Ya estábamos a día 26.

—Hija, pues como la cosa ya está más clara, deberíamos ir hoy al comedor social, ¿te parece?

—Me parece genial, papá. Julia, ¿vas a venir?

—Claro, me encantará echar una mano.

—Sí, hay muchos voluntarios, pero cuantos más seamos, mejor.

De veras que fue toda una experiencia al poder comprobar con mis propios ojos la labor que hacían con los más desfavorecidos. Pasaban por allí a menudo y eso hacía que todos conocieran a Kiara y la saludaran con mucho cariño.

A ella tampoco se le caían los anillos. Se colocó un mandil que le quedaba bien largo y comenzó a servir comidas de las bandejas. Encogía el corazón viendo cómo trataba de animar a la gente.

En ese momento Liz me devolvió la llamada que le hice un rato antes y que no pudo atender.

—Buenas tardes, cariño. Que ni me enteré antes con el jaleo que tengo en casa.

—Bendito jaleo, ¿no, Liz?

—Y que lo digas, hija. Estoy muy contenta, ¿y tú?

—Súper contenta también. Me lo estoy pasando genial.

—Cuánto me alegro, ¿y cómo va la cosa?

—Qué cosa, no empieces—me había salido fuera a hablar, menos mal.

—Con ese hombre, ¿ya ha habido tema?

—Pues sí, pero no significa nada.

—Eso ya lo veremos, por algo se empieza.

—Que no, ¿te imaginas?

—Yo me lo imagino todo y más ahora, que vuelvo a creer en los milagros de Navidad.

—Por la visita tan inesperada de tu familia, claro.

—En realidad es por algo más y eso me temo que te afecta a ti, cariño.

—¿A mí? No te entiendo muy bien.

—Es que resulta que mi hija me ha ofrecido que me traslade definitivamente a Berlín a vivir con ellos.

—Pero ¡¡eso es maravilloso!!

—Verás, no es la primera vez que me lo ofrece y siempre le contesté que a mí no se me perdía

nada en Berlín, pero claro, no estaba tan vieja y achacosa.

—Tú no eres vieja, no digas eso.

—Qué va. Entonces es solo que tengo un porrón de años, solo eso.

—Así que aceptas su propuesta. No te imaginas cuánto me alegro por ti.

—Es que resulta que me ha contado que se ha separado de su marido, por eso él no ha venido. Ya llevaban tiempo dando tumbos, por lo visto, y no me quiso contar nada.

—Otra sufridora como tú.

—Y como tú, estamos apañadas las tres. Ahora me necesita, lo sé. Y yo a ella.

—No tienes que excusarte. Me parece la mejor de las ideas del mundo.

—Pero eso te influye porque voy a vender mi casa. No tiene ningún sentido que la deje cerrada.

—Lo entiendo perfectamente—le contesté con un nudo en la garganta.

—¿De verdad, hija?

—Totalmente de verdad. ¿Y cuándo te marchas?

—En breve. Te avisaré antes porque tendrás que recoger tus cosas. Me da mucha penita por ti.

—Y a mí mucha alegría por ti. Te lo digo con el corazón en la mano.

Entré de nuevo en el comedor y Ethan me lo notó enseguida.

—¿No está bien Liz?

—Liz está mejor que nunca.

—¿Y entonces?

—Entonces es que me acabo de convertir en una sin techo más—le comenté mirando al resto —. Se marcha a vivir a Berlín con su hija y sus nietos.

—¿Y crees de verdad que ese es un problema?

—Para mí es uno gordísimo.

—Pues para mí es un alivio total porque quería pedirte que te vinieras a vivir conmigo y esto

te animará a hacerlo.

—¿A vivir contigo? ¿De qué me estás hablando? Si hace unos días no me conocías…

—Y ahora te conozco lo suficiente como para saber que no me estoy equivocando.

—A ti no te funciona la cabeza.

—Mientras me funcione otra parte de mi cuerpo y te tenga contenta…

—Te juro que estás totalmente loco.

—Por ti. Si es mi culpa, que baje Dios y lo vea, ¿qué me contestas?

—¡¡Que sí!! ¡¡Que sí!!

Me besó y todos nos miraron. Él despegó sus labios de los míos y les habló.

—Amigos, tengo una maravillosa noticia que daros…

—¡¡Que se han hecho novios! —escuchamos chillar a Kiara por detrás con el cazo de las alubias en alto, tan contenta que no se dio cuenta de que se le estaba volcando y le puso el pelo de pena.

Sería lo único, porque todo lo demás fue alegría en un mediodía en el que terminamos almorzando con todos ellos. Era lo que más me gustaba de compartir la vida con un hombre que, pudiendo estar aquel día en cualquier otro lugar, estaba velando porque comieran los pobres.

Desde ese punto de vista, no éramos tan distintos y, si lo éramos, ya lo iríamos arreglando porque si algo parecía cierto era que, por muy distinto que me resultase su mundo, se moría por integrarme en él.

Capítulo 21



Aquella tarde nos fuimos a patinar a una pista sobre hielo que había no lejos de su casa, de esa en la que ¡¡me quedaba a vivir!!

Era la primera asombrada, una locura total. Sin embargo, la vida me había dado sorpresas tan amargas en los últimos tiempos que bien me merecía una así de magnífica.

—Al final sí que vas a ser mi mamá—me decía emocionadísima la niña mientras marchábamos por la carretera.

—¡¡Es que te como esa cara a ti también!! —le chillé.

—Tú te lo comes todo—me soltó inocente y su padre me miró con una sonrisilla que lo fue bastante menos.

Llegamos a la pista de patinaje con ganas de pasarlo genial. La peque se luciría como siempre, aunque no lo hacía por eso, obviamente, sino porque se lo pasaba muy bien allí.

Por mucho que me hubiese imaginado, Kiara estaba por darlo todo más todavía. Me quedé alucinada con las primeras piruetas que hizo y hasta me llevé las manos a la boca porque era cierto eso de que mi naturaleza sufridora me pasaba factura a veces.

—Esa niña se nos va a descalabrar y yo le estoy cogiendo un poquillo de cariño—le comenté a su padre.

—Tranquila, que sabe lo que hace.

—Oye, y esa mujer la está mirando demasiado, ¿no te parece? A ver si nos la va a querer secuestrar o algo. Me está dando miedito, es que no aparta la vista de ella—le señalé a una que le clavó la vista.

—No, no te preocupes.

—Muy confiado te veo, mira que luego pasan las cosas que pasan y es que no lo quiero ni pensar.

—En menuda madraza te vas a convertir tú.

—A la fuerza. Si me habéis traído secuestrada a este rincón navideño de cuento que ha comenzado por el final feliz.

—¿Así te sientes?

—Muchísimo, todavía no me creo que este enredo sea real. Pero mira a esa mujer, que no para de observar a la niña. Le voy a cantar las cuarenta.

—Tranquila, que voy yo—me apartó.

—No, no… Que se las canto yo, ¿no quieres que sea su madre? Pues allá que voy.

Mirad que la mañana no estaba precisamente calentita, pero yo sí. Y hasta me remangué para dirigirme a ella.

—No, por favor, espera—me comentó tratando de retenerme en vano porque me dirigía como una exhalación hacia ella.

Ni caso le hice. Me zafé y llegué corriendo.

—Perdona, ¿tú qué buscas de esa niña? Y sí, no me mires con cara de panoli, que sabes muy bien a qué niña me estoy refiriendo. A esa misma que estás mirando con cara de secuestradora.

—¿A Kiara? —me preguntó un poco asombrada, aunque para asombro el mío, al ver que la conocía.

—¿La has estado siguiendo? ¡¡Confiesa!! —le grité dando un par de pasos hacia ella.

—Perdónala—le comentó entonces con mucha tranquilidad Ethan, quien ya había llegado hasta nosotras.

—¿Que me perdone? ¿Es que a ti se te caen los huevos o qué? ¡¡Que te la quiere secuestrar! —le advertí.

—Que no soy una secuestradora.

—Y entonces, ¿qué eres? ¿Una terrorista? Te pienso cachear por si llevas una bomba. Y te prometo que como sea así, ¡¡te la comes!!

Me iba hacia ella y él que me sostenía.

—Por favor, Julia…

—Ni por favor ni leches, que se está poniendo muy buen puesta y oculta algo. La voy a coger

por los pelos y no le quedará ni uno. La gorrita esa con visera que me lleva, la pierde.

Me cogió en el aire y hasta se llevó una patada en la rodilla. Y no le llegué a las partes nobles de milagro. La otra dio un salto para atrás que ni en las olimpiadas. Y entonces él me habló.

—Por favor, que es Harmony, la profesora de patinaje sobre hielo de Kiara.

—¿Y eso cuándo me lo ibas a contar?

—Si es que no me has dado la oportunidad, cariño.

—¿Es tu pareja? —le preguntó la chica.

—Sí, te presento a Julia. Es mi pareja y, como has visto, la guardaespaldas de Kiara.

—No sé qué decir, ¿y tú por qué no te has identificado? —le pregunté.

—Porque me has dejado alucinada. Desde luego que a Kiara le ha salido una buena defensora, ¿amigas? —me ofreció.

—Vale, pero te has librado de quedarte calva como una bombilla de milagro. Me llego a sospechar un poco más que le ibas a hacer algún daño a la niña y te sacan de aquí en ambulancia.

—Ya lo veo, ya… Y eso que venía a traeros buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —le preguntó él.

—Sí. Verás, es con relación al campeonato que se celebra a comienzos de año—le explicó ella.

—Pero ese es para chicas mayores que mi hija, ¿verdad? Kiara muere porque le llegue el turno de competir en él, aunque ya le expliqué que como mínimo le faltan un par de años.

—Pues va a ser que no, Ethan. Les hablé a los jueces de ella, les enseñé un vídeo con su nivel, ¡¡y harán una excepción!! Siempre que lo autorices, claro.

—Es que si no lo autorizo seré yo quien se quedará calvo. Mi hija me tira de los pelos, vaya.

—No, no, que eso sería una pena. Con el pelazo que tienes—resoplé porque ese hombre me ponía una barbaridad.

Él me miró con sonrisa picante y ella prosiguió.

—Verás, Ethan. El caso es que me tendría que llevar a Kiara cuatro días a mi centro de alto rendimiento. Necesito que practique con las mayores, que adquiera algo de picardía y que se prepare para la competición. Te la devolvería para Fin de Año, el mismo 31 tras el ensayo de la

mañana.

—Lo veo bien. Si ella quiere, todo correcto.

—¿Si ella quiere? Por ahí viene. Y para mí que va a querer—le comenté porque sabía mucho e intuía que hablábamos de ella.

—Hola, Harmony, ¿has venido a verme patinar? —se acercó a ella y la abrazó.

—He venido a algo mejor, pero eso le compete contártelo a tu padre.

—No, no, por favor, haz tú los honores.

—No, tú…

—Vaya par, menuda pompa que le estáis dando, ya se lo cuento yo… Kiara, ¡¡que te vas a competir con las mayores!!

No me esperaba su reacción, porque se echó a llorar a moco tendido.
—Cariño, que si no te gusta no, ¿eh? Que no hemos dicho nada. Les digo a estos dos que chitón y punto.

—Si no es eso, ¡¡es que es un sueño, Julia!!

—¿Y entonces por qué lloras? ¡¡Ven aquí!!

Qué fácil es hablar cuando lo cierto es que yo era la primera que estaba allí, llorando sin poder parar al verla.

—Me habéis hecho la niña más feliz del mundo, de verdad. Es demasiado…

—Nunca es demasiado, cariño, es lo que tú te mereces—le di besos por toda su carita y su padre nos abrazó a las dos.

Capítulo 22



—Nala, no me iría si Chocolate no estuviera ya bien, pero como está mucho mejor…— acariciaba a la gatita, quien seguía viviendo dentro de la casa. Hizo falta que uno de sus pequeñines estuviera mal para convencerse sola.

—Tranquila, que no le faltarán cuidados—le comentó su padre.

—Julia, ¿me ayudas a hacer las maletas? —me pidió.

—¿Cómo las maletas? —le preguntó él—. Hija, que solo te vas cuatro días, por el amor del cielo.

—Pero me voy con las chicas mayores y ellas llevan ropa muy chula, papá. Tengo que estar a la altura.

—¿Quieres patinar o hacerte *influencer*?

—Eso último no estaría mal. También me lo apunto para cuando sea mayor.

—¿No vas a ser veterinaria?

—También, también, yo quiero serlo todo.

—Vendes vitalidad, Kiara—le comenté.

—Pues entonces también seré vendedora. Vale, me lo apunto.

La ayudé con su equipaje. Se iba eufórica. Estaba tan y tan contenta…

—Me voy muy feliz, Julia—me comentó mientras lo iba metiendo todo poco a poco en la maleta, porque al final la convencimos de que con una le valía. Eso sí, escogió la más grande.

—Eso es porque vas a cumplir un sueño, ¿a que sí?

—Dos, en realidad dos. Participar en el campeonato y tener una madre por fin—me confesó y

se vino hacia mí.

Sabía que era solo cuestión de tiempo que me comenzase a llamar mamá. Con mi edad, nunca me habría visto con una niña de la suya, pero con Kiara todo era posible porque esa pequeña sabía hacer magia.

Bajamos a cenar y Ethan ya lo tenía todo preparado. Kiara hablaba por los tres y su padre estaba contentísimo de verla así de dicharachera. La miraba a ella, luego me miraba a mí y la felicidad se le desbordaba en el rostro.

Ambos subimos a continuación a darle las buenas noches. A la chiquitina le esperaban cuatro días de duro entrenamiento, porque en realidad no se iba a ninguna fiesta. En el centro tendría que entrenar como la que más, si bien eso no era algo que en absoluto le importase. Más bien todo lo contrario, ya que se sentía muy satisfecha por ello.

—Gracias a los dos por ayudarme en todo—nos comentó.

—Gracias a ti por ser como eres, mi amor—le habló su padre.

—Y a ti por haberme educado así y a Julia por venir a vivir con nosotros. Estoy muy contenta.

Cuando cerramos la puerta de su dormitorio, yo llevaba los ojos empañados.

—Es demasiado, aún no me creo todo lo que me está sucediendo—le comenté.

—Pues es hora de que lo vayas asumiendo. Tengo una idea en mente que espero que te entusiasme, porque a mí me hace mucha ilusión.

—Miedo me da contigo.

—Pues a mí me da miedo sin ti—me abrazó.

—Dime, ¿qué es eso que tienes pensado para nosotros?

—Un viaje… Tenemos cuatro días por delante y solos. Quiero desconectar del trabajo y hacerlo contigo.

—¿Cuatro días para disfrutar solita de ti y por el mundo? No sé si me compensa. Espera, que lo voy a pensar…

—Pues no te lo pienses mucho, que el tiempo apremia—me dio una nalgada.

—Quizás sí que me compense—le abracé con tremendas ganas, sabiendo que con ese viaje se cumpliría otro de mis sueños.

—No lo dudes… Tengo una idea concreta. Quizás te pueda parecer un poco osado porque no

está cerca, pero en avión son solo unas horas de vuelo. La niña se va al amanecer y nosotros podríamos salir de inmediato también.

—Déjate de tanto misterio y dime qué es lo que tienes pensado.

—Nueva York, quiero que volemos a Nueva York.

—Guauuu, cómo os las gastáis los ricos. ¿Sabes que no he ido nunca? —le pregunté.

—No, eso debe ser una invención tuya para darle mayor emoción al asunto.

—Que no. Que he viajado mucho con mis padres de pequeña y de jovencita, por Estados Unidos y por el extranjero, pero una vez que íbamos a ir a pasar las Navidades a Nueva York, mi padre cayó enfermo con apendicitis y se nos jorobó el viaje. Y luego, con Jackson, como que nunca me moví demasiado. Mi vida se quedó en pausa.

—Pues ya es hora de darle al botón *de play*—me comentó mientras sus dedos ya estaban en el interior de mis bragas.

—Ya, lo que sucede es que ese botón que estás tocando no es de *play* exactamente, espero que seas consciente—le advertí entrecerrando los ojos.

—Contigo prefiero comportarme como un inconsciente.

—Ya lo veo, ya… Pues sigue, por favor, que me está poniendo mucho tu inconsciencia.

Por supuesto que siguió y eso que teníamos que madrugar mucho. Por eso aquella noche la función duró menos.

Eso sí, cuando terminó, me abrazó fuerte y me susurró una vez más la enorme ilusión que le producía viajar conmigo al día siguiente a esa ciudad en la que nos esperarían nuestros primeros días en solitario. Adorábamos a Kiara, pero la idea de pasar tiempo a solas nos resultaba también de lo más seductora. Quería que las horas volaran y lo hicieron porque cuando vine a caer en la cuenta ya había amanecido y Ethan me estaba despertando con un beso en los labios.

—Levanta, mi amor, Nueva York nos espera—me comentó.

Capítulo 23



No tuvo demasiado problema por no decir ninguno. Ni siquiera se me ocurrió pensar en ningún momento que contara con un avión a su disposición para volar hasta Nueva York. Se trataba de uno que adquirió para su empresa y que usaba a su antojo de modo personal, como no podía ser de otra manera.

—¿Un vuelo privado? Ahora sí que me has dejado muda—le confesé.

—No sea incoherente. Si estás hablando. Además, que me gusta que le des uso a tu lengua, de todos los estilos—me sonrió con picardía.

No imaginaba que lo haríamos en aquel mismo avión. Me refiero a hacer el amor. Menuda sorpresa la que me llevé cuando, una vez iniciado el vuelo y tras servirnos un copioso desayuno, me llevó a una zona más reservada en la que se encontraba, ¡¡un dormitorio!!

Semejante lujo no lo había visto en mi vida. Pese a que tenía idea de que solo alguien con muchos millones de dólares en su cuenta podría mantener un rancho como el suyo, tomé conciencia real de la riqueza de Ethan en aquel viaje a Nueva York.

—¿Hacerlo en el aire? Esto sí que es sorprendente—le confesé mientras me iba tumbando.

—Lo dices como si fuéramos en paracaídas.

—Eso, más que sorprendente, sería difícil. Muyyy difícil—enfaticé.

—Entre los dos lo lograríamos. Creo que no hay nada que no pudiésemos lograr—me susurró.

En mi vida reprimí tanto los gritos como lo hice en ese avión. No se me subiría su dinero a la cabeza ni tampoco su poder, que no eran míos, pero he de reconocer que me resultó de lo más erótico hacerlo en las alturas rodeados de un confort inigualable y con las nubes como telón de fondo, las cuales divisaba a través de las ventanas.

Tras hacerlo, nos quedamos dormidos. Esa mañana habíamos madrugado mucho para dejar a la peque en el centro de alto rendimiento y para preparar nuestro equipaje.

Ya habíamos almorzado cuando aterrizamos en Nueva York y aún nos quedaba toda la tarde por delante. Un coche de alta gama, como era de esperar, nos recogió. El chófer nos llevó hasta las afueras de la ciudad, hasta una especie de palacete en el que paró el coche.

—¿No me digas que has alquilado esto para nosotros? Creí que nos alojaríamos en un hotel.

—No he alquilado nada, es mía. Esta casa es mía—me susurró en el oído.

De nuevo me dejó boquiabierta. Se trataba de una construcción de estilo neoclásico impresionante de esas que solo se ven en las películas, con unos inmensos y maravillosos jardines en los que se encontraba una piscina de las que quitan el hipo.

Una vez traspasamos la puerta de entrada, nos esperaban varias personas de servicio entre las que se encontraban Walter, el mayordomo, así como Helen, el ama de llaves.

Tras darnos la más calurosas de las bienvenidas, le indicaron que todo estaba a su gusto y que ya habían encendido la enorme chimenea del salón para crear ambiente con vistas a esa noche.

Me mostraba incrédula, aunque evidentemente era real. Todo sucedía y estaba en nuestras manos disfrutarlo como se merecía aquel espectáculo que se mostraba ante nosotros.

—Si querías que los ojos me hicieran chiribitas, ya lo has conseguido—le aseguré mientras le abrazaba.

—¿Lo dices por la casa? No, quiero que te los hagan por mí—me aseguró mientras me abrazaba.

—Ya, pero la cosa está ahí, ahí. No sé si ella me gusta más que tú incluso—le piqué.

—Podría ponerla también a tu nombre.

—Tú eres muy generoso, ¿no? Cualquier día acepto todas tus propuestas de golpe y te dejo en calzoncillos.

—Mientras que te quedes a mi lado, me da exactamente igual.

—Ya, ya… Eso lo tendrían que ver mis ojos—le dije mientras comenzaba a recorrer la casa al completo, la cual estaba decorada de un modo exquisito y con muchas obras de arte colgadas en sus paredes, algo que aprecié en alto.

—Ninguna es para mí tan preciada como tú—me susurró nuevamente al oído.

—Pues nada, si no las quieres, me las llevo todas y las subasto. Y déjate de pamplinas porque te faltaría el tiempo para denunciarme por ladrona.

—Ya me has robado el corazón y no te he puesto ninguna denuncia.

—Porque te tacharían de cursi y no te serviría para nada.

—Me da igual de lo que me tachen. Solo me importa lo que pienses tú.

—Pues yo pienso que nos lo vamos a pasar de miedo en Nueva York y en Navidades—le besé.

—De miedo besas tú. Ven, que vamos a estrenar la cama.

—Pero una rapidito, ¿eh? Que me muero por ver el ambiente de la ciudad.

—¿Estoy perdiendo facultades? ¿Tan pronto? ¿Ya no te resulto irresistible?

—Déjate de chorradas, claro que sí. Ahora bien, es que estás compitiendo con los encantos de Nueva York.

—¿Y quién va ganando?

—Eso te lo diré cuando lo haya visto, no sé qué tal guía eres.

—El mejor. Para ti, me convertiré en el mejor guía.

—Ok, porque amante ya lo eres. Eso sí, no volveré a reconocerlo si no es en presencia de mis abogados.

—Tú y yo nunca necesitaremos abogados entre nosotros porque no nos divorciaremos.

—¿Es que nos vamos a casar?

—¿Y tú lo dudas? —se encogió de hombros.

—Debe haber sido el champán que nos sirvieron en el avión, ¿sabes si tiene propiedades alucinógenas?

—El champán no tengo ni idea, pero tú seguro que sí. Ven…

Me tumbó en la cama con la intención de estrenarla en ese mismo momento. Lo estaba deseando tanto como yo. Tras hacerlo, me vestí con la ropa de más abrigo que llevaba, aunque nada más poner un pie en la calle comprendí que no iba preparada para el frío de Nueva York.

Capítulo 24



Nos moveríamos por la ciudad en el coche con chófer. Y hacerlo así tenía que ver con que según él sería la mejor manera de que pudiéramos ver más cosas.

La primera parada la hicimos en el Soho y él le indicó que ya le llamaría una vez que hubiésemos acabado.

—No, no, en esa boutique no entramos ni locos, ¿tú has visto lo que hay en el escaparate? Cada una de esas prendas debe costar lo que gano en un año. Va a ser que no.

Se lo decía agarrándome al saliente del escaparate y mientras él ya iba tocando el timbre para que nos abrieran la lujosa puerta. Al hacerlo, tiró de mí y casi entro rodando porque di un traspié que me puso las mejillas como dos tomates.

—¡¡Toma ya!! Me van a tomar por una paleta—me quejé sintiéndome de lo más ridícula.

—Te van a tomar por la chica con más estilo que las visite hoy, aparte de la más adinerada.

—Sí, creo que llevo unos cuantos centavos en el bolso—murmuré.

La encargada después de adoptar una mueca desconcertante por nuestra extraña entrada, se vino hacia nosotros.

—¿En qué puedo ayudarles, por favor?

—¿Ha visto a esta señorita tan guapa? —me señaló.

—Ahora es cuando me muero de la vergüenza—le comenté entre dientes.

—Ahora es cuando comienzan a hacerte la pelota—me indicó.

—Cierto, la he visto—asintió.

—Pues quiero que sepa que no se marchará de aquí hasta que esta tarjeta eche humo—le indicó sacándola de su cartera.

Poco o nada entendía yo de tarjetas bancarias de ricos, pero la dependienta debía estar muy familiarizada con ellas y los ojos le dieron vueltas cuando vio la suya, de manera que tuve claro que me iban a tratar muy bien. Sin duda, que era de esas que solo poseen los millonarios.

—Ahora, por tu culpa, me van a tratar como a una pilingui—le dije en el oído y causé su risa.

—Oye, que lo de "Pretty Woman" ya está superado.

—¿Sí? Pues no sé si no habremos dado un paso atrás. Y a mí me encanta acostarme contigo, pero no lo hago para que me pagues.

—¿Te encanta acostarte conmigo? Repítelo.

—Ya, ya… Que por ahí viene una legión de dependientas, yo me largo.

—¿Y eso por qué?

—Porque traen prendas que valen más que el presupuesto anual de algunos países, por eso.

Me retuvo por el brazo. Él les había indicado que comenzaran por ropa de abrigo y traían tanto un par de anoraks, uno en rosa y otro plateado, los cuales valían varios miles de euros, como un par de abrigos más refinados que no valían menos, uno en rojo y otro en negro, este último de estilo militar con doble botonadura.

—A mí me compras un plumas en una tienda deportiva y voy que chuto, ¿vale? Si para los pies he traído deportivas.

—Tranquila, que eso también lo vamos a remediar.

—¿Por qué? Si son las mías.

—Me parece sensacional, pero ya necesitan un cambio. Elegirás calzado deportivo y también de tacón. Sé que te gusta usarlo.

—Me encanta, pero no a estos precios, paso…

—Quieta parada, fierecilla, que la función no ha hecho más que empezar.

—Pues no pienso participar en ella. Te lo digo en serio. Me da pena que te atraquen y que no te resistas.

—No es ningún atraco y me encanta pensar en que puedo contribuir a hacerte más feliz.

—Ay, madre. Si feliz soy ya contigo y con la niña. No necesito nada de esto.

—Pero yo sí… Por favor, no me supone nada. Quiero que tengas lo mejor.

—O sea, que me rindo o me rindo, ¿no?

—Exacto. Y cuanto menos te opongas, antes acabaremos.

—Ya, que antes acabará el suplicio, porque no me gusta ver cómo te despluman impunemente.

—Olvida eso y disfruta. Hazme el favor.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo.

Lo hice porque comprobé en su mirada que me lo pedía de todo corazón y que era lo que deseaba. El sitio estaba lleno de verdaderas virguerías, a cada cual más bonita que la anterior.

Terminamos por llevarnos de todo, desde los anoraks y los abrigos, hasta jerséis, blusas, faldas, pantalones, calzado y complementos.

—Creo que ya está todo—me comentó cuando nos lo prepararon del modo más cuco, en bolsas y cajas que parecían haber salido del mismísimo taller de Santa Claus.

—Sí, eso parece. Ahora llama al chófer y dile por favor que venga con una grúa, que le hará falta.

—Lo que te hace falta a ti es cambiarte.

—¿Cambiarme por otra? Ahora que he descubierto el chollo no sé si quiero—le vacilé.

—No aceptaría cambiarte por nadie en el mundo, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo… Hay muchas formas de masoquismo y has elegido la más cara de todas.

—Y la elegiría mil veces. Mira, han dejado un *outfit* al completo fuera para que te cambies, que hace mucho frío.

—Ten cuidado, que me podría acostumbrar a tus mimos.

—De lo único que debería cuidarme es de que no te acostumbrases.

No solo era elegante, sino muy calentito. Opté por el anorak plateado, el cual combiné con gorro, guantes y bufanda. Y abajo llevé un look en total *black*, de pantalones, jersey y botas.

—Te ves bellísima—me dijo mientras me abrazaba al tiempo que yo me miraba en el espejo.

—Gracias, de verdad, muchas gracias—me volví y le cogí por el mentón.

—Soy yo quien te las debe dar por haber llegado a mi vida.

—Considéralo un regalito de Navidad—le guiñé el ojo.

—El más sexy de todos los regalos. Por cierto que, mientras te probabas, me he permitido escoger unas cuantas prendas de ropa interior también y ya están en sus cajas.

—¿No me digas? Pues, si te portas bien, esta noche te haré un pase de modelos.

—No me lo digas dos veces o nos vamos ahora mismo para casa.

—He dicho si te portas bien.

—¿Y cómo podría portarme si no contigo? ¿Sabes que te lo mereces todo?

—Saberlo no lo sé, pero parece ser que también me ha tocado ser la prota de un cuento navideño.

—Con el mejor de los finales…

—Eso espero—suspiré.

—Deja de tener miedo, ¿no te estoy demostrando que así es?

—El miedo no es por ti, es por mí… Nunca tuve suerte en la vida.

—Hasta ahora. La suerte le llega a la gente que se la merece, Julia.

Capítulo 25



Por fin estábamos en la calle y con ganas de contemplar el árbol de Navidad de Rockefeller Center.

Durante toda mi vida albergué la esperanza de ver un día en vivo y en directo ese símbolo de la Navidad que es el emblemático árbol, el más famoso de todo Nueva York, que se eleva en el corazón de Rockefeller Center, sobre esa pista de patinaje sobre hielo que tanto nos recordó a Kiara.

No hace falta decir que el lugar estaba abarrotado de neoyorkinos y también de turistas llegados desde todos los puntos del mundo y que lo admiraban con el mismo entusiasmo que yo.

En ese instante, nos llamó la cría desde el centro de alto rendimiento. Tras saludarla, su padre me la pasó.

—Cariño, estamos en un sitio maravilloso, delante de un árbol de Navidad mágico y acordándonos mucho de ti—le comenté.

—Yo también me acuerdo de vosotros. Y si ese lugar es tan mágico, pídele un deseo.

—Dime, amor…

—Pídele que comencemos el Año Nuevo juntos, pero que sea el primero de muchos años, de todos.

—Así lo pediré en mi nombre y en el tuyo, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto—me contestó.

—Te quiero mucho, Kiara.

—Y yo también a ti. No os olvidéis de comprarme un regalito.

Colgué el teléfono y él me abrazó.

—¿Contenta?

—No sabes cuánto. Es un sueño navideño, Ethan, el más bonito de todos.

—El verdadero sueño es poderte disfrutar aquí junto a mí. Ese sí que es un sueño—me besó bajo la bufanda, porque era el único lugar en el que podía encontrar mi piel desnuda. Me di por besada en el cuello, aunque fue la piel de mi cuerpo al completo la que se me erizó.

Tras dar un paseo por las inmediaciones, que me dejó ojiplática, buscamos un lugar para cenar. Al tener casa en Nueva York, se los conocía todos. Y es más, al llegar, comprobé que lo de la búsqueda no fue más que una pantomima por su parte, dado que ya tenía reserva. Me llevó a uno muy lujoso, con un ambiente de lo más selecto en el que ya nos esperaban.

—No estoy acostumbrada a que me quiten el anorak—le comenté al entrar.

—Tranquila, que luego te lo devuelven—me guiñó el ojo.

—Con lo que te ha costado, más les vale o les arranco los ojos—le aclaré.

—No será necesario. Todo está controlado, bonita.

—Bonita está siendo esta noche. Espero que no llegue nadie a joderla, ya sabes…

—Me encanta tu optimismo. Ten por seguro que eso no ocurrirá.

—Lo digo por si las moscas, ya sabes…

—Lo sé, lo sé. Tú tranquila por todo, ¿vale?

—Vale, porque lo primero que me pone nerviosa es que en esta mesa hay cubiertos que no sé manejar. Es más, no los he visto en mi vida.

—Pues pasa de ellos.

—¿Y ya está?

—Claro, ¿para qué te vas a comer el coco? Coge solo los que te hagan sentir bien. La vida va de eso. No quiero que te compliques para nada.

—También me podrías dar una clase, no quiero parecer una palurda.

—Cada uno va a lo suyo, no te preocupes por eso.

—Ya, salvo yo que voy a lo mío, pero que me da apuro.

—Ya miraremos lo de los cubiertos en otro momento, ahora retiraremos todos los raritos, ¿te

parece? Yo también lo haré.

—Vale, nunca me gustaron los raritos—reí—, aunque me quedé con los malotes.

—Pues yo no soy ni raro ni malote. Esta vez has dado en el clavo.

—Habrá sido por casualidad, no me reconozco.

—¿No? Pues yo te reconocí en cuanto te vi.

—¿A qué te refieres?

—A que supe en ese preciso instante que serías la mujer de mi vida.

—¿No me digas? Pues eso te lo deberías hacer mirar.

—A mí es que me gusta más mirarte a ti.

—Pues ahora mira al metre, que lleva un rato esperando y ni caso le haces—le advertí para que se volviera.

—Perdón, la señorita me hipnotizó—le comentó.

—No es para menos. Si me lo permite, le diré que tiene hipnotizada a media sala, señor.

—Y si me lo permitís vosotros, os diré que estáis más locos que una cabra—añadí.

La cena fue espléndida, de un lujo espectacular, con caviar iraní incluido. Al salir, dado lo bien climatizado que estaba el local, sentí un frío que pelaba.

—Y eso que te devolvieron el anorak—me dijo con guasa mientras me pasaba las manos sobre él para que entrase en calor.

—Sí, gracioso, que eres muy gracioso. Escuché decir que habían puesto la chimenea.

—¿Quieres que volvamos ya a casa?

—A mí es que no se me ocurre ningún otro lugar mejor para estar en una noche así de gélida. Y con el calorcito que me das…

—Ya, más que la chimenea te pienso calentar. En marcha.

Me dio tal nalgada que entré con efecto en el coche. El chófer disimuló, pero le hizo mucha gracia. Enseguida estuvimos de vuelta en la casa y allí, efectivamente, no solo se estaba de vicio con la calefacción centralizada, sino que la chimenea creaba el ambiente más acogedor del mundo.

Cerramos las puertas del salón después de ponernos cómodos. Quería disfrutar de un rato con él a solas. Sirvió un par de copas y las trajo hacia la zona de los sofás, situada enfrente de la chimenea.

—¿En la alfombra? —me encontró tumbada sobre ella cuando llegó con las copas.

—No se me ocurre ningún otro lugar en el mundo, ¿te tumbas conmigo?

—Y a mí no se me ocurre ninguna compañía mejor en el mundo. Por supuesto.

Capítulo 26



Comenzamos a hacernos los mayores de los arrumacos, que fueron subiendo de nivel, sobre aquella alfombra. Y cuando la cosa iba a pasar a mayores, me cogió en brazos y me llevó hacia su dormitorio.

Se dio la circunstancia de que comenzó a llover a mares en aquel momento. Nada me resulta más romántico que una noche de amor con la lluvia cayendo tras los cristales. Bueno, empatada con una de nieve, que no cuenta con menos encanto.

Su dormitorio era impresionante, con una decoración que incitaba a hacer el amor en él una y mil veces. Los espejos se encontraban por doquier. Esa una era una constante en los dormitorios de Ethan, a quien le encantaba observarme en todas las posturas y también que pudiésemos mirarnos mientras estábamos juntos. Por cierto, que al pase de modelos ni tiempo me dio.

Me sobrecogía la forma en la que se transformaba en la intimidad. Por supuesto que seguía siendo el mismo hombre atento y agradable, quien además me trataba genial, pero había un punto distinto cuando se encendía, pareciendo tomar el control de un modo tan sutil como evidente.

No se trataba de que me diera ninguna indicación expresa, sino más bien de que hubiese hecho cualquier cosa que Ethan me hubiese indicado. Ese hombre ejercía un poder hipnótico para mí.

Después de desnudarme, me agarró por la cadera y me puso de pie, acodándome contra la pared. El morbo creció en mí al ser consciente de que aquello que fuese a hacerme escaparía al control de mis ojos.

En realidad, era eso. Cualquier movimiento que hacía tenía que ver con eso que yo pensaba de que no podía ponerme más, de que me llevaba al límite.

Se agachó para beber de mí. Lo hizo bocarriba, de modo que sí me permitió contemplar sus ojos mientras lo hacía. Su lengua no le daba tregua a mi clítoris y comencé a gritar. Allí sí que podía hacerlo a placer. Con él todo se amplificaba, se agrandaba, se transformaban en impetuoso y mis ganas de que entrase en mí no constituyeron ninguna excepción.

—Pareces un mecánico revisando los bajos de un coche—le comenté antes de mordisquearme el labio inferior por el sumo placer que me estaba provocando.

—Qué más quisieran los mecánicos que revisar bajos como estos.

—Sigue, por favor, no pares.

—Es de lo que menos tengo intención—me anunció con voz firme y le creí porque tenía constancia de que en la cama todo su interés tenía que ver con darme placer.

Así lo hizo y no paró ni un solo segundo hasta hacerme correr. Una vez que llegué y que apenas podía sostenerme de pie por lo intenso del orgasmo, noté que sacó algo del bolsillo de sus pantalones y me hizo chorrear al comprobar que se trataba de unas esposas.

—¿Es que crees que me voy a alguna parte? —le pregunté mientras el color acudió a mis mejillas porque me ruborizaba mucho encontrarme a su entera disposición.

—Me alegra saber que no pretendes irte.

—Ya, pero te has asegurado.

—No es para evitar nada, es para provocarlo—me anunció.

Cómo me ponía, es que ardía por cada poro de mi piel, la cual se perló de sudor. No tardó en llevarme a la cama mientras besaba mi cuello y mis senos. Me tumbó allí y sacó una venda de seda para mis ojos.

—No, no. Si no puedo usar mis manos, al menos que vea lo que tienes pensado hacerme.

—¿Y para qué quieres verlo si la idea es sentirlo? Es lo que hay.

—¿Cómo que es lo que hay? Me las pagarás.

—Me compensa—me aseguró mientras me tapaba los ojos.

Cielos, lo que pudo ponerme también que me privase de mis ojos, de la posibilidad de mirarle mientras me hacía, de controlar con ellos lo que estaba sucediendo.

Notaba mi piel especialmente susceptible, bastaba con una leve caricia por su parte para que se erizase de pies a cabeza y cuando noté esas plumas acariciándola, me estremecí por completo.

—No, por favor, que me harás cosquillas. Para.

—No te haré cosquillas, no es esa la idea—murmuró en mi oído.

Y tuvo razón. Comenzó a recorrer con ellas cada una de mis zonas más erógenas, cada

recoveco de mi piel, cada pliegue…

Era impresionante el modo en el que me ponía a mil, en el que alborotaba tanto mi sangre que parecía volar en el interior de mis venas, en el que me hacía sentir que solo quería que el tiempo se parase para seguir vibrando con esas sensaciones que seguro sabría potenciar en mí Ethan.

Me dejaba llevar, entreabría la boca como si fuese un pececillo dispuesto a picar el anzuelo si es que no lo había picado ya por completo porque me sentía tan suya que, en ocasiones, yo misma me asustaba.

Mi cuerpo me enviaba señales… Señales que me llevaban a un punto de no retorno, a un punto en que solo deseaba quedarme con él en ese universo de lujuria que había creado para ambos.

Como bien dijo, llegué a la conclusión de que no necesitaba verle si le estaba sintiendo, de que solo precisaba dejarme llevar y aterrizar con él en ese mismo punto en el que estuviera y que quisiera compartir conmigo.

La adicción por el sexo con Ethan no había hecho más que comenzar. Nunca me había sentido tan sensual y sexy como en sus manos, con las ganas que tenía de sacar de mí esa parte que florecería para él y solo para él. Con Ethan todo gozaba de un encanto sin precedentes, con Ethan todo se elevaba a la máxima potencia, con Ethan y solo con Ethan quería experimentar eso que me estaba enseñando.

Mis pies se arqueaban, mi piel sudaba y mi boca se secaba. Todo al mismo tiempo en una sesión febril en la que volvió a enviar a su lengua a hacer de las suyas dentro de mí antes de penetrarme. Luego, en el momento de hacerlo, se tumbó bocarriba en la cama y me pidió que me moviese desde arriba. Seguía sin poder verle, no me había retirado la venda de seda, la cual seguía estando sobre mis ojos, la cual seguía haciendo que tuviera que imaginarme eso que no podía ver y que el esfuerzo me llevara a un punto de calentura que no habría podido ni sospechar.

Tampoco vi venir que, tras meter varios de sus dedos en mi boca para que se los lamiese, los dirigiese de inmediato a mi trasero, el cual atravesó con ellos.

Creo que debió haber intuido con anterioridad que ese templo de mi retaguardia aún no había sido profanado. Me lo figuré por el bote que di sobre ese hombre que chascó la lengua para calmarme. Y que lo logró.

En contra de lo que me hubiese podido imaginar, no me dolió su incursión. Por el contrario, cuando comenzó a mover esos dedos de forma circular en el interior de mi cavidad anal no solo me estremeció más, sino que me hizo vibrar.

No sé cómo explicarlo. Quizás me sentí bien al comprobar que toleraba sin problema un acto por su parte que debía ser muy deseado. Es que siempre le tuve respeto a todo lo que relacionase

el sexo con esa parte de mi cuerpo. Y a mi ex, por el motivo que fuese, tampoco le entusiasmaba. Por ello estaba sin explorar y así se lo encontró Ethan, supongo que para su alegría.

Con la otra mano, con esa que le quedaba libre, me agarraba la cadera como para guiar mis movimientos. Pese a no verle, podía decir que adivinaba su mirada brillante dirigida a mi rostro y a mi escote, vislumbrando en mi gesto esa excitación por la que tanto luchaba.

Me costaba respirar y tuve que hacer esfuerzos por controlar cómo ese aire iba saliendo con lentitud de mí, cómo sentía la necesidad de seguir respirando después y de hacerlo de una forma muy honda, de llenarme los pulmones a tope para luego volver a soltar el aire conforme el cuerpo me lo iba pidiendo.

Sus dedos en mi trasero seguían el curso de eso que había comenzado y metió otro más. Con ese último movimiento por su parte di un respingo porque noté la entrada. Bastó con el gesto que me dedicó, colocando la mano sobre mi vientre, para entender que todo estaba bien y que nada más lejos de su intención que hacerme daño.

Los nervios iban aflorando en mí y, sin embargo, en momentos como aquellos tomaba conciencia de que debía estar muy tranquila, de que todo iba sensacional siempre que me dejara llevar por él.

No tardé en hacerlo y entonces comprobé que, al relajarme, mi estrecho canal trasero dilataba. Se me dibujó una sonrisa en el rostro que juraría que sacó otra idéntica por su parte. No puedo poner la mano en el fuego porque no le veía, pero adivinaba sus gestos.

Hablando de fuego, eso parecía salir de mi interior, de lo más íntimo de mí mientras envolvía por completo su duro sexo. Ethan sabía cómo moverse, cómo hacer que me asomara a ese abismo que lleva a la locura y volvió a lograrlo una vez más, deleitándose con esos gritos que allí podía soltar desde mi garganta porque no había nada que nos lo impidiese.

Mientras me corría, afinó el movimiento de los dedos en mi trasero y de nuevo me estremecí de una forma que no me resultó humana. Temblaba al contacto con él, eran muchas las sensaciones que me hacía vivir.

Noté que le iba a pasar también a él y entonces me estreché. Un rugido salió de su interior en aquella primera noche que pasamos en Nueva York y que constituía la mejor muestra de que lo nuestro iba viento en popa.

Tras un orgasmo brutal por su parte, caí sobre él y me quedé quieta durante unos minutos. Tampoco se movió ni ninguna palabra salió de su garganta.

Hasta ese momento no pude divisar en medio de la penumbra sus ojos negros.

—Te quiero, Julia—me susurró.

—Y yo a ti, Ethan—me derretí.

Para muchos sería una locura pensar que entre dos personas puede surgir el amor en tan corto espacio de tiempo. Para mí, la locura consiste en negar lo evidente, en tratar de acotar un sentimiento que era evidente que afloró entre ambos a partes iguales y que constituía nuestro mayor tesoro en esas Navidades inolvidables que estaba viviendo con él.

No quería pensar en nada más ni tampoco en que aquello tan bonito que estábamos viviendo se pudiese torcer. ¿Por qué habría de hacerlo cuando si algo nos tocaba ya era ser felices? Habíamos luchado, cada uno por su lado, en la vida. El destino se llevó un día a la madre de su hija y en cuanto a mí… A mí me entrelazó con un tipejo de dudosa reputación que me buscó la ruina.

Dos corazones que habían sufrido lo suyo se unieron en aquellas fiestas que me resultaron las más deseables del mundo. Con Ethan estaba descubriendo un nuevo mundo de sensaciones al que no quería renunciar ni tenía motivo para hacerlo.

Comenzaba a amarle. Doy fe de que se puede amar en pocos días, así como supongo que también puedes pasar años con alguien a quien termines descubriendo que no amabas de verdad. No fue ese mi caso. A Jackson le amé con todo mi corazón, pues no sé hacerlo de otra manera, pero algo me decía que Ethan era un hombre de los pies a la cabeza y que con él las cosas me irían mucho mejor. Y eso a pesar del mucho miedo que sentía.

El amor puede llegar de muchas maneras y en múltiples momentos. A mí me llegó con aquel CEO, con un hombre de negocios que quiso firmar un contrato en unas Navidades en las que apostó todo al rojo de la pasión.

Capítulo 27



Día 28 y de nuevo Nueva York a nuestros pies. Con tiempo y ganas de visitarla, me sentía la reina del mundo. Y como una reina me trató cuando abrí los ojos.

—Buenos días, preciosa. Te preguntaría si has dormido bien, pero estoy seguro, no me hace falta.

—¿Qué chulillo eres tú, no? —le di un beso.

—No, es que soy el guardián de tus sueños.

—Ah, vale, que no lo sabía. Una especie de gladiador como el de la peli, que han estrenado la segunda, ¿no?

—No diría tanto. Tan solo he de enfrentarme a una fierecilla y eres tú.

—Y a otra que te dará la del pulpo cuando llegues a casa. Por no hablar de tu hermana, que está muy callada, ¿no te llama?

—Amelia es así, no te preocupes por ella.

—Si te soy sincera, en ella prefiero no pensar demasiado. ¿Cómo crees que se tomará el que me instale en tu casa?

—Eso déjalo de mi cuenta. Y otra cosa, deja ya de hablar de mi casa porque es nuestra casa, ¿me oyes?

—Alto y claro. Y si no lo hago, ¿qué?

—Amenazo con volver a llevarte de compras. Y esta vez comenzaremos por la 5ª Avenida.

—Esa sí que es una amenaza en toda regla. Acataré tus órdenes.

—No son órdenes.

—No, son chantajes, pero uno que me gusta mucho, ¿qué haremos hoy?

—He pensado que te gustaría visitar la Estatua de la Libertad, ¿te parece buena idea?

—¿Y cuál mejor? Estoy loco por visitarla contigo.

—Pues entonces pediré que nos sirvan el desayuno mientras me encargo de todo.

Nos íbamos a *Liberty Island.* Me sentía como una cría que emprendiese una excitante excursión. Siempre quise visitar ese monumento, la famosa estatua, aunque nunca imaginé que lo haría de la mano de alguien como Ethan.

En cuestión de un rato, ya estábamos subidos en el ferry que nos llevaría hasta allí. Podía haber optado por otras formas de hacerlo, eran muchas sus posibilidades, pero quise hacerlo como un par de turistas más.

Estaba de lo más acostumbrada a las cosas sencillas y aunque me sentía encantada por el mundo que me ofrecía, no me olvidaba de dónde venía y lo mucho que me había costado llegar hasta allí.

Subidos en el ferry, nos lo pasamos pipa. El día amaneció soleado pese a la lluvia de la noche anterior, por lo que la isla nos ofreció un espectáculo visual que fue muy de agradecer.

Una vez allí, disfruté a tope con la visita, y eso que ignoraba que me tenía una sorpresa preparada, como fue la posibilidad de subir hasta la corona de la famosísima estatua.

No voy a decir que no tuviera lo suyo subir aquellos centenares de escalones y más cuando Ethan no paraba de hacerme reír y eso me obligaba a pararme, pero lo que pude disfrutar una vez que legamos a la corona no tuvo nombre.

Me dio por llorar. Soy llorona por naturaleza y en aquella ocasión lo hice de corazón porque no me esperaba todo lo que tenía preparado para mí en unas Navidades que estaban llamadas a ser las peores de mi vida hasta que él apareció.

Me sentía muy querida y mimada. Me abrazaba y en momentos como aquellos, solo utilizaba su mirada de manera que, sin decirme nada, me lo decía absolutamente todo.

—¡¡Me has vuelto loca!! —le chillé desde allí arriba.

—Cuidado con lo que dices, que puede ser un delito y tú ya estabas así cuando te conocí.

—No, tendría la cabeza trastornada, eso no te lo niego, pero ni un ápice de la felicidad de hoy en día.

—No sabes cuánto me alegro, preciosa mía. Ven aquí—me besó.

El almuerzo lo hicimos en un restaurante de la 5ª Avenida a la que al final me llevó y la cual seguimos visitando tras él. No pude esquivar que me metiese en alguna que otra boutique más y, al final de la tarde, terminamos disfrutando de un delicioso chocolate caliente en un mercadillo navideño.

—Me recuerdan tanto a cuando era niña—le comenté mientras sostenía la humeante taza de llamativa porcelana roja y blanca entre mis manos.

—El tema de tus padres lo tendremos que abordar algún día, ¿no te parece?

—No estoy preparada para eso, lo siento.

—A veces, las cosas no resultan tan complicadas como las hacemos nosotros.

—Puede ser. Pero en este caso, sí. Se me ha enconado mucho ese tema, muchísimo.

—Ya lo sé, preciosa. Por eso mismo te lo digo. Y cuando más tiempo lo dejes, peor será.

—Lo siento, no puedo hablar de esto—le pedí hundiéndome en lágrimas.

Cada vez me pesaba más no tener una familia. Por eso precisamente me mostraba encantada de fundar la mía propia con Ethan y con Kiara.

—No, por favor, no soporto hacerte llorar.

—No me has hecho llorar tú. Soy yo, ¿estás seguro de esto? Que sepas y entiendas que soy una llorona total y una sensiblera.

—Me gusta la gente con sensibilidad. No soporto a las personas frías.

—Por esa parte te puedes quedar tranquilo, porque a mí me hierve la sangre con todo. Ya lo estás viendo.

—Y es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Vale, pero el tema de mis padres me resulta muy espinoso y prefiero no tocarlo más de momento.

—Venga, pues así lo haremos—me comentó.

Creí que volveríamos a casa un rato después, pero no fue así. En su lugar, y a pesar de que llevábamos el coche de nuevo atestado con compras, le pidió al chófer que nos llevase a un lugar que no esperaba para nada y que sacó mi sonrisa como pocos. El Madison Square Garden apareció entre nosotros.

—Bájate—me pidió.

—Ojalá sea lo que estoy pensando.

—Dalo por hecho.

Capítulo 28



Soy fanática de la NBA desde niña. Y contemplar con mis propios ojos un partido de baloncesto en ese impresionante estadio supuso para mí la culminación de un sueño.

El amor por la NBA me lo inculcó mi padre casi desde la cuna. Con él veía todos los partidos hasta que comencé a salir con Jackson. Mi novio era más de fútbol americano e hizo todo lo posible por quitarme la afición, aunque hay cosas que las llevamos grabadas a fuego y que nadie nos puede arrebatar.

El público se mostraba fanático. Cuando entras en ese templo del deporte no solo vas a ver un partido de baloncesto, sino que pagas también por la música, por el baile y por la fiesta. Sí, en cualquier época del año eso es lo que ocurre en ese lugar, pero en diciembre todo se disfruta más gracias a ese regusto a Navidad que potencia los sentidos.

Las estrellas ya saludaban sobre el parquet y la sangre se movía a toda pastilla por mis venas. Estábamos en plena temporada y hasta vestían equipaciones especiales.

Cuando salimos de allí, lo hicimos con toda la ilusión.

—Ha sido una sorpresa increíble, a ver cómo igualo yo esto.

—Con solo ver tu sonrisa me vale. No necesitas igualar nada.

—Me alegro porque lo llevaría crudo. No se me ocurriría que hacer para estar a la altura.

—A mí se me ocurre un puñado de cosas pero ya, si eso, te las digo en privado.

—Sí, será eso o que nos detengan por escándalo público.

—Tú sí que eres un escándalo. ¿Dónde quieres cenar? Es algo tarde, pero se me vienen a la mente un par de lugares donde seguro que nos harán hueco.

—Ya me imagino, restaurantes de esos pijos, ¿no?

—¿Tienes algo en contra de ellos?

—Imagínate si podría tenerlo, claro que no, pero esta noche quiero otra cosa.

—Yo también, solo que pensaba dejarla para el postre—me comentó pellizcándome el trasero.

—No me refería precisamente a eso, o mejor dicho no todavía… Lo que quiero es que vayamos a tomar un simple perrito caliente con patatas fritas y refresco, ¿qué te parece la idea?

—Barata—me contestó muy serio.

—¡¡Qué idiota eres!! —le di con el bolso.

—Es barata, pero deliciosa, como tú.

—¿Yo también soy barata? Gracias por restregarme mi pobreza por delante de la nariz.

—¿Cómo? Claro que no… Me refería a que eres deliciosa. Por lo demás, no hay dinero en el mundo para comprar algo tan valioso como tú.

—Y tú lo tienes gratis. Al final sí vas a ser un negociante que no veas.

Tiré de su mano y comenzamos a recorrer las calles caminando porque no quisimos avisar al chófer. Me apetecía pasear y cenar antes de que nos recogiera para volver a casa.

Encontramos un local en el que había bastante gente joven y cuyos precios estaban puestos en la puerta.

—Te has quedado bizco. Seguro que no sabías que se podía comer por tan poco.

—Saberlo sí lo sé, pero hace mucho que no lo hago.

—Pues eso va a empezar a cambiar. Me encanta tu mundo y es muy fácil adaptarse a él, pero tampoco quiero perder mi esencia. Soy una chica sencilla, más que el mecanismo de un reloj de cuerda, y no deseo que eso cambie.

—Y jamás se me ocurriría querer cambiarte. Además, que ejercerás la mejor influencia sobre Kiara.

—Es verdad. Y eso que ya te ocupas de ponerle los pies en el suelo con el comedor social y con todo lo que haces por la gente necesitada.

—Kiara me ha enseñado muchas cosas desde que nació, ha sido mi mejor maestra. Y, pese a eso, llevo toda la vida luchando por encontrar un equilibrio entre nuestro mundo…

—El de los ricos—le interrumpí con una sonrisa.

—Sí, y el del resto.

—El de los pobres, puedes decirlo, porque a tu lado lo somos todos.

—Y ahora llegas tú y me haces cenar en este lugar, y yo… Yo me siento el hombre más feliz del mundo de poder compartir un perrito caliente contigo.

—Es que es para estarlo. Soy la mejor—le saqué la lengua.

—No lo digas de broma. Lo eres. Nunca había conocido a nadie como tú.

—Es que te mueves solo en las esferas ricas. El resto tenemos más gracia.

—El resto me la trae al pairo. Eres tú quien está cambiando mi vida y a un ritmo vertiginoso. Después del día de Navidad, lo normal sería que estuviera a tope con mis negocios.

—Y estás dando tumbos por Nueva York, pasándotelo de miedo. Definitivamente, ejerzo la mejor influencia sobre ti.

—No lo sabes bien… Eres todo lo que estaba buscando, Julia.

—Concentrado en una sola persona, ¿no soy para comerme?

—Lo eres, lo eres…

—Y sin necesidad de salsa ni nada. No como la salchicha esta, que mucho tamaño, pero poco sabor. Trae, que le echo más kétchup—le comenté con la curva de la felicidad dibujaba en la cara.

Allí comentamos todas las jugadas del partido y allí nos echamos unas buenas risas antes de volver a casa. Hasta nos tomamos un helado de yogur con mucho sirope de chocolate, y eso que las temperaturas se habían desplomado en las últimas horas.

Daba igual. Mientras permaneciéramos juntos, una corriente de fogosidad impedía que nada nos resultase frío. Lo comprobé de nuevo aquella tórrida noche entre sus sábanas. Ethan me amó durante horas, las mismas horas que me dejé amar.

Después, llegó la hora de dormir y los recuerdos de todo lo vivido en aquellos días de finales de año se agolpaban en mi mente. Todos, absolutamente todos esos recuerdos, podían considerarse maravillosos y cada uno de nosotros los atesorábamos en el corazón. Tanto Ethan como yo estábamos viviendo unos días memorables con el mejor telón de fondo: Nueva York y en Navidad.

Pudo escoger muchos destinos para disfrutar de esos días en los que nada podría enturbiar ese amor que comenzaba a latir, por igual, en el pecho de ambos.

Me costaba pensar en que todo aquello estuviese sucediendo de verdad, si bien luego miraba a mi alrededor y llegaba a la conclusión de que era demasiado real para tratarse de un sueño, del

sueño de una noche de diciembre.

Capítulo 29



Día 29 y no regresaríamos hasta el siguiente por la tarde, así que aún nos quedaba uno y medio en Nueva York.

Todo lo vivido hasta entonces me resultaba alucinante y lo que me faltaba por ver.

Aquella mañana volvimos de mercadillos navideños. Quisimos hacerlo visitando el *Smorgasburg Winter Market* en *Brooklyn Flea*.

De allí me quedo con el mercadillo *vintage*, uno que me dejó con los ojos como platos y de él nos llevamos varios detalles para Kiara. Después, nos dedicamos a pasear por la calle, no sin antes degustar algunas de las delicias que ofrecían para el paladar. Las temperaturas eran más suaves ese día en el que nos dedicaríamos a dar vueltas como una peonza por algunas de las zonas más icónicas de la ciudad.

—Me marcharé de aquí con los bolsillos bien repletos de momentos, que lo sepas—le comenté echándome sobre su hombro.

—Todavía nos queda y volveremos cuando quieras. Aparte, viajaremos a todos los lugares que te apetezca. Me encanta viajar y a Kiara le falta el tiempo para hacer la maleta, ya lo sabes.

—Sí, ya lo veo. Es que aún me cuesta creérmelo, ¿sabes las Navidades que tenía presentadas? Y ahora mírame, estoy aquí, contigo en Nueva York.

—¿Y crees que a mí no me sorprende? Estoy como loco de contento. Si hasta mis empleados me lo notan.

—¿Te lo han notado? Pero tú no eres el típico jefe ogro. Lo sé porque te repateó que el cerdo de Henry me tratase como lo hizo.

—Sabes que no me parezco en nada a ese tipo. Aprecio mucho a toda la gente que trabaja conmigo y jamás podría tratarlos mal.

—Lo sé, pero ahora estás más contento y ellos también, por ende. Y todo me lo debéis a mí. Luego estoy pensando que hago un trabajo también y que me deberías remunerar por él.

—Pon la cifra, eso está hecho.

—Menos mal que no eres tan rápido para todo como para soltarme la pasta, ¡¡que era broma!! Si me pagaste por cuidar de Kiara y no le veo el pelo.

—Esa fue la excusa perfecta para llevarte hasta mi casa. Me vino de perlas.

—No creas que no me he dado cuenta. Tan tonta no soy.

—No te considero nada tonta, que no es lo mismo.

—Ya. Tu hermana Amelia, de hecho, me tiene por una lista. Pero a mí me da igual tu dinero. Es más, preferiría que no lo tuvieras si con eso estuvieras seguro de que no estoy contigo por él.

—Yo ya estoy totalmente seguro de eso, te lo prometo.

—Más te vale, porque no lo soportaría.

—No he conocido nunca a nadie a quien le importe menos el dinero, de hecho.

—A ver, no es que no le dé importancia, que las he pasado putas cuando no lo he tenido. Casi me llego a ver en la calle, Ethan.

—Solo de pensarlo me pongo enfermo. Ya no tendrás que volver a preocuparte por esas cuestiones nunca.

—Eres muy bueno. No sé si me lo merezco.

—Te mereces más, mucho más. Y te lo voy a dar.

—¿Me he perdido o ahora me estás hablando de sexo?

—De eso también—rio.

Para esa noche, ya tenía hechos planes y no pudieron gustarme más. Y no me refiero a los sexuales, que esos vendrían más tarde, sino a esos que nos llevaron de cabeza a contemplar otro de los espectáculos que no puede perderse un turista en Navidad en Nueva York.

Me quedé pasmada y paladeé la velada con la ilusión de una cría contemplando el show de danza, música, luces y humor que protagonizan las míticas *The Rockettes*. Estoy hablando de *Radio City Christmas Spectacular*, que disfruté muchísimo a su lado y con el que vibré casi tanto como esa noche lo haría en la cama de Ethan, en esa que se había convertido en nuestra cama.

Tras verlo, sentimos hambre al llegar a casa. No habíamos cenado en la calle porque picamos durante la tarde y no se nos despertó el apetito hasta esa hora, en la que el servicio ya estaba descansando.

—¿Y si nos preparamos algo? —me preguntó.

—No se me ocurre una mejor idea.

Había una exquisita sopa en la nevera y cantidad de ingredientes para preparar lo que nos apeteciera. Optamos por unos apetitosos sándwiches de pollo que elaboramos entre los dos en la cocina.

Disfrutaba cantidad de los planes más simples con él. Aquel hombre podía tener un imperio, pero a la hora de arrimarse a la encimera y ponerse a preparar un plato era tan normal como cualquier otro.

Una vez elaborados, calentamos la sopa y nos fuimos hacia el salón. Nos habían dejado encendida de nuevo la chimenea y no se me ocurría nada mejor que comer ni en un lugar más ideal que aquel.

Nos sentamos en la mesa elevable de delante del sofá y buscamos una peli. Enseguida encontramos una comedia navideña que fue del gusto de ambos y menudas risas que nos echamos.

Para ser nuestra última noche en la casa nos lo montamos genial. No necesitaba nada más y lo más curioso era que Ethan tampoco.

—Tengo que contarte algo—me comentó en media de la peli, parando la emisión.

—Ya, ahora es cuando viene lo jodido, ¿no? Ya estaba tardando—suspiré.

—¿Lo jodido? Todo lo contrario. Quería decirte que nunca me he sentido tan feliz como contigo.

—Joder, menudo halago. Pero estuviste bien con la madre de Kiara hasta que se marchó.

—Sí, estuve muy bien con ella y la quise cantidad. Pero ahora, al vivir esto contigo, me doy cuenta de que nunca antes había estado tan enamorado.

—¿Y ahora qué hago yo contigo? ¿Te troceo y te echo en el sándwich también? Mira lo que has logrado—le comenté limpiándome con el dorso de la mano las lagrimillas que brotaron de mis ojos.

—Si es que te tengo que querer, mi amor, te tengo que querer…

Capítulo 30



Lo que había comenzado en el salón lo terminaríamos en el dormitorio al finalizar la película. Una vez más, me llevó hasta allí en brazos.

—¿Hoy también me vas a tapar los ojos? Mira que otras veces me has cogido con la guardia baja, pero en una de estas te embisto como un toro—le comenté.

—¿Y tiene que ser como un toro?

—Bueno, también puede ser como una cabra, porque estoy loquilla como una.

—Loco me tienes a mí, ven.

—¿Otra vez las esposas? Que no, me niego, que no me puedo ni rascar si me pica algo, hombre.

—Pues me avisas y te lo rasco yo.

—Qué listo, si tú eres quien me provoca el picor…

Ya estábamos de nuevo en el lío. Y menudo lío aquel en el que me había metido, amarrada con las esposas al cabecero de la cama.

Al menos, podía verle, porque no me tapó los ojos. Y por eso me llamó la atención aquel artilugio que sacó con unas bolas que iban de menor a mayor, unidas por un mismo tronco.

—¿Se puede saber qué es eso?

—Eso es para dilatar, bonita.

—¿Para dilatar qué? Vaya una cosa rara.

—No es rara, te vendrá genial. Tranquila.

—Que no, ¿por dónde se supone que me vas a meter eso? No lo chupo ni de coña, que me va

a dejar un regusto a plástico que no veas. Prefiero la carne. No soy vegana.

—Ya lo sé. No tienes que chuparlo, solo dejarme hacer.

—¿Más? Si me paso el día dejándote.

—¿Y te va mal?

—Hasta ahora no, pero ese aparatejo no me gusta nada, ¿tiene pilas o algo? Espero que no me dé corriente.

—No lleva nada, se hace a mano.

—Mejor, porque si me diera corriente donde sospecho que me lo vas a meter, no lo cuento.

Él se reía a carcajadas con mis cosas, hasta tenía que parar en momentos como aquel. Me salían de lo más natural, de la misma alma, y Ethan disfrutaba cantidad con cuanto le decía.

Al poco, me tumbó bocabajo.

—Qué cuco eres. Pretendes que no vea nada, pero lo voy a sentir.

—Esa es la idea, que lo sientas.

—¿Y por qué no te lo metes tú?

—Calla, calla.

—Sí, que me calle es lo que te interesa, para que no te cante las verdades del barquero.

—Ya, ya—chistó.

—Y encima calladita, ¿cuántas me has colado ya en el trasero?

—Unas cuantas, pero coge aire que ahora van las más grandes.

—¡¡Toma ya!! ¿Y eso tan pegajoso qué es?

—Es lubricante, para que entren mejor.

—Ten cuidado, no sea que me las metas tanto que luego no salgan.

—¿Quieres tranquilizarte? Que todo va a salir bien.

—Sobre todo para ti. Eso lo puedes dar por hecho. Total, no te estás jugando nada. Es mi juju el que está siendo profanado.

—¿Cómo lo has llamado?

—Mi juju, mi juju—le repetí.

—Nunca me lo había pasado tan bien con una mujer.

—Normal, entre las cosas que te digo y las que me dejo hacer, ¡¡ya!!

—¿Te duele?

—No, pero me da grima. La última es muy gorda, parece una pelota de golf.

—Pues mejor así, porque te ayudará…

—Nada, que te has empeñado en meterme por ahí la cabeza del misil que te asoma por los bajos.

—Así no puedo—estalló en carcajadas.

—¿Acaso es mentira? Y encima lo tienes siempre mirando al cielo, a punto de ser lanzado…

Lo decía cuando me introdujo la última bola. Esa sí que la sentí y me volví con la intención de darle un bocado.

—Para esto me has atado, ¿no? Si te llego a atrincar te enteras como me he enterado yo.

—Madre mía. Eres única, te lo prometo.

—Único eres tú, porque otro no habría tenido el valor. Y encima luego hay que sacarlo, ¿no?

—Hombre, sí. Eso no se puede quedar ahí.

—Pues ve haciendo los honores y con cuidadito.

Lo hizo con mimo y, una vez terminado, sentí la presión de su miembro en la entrada de mi ano.

—No me creo que pienses hacerlo de inmediato y a traición—le solté.

—Si va a ser mejor.

—Ya, que mal trago pasarlo pronto, ¿no?

—Si no quieres lo dejo de inmediato, ni lo dudes.

—Eso, ponte ahora bien puesto. Primero me metes en el cuerpo el gusanillo de la curiosidad y

del morbo. Y ahora…

—Para, para, que meterte lo que se dice meterte, todavía no te he metido nada.

—¿No? ¿Y lo de las bolas qué?

—Eso no cuenta.

—Claro que no, solo cuenta lo que tú digas. Pues ahora, por espabilado, me vas a penetrar analmente, pero como me entere… ¡¡Te enteras tú!!

—¿Y qué gracia tendría si no te enteras?

—Ya me has entendido. Que si me haces daño, me las pagarás. Aunque mucho me temo que con esa terminación que Dios te ha dado, me voy a subir en la lámpara.

—Eso sería si hubiera—me hizo mirar al techo.

Me distrajo. No vi las estrellas, pero sí el moderno techo de su dormitorio con un sistema de iluminación de lo más sofisticado. No así su penetración, que fue más ruda y directa.

—Te juro que no sé si reír o llorar, ¡¡has entrado de golpe!!

—¿Y a que no ha sido para tanto?

—He sentido un escozor que mejor no te cuento cómo ha sido, pero tu suerte es que detrás ha venido un gustito que no veas. Muévete, que quiero ver cómo va la cosa.

—¿Me muevo de verdad o me caerán las siete plagas de Egipto?

—¿Ahora que estás dentro me lo vas a preguntar? Te caerán si no te mueves. Venga, dale.

Se agarró a mi cadera y comenzó a moverse dentro de mí. Al sentirle en el interior de mi trasero, esa sensación de morbo se multiplicó. No me lo imaginé y hube de tenerle en tan prohibido rincón de mi cuerpo para conocer esa lujuriosa sensación que no tardaría en hacerme llegar al clímax, igual que a él.

Capítulo 31



Se trataba de nuestra última mañana en Nueva York y yo tenía el antojo de visitar *Little Italy*, ese barrio tan pintoresco que reproduce un pedacito de la bella Italia en la ciudad.

Él me llevaba de la mano o cogida de la cintura, dependiendo del momento. Y siempre pendiente de mí, muy pendiente.

Recibimos una llamada por parte de Kiara que nos anunciaba buenas noticias con voz cantarina.

—¿Sabéis que Harmony dice que lo haré genial? Me está ayudando mucho.

—Pues claro, cariño. Qué esperabas si eres una campeona—le contesté.

—Es que me hace mucha ilusión que me veáis competir los dos juntos, porque tú también vas a venir, ¿verdad, Julia? Recuerda que ya eres mi mamá.

—No hace falta que me lo recuerdes. Lo tengo muy presente a todas las horas y no me perdería ese campeonato por nada del mundo, mi niña.

—¡¡Yupiiiii!! ¡¡Nos vemos mañana!! Y una cosita, no dejéis de ser novios nunca, por favor. Me encanta.

—Te lo prometo, hija—le contestó su padre con la mayor de las tranquilidades.

Al colgar, me le quedé mirando enamorada.

—Ahora soy yo quien te dice que se lo has prometido y que no puedes faltar a tu promesa.

—Me dejaría cortar a trocitos antes de hacerlo.

—¿Para hacer albóndigas? No lo veo, sería un total desperdicio—le aseguré arrugando la naricilla.

—El verdadero desperdicio sería dejar de pasar un solo día de mi vida contigo.

—No sabes lo que dices, pero tú lo estás queriendo. A mí luego no me vengas pidiendo el libro de reclamaciones ni tontunas de esas, ¿me oyes?

Por toda respuesta, me cogió en brazos, en pleno corazón de *Little Italy*, y comenzó a chillar.

—¡¡Es la mujer de mi vida!!

Más de un transeúnte se paró a mirarnos y hasta alguno que otro aplaudió.

—Estás loco, Ethan, pero que muy loco.

—Si esto es locura, ¿quién quiere cordura? Lo único que deseo es pasar el resto de mi vida deseando poder gritar lo mismo, preciosa.

—¿Y tiene que ser gritándolo precisamente?

—Me temo que sí. Y a pleno pulmón.

—No puedo contigo—negué con la cabeza.

—Pues yo contigo sí—afirmó mientras volvía a cogerme en brazos y daba unos cuantos gritos más.

Cada uno de ellos era seguido por una risa por mi parte. Y eso que ciertamente me daba mucho apuro, pero me era igual. Lo que me regalaba a cada momento se convertía en automático en un recuerdo feliz. Y de esos me llevaba un buen puñado de allí.

Todo esto ocurrió en *Mulberry Street* la calle principal del barrio, que está plagada de bares y restaurantes italianos en los que disfrutar de su deliciosa gastronomía.

Él me iba contando que ya no era tan auténtico como antes puesto que habían desaparecido algunos de sus símbolos, como las pequeñas tiendas de comestibles, pero aun así se conservan otros muchos y me paré a que me tomase más de una foto en las coloridas fachadas en las que se siguen apreciando los colores de Italia. También me fotografió Ethan al lado del fresco de Andrey Hepburn, otro de sus llamativos lugares icónicos.

Para la hora de comer, se decantó por uno de los clásicos del barrio, el restaurantes *Umberto's Clam House*, donde degustamos una deliciosa mariscada que nos ofrecieron como una de las especialidades de la casa. Para el postre, nos reservamos dando un paseo hasta *Ferrara Bakery and Cafe*, unos de los bares más antiguos de la ciudad en el que se sirve café expreso, el cual acompañamos con un tiramisú que estaba para chuparse los dedos.

También supe por Ethan que hay otra visita posible a *Little Italy* en el Bronx que algunos neoyorquinos consideran incluso más auténtica a día de hoy. Lo ven así porque hay menos turistas y poco folclore, pero sí muchas tiendas de alimentación italianas, aunque cuente con menos restaurantes.

En fin, que como soy una amante de Italia, porque siempre me ha tirado muchísimo ese país, todo lo que tenga que ver con él me encanta. Nunca lo había visitado, pero ello no era obstáculo para que amase todo lo que tuviese sabor italiano.

Poco a poco, decidimos que debíamos ir volviendo a recoger el equipaje. Una vez embarcásemos en el avión, no estaríamos de vuelta hasta un buen puñado de horas después. El siguiente día era 31 y teníamos una Nochevieja que preparar, aunque Ethan ya había dejado instrucciones expresas en la cocina de la casa, dado que Amelia aún no había regresado.

Para mí era un alivio pensar que esa mujer no estaría a nuestro regreso, pues su presencia en la casa era lo único que enrarecía el ambiente. Digamos que era la nota discordante dentro de ese mundo tan precioso que Ethan había creado para nosotros tres.

Me costó un poco despedirme de Nueva York porque en esa fantástica ciudad habíamos pasado nuestros primeros días a solas, en total intimidad. Por suerte, me hacía muchísima ilusión reunirme con Kiara y que nos contase los muchos avances que había logrado llevar a cabo.

Todo lo que tuviera que ver con ellos me animaba tanto que estaban consiguiendo que me olvidase a pasos agigantados de las penurias que viví tiempo atrás.

De nuevo estábamos en el avión y de nuevo aprovechamos ese dormitorio que tenía para hacer algo más que dormir. No podíamos y no queríamos evitar que saltasen chispas cada vez que estábamos juntos, cada vez que nuestros cuerpos se unían, cada vez que nos recordaban lo mucho que éramos capaz de amarnos.

Nuestra relación marchaba a toda velocidad, a una tan vertiginosa como mágica. Y magia era también la que deseábamos para comenzar juntos el Año Nuevo, algo que estaba a punto de suceder y que me estremecía. Era como el comienzo de un sueño que, al mismo tiempo, me llevaba a estrenar una vida.

Capítulo 32



Llegamos a casa tarde y nos fuimos directos a la cama. Aunque ya no estábamos en Nueva York, por la mañana me desperté con el mejor de los humores. Supongo que no podía ser de otra manera cuando él se había escurrido entre las sábanas y su lengua corrió a encontrarse con mi desnudo sexo.

—¿Tú crees que es normal que me despiertes así? —le pregunté.

—Normal no sé si será, pero es la forma en la que pienso despertarte muchos días. De esta y de otras similares. Quiero que me desees tanto que estalles para mí una y otra vez.

Iba a estallar, sí, pero de felicidad. Me removí en la cama con un calor interno que no era normal, como si hubiesen elevado mi temperatura al máximo. Debíamos levantarnos para desayunar y había muchas cosas por hacer, pero él no parecía tener ninguna prisa cuando se trataba de hacerme disfrutar. Y en cuanto a mí… En cuanto a mí tampoco la tenía. Lo único que deseaba era que aquello que me estaba haciendo se perpetuase.

Su lengua se entendía a la perfección con mi clítoris. Los jadeos no tardaron en salir de mi garganta y cuando quise darme cuenta ya estaba chillando.

—¿Y ahora qué? A mí me ha pasado, ¿pero tú? No puedes quedarte así—le comenté al ver que se iba a vestir.

—Tranquila, que todo lo que sube, baja—me guiñó un ojo.

—Vale, vale, tú sabrás.

—Es que he de organizar unos temas de trabajo en la oficina antes de ir a recoger a Kiara. ¿No te importa entenderte con Clara, la cocinera?

Esa señora lo era cuando no se encontraba Amelia en la casa, pues por lo visto de vez en cuando se ausentaba, como en aquella ocasión, para socorrer a algún familiar. En ese sentido no parecía tener mal corazón pero, sin embargo, conmigo chocaba frontalmente. Con sinceridad, llegué a pensar que su hermano tenía razón en que no se trataba de algo personal. Me refiero a que lo hubiese hecho igual con cualquier otra porque tenía la sensación de que lo suyo eran

celos.

Clara ya lo tenía todo preparado y me atendió con mucha amabilidad.

—Por supuesto, lo que usted desee, señora—me comentó esa mujer cuya edad le habría permitido ser mi madre.

—No, por favor. Llámame Julia. Así estaremos más cómodas.

—Como quieras, Julia. De todos modos, ya sabes que solo estaré aquí en ausencia de Amelia. Vengo en esos casos.

—¿Y vienes mucho?

—De vez en cuando, sí. Por lo visto, ella atiende asuntos familiares en ocasiones, como ahora.

—Lo sé, lo sé. Y lo cierto es que me siento muy a gusto contigo en la cocina, Clara.

—Entiendo, no es una mujer fácil de llevar. Además, que ella hubiera querido que…—de pronto se hizo el silencio.

—Te ruego que no te calles ahora, que me cuentes. No la conozco y a veces pienso que debería hacerlo mejor para saber cómo entrarle, cómo tratar de limar asperezas.

—Ella hubiera querido que Lara se quedase con Ethan, era la mujer que le gustaba para su hermano.

—La madre de Kiara, ¿verdad?

—Sí, esa. Se llevaban a las mil maravillas. En aquel entonces, Amelia no vivía en esta casa, les dejó solos, respetó su privacidad, pero venía mucho a visitar a Lara, a quien adoraba. Eran muy amigas.

—Vaya por dios, así que es eso lo que tiene en mi contra.

—En tu contra y en la de cualquiera que venga a ocupar su lugar.

—Lo que sospechaba—me encogí de hombros.

—Siento decírtelo, pero es lo que pienso.

—No, no. Para mí la información es oro molido. No sabes cuánto te lo agradezco. Oye, ahora es que voy a vivir con Ethan, él me lo ha pedido.

—Sí, nos lo anunció hace un rato, antes de marcharse a atender sus asuntos.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que también decida dejarnos vivir solos? Lo digo porque si ya vivió una vez por su cuenta, ¿quién impide que dé un paso al lado ahora?

—Es que ahora lleva muchos años viviendo con su hermano y con la niña. No quiero hacerte mala sangre, pero Amelia se cree la dueña y señora de la casa, y no le será fácil renunciar a eso.

—Ya, lo que me temía también. Pues sí que estoy jodida. ¿No se te ocurre alguna manera de tratar de llevarme bien con ella?

—No la conozco lo suficiente y no sé qué decirte. Lo que opino es que no debes fiarte de ella. Delante de su hermano disimula mucho, pero detrás es otro cantar.

—Pues la cosa mejora por momentos.

—Es lo único que te puedo aconsejar, que te andes con ojo. No creo que tarde en volver, no suele hacerlo. Y me da en la nariz que le fastidiará mucho encontrarte aquí todavía a su regreso. Y más sabiendo que se trata de algo definitivo.

—Me da mucha pena todo lo que me estás contando. Amelia es importante para Ethan y quisiera que las cosas fueran de otra manera.

—No pierdas demasiada energía en el intento—me advirtió—. Por lo que sé de ella, no te servirá para nada.

Ethan volvió en ese momento y entró en la cocina.

—Vaya, qué carita más seria, ¿se puede saber de qué habláis?

—Nada, solo estábamos planteando el orden de los entrantes para la cena, nada importante. ¿Nos vamos ya a por la peque?

—Sí, Harmony me ha avisado de que ya podemos pasar a recogerla. Y esa charlatana estará deseando contarnos. Prepárate para que te ponga la cabeza como un bombo.

—Ese no es el problema, tranquilo.

—¿Es que hay alguno? —me preguntó.

—No, no. Más bien he querido decir que no hay problema—corregí de inmediato porque el subconsciente me había traicionado.

No es fácil plantearle a una persona que uno de sus seres más queridos nos podía amargar la vida. No es fácil cuando, además, él se mostraba muy agradecido con Amelia por haberle ayudado con la niña desde que nació y Lara se borró del mapa.

Capítulo 33



Llegamos a recogerla al centro de alto rendimiento y ya nos esperaba con su maleta en la puerta.

—¡¡Papá, Julia!! —chilló mientras avanzaba hacia ambos con los brazos muy abiertos.

—¡¡Mi niña!! —la recibí del mismo modo e incluso se vino hacia mí antes.

—Lo siento, papi, es que ella es la novedad—se excusó.

—Ven aquí, personaje, que eres un personaje.

—¿Pero un personaje de película? ¿De los buenos?

—De película no sé, pero a esta chiquitina le auguro un brillante futuro en el mundo del patinaje artístico. Sus compañeras se han quedado asombradas al comprobar su nivel, y eso que todas llevan más años entrenando por su edad. Creemos que, si no baja el nivel, podrá meterse a los jueces en el bolsillo—nos comentó su profesora.

—Dalo por hecho, Harmony—le sonrió antes de despedirse y montarse en el coche.

—Así que todos opinan igual, ¿no? Me imagino que lo has dado todo en estos días, Kiara—le comenté.

—Sí. Y yo imagino que también lo has dado todo con mi padre, ¿no? —se echó a reír.

—Pero bueno, niña, ¿crees que esa pregunta es normal? —le recriminó Ethan.

—¿Y por qué no? Yo estoy encantada de que lo haya hecho.

—Eso no es de tu incumbencia, cuéntanos tus cosas mejor.

—Pues nada, que he dejado flipadas a todas las mayores. Incluso a la idiota de Valeria.

—¿Quién es Valeria? —me interesé.

—La capitana del equipo. Se cree muy guay porque siempre ha sido la mejor y ahora teme que termine arrebatándole su corona. Esa es como la Bruja Blanca de Narnia, para mí que se cree la reina de la pista de hielo.

—Mira que me haces unas comparaciones, hija…

—Si es verdad, papá. Si te fijas, hasta se parece a ella.

—Buenos, deja a Valeria a un lado y cuéntanos tus sensaciones.

—Mi sensación es que vosotros dos estáis muy bien juntitos—rio maliciosa.

—No me refería a nosotros, no seas tan avispada.

—Pues ya lo sabes, papá. Voy a llegar al campeonato años antes y, aunque vacile un montón, sé que tengo que entrenar mucho hasta entonces. Falta muy poco ya, me han avisado con la mínima antelación.

—Eso es verdad, cariño, pero tú te pones las pilas en un santiamén, ¿a que sí? —le comenté.

—Pues claro—chocó los cinco conmigo—. ¿Y ahora adónde vamos?

—Clara nos ha encargado llevarle ciertas cosas del mercado navideño, así que iremos a comprarlas. ¿O prefieres que te dejemos antes en casa?

—¿Ya me queréis soltar? Vaya con los tortolitos.

—Que no es eso, bobita—le respondí.

—De bobita también se te ha quedado a ti la cara, ¿qué ha pasado en Nueva York? Quiero detalles.

—No te pases ni un pelo, hija—le advirtió su padre.

—Jo, solo quiero saber por si me habéis encargado un hermanito o algo.

—¡¡No!! —exclamé alterada porque no me lo esperaba.

—Vale, vale… Como seguro que habéis hecho un montón de prácticas, solo quería saber—rio.

—Pues no quieras saber tanto, hija.

—Vale, papá. Sí, y además es que como no habéis estado en París, pues hay menos posibilidades de que nos visite la cigüeña.

—¿Y esta niña de dónde ha sacado la ironía? —le pregunté en alto mirándole—. Qué tontería acabo de decir, ¿de dónde va a ser? Si tú eres igual…

Lo eran. Kiara tenía muchas cosas que había copiado de su padre. No en vano, se crio con él, a quién mejor se iba a parecer.

Llegamos al mercadillo y lo primero fue hacer una parada obligada.

—¡¡Chocolate caliente, porfi!! —nos pidió ella suplicante, uniendo sus manitas.

—Yo también voto por él, por favor.

—Pues nada, quién le va a decir que no a sus dos chicas preferidas. Ahora mismo voy a por tres tazas, tomad asiento—nos comentó mientras nos los retiraba para que nos acomodásemos.

Se fue a por las tazas y Kiara me miró.

—No es porque sea mi padre, pero te llevas un chollo.

—Lo sé—le dije riéndome.

—Y él, otro. Estoy muy contenta. Hacéis una pareja muy bonita y es lo que mi padre necesita. Lleva muchos años muy solo. No es un hombre que se conforme con cualquier mujer, ¿sabes?

—Dime la verdad de una cosa.

—Lo que quieras, Julia.

—¿Tú cuántos años tienes en realidad?

—Tengo ocho, pero soy muy larga, como me dice papá.

—Y tanto que lo eres, cariño. Y no solo de estatura.

—Esta noche ponte ropa interior roja, que no se te olvide.

—Ya, ya lo tengo en mente.

—Claro y pide el deseo de que mi padre te siga mirando siempre como te mira ahora. Él pedirá lo mismo, pero al revés. Lo conozco muy bien.

—De veras que me dejas fría. A veces me parece que eres una consejera matrimonial más que una niña.

—Que te deje fría no es mi culpa, que hoy hace fresquete. Mira, por ahí viene papá con las tazas.

Se levantó a ayudarle. Nos tomamos el chocolate caliente en familia, con ella sin parar de hablar, como era previsible.

La aventura en el centro de alto rendimiento le había supuesto una de las más emocionantes de aquella Navidad tan distinta. La encontramos más madura incluso a su vuelta, y eso que no resultaba nada sencillo.

Kiara se mostraba exultante. Por delante tenía un gran futuro y lograría alcanzar todo lo que se propusiese, porque no solo contaba con altas capacidades, sino con una forma de ser constante y luchadora que la acompañaba siempre. En eso también se parecía a su padre.

Tras la parada para tomar el tentempié, hicimos el resto de las compras y las llevamos a casa. Clara nos esperaba agradecida e incluso Kiara y yo nos metimos con ella en la cocina un rato, algo que no era posible con Amelia, quien acotaba su territorio y no dejaba que nadie hiciera una incursión en él. En fin…

Capítulo 34



La tarde nos la pasamos en el salón, delante de la chimenea, haciendo múltiples cosas con ella.

Lo primero fue visualizar en la tele algunos vídeos que nos envió Harmony en los que se apreciaba a las claras la mejora de su técnica.

—Ese giro no me salía antes, papá, ¿te acuerdas? —le preguntaba orgullosa.

—Y ahora te sale con una técnica muy depurada. Estoy muy orgulloso de ti.

—Mañana mismo tengo que volver a entrenar.

—Lo sé, hija, aunque sea primero de año.

—Así es. Siempre me has enseñado que las cosas no caen del cielo, que hay que currárselas.

—Muy bien, pero eso será mañana, hoy te toca descansar, Kiara—le aconsejé—. También hay que saber desconectar y dejar la mente en blanco. Y te lo dice una a quien le cuesta mucho—le comenté.

—Sé que es importante, sí. Pues nada, ¿y si tocamos algo en el piano?

—¡¡Voto por eso!! —exclamó su padre.

—Y yo también. Me está gustando retomar con él.

—Incluso podrías tomar clases mientras decides lo que quieres hacer con tu futuro—me sugirió.

—¿Qué va a querer hacer con su futuro, papá? Estar contigo—le aclaró la niña.

—Hija, me refería a su futuro profesional.

—Ah, vale, a ese. Pues podrá hacer lo que le venga en gana. Julia es muy inteligente.

—Pero no creas que los estudios se me daban nada de bien.

—Eso era antes. Si quieres, puedes…

—Ya tendrás tiempo para pensar qué deseas hacer. Nosotros te apoyaremos en todo—me besó Ethan.

—Como si quieres montar tu propio negocio o trabajar en el de papá, que ya está montado y es otro chollo—rio ella—. O también te puedes tumbar todo el día en el sofá, que es otra opción. Muy cómoda, por cierto.

—Eso no va conmigo, sería de zángana y no lo soy. Estoy más que acostumbrada a sacarme las castañas del fuego.

—En absoluto lo eres—me abrazó él.

—¡¡Abrazo a tres!! —nos pidió ella y me pareció adorable.

Éramos una familia. Sin duda que la éramos…

Nos sentamos las dos al piano para tocar a cuatro manos, que me gustaba mucho hacerlo con Kiara.

—¿Me seguirías con esta? Mira que me quedaría con las patas colgando.

—Pues como las mías, que todavía no me llegan al suelo—observó desde el banco en el que estábamos sentadas.

Comencé a tocar una de mis piezas favoritas, el "Para Elisa", una que además siempre les tocaba a mis padres en días especiales como aquel. Para mi sorpresa, la cría me siguió de inmediato. Daba igual lo que le pidiese, ella lo hacía con una fuerza y con un arte increíble.

Su padre estaba como hipnotizado.

—¡¡Ha sonado genial!! —me abrazó Kiara.

—Es verdad, pero lo podemos mejorar. Me refiero a mí, ¿lo hacemos otra vez?

—Todas las que quieras y, si me permites una sugerencia… Vamos, que te la voy a hacer de todas maneras, pero es para que papá no me riña.

—Ea, pues nada, ya lo ha dicho la enana.

—Eso, que mira, lo que puedes hacer es…

Me encantaba que me hiciera de profesora. Yo toqué durante muchos años, pero estaba muy

oxidada y ella ponía el alma y la vida en el piano, como en todo lo que hacía. Por esa razón era la mejor profesora que pudiese tener y me mostraba muy ilusionada con sus consejos.

Los seguí y las siguientes veces comenzaron a sonar mucho mejor. Tanto Kiara como Ethan me ayudaban muchísimo en todo lo que quisiera hacer.

—El karaoke lo dejamos para esta noche tras las campanadas, papá, ¿te parece?

—Tú no puedes acostarte muy tarde, hija, que tienes que entrenar.

—Ya, pero es Fin de Año y no soy un bebé. Además, que siempre me dices que tengo que asumir mis propias responsabilidades. Así que, si tengo más sueño que un canasto de gatitos, me fastidiaré mañana. Por cierto que Nala se ha quedado aquí dentro con sus bebés, qué mona.

—Sí, ya he hablado para lo de su esterilización, que no se puede fiar uno de ella con sus fugas.

—Es verdad, que gatitos ya tenemos de sobra, ahora toca el hermanito—rio.

—Esta niña está empeñada, no sé si la escuchas.

—La escucho, la escucho hasta en sueños.

Nos fuimos a ver a Nala con los gatitos. Ella los acariciaba a todos.

—Para quedarse en la casa son demasiados, hija. Deberíamos buscarles familias—le comentó él.

—No, no quiero…

—Es una camada grande, no tiene sentido.

—Ya, pero ¿podríamos quedarnos también con Chocolate en ese caso? Porfi, papá, que le he cogido mucho cariño.

—Lo veo bien, así Nala no estará sola—le comenté a Ethan.

—De nuevo las dos unidas en mi contra. Está bien, lo que digáis. Pero al resto les tendremos que buscar familia.

—Ya nos encargaremos de eso. Pierde cuidado—le pedí.

Me sentía tan integrada allí que sonaba a broma que tan solo llevara unos días con ellos. Estrenaba una nueva e ilusionante vida a la que no le faltaba de nada en esa casa. Tan solo tendría que pasar la prueba de fuego de la vuelta de Amelia, pero toda persona tiene su cruz y a mí me había tocado esa.

En el fondo, si las cosas se ponían feas, confiaba en que Ethan supiera mantener a raya a su hermana, aunque prefería pensar en que no tuviera que pasar por ese mal trago.

Ya apenas faltaba un rato para la hora de la cena, así que dejamos a los gatitos en el cuarto que habilitamos para ellos cerca del lavadero y nos marchamos a nuestros dormitorios.

—Ponte guapa y no te olvides de la ropa interior roja—me recordó la niña.

—No podría olvidarme, tranquila.

—Vale, es que como cuando una está *in love* se vuelve un poco loquita, por eso te lo recuerdo.

—Pero bueno, ¿y a ti quién te ha dicho eso?

—Eso lo sabe todo el mundo.

Capítulo 35



Elegí un elegantísimo vestido en color champán con altas sandalias que le combinaban a la perfección. Pese a celebrarse en casa, se trataba de una cena de fiesta y el salón luciría magnífico para la ocasión.

Como el resto de los vestidos de ese tipo que tenía, vino directo de una de las boutiques de Nueva York donde Ethan no dudó en pagar una factura monumental con tal de ir llenando mi vestidor de prendas impresionantes.

—Estás increíble—me comentó al verme salir ya lista. Solo te falta un detalle y lo vamos a remediar ahora mismo.

—¿He olvidado ponerme los pendientes? ¿O acaso ha sido el perfume? —llevé mi nariz hacia mi hombro por si percibía algún olor.

—Nada de eso, no has olvidado ningún detalle. Es solo que quiero que luzcas esto.

Abrí aquella caja con dedos temblorosos porque la firma a la que pertenecía me indicaba que se trataba de una gran joya, como él mismo, porque eso era Ethan para mí: una joya.

—Es preciosa, verdaderamente maravillosa—le comenté con la barbilla temblando a la vista de aquella gargantilla tan espectacular.

—¿De veras te gusta tanto? No sabes lo contento que me pones.

—No es que me guste, me fascina. Muchas gracias. Todos tus regalos son verdaderamente imponentes.

—A mí solo me impones tú.

—¿Te impongo? No me hagas reír…

—Me impone lo que me haces sentir, que es mucho. Quizás no lo creas, pero ya te comenté que lo que estoy sintiendo contigo no lo había sentido con nadie. Espero que me creas.

—Me lo creo, aunque me cuesta, de verdad.

—Eso es porque todavía no te has hecho a la idea de lo que vamos a vivir juntos.

—Si no me da tiempo. Mi vida a tu lado es un trajín total.

—Pues prepárate porque no tengo ningún pensamiento de bajar el ritmo.

—Eso es. Tú ahí, dándome ánimos—rio.

—Te voy a dar… Mejor no te digo lo que te voy a dar porque es hora de cenar y falta un buen rato todavía para celebrar la entrada en el Año Nuevo como tengo en mente.

—Solo de pensarlo ya estoy chorreando, vas a hacer que tenga que cambiarme mis bragas rojas.

—Eso, tú provoca más.

—¿Por lo de que sean rojas? Cualquiera le dice a Kiara que las llevaré de otro color.

—¿Se mete en eso?

—Tu hija se mete hasta en los charcos. Corrijo, nuestra hija, ¿no es así?

—Perfecta la corrección y perfecto también este trasero—me lo pellizcó.

—Eres un provocador nato.

—Habló la que no sabe provocar.

—A tu lado solo soy una simple aprendiz.

Él iba soberbio con su esmoquin y la niña apareció ideal con un vestidito en blanco y dorado, con falda de tul, que le daba la apariencia de un mismísimo hada. Lo elegí con ella horas antes pues me hizo su cómplice.

—¿Qué os parece mi *outfit,* parejita? —nos preguntó mientras movía sus merceditas en dorado a juego con su vestido.

—Estás para chillarte, preciosa mía—le indiqué dándole un beso.

—¿Para chillarme más? Pero si papá ya me chilla sin *outfit* nuevo y sin nada.

—¡Serás quejica! ¿Vas a decir que te chillo? Tú no estarás entrando en la edad del pavo ya, ¿no? Como eres tan adelantada, cualquier cosa me puedo esperar.

—Paso, papá.

—Oye, ¿qué es eso de que pasas?

—No nos vamos a poner de acuerdo, ¿para qué vamos a discutir? Además, que es Nochevieja.

—Tú sabes mucho, mi niña, tú sabes mucho—le hizo cosquillas.

Nos sentamos a la mesa, cuyo servicio fue espectacular. La cantidad de delicias que nos sirvieron resultó realmente de impresión, aunque lo cierto era que me impresionó aún más la compañía.

Una cosa muy bonita que se daba en la casa era el tratamiento hacia el servicio, quienes parecían ser de familia por parte de todos nosotros. No lo hacía así Amelia, pero el resto sí. Y ellos se sentían muy contentos por ello.

Clara apareció por el salón porque Ethan la hizo llamar para darle la enhorabuena. Y ella aprovechó para agradecerle el generoso aguinaldo que había recibido por su parte, igual que los demás, a pesar de que solo trabajaba allí días sueltos en el año.

La mesa nos la sirvieron Stuart y Diana, un par de camareros que no tendrían más edad que yo y que eran ciertamente amables también.

—¿No crees que deberíamos decirles que han terminado por hoy? —le comenté en cuanto sirvieron los postres.

—Te me has adelantado. Pensaba hacerlo ahora mismo.

Los dos se mostraron muy agradecidos también y nos dejaron solos. Ya solo era cuestión de celebrar por nuestra parte la llegada del Año Nuevo con las campanadas.

Nos dejaron preparados los dulces, que llevamos hacia la zona del sofá. Apenas faltaba nada para ellas cuando le sonó el teléfono y me sentí extraña, como si un escalofrío recorriera mi cuerpo al completo.

—Está bien, Amelia, cálmate. Ahora mismo iré a por ti—le comentó él y a mí casi se me descuelga la mandíbula.

—Perdona, ¿qué pasa? —le pregunté.

—Eso, papá, ¿le pasa algo a la tía Amelia?

—Necesita que vaya a recogerla, lo siento mucho—nos abrazó.

—Es que no lo entiendo, ¿ahora?
—Sé que no es muy comprensible y te agradecería que lo entendieses, de corazón.

—Ya, es que no lo es. Van a sonar las campanadas en unos minutos. Es Nochevieja. No lo digo ya por mí, es por tu hija, ¿no se puede esperar de verdad?

—Lo lamento, tengo que ir a recogerla. Lo necesita. En un rato estaremos de vuelta.

Kiara me miró con decepción y la abracé. Él ya estaba saliendo por la puerta y ni siquiera miró atrás.

Sentí como si la sangre se me congelase en las venas, ¿qué clase de poder ejercía su hermana sobre Ethan para que saltara como un resorte a una sola llamada por su parte? La incertidumbre y la desconfianza se apoderaron de mí.

Disimulé como pude y traté de animar a la cría. No me fue difícil porque era una niña muy alegre y terminamos celebrando la entrada de año con abrazos y besos. El champán, eso sí, se quedó sin descorchar. Suspiré al verlo.

No pude negarme a que pusiera el karaoke y canté con ella. No tuvo nada que ver con la Nochevieja que habíamos planeado y eso me dolía, pero en la vida no todo sale siempre como lo ideamos, eso sobra decirlo.

Capítulo 36



Ethan tardó incluso algo más de lo previsto y, cuando llegó, la cría ya estaba en su camita y durmiendo.

Por mi parte, me metí en la nuestra. No sabía qué mosca le habría picado a Amelia para hacer que su hermano tuviese que recogerla en el peor de los momentos, en el más inoportuno, aunque me olía a que lo hizo en su línea, por fastidiar, como todo lo que salía de ella.

Cuando llegó, me hice la dormida, aunque supo muy bien que se trató de un truco porque ya me iba conociendo y sabía de sobra lo visceral que era.

—Sé que estás enfadada, cariño, lo sé—me acarició.

—No estoy enfadada, simplemente estoy muy extrañada—le comenté con voz muy seria.

—Hay cosas que debería haberte contado sobre Amelia y que te ayudarían a intentar comprenderme—suspiró.

—Pues si no lo has hecho, no esperes que te comprenda. Respetaré tus decisiones, pero no tendré por qué compartirlas. Y mucho menos cuando incluyen también a tu hija, a quien le has jodido la Nochevieja.

—No me fustigues, por favor.

—Si no quieres escuchar la verdad, ponte tapones en los oídos. O no me preguntes. Total, no pensaba decirte nada.

—Mi familia nunca fue fácil, ¿sabes?

—Muchas no lo son. Mira cómo estoy con mis padres. Vale que me lo busqué, pero fíjate a dónde hemos llegado. Y no por eso voy perjudicando a los demás como ella. Amelia… Mira, prefiero no decirte lo que pienso de ella.

—Nadie lo sabe y es hora de que tú sí.

—¿De qué me estás hablando? —le pregunté al comprobar que me hablaba con la máxima de las preocupaciones.

—Amelia no está bien, eso es lo que pasa.

—No hace falta ser un lince para comprobarlo. Tu hermana está amargada perdida, la verdad.

—No es solo eso. Amelia no ha estado en casa de ningún familiar, es una invención.

—¿Y encima se inventa las cosas? ¿Es una mentirosa compulsiva? ¿Dónde ha estado entonces, de vacaciones en El Caribe? Ojalá y le hubieran dado un buen meneo.

—No, verás… Amelia tiene diagnosticada una enfermedad mental que le afecta a su estado nervioso. Todo lo que rompe con su rutina la altera mucho. Cualquier cosa puede desencadenar un episodio que requiere de un ingreso. Cuando ella se lo nota, me lo hace saber. Y delante del resto, queda como que va a ayudar a algún familiar. Siempre es así. Lo malo es que en los últimos tiempos, tampoco está llevando bien los ingresos. Quería estar en casa en Nochevieja y le aconsejaron quedarse unos días más para valorar su evolución. Supe muy bien, cuando me llamó esta noche, que de no ir a por ella montaría un buen número en el centro. Y tampoco habría sido lógico que les diera la noche a quienes la atienden. ¿Me comprendes mejor ahora?

—Joder, vaya plan, ¿no? ¿Y por qué no me lo contaste antes?

—Porque estaba buscando el momento. Mi vida no es fácil en ese sentido. Piensa que le debo mucho, más de lo que te imaginas. Y no puedo dejarla en la estacada ahora que está enferma. No sería lógico.

—Pues estamos apañados porque seguro que la alteró mi presencia en la casa. Y lo que no sabe es que me quedo a vivir. Ahora sí que fabrica una bomba en la cocina y me la pone para desayunar.

—Tranquila. Lo he hablado con ella y me ha prometido que tratará de tomarlo lo mejor que pueda.

—¿Y crees que lo hará? Siento decirte que me huelo que ella actúa de una manera delante de ti y de otra muy distinta por detrás…

—También lo sospecho. Por eso, si te hace o te dice algo que no sea correcto, te pido por favor que lo hables conmigo.

—¿Y de qué servirá?

—Tomaré cartas en el asunto si llega el momento. Te lo prometo.

—Esto no va a ser fácil. Seguro que me la comienza a liar y yo también tengo mi genio. Y encima me cuentas que está enferma y eso me sensibiliza, pero no te prometo que pueda

aguantarlo siempre. No hago promesas que no pueda cumplir.

—Yo tampoco—me aseguró dándome un beso.

Sabía que no era plan de que me buscase esa noche y no lo hizo. Por primera vez, no tenía ganas de sexo con él.

—Solo una cosa—le comenté antes de tratar de dormir.

—Lo que quieras, dime.

—¿Por qué no me lo comentaste antes? ¿Es que no confías en mí? —insistí porque seguía dolida.

—Confío lo suficiente para pedirte que te vengas a vivir conmigo.

—Pero no para contarme tus cosas.

—Hay temas que a todos nos cuesta abordar. A ti te pasa con el de tus padres.

—Muy cierto, pero no te miento sobre él. Simplemente, no lo abordo y ya.

—Vale, no ha sido una comparación demasiado afortunada. ¿Me perdonas?

—Vale, pero no vuelvas a hacerlo, ¿me oyes?

—Te oigo, preciosa.

—Es que me he sentido como una idiota esta noche y no quiero que eso vuelva a suceder.

—Lo entiendo perfectamente—me abrazó.

—Vale, pues entonces no lo hagas, que duele.

—Lo último que deseo en el mundo es causarte ningún dolor, ¿eso lo sabes?

—Lo sé, creo que lo sé.

—Es un hecho. Y mi deseo para el Año Nuevo es que esta haya sido nuestra única discusión, al menos hasta el siguiente.

—Esto no ha sido una discusión. Cuando lo sea, lo comprobarás, tengo tela de genio, ya te lo he dicho.

—Me estás asustando, ¿te lo he dicho yo?

Capítulo 37



Se levantó dándome mi sitio en el sentido de que entró conmigo en la cocina. Amelia ya estaba allí y Clara, por tanto, ya no aparecería. Me dio un bajón impresionante verla, pero entendía de sobra la necesidad de que todos nos llevásemos bien.

—Amelia, buenos días. Y feliz Año Nuevo—le comenté.

En ese instante pareció sobresaltarse, como si no esperase a nadie, y giró de inmediato.

—Ah, hola, buenos días. Y feliz Año Nuevo para ti también, Julia—me dijo en un tono bastante normal, carente de esa violencia verbal con la que acompañaba sus palabras habitualmente conmigo.

Lo que más me sorprendió fue comprobar que incluso se vino hacia mí y me abrazó. Eso no lo esperaba para nada.

—Me alegra verte bien—añadí patidifusa.

—Sí, ya estoy en casa. Mi hermano me ha contado que te quedas a vivir con nosotros. Me alegro por él y también… También por ti. Siento si no te he puesto las cosas tan fáciles como debía. Soy una persona un tanto complicada. En fin, quizás él ya te haya comentado—se excusó mientras se secaba las manos en el mandil, un tanto nerviosa.

—Eso es lo de menos ahora. Ya pasó. Si vamos a ser cuñadas, lo mejor será comportarnos como tal—le comenté en tono condescendiente porque comprobé que estaba haciendo un esfuerzo.

—Sí, será lo mejor. Sé que ni siquiera te he dejado entrar en la cocina y que no es normal lo mío—hasta me sonrió tímidamente—. Que sepas que no muerdo. Entra cuando quieras. Pero, por favor, si coges algún cacharro o algo, déjalo luego en su sitio. Soy muy maniática para mis cosas y me ponga muy nerviosa—suspiró.

—Vale, trataremos de hacerlo todo para que te sientas lo mejor posible, ¿ok? Yo procuraré no interferir en tus cosas.

—Y yo lo mismo en las tuyas. En realidad, mi reino es mi cocina, como sabes. Por lo demás, puedes hacer lo que te plazca.

—Vale, pues nos lo dividimos así. Tampoco es que a mí me apasione la cocina.

—Pues mucho mejor. Y ahora, si queréis, id para el salón que os serviré el desayuno.

—¿Y por qué nos lo tienes que servir tú? ¿No es bastante con que lo prepares?

—Es que estoy acostumbrada a hacerlo así de siempre.

—No eres parte del servicio, sino de mi familia, Amelia—la besó él.

—Pero tú sabes que siempre lo he hecho, Ethan, es como me siento bien.

—Hazlo como quieras entonces.

—¿Y si te sientas con nosotros en la mesa? ¿Al menos eso? —le pedí.

—Vale, pero no os acostumbréis, que yo tengo culillo de mal asiento y la mitad de las veces como a mi aire en la cocina. Soy feliz así.

Nunca había visto a una persona adinerada comportarse de esa forma, pero de pronto sabía que su actitud no era la más normal porque tampoco lo era su estado mental. Si ella era feliz entre fogones, nadie le arrebataría la oportunidad de hacerlo.

—¡Tía Amelia! —exclamó la niña al levantarse.

—Cariño, ¿has crecido en estos días? ¡¡Te veo más alta!!

—Será por todo lo que me dejaste para comer cuando te fuiste, aunque tengo que contarte que también estuve en el centro de alto rendimiento y que voy derechita al campeonato.

—¿Con los pocos añitos que tienes? ¿Y eso cómo va a ser?

—¡¡Porque soy la mejor!! Anda, es que como no tengo abuela, me lo digo todo yo sola.

—No tienes abuela, pero sí un montón de gente que te quiere a tu alrededor, pequeña—la besé.

—No lo sabes bien. Quiero a esta niña con toda mi alma—me confesó ella.

—Lo sé. Has sacrificado tu vida junto a tu hermano para criarla, ¿verdad? —le pregunté mientras que la cría corría a lavarse las manos.

—Y lo haría una y mil veces. Por los míos, daría la vida.

—Lo sé, lo sé. Ella tiene entrenamiento dentro de un rato. Vamos a ir a verla patinar, ¿quieres venir?

—No, salgo muy poco, ya me vas conociendo. Prefiero quedarme preparando el almuerzo.

—Pues eso deberías cambiarlo. Quizás quieras venirte conmigo de vez en cuando a tomarte un café o algo.

—Ya lo iremos viendo, ¿vale? Me cuesta mucho salir.

—Vale, pues lo vamos hablando. ¿Le prepararías algún sándwich para que se lo lleve?

—Ya lo tenía en la cabeza, me pongo a ello.

En la cocina era una máquina porque, cuando fuimos a recogerlo, ya estaba también con la masa de las croquetas y con una lasaña en el horno, todo para el almuerzo. Y eso que nos quedó tela de cena de la noche anterior. Pero era un caso en ese sentido.

Kiara comenzó a ensayar y disfrutamos mucho viéndola. En ese ratito, Ethan aprovechó para hablar conmigo.

—Oye, ¿te has quedado más tranquila con lo de mi hermana?

—Parece que de momento estoy a salvo. Otra cosa será que decida tirarse a mi yugular si le da por ahí, que no lo descartaría. Pero que se nota mucho que le has leído la cartilla, ¿qué le dijiste si se puede saber?

—Que eres la mujer de mi vida, eso le dije.

—Toma ya… Y te respondería que el trastornado de los dos eres tú, que eso no puede ser en tan poco tiempo.

—No, todo lo contrario, ¿sabes qué me respondió?

—Dispara.

—Que ya lo sabía, que me conoce muy bien y que se me nota cantidad que me tienes sorbido el seso.

—¿Eso te contestó? Cielos, estoy en peligro de muerte.

—En el fondo, pasado el susto inicial, creo que está contenta. Supongo que la desestabilizó mucho ver a una extraña en casa. Ahora ya sabe que formas parte de mi vida y que así seguirá siendo, y creo que lo ha asumido bien.

—Pues también me siento muy contenta, las cosas como son. No creí que me fuera a abrazar

ni nada de eso.

—Amelia, por razones que no vienen al caso, ha sufrido mucho en la vida. Dale un voto de confianza, creo que contigo terminará haciendo buenas migas.

—Pues quizás tengas razón, ya que con Lara las hizo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Dejémoslo en que se lo escuché a un pajarito que estaba piando en el jardín. ¿Es cierto?

—Sí, la adoraba. Supongo que también le supuso un varapalo enorme su marcha de nuestras vidas.

—Y por eso se decidió a ayudarte como lo hizo.

—Y menos mal que lo hizo. Te prometo que enseguida supe manejarme con la bañera, con los biberones y con los pañales, pero los primeros días hubieran sido el caos de no ser por ella.

—Además de que te imagino en shock por la marcha de Lara.

—Más por lo que representaba para mi hija que por mí, porque en el fondo ya intuía que había dejado de amarme. Pero no a ella. Suerte que ahora te tenemos a ti. Mírala, es una campeona.

—Sí que lo es, sí. Es total la niña.

Volvimos a casa al mediodía y ya nos tenía puesta Amelia la mesa. Y era de impresión.

—Cielo santo, voy a engordar en esta casa, ya lo veréis.

—A mi hermano le gustarás igual, no hay que ver cómo te mira.

—Dime que te sentarás con nosotros a almorzar tranquila, por favor—la cogí por el brazo.

—Sí, lo haré, gracias. ¿Quieres ayudarme a traer las bandejas que quedan en la cocina?

—¿Quedan más bandejas en la cocina?

—Sí, me temo que unas cuantas.

—Vale, voy contigo.

Cogí una con un paté exquisito que la niña miró desde lejos, pues nos acompañó hasta allí.

—¡¡Ese es mi preferido!! —chilló.

Justo en el momento de alzarla, la bandeja cedió, no entendí ni cómo y el paté se fue al suelo. Me quedé con ambas partes de la bandeja en cada una de las manos.

—No sé qué ha pasado. Será la emoción, lo siento. Creo que debo haberla golpeado con la encimera. Cielos, lo primero que me encargas que haga y mira el resultado. Vas a pensar que soy una inútil, qué calamidad.

—No, no… Mira, si a algo estoy acostumbrada en mi vida es a estar en la cocina. Tendría que haber montado un restaurante hace años. Y por eso sé que la vajilla se le rompe a quien trastea con ella—se mostró de lo más comprensiva.

—Pues te lo agradezco, porque me he puesto malísima, para mí que se me ha bajado hasta la tensión.

—Ya, la culpa es mía… Te traté con mucha rudeza días atrás y ahora estás como a la defensiva. Y encima mi hermano te habrá contado ya que estoy mala de los nervios—aprovechó que Ethan llamó a la niña para comentarme—. No temas, no soy peligrosa. Solo me perjudico yo, que me pongo como una moto. Por eso me largo cuando me noto mal, porque no quiero pagarlo con nadie.

—Lo sé y es muy de agradecer. Pero ahora lo que tenemos que lograr es que no llegues nunca a ese punto.

—Ojalá porque no creas que lo paso bien. Tras la marcha de Lara sufrí mucho, ¿sabes? Yo la quería cantidad… No, perdona, no me pongas esa cara, que no pretendo ponerte mal cuerpo sino todo lo contrario. Todos lo pasamos muy mal y en particular Ethan. Mi hermano estaba que se subía por las paredes, por eso me vine a vivir con él. No es justo lo que le pasó, ella no pensó en nadie.

—¿Y por eso te sentiste mal cuando me viste aparecer con él? Te prometo que yo le quiero. Es muy pronto, pero me he enamorado.

—Se te ve muy distinta a ella, más cariñosa, más entregada. Me dolió mucho que le entregué todo mi amor a Lara, lo mismo que Ethan, y ella se rio en nuestra cara. Temía verle sufrir igual, que tuviera que pasar de nuevo por esa agonía… Si bien la otra noche me dejó claro que no va a renunciar a vivir por miedo. Sin duda, es más valiente que yo, y no puedo más que darle la razón. Y ahora, vamos, que se va a desesperar.

Aparecimos por el salón con el resto de las bandejas.

—Lo siento, mi amor, te has quedado sin tu paté favorito—le hice una carantoña a Kiara.

—¿Y qué más me da? Estamos todos juntos en las que están siendo las mejores Navidades de mi vida, ¿qué importancia tiene eso? Vamos a hacernos una foto. Tía Amelia, tú también.

—Que no, que me veo muy fea, hija. Ya sabes que no me gustan las fotos.

—¿Qué dices de fea? ¿No has visto el cutis que tienes? Si es de modelo, me vas a tener que dar la fórmula.

—Eso es verdad, tía Amelia, espero heredarlo. No tienes ni una línea de expresión. Ahora solo te falta dejar que te asesoremos Julia y yo para sacarte partido.

—Claro y de paso me metes en una aplicación de esas de los móviles para sacarme un novio.

—Pues mira, no sería mala idea.

—¡Estás loca, cariño! —la abrazó ella, contenta. Lo estaba mucho más desde su vuelta.

—*"Loca, loca, loca"* —Kiara comenzó a cantar por Shakira y a moverse como ella.

—No quiero ver eso, ¿dónde has aprendido a bailar así? —le preguntó su padre.

—Se lo vi hacer a las chicas mayores en el centro de alto rendimiento. Mira cómo muevo también las caderas.

—Quieta ya o tu padre querrá rociarte con agua bendita—le aconsejó su tía, quien se sentó con nosotros.

Nos sentíamos todos muy contentos. Incluso yo, que comencé el año de la peor de las maneras, debía reconocer que no me creía que se mostrase tan familiar conmigo, que Amelia estuviera haciendo ese esfuerzo por acercarse a mí.

Capítulo 38



Unos días después, la cría había retomado sus clases en el colegio y las simultaneaba con los duros entrenamientos, los cuales encaraba con la mayor de las alegrías.

Kiara se mostraba muy feliz, parecía tenerlo todo. Por fin creía haber encontrado una madre y yo también en ella una hija, algo que no busqué, pero con lo que me topé en la vida.

Ethan y yo estábamos de lo más ilusionados y con mil proyectos en la cabeza. Me costaba separarme de él y por eso me dio penita que me comentase que ese fin de semana necesitaba viajar a Arizona sí o sí para gestionar la compra de unos terrenos.

—Te voy a echar de menos—le aseguré en el salón cuando me lo comentó.

—No, vente conmigo—me pidió.

—No puedo, la niña tiene que seguir compitiendo. Cada vez queda menos para el campeonato.

—Pero eso no es problema. Yo me quedo con ella—se ofreció Amelia.

—¿De verdad me lo dices?

—Ni que fuese la primera vez. Me he quedado con Kiara en mil ocasiones en las que mi hermano ha viajado por negocios. Tú ve a preparar la maleta y olvídate de todo.

Estaba muy bien desde su vuelta. Yo me encontraba muy pendiente por si se avecinaba alguna de sus crisis, pero realmente no había nada que apuntase a ello.

Aquel día, la peque salió de uñas del entrenamiento, con un cabreo monumental.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

—Que Valeria dice que soy una enchufada y una niña pequeña, que no debería estar en el equipo y que me eclipsará por completo. No es justo, si estoy ahí es porque me lo he ganado y, además, como me han avisado tan tarde, debo entrenar más que ellas cada día. Cuando caigo en

la cama no puedo más y al día siguiente igual. Nunca me quejo por nada, no como ella, que Harmony le tiene que llamar la atención muchas veces.

—¿Quieres que hable con ella?

—No, solo serviría para que dijese que he enviado a mi madre a darle la charla, porque ya les he contado a todas que lo eres. Creo que por eso me tiene más envidia. Incluso la mamá de una de ellas me ha preguntado si eras mi madre de verdad, si has vuelto, porque te confundió con ella al ser rubia también.

—¿Tu madre lo era?

—Sí, y con los ojos claros. Se parece un poco a ti, ¿no has visto ninguna de sus fotos? Las guardan en casa por mí, por si las quiero de mayor o algo. No sé ni dónde están porque no me interesan para nada, la verdad—se encogió de hombros—. Si ella no quiso ser mi madre, yo no soy su hija.

—Ven aquí, cielo. A ti no te faltará mi amor nunca, ¿lo sabes?

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Y ahora tú y yo nos vamos a tomar un batido helado gigante antes de volver a casa, ¿ok?

—¿Has venido tú sola?

—Sí, tu padre está ultimando un negocio antes de que nos marchemos este finde a Arizona.

—Pero si yo no me puedo marchar… ¿Y qué pasa con mi entrenamiento?

—Te quedas con tu tía Amelia, ¿te importa mucho?

—No, no me importa. Así podrás irte sola con papá, que seguro que te mola.

—Oye, que me encantaba estar contigo también.

—Y lo sé, por eso me gustas. Pero seguro que me hacéis un hermanito mejor si estáis a solas.

—¿Tantas ganas tienes de un hermanito?

—Es de lo que más ganas tengo en el mundo.

—¿Incluso más que de ganar el campeonato con tu equipo?

—¿Y no pueden ser las dos cosas? Yo me encargo de prepararme para ganarlo y tú de que mi padre te haga un bombo. Las dos nos divertiremos—me guiñó un ojo.

—¡¡Kiara!!

—¿Qué? Si te vas a divertir mogollón, no lo niegues. Solo estoy mirando por ti.

—Eres increíble.

—Ya lo sé, ¿y qué le hago? Vas a tener que emplearte a fondo para hacer otro como yo.

—No, otro como tú no sale, eso ya te lo digo.

—Entonces, ¿vamos a convertirnos en una familia?

—En eso nos hemos convertido ya, Kiara—la acaricié.

—Pero numerosa, ¡¡quiero un montón de hermanos!!

—Oye, que no soy tu gatita Nala, bonita.

—Bueno, pero parecido. Por cierto, ya tenemos casa para todos los gatitos, ¿no?

—Para todos. Se los llevarán en breve porque ya podrán alimentarse por su cuenta.

—Yo también me alimento por mi cuenta, ¡¡venga ese batido!!

Me lo pasaba genial en esos ratos de chicas. Me sentía muy cómplice de Kiara y hasta celebrábamos chocolatadas y cosas parecidas en casa para que pudiera participar Amelia.

Las cosas no cambian de un día para otro, pero mi cuñada estaba dejándose el pellejo para que todo fuera mejor. Y se notaba mucho. Nunca lo hubiera creído con el mal pie con el que comenzamos. Y encima con la confesión que me hizo luego Ethan sobre su problema mental.

—Tía Amelia, te hemos traído un batido de vainilla con caramelo—se lo puso ella sobre la encimera al llegar.

—¿Y yo para qué quiero esa guarrada con los que preparo en casa? —le contestó burlona, pero sacando un sentido del humor con el que se dejaba caer en los últimos días.

—Eso, que de nada… Pues me lo tomo yo.

—¿Y para mí no hay? —se quejó Ethan.

—En ti es que no hemos pensado, se siente. Y no me pongas un puchero, que no te valdrá para nada.

—Saca ya el suyo o terminará por llorar. Con lo poderoso que es y poniéndose así por un batido. Vaya un CEO que estás hecho—le recriminó la niña.

—Pero bueno, ¿esto qué es?

—Eso es una crítica, ¿te la repito?

—Me uno a todos los que pensáis que es una farsante, que no puede tener esa edad de verdad, ¿quiénes sois? —nos preguntó él.

Las dos levantamos la mano, Amelia y yo.

—De no haber sido porque la vimos nacer, Ethan… ¿Recuerdas los pies tan pequeñitos que tenía?

—Sí, Amelia, y ahora ha pasado de los patucos a los patines.

—¡¡Que hace mucho que no uso patucos!! ¡¡Menudos sensibleros estáis todos hechos!!

Capítulo 39



Llegamos a Phoenix, la capital de Arizona, el viernes por la noche. A él se le notaba exultante por encontrarnos nuevamente unos días a solas. Y eso que con Kiara disfrutábamos también a lo grande.

—Espero que no te saques de la manga otra casa como la de Nueva York.

—No, aquí nos alojaremos en la suite de un hotel, si no te importa.

—Claro, me voy a quejar. Un poco más y me veo viviendo en la calle y ahora me parecerá mal que nos alojemos en una de esas.

—No hace falta que te diga que es la mejor y del hotel más lujoso.

—¿Por qué me lo habría imaginado?

—Pues ni idea…

—Porque eres un sibarita.

—No es tanto por mí como por ti.

—Eso, ahora échame la culpa a mí.

—Tú solo tienes la culpa de haberme hipnotizado. No puedo concentrarme en otra cosa que no sea tu cuerpo.

—Pues menos mal, porque los negocios los sigues cerrando de dos en dos.

—Esos van solos…

—El dinero, que llama al dinero.

—El dinero no da la felicidad, eso ya lo sabes.

—Solo ayuda a comprarla.

—O no, mi felicidad sois Kiara y tú. Mira, ese es nuestro hotel.

—Toma ya, el hotel de un pobre, sí señor.

Por supuesto que era una maravilla y no digamos ya la suite, tan espaciosa y con todo lujo de detalles.

—No sé qué pensarás, pero la noche se está poniendo de perros y por lo visto caerá una buena tromba de agua.

—Vamos, que me estás diciendo que mejor nos quedamos aquí, ¿no? ¿Por qué no me hablas claro?

—Te estoy diciendo que me muero por quedarme aquí contigo, sí.

—Pues no se diga más: deseo concedido.

Tampoco yo tenía ganas de ir a ningún sitio pudiendo disfrutar de su compañía en solitario en un ambiente tan romántico como aquel.

Él se encargó de pedir la cena y yo le susurré en el oído que el postre corría de mi cuenta.

—La noche es nuestra—me dijo con su copa en alto al brindar.

—¿No me digas que también la has comprado? Y luego dices que no… Si es que no se puede ser más caprichoso.

—Tú eres mi capricho, Julia.

—Espero no ser solo un capricho de Navidad al que luego le quieras dar la patada y a por otro el año que viene.

—¿Me crees capaz de eso?

—Espero que no o la patada te la llevarás tú y créeme, prefieres no saber dónde.

Seguimos con la cena, a base de todo tipo de delicatesen y, al llegar la hora del postre, me fui hacia él.

—Alguien me debe un pase de modelos y creo que me lo va a hacer.

—No te flipes tanto, que ya te hice más de uno…

—¿Qué me dices? Si no me acuerdo.

—Memoria selectiva se llama.

—Pues ni idea, ¿lo ves? Si es que se me olvida todo, bonita.

Me quité el vestido y me quedé en ropa interior para él, con unos altos zapatos de tacón, medias de seda con liguero y conjunto de tanga y sujetador negro de fino encaje. Una verdadera virguería que le abrió los ojos al tiempo que hizo que tuviese que ir sacando con lentitud el aire de sus pulmones.

Me senté en la mesa delante de él y me abrí de piernas. Le acerqué uno de mis zapatos de tacón para que me los retirase. Lo hizo con esa parsimonia tan suya y, a continuación, se recreó besando mi pie. Para ese mismo pie tenía yo planes, de manera que lo llevé hasta el bulto que se dejaba asomar en su bragueta y lo moví sobre él.

—Me estás poniendo malísimo—me dijo mientras se abría la camisa.

—Esa es la idea—seguí refregándole con el pie.

Cuando le pareció, me frenó y se lo llevó hacia uno de sus hombros. También el otro, no sin antes retirar igualmente el zapato. Entonces se acercó a mí y comenzó a besar mi vientre mientras con sus manos amasaba mis senos. Me comencé a alborotar y la prueba estuvo en el color que adquirieron mis mejillas súbitamente.

—Me pones tanto, Ethan….

—Y mucho más que te voy a poner, preciosa.

Con sus dientes, me arrancó el tanga, dejándome con el liguero. Parecía que, con mi provocación, había despertado a la bestia, a una bestia que no dudaba en rugir para mí.

Sin más metió la lengua hasta lo más íntimo de mi ser. Su humedad se encontró con la mía y lo que saboreó debió ser muy de su agrado a juzgar por la cara con la que me miró.

De lo más profundo de mi garganta saló un suspiro. Supe muy bien que le había puesto hasta la saciedad, que su énfasis sería incontenible y terminé de tomar conciencia de ello cuando su lengua se movía en mi interior como una serpiente, provocándome una sensaciones tales que me hicieron agarrarme con ambas manos al mantel en medio de un delirio febril nunca antes experimentado.

Me corrí entre gritos y con su lengua dentro. Así no me había pasado. La sacó y entonces se dedicó a lamer mi clítoris, el cual encontró rosado y jugoso, totalmente a su gusto.

Me acodé sobre la mesa a tiempo de ver cómo sus manos comenzaban a recrearse en mis senos. Su lengua estaba entretenida con mi sexo, pero sus manos no pararían hasta hacerme gritar igualmente de placer dados esos pellizcos que me removían desde mis adentros y que me hacían perlarme de sudor para Ethan.

Nada podía compararse a esas sensaciones previas a su embestida, porque mi clítoris estalló en su boca y entonces no dudó en desatar la parte más viril de su cuerpo, a la que le faltó el tiempo para entrar en mí.

Fue entonces cuando se puso de pie y le rodeé con mis piernas. A punto estuvo de tener que pagar una fortuna porque a lo justo esquivamos más de uno de los lujosos adornos que plagaban la habitación.

—Quiero terminar en el agua—susurré en su oído.

No lo decía por decir, sino porque el jacuzzi del baño no lo habíamos estrenado y estaba deseando hacerlo. Mientras me dejaba sentada en la encimera del baño, comenzó a llenarlo. Era temprano y en aquella suite ni conocíamos la prisa ni nos interesaba conocerla.

Al tardar un poco en llenarse, no tuvo ninguna duda respecto a seguir embistiéndome sobre aquella encimera en la que terminé a cuatro patas, corriéndonos ambos de modo simultáneo mientras observaba extasiada cómo me mordía el cuello en pleno clímax.

A partir de ese momento, se me quedó abrazado hasta que el jacuzzi estuvo a punto y entonces no dudó en acercarme a él. Me introdujo en el agua con lentitud, disfrutándome. Las burbujas surgían por doquier y me hizo levantar la pelvis para que uno de los chorros me estimulase en mi zona más íntima, la cual ya estaba al rojo vivo gracias al efecto de su lengua, de sus dedos y de su miembro.

Volvió a entrar en mí una vez que disfruté del mencionado chorro. Ya se había venido totalmente arriba de nuevo y yo me sentía tan excitada que no tardaría en volver a estallar. Durante varios minutos continuó con esas estocadas que me daban vida, una detrás de otra. Y tras ellas, cuando comprendió que me iba a volver a pasar, salió de mí, terminó de estimularme con las caricias de su boca (para lo cual tuve que levantar mi pelvis y salir ligeramente del agua) y logró que me corriera entre gritos.

Aún me estaba recuperando cuando me dio la vuelta. Ya le conocía lo suficiente para saber que tramaba algo. La forma en la que me siguió acariciando y esa otra en la que utilizó gel de baño, lo aplicó en sus dedos y los introdujo en mi ano me lo aclaró todo.

Sus movimientos cilíndricos me fueron dilatando y entonces aprovechó para colocar la punta de su miembro contra mí y de un solo movimiento ya le tenía dentro.

—¿Mejor que la otra vez? —me preguntó retirando mi pelo de la cara y haciendo que le mirase de lado.

—Igualmente a traición—le sonreí morbosa.

—Pienso compensártelo…

—Más te vale, más te vale.

Capítulo 40



—Buenos días, amor—me besó en los labios al despertar.

—Lo de buenos lo decidiré cuando compruebe que me puedo sentar, que anoche volviste a profanarme el juju.

—Pues no te quejaste demasiado, más bien parecías pedir más y más.

—Al final hasta me irá la marcha.

—Creo que te iba desde el principio, aunque no lo supieras.

—Eso va a ser. Sabes demasiadas cosas sobre mí, listo, que eres muy listo.

—Nunca se sabe demasiado sobre las mujeres, y menos si es sobre la que amas.

—¿Y eso por qué?

—Porque sois un misterio.

—Yo soy más bien como un libro abierto, aunque de aberturas mejor no hablemos, que me has dejado el juju fino.

Sonreía mientras encargaba el desayuno en la habitación. Después, me animó a acompañarle a mirar esos terrenos que efectivamente le interesaron y con ello acabó su trabajo del fin de semana.

—Por echar horas no te pagan, ¿a que no?

—Yo me pago solo, ya lo sabes. Y más que por eso, cobro por pensar.

—Lo he dicho en broma, sé que siempre le estás dando al coco. En eso echas muchas horas.

—También las echabas tú en tus trabajos y ganabas una miseria. Sé que el mundo está muy mal repartido.

—Y ahora mírame, si parezco una princesa. Tengo un vestidor que ni Carlota Casiraghi.

—¿Sabes que la conocí en Mónaco?

—No me jodas…

—Es cierto.

—Y es tan guapa en persona como en la prensa, ¿o más?

—A esa pregunta trampa no pienso responder.

—Cuando digo que eres listo, es que eres tela de listo.

—Ahora vamos a celebrar el cierre del contrato de los terrenos—me dijo entrando en un lujoso restaurante y pidiendo mesa, la cual nos dieron enseguida.

—Contigo siempre hay algo que celebrar. Suerte que no nos pillamos una borrachera cada vez o tendríamos el hígado para el arrastre.

—No, eso lo dejamos para las grandes ocasiones, aunque contigo lo son todas.

—Muy bien, te estás ganando un premio para cuando vuelvas al hotel.

—Y tú te estás ganando que nos volvamos del tirón.

—No, que se tratará de un secuestro sexual y necesito vitamina D en la cabeza, de la que proporcionan los rayos solares. Menuda energía hay que tener contigo.

—¿Quieres que baje el nivel?

—¿Acaso he dicho eso?

—Es que no lo tenía claro—me sonrió picante.

—Pues que te conste que, cuando quiera algo, te lo pediré, que para eso tengo esta boquita.

—Para eso y para ciertas cosas que me ponen muy duro.

—A ti lo de levantarte sin tiempo para uno rapidito y mañanero te sienta fatal, ¿eh?

—Es que se me acumulan y luego tengo que echarlos dobles.

—Y si no también, ¿qué me estás contando? No he visto una cosa igual a la hora de recuperarse.

—Es el efecto que creas en mí.

—Pues te lo tendrás que hacer mirar también porque no es normal.

—Lo que no es normal es que estés tan buena y que tenga que esperar para hacerte mía.

—¿Es que no tienes hambre?

—Sí, ¡¡hambre de ti!!

—Pues te vas a esperar porque este cuerpazo lleno de curvas no funciona sin carburante.

—Me estoy poniendo malísimo. Tendré que ir al cuarto de baño.

—¿A hacer cochinadas? Déjame, que voy contigo, eso no me lo pierdo. Ah, no, que no te puedes levantar.

—Eres una provocadora total.

—Y más que puedo llegar a serlo.

—No se te ocurra poner la mano donde me estoy pensando porque entonces no comemos.

—A mí no me impidas nada que me falta el tiempo para hacerlo—le advertí poniéndole la mano en la bragueta por debajo del mantel.

Cumplí con lo que solté por la boca y él también, porque me cogió en brazos y salimos del restaurante en plan secuestro exprés, pero con final feliz.

Nada más llegar al hotel, me desvistió con un énfasis total. No podíamos estar más compenetrados y el polvazo que echamos fue de infarto. Tras él nos miramos alucinados porque hambre teníamos para parar el tren.

—Voy a llamar ahora mismo al servicio de habitaciones.

—Será mejor que lo hagas o, cuando salga del baño, te comeré a ti por los pies.

—Entonces no tengo ni idea sobre si me compensará hacerlo o no. Me dejo que me comas.

—Ten cuidado, que cuanto digo que tengo hambre, soy peligrosa.

—Y cuando no lo dices también, que ya nos vamos conociendo.

—Venga ya, si contigo soy más buena que el pan. Eso sí, no me des motivos para que saque los dientes.

—Prefiero que saques la lengua, a poder elegir…

—Listo, pero listo eres tú.

Capítulo 41



Regresamos a casa el domingo por la noche y nos encontramos a Kiara bastante más apagada de lo que era habitual en ella.

—¿Qué le pasa, Amelia? No parece estar bien—le pregunté a su tía.

—Creo que es algo que tiene que ver contigo, Julia.

—¿Conmigo? ¿Qué me dices? ¿He hecho algo que la haya podido lastimar? No me lo perdonaría.

—No, no, todo lo contrario. No me he explicado bien. La niña te ha cogido un cariño impresionante en lo poco que hace que te conoce.

—Y yo a ella, te lo prometo.

—No hace falta que me lo prometas, te lo noto.

—¿Y entonces?

—Ha sido la chica esa, Valeria, que debe ser el bicho que picó al tren, de mala.

—¿Le ha hecho algo?

—Se ha dedicado a chincharla y a decirle que, por mucho que se empeñe, no serás su madre.

—¿Y ella quién mierda es para decir eso?

—¡Así se habla! —me jaleó.

—Oye, no me asustes, que cuando te veo así de bien conmigo me da por pensar que hay gato encerrado—le sonreí.

—Nada de eso, es que me estás demostrando que eres una de nosotros. Y eso te lo debo agradecer—me dio un beso en la cara.

—Gracias—le dije acariciándome la mejilla y casi sin creérmelo.

—Mujer, que no ha sido para tanto. Ve a hablar con la niña, que lo estás deseando y así intentas que te cuente algo más, que le he tenido que sacar las palabras con sacacorchos.

Kiara permanecía tumbada en el sofá y de allí no se movía. Lo normal hubiera sido que se pusiera a brincar por nuestra llegada. Y apenas si hizo aprecio a un regalito que le llevamos.

Pasé por la cocina y cogí un jarabe junto con su cuchara. Lo puse en la mesa de al lado del sofá y la miré.

—¿Para quién es ese jarabe? —puso cara de asco.

—Es para ti, cariño, ¿es que no te gusta?

—Me da un asco que me muero. Ese es para la fiebre, ¿no? Pues no tengo.

—Entonces iré a buscar otro, ¿qué te duele?

—Nada, ¿por qué?

—Porque algo te pasa y como no me lo cuentas, pienso que estás enferma.

—Ya has hablado con la tía Amelia, ¿no?

—Ella me ha dicho que tiene que ver con Valeria, pero no me creo que esa niñata sea capaz de ponerte así de mal, así que he pensado que te sucede algo más.

—Es que se ha reído de mí delante de todas. Y ha sido porque Harmony dio a entender que yo era un ejemplo de perseverancia.

—Madre mía, si la palabra es más grande que tú. Qué orgullosa debes estar.

—Pues fíjate que ella no sabía ni lo que significaba.

—Y estoy segura de que se lo explicaste, ¿a que sí? —hice por chocar los cinco con ella y me quedé con la mano en el aire, pues no parecía tener fuerza ni para echar viento.

—Sí y entonces se sintió muy ridícula y cuando Harmony se fue me dijo que era una repipi, que nadie me soportaba y que por eso hasta mi madre me abandonó cuando nací. Y que ya no tenía remedio, que si tú te ofrecías a ser mi madre era solo por ligarte a mi padre y que yo no representaría más que un estorbo para ti.

—¿Y tú crees que lo eres?

—¿Un estorbo? Creo que no—sorbió por la nariz.

—Y no solo eso, sino que junto con tu padre eres lo mejor que me ha pasado en la vida, mi niña. No te imaginas lo que te empiezo a querer y las ganas que tengo de que lo sepas, de verte feliz, de que lleves a tu equipo a lo más alto, de que logres todo lo que ansíes en la vida y, sobre todo, de que seas la más feliz del globo.

—Cuántas cosas quieres. Me he cansado solo de escucharlas.

—¿Te has cansado con la energía que tienes? Eso no me lo creo, fíjate lo que te digo.

—Entonces, ¿no es verdad lo que dice Valeria?

—Cariño, no sé qué motivos llevaron a tu madre biológica a hacer lo que hizo. Las personas actuamos a veces como pollo sin cabeza. Lo que sí sé es lo mucho que han hecho tu padre y tu tía porque crecieras sin traumas pese a ello y lo mucho que te mereces que así sea. No le permitas a una mala persona que interfiera en todo eso, ¿me oyes?

—Te oigo.

—Pues ahora, dime lo que piensas.

—Que Valeria es una envidiosa y que nunca tendrá la suerte que tengo yo de haberte conocido, mamá—pronunció en ese momento.

—¿Me has llamado mamá?

—¿Y por qué no hacerlo?

—Eso digo yo, con las ganas que tenía de escucharlo de tus labios.

—Pues ahora te vas a hartar, porque sabes que soy muy cansina y porque no voy a parar de decírtelo una y otra vez.

Su padre entró en el salón en ese momento y me encontró con los ojos como dos ríos.

—¿Se puede saber qué te pasa, amor?

—Kiara, ha sido Kiara.

—Hija mía, ¿qué le has hecho a Julia? —le preguntó de lo más desconcertado.

—Feliz, no te ocurra reprenderla porque me ha hecho feliz. Ay, por favor, que no puedo dejar de llorar. Necesito ir al baño.

Capítulo 42



El lunes por la mañana Ethan tenía que volver por negocios a la ciudad en la que me había conocido, en esa en la que viví con Jackson durante años.

A Liz apenas le faltaban unos días para marcharse a Berlín. Su hija y sus nietos ya habían emprendido el vuelo y ella haría lo mismo en cuanto zanjase el tema de la venta de la casa, que al final se la quedaba el vecino de arriba para hacer un dúplex junto con la suya.

Quería verla antes de que se marchase, de manera que le acompañé. Además, que no es que tuviese demasiadas pertenencias de mi vida anterior, pero casi todas las que poseía seguían en su piso porque yo salí de allí, en teoría, para pasar únicamente las Navidades.

Lo más bonito del asunto era que iba de lo más feliz en el coche, como solía ser habitual en compañía de Ethan, pero también por lo ocurrido la noche anterior.

—Es que resulta que tu hermana me dio un beso y luego la niña me llamó mamá. Para mí que esta mañana, cuando me despertase, caería en la cuenta de que lo había soñado todo, pero resulta que no.

—Eso parece. Te quieren, es que te haces querer, preciosa.

—Pues hablando de querer, ya verás lo que me adora Liz. Es que le hice toda la compañía que pude mientras vivimos juntas. Y para ella, eso lo era todo.

Llegué a su casa, que ya estaba casi entera metida en cajas. Ethan se marchó mientras a ultimar su negocio y quedamos en que nos recogería a la hora de almorzar, pues la invitaríamos para que se conocieran.

—Menuda la que tienes aquí montada, Liz—silbé.

—Pues ya ves, hija. Toda mi vida metida en cajas. La mayoría de las cosas no me las puedo llevar a Berlín, las donaré o qué se yo. Lo tuyo está todo tal como lo dejaste.

—Pues lo iré recogiendo.

—Quién te ha visto y quién te ve, mi niña. No creo que nada de eso te haga falta ahora, ¿has visto lo bonito que es lo que llevas puesto?

—Sí. Se empeña en comprarme de todo. Ethan es muy generoso, ya sabes que hemos estado en Nueva York y luego en Arizona.

—El planeta completo te vas a recorrer con ese hombre, aunque lo importante no es eso, sino la sonrisa que me traes.

—Es que tenías razón, Liz. Me voy a sentar un ratito contigo y te lo cuento.

—Es que otra cosa no te la voy a permitir, pero cuéntame primero lo principal.

—Sí, sí… Quédate tranquila, que me cuida fenomenal.

—Yo te iba a preguntar que si te empotra, pero bueno.

—¡¡Liz!!

—¿Qué pasa? Lo importante es lo importante, hija…

—Pues sí, me empotra de impresión.

—Entonces, lo vuestro va para largo. Palabra de vieja pelleja.

—Si tú no eres vieja…

—Qué va, soy la mar de joven. Para perrear estoy ahora.

—Pues será porque no te lo propongas.

—Estaría monísima yo…

Al rato vino él a recogernos y se mostró de lo más caballeroso.

—Por favor, este hombre está en peligro de extinción, cuídalo mucho, Julia—me advirtió al ver que le daba un beso en la mano.

—Soy yo quien tiene que cuidarla a ella—le comentó.

—Eso también es verdad y darle buenos meneos.

—¡¡Liz, por favor!!

—¿Qué Liz ni qué ocho cuartos? ¿Tengo razón o no tengo razón, joven?

—La tiene toda, Liz.

—A mí no me hables de usted que me hace vieja—le advirtió apuntándole con el bastón—. Y no lo soy—matizó coqueta.

—¿En qué quedamos, Liz? Porque antes decías…

—Lo que se habla entre mujeres, se queda entre mujeres, ¿o no sabes que los hombres se quejan mucho pero luego son más chismosos que nosotras? Venga, ayúdame a bajar que estoy deseando montarme en uno de esos coches que tienes, a ver si me sale un novio—le pidió a Ethan.

—Te veo muy marchosa, ¿ahora quieres que te salga? Si te vas a ir—le recordé.

—Pues me lo llevo y así tenemos un entretenimiento común: aprender alemán los dos. O mejor, que lo aprenda él solo, que ese parece el idioma del demonio. No creo que lo aprenda a pronunciar en la vida salvo si me meto un mantecado en la boca y trato de chapurrearlo.

—No me habías contado que fuese tan divertida, amor—me miró Ethan.

—Es que tampoco soy un monito de feria—le comentó ella—. Soy una dama.

—De eso no me cabe ninguna duda—le aseguró él mientras le abría la puerta del coche.

—No, prefiero ir detrás, que si no me van a confundir con tu novia—decía de lo más marchosa.

—No, no, que te mereces ir como una reina, Liz. Tú delante—le insistí.

—Pues tú lo has querido, niña. Si al final resulta que te robo el novio, apechuga con tu parte de culpa, que bien que te lo estoy advirtiendo.

Me había reído mucho con ella durante el poco tiempo que vivimos juntas, pero nunca la encontré tan alegre y chistosa como aquel día. La idea de mudarse con su hija y con sus nietos le había dado una impresionante vitalidad.

Nos conocimos en unas condiciones muy distintas, y nos ayudamos en ellas. De repente, la vida nos dio un giro a cada una, para bien, y a ambas nos desbordó la felicidad.

En el restaurante, se empeñó en que nos hiciéramos varios selfis de recuerdo y nos hizo prometer que la visitaríamos en Berlín.

—Ya sé que no está a la vuelta de la esquina, pero tienes que cumplir—le recordó a Ethan al dejarla en su casa.

—No te quepa ninguna duda, iremos a visitarte y así conocerás también a nuestra hija, a

Kiara.

—Y di tú que para entonces no seáis más…

Capítulo 43



Y por fin llegó el día del campeonato.

Más nerviosa no la había visto en la vida. Kiara estaba atacada y eso que sabía de sobra que lo haría genial, pero era mucha la presión que se dejaba sentir sobre los hombros de una persona tan pequeñita. Y más cuando la petarda de Valeria, la capitana del equipo, parecía tenérsela jurada porque veía en ella a una potencial rival que le hiciera sombra.

—Lo vas a bordar cariño, ya lo verás—le decía.

—¿Tú crees, mamá? Estoy temblando y no es de frío—me comentaba ella.

—No es que lo crea, es que estoy segurísima, ya lo vas a ver.

—Y yo también—añadió su padre—. Estoy muy orgulloso por ti y no porque ansíe ningún resultado, sino por la forma en la que luchas por todo aquello que deseas.

—Gracias, papá. Eso lo he heredado de ti. Se ve que también consigues todo lo que deseas—le guiñó ella un ojo.

Llevaba semanas ensayando a tope, los días habían ido pasando uno detrás de otro y había demostrado la pasta de la que estaba hecha. Kiara trabajó sin descanso, más que ninguna otra de las chicas.

Ya estaba lista y los demás también. Incluso Amelia salió con su bolso.

—¿Voy bien, Julia? —me preguntó atusándose el pelo.

—Vas bien, pero te dije que tienes que pasar por la peluquería para que te hagan un corte más moderno y está pendiente, ¿eh?

—¿Más moderno? Cómo eres. Si yo estoy chapada a la antigua.

—¿Chapada a la antigua? Pues eso tiene que cambiar, tía Amelia, que así no te vamos a colocar en ninguna parte—le comentó la niña con una sonrisa de oreja a oreja.

—Corre, corre porque como te coja…—le decía ella sonriente.

Amelia estaba realmente bien, muy desconocida. Su hermano me solía comentar que la veía tranquila, como si se hubiese pasado la vida temiendo que otra mujer llegara para dinamitar el mundo que juntos crearon en torno a la niña y, de pronto, al conocerme en profundidad, entendiese que los quería de verdad y que nada más lejos de mis intenciones.

Llegamos al recinto en el que se celebraba el campeonato y tomamos asiento.

—¿Ves a esa que parece que está oliendo mierda? —me preguntó.

—Sí, pero no lo digas tan alto, que se puede enterar—le sonreí.

—Me importa un comino si se entera. Que eduque bien a su niña y nadie tendrá que decir nada en su contra.

—¿No me digas que es la madre de Valeria? No la he visto en ningún entrenamiento, Amelia.

—Porque esa va a su aire totalmente. A su hija la tiene bastante abandonada y encima se permite el lujo de hablar de las demás. Si Valeria no hubiera escuchado según qué cosas en su casa, no las diría.

—Tomo nota—le solté con maldad porque estaba hasta el gorro de lo mucho que había hecho sufrir su hija a la nuestra.

El campeonato comenzó y no es porque Kiara fuera Kiara, pero fue quien lo bordó. Vale que se trataba de un trabajo en equipo y que todas pusieron su granito de arena, pero la ejecución por parte de nuestra niña fue perfecta y los jueces tuvieron muy en cuenta su edad y, por tanto, el esfuerzo extra que le supuso.

Cuando llegó la hora de la verdad fue su equipo el que se alzó con la victoria. Se produjo un momento muy especial cuando Valeria, como capitana, levantó el trofeo. Pero entonces sus compañeras le pidieron que se lo pasara a Kiara y ella tuvo que hacerlo a regañadientes.

La niña nos lo dedicó a los tres. Por favor, si el trofeo parecía más grande que ella y con menuda fuerza que lo sostuvo por encima de su cabecita. No paraba de mirarnos y de sonreírnos. También su padre y yo nos dedicábamos una sonrisa cómplice mientras nos abrazábamos. Y luego hice lo mismo con Amelia, puesto que era yo quien estaba sentada entre ambos.

—¡¡Lo ha conseguido, Amelia!!

—A esa pequeña no habrá nada que se le resista, es una Astor y tú ya eres otra—me dedicó las más especiales de las palabras que pudieran salir por su boca.

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso es lo que pienso, claro que sí.

Me levanté con una sensación dulce en la boca impresionante y entonces fue cuando vi que la madre de Valeria me dedicaba un gesto de desdén absoluto, como si le molestase mi presencia o algo. Sin pensármelo dos veces, me fui hacia ella.

—Perdona, ¿cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Yo? Daniela, ¿por qué? —me miró con aires de superioridad.

—No, para poderme dirigir a ti personalmente. No sé si me conoces—le vacilé.

—Sí, por aquí te conoce todo el mundo—me soltó con guasa.

—Genial, así me ahorro las presentaciones. Sabes por tanto que soy la madre de Kiara.

—Bueno, eso de su madre, tú sabes….

—Sí, y tanto que lo sé. Y por eso te quiero decir algo.

—Perdona, pero no me interesas para nada. Lo que sí tengo, por cierto, es prisa. He de darle el encuentro a mi hija. Seguro que estás al tanto de que es la capitana del equipo.

—Correcto. Estoy al tanto de eso y también de que es una engreída que va soltando maldades por su boca.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Pero si te soy sincera, no la culpo. Los hijos actúan de la manera que ven en casa. Si eres una madre calumniadora y sueltas pestes por la boca delante ellos tienen todas las papeletas para que te salgan iguales. Lo que Valeria piensa de mí no es propio de una chica, eso te lo ha oído. Y, dado tu historial como madre, lo único que te recomiendo es que te laves la boca con lejía antes de hablar de mí y de la relación que tengo con mi hija. Buenas tardes.

La dejé clavada en el sitio y cuando me volví me encontré con la mirada asombrada de Ethan.

—Ole tú—pronunció alto y claro mientras la otra iba encabritada de la mucha rabia que sentía y de lo poco que pudo objetar a mis palabras. A continuación me besó con muchísimo énfasis en los labios.

—Así se hace, con dos ovarios, sí, señora—afirmó Amelia.

—Esa no se iba sin su rapapolvo, ¿qué se ha creído? Que su hija hizo llorar a la nuestra, Amelia.

—Así es, cariño.

—Oye, que me has llamado cariño.

—Se me ha escapado, Julia, ¿qué le hago?

—Anda, si vas a tener hasta sentido del humor y todo. Y mira que te ha costado sacarlo. No se te ocurra volver a enterrarlo, ¿eh?

—Mirad, por allí viene Kiara—nos anunció él.

La niña venía dando una tremenda carrera. Tanto que no frenó al llegar hasta nosotros y si no nos tiró a su padre y a mí en ese momento fue de milagro.

—¡¡Hemos ganado!! ¡¡Hemos ganado!! —chillaba irradiando felicidad.

—Sí, cariño, y tú has tenido mucho que ver en eso.

—¿Me habéis visto bien?

—No te hemos quitado ojo de encima.

—¿La tía Amelia también? No está aquí, ¿al final se fue?

—Claro que no. No se ha perdido ni una milésima de segundo de tu actuación, cielo. Habrá ido al baño.

—Ah, vale. ¿Sabéis una cosa?

—Ni idea, cuenta.

—Valeria se me ha acercado roja de rabia porque las demás pidieron que me entregase el trofeo. Venía flechada a fastidiarme la victoria, pero le he puesto mi mano por delante y le he dicho que hablase con ella—hizo el gracioso gesto.

—¡Ole mi niña! Las mejores satisfacciones, a veces, son las que no se dan—le comentó su padre mientras la tomaba en brazos.

—¿Podemos ir los cuatro a comer algo? Tengo antojo de hamburguesa.

—Por mí perfecto, tu padre no cuenta—le solté en broma—. A ver qué dice tu tía.

—A ella le parecerá una guarrada de comida, pero querrá venir. Hoy no se lo va a perder.

—Opino lo mismo.

—Allí está… Viene como de la puerta de la calle, habría salido para fumarse un piti—bromeó.

—Pero si tu tía no fuma.

—Ya, aunque igual, de los evidentes nervios que ha tenido que sentir al ver a su sobrina alzarse con el trofeo, le han entrado ganas—se burló.

—Ni en broma y a ti no se te ocurra coger un cigarrillo en tu vida, ¿estamos? —le preguntó su padre.

—¡A la orden! —se le cuadró ella en plan militar, sonriente—. Anda, igual viene de hablar con Clara, que también está ahí—señaló a nuestra cocinera suplente.

—Es cierto, creo que también una niña de su familia compite.

—Sí, se llama Ashley.

Clara ni nos vio porque ya se marchaba y nosotros teníamos prisa por salir de allí.

—¿Dónde estabas? —le pregunté a Amelia.

—No me digas que al final has decidido echarte novio y te has ido de ligue—le preguntó la pequeñaja.

—Lo que hay que oír, ¿es que una no puede dar un paso sin rendir cuentas? Me he ido a celebrar lo que Julia le ha dicho a la madre de Valeria—le informó con sorna.

—¿Has hablado con ella? —me miró emocionada.

—Más bien se le ha tirado a la yugular. Tranquila, que esa niña ya no te volverá a molestar en la vida.

—¿Te la has merendado, mamá? Entonces igual no tienes hambre—se burló muy contenta.

—¿Qué dices? Me ha entrado mucho más apetito. Y tu tía seguro que también lo tiene—le comenté a Amelia cogiéndola del brazo.

—Sí, claro. He dejado preparada sopa y unos solomillos en salsa de queso viejo que…

—Tía Amelia, ¡¡es que quiero hamburguesa!!

—No, pues de eso no tengo.

—No lo estás entendiendo. Nos vamos todos a una hamburguesería muy chula que hay cerca de aquí, te va a encantar, Amelia—le di coba.

—¿A mí? ¿Y a mí qué se me ha perdido allí? Si queréis guarrear con la comida allá vosotros, pero a mí me dejáis en casa con la sopita.

—De eso nada, ¡¡te vienes con nosotras!! —exclamó la niña.

—Yo no te digo nada más, aunque ya ves que estás oficialmente secuestrada—añadió Ethan.

—Pues listo, ¡¡todos al coche!! —grité alegre.

El asunto es que a Amelia la noté como un poco rara a la salida. Esperaba que estuviese bien porque temía que en algún momento le pudiera dar una de sus crisis y que tuviéramos problemas. Quería confiar en que no, en que poco a poco eso fuera siendo prueba superada.

Llegamos a la hamburguesería y estaba de bote en bote. Con el corazón en la mano os digo que ella tuvo que hacer un esfuerzo porque odiaba las aglomeraciones y porque tardaron bastante en servirnos.

Quien parecía estar como pez en el agua era Kiara. Para la niña el día no pudo ser mejor, ya que de nada le faltó y estaba absolutamente eufórica.

Durante la espera nos hicimos un montón de selfis y eso que no eran del agrado de Amelia, si bien la pobre ya estaba entrando por el aro de muchas cosas. Que me lo dijeran a mí, que la había conocido en unas condiciones muy distintas y que la notaba más cercana por cada minuto que pasaba.

Esa noche, como todas, Ethan y yo acostamos a la niña juntos deseándole el mejor de los descansos. En nuestra mente no estaba descansar, sino seguir celebrando en la cama y ya en privado el buen día en familia que habíamos pasado. Y es que allí era donde terminábamos de celebrarlo todo, ¿en qué sitio mejor?

Capítulo 44



En los siguientes días, me dediqué a redecorar alguna de las estancias del rancho. Resulta que Ethan me dio la sorpresa de encomendarme esa tarea que tanto me gustaba.

Sabía que tenía que hacer algo con mi vida, que no soy de estar mano sobre mano, pero todo tiene su momento y él me pedía que disfrutase a tope de ese período de adaptación.

—¿De verdad quieres que redecore? Eso me chifla, no sabes en lo que te estás metiendo—le comenté ilusionada.

—¿Y si te chifla por qué no me lo has propuesto tú, cariño?

—Porque no me atrevía a tal cosa.

—¿No te atrevías y es tu casa? Eso no me gusta.

—Vale, vale. Pues nada, le meto mano al asunto.

—Bueno, si se trata de meter mano, igual te doy otra idea hasta mejor…

—Ya habló el listo.

Le pedí a Amelia que me ayudase, pero estaba como con las pilas bajas.

—Yo no tengo tanto gusto como tú, Julia, y además que parece que estoy incubando algo. Me temo que me voy a tener que meter en la cama.

—No será una de tus crisis…

—No, tranquila por eso, que no tiene nada que ver. Para mí que es gripe o algo porque siento que tengo fiebre.

—Pues puede ser, te noto la frente caliente—le puso la mano.

—Me aislaré de vosotros. No quiero pegároslo.

—Vale, entonces me encargaré de la cocina.

—No, que ya tienes bastante con la tarea que te ha encomendado Ethan, que venga Clara.

—Mira, no te voy a decir que no porque la cocina no es que me entusiasme.

—Pues entonces dedícate a lo que te gusta, que la vida son dos días. Uno eres joven y al siguiente… Al siguiente te ves como yo.

—¿Y qué te pasa a ti si estás estupenda? Para mí que lo que quieres son mimitos. Métete en la cama, que te llevo un vaso de leche enseguida.

—Gracias, Julia. Muchas gracias por todo.

—Gracias a ti y siempre. Ahora voy, ¿vale?

Me encargué de todo mientras ella se preparaba para restablecerse de eso que estaba incubando y que dio la cara enseguida.

—Es gripe—nos confirmó el médico que vino a verla.

—Pues aquí que no entre ni el gato, que no quiero contagiaros a todos—me comentó ella.

—Amelia, que es gripe, no es la peste.

—Eso por supuesto que no, que soy muy limpita—me sonrió—. ¿Ya está Clara en la casa?

—Sí, está en tu cocina. Pero tranquila, que no te deja nada fuera de su sitio. Ya sabes que está acostumbrada.

Me lo pasé pipa redecorando. Cambié papeles de las paredes, cortinas, alfombras… Textiles en general, si bien tenía pendiente acometer una reforma más profunda, pero eso sería poco a poco.

Como bien me decía Ethan, no había nada de prisa porque teníamos toda la vida por delante. Notaba que iba en serio, que todo lo que me ofrecía contaba con un trasfondo importante y que podía confiar en él.

En el día a día, la vida en aquel lujosísimo rancho iba sobre raíles o mejor, como diría Kiara, sobre patines porque le encantaba ver la vida subida en ellos.

También nos lo pasábamos estupendamente montando a caballo, recorriendo el rancho. Lo normal era que lo hiciéramos los tres juntos, aunque a veces la niña estaba ocupada y éramos Ethan y yo quien nos subíamos sobre ellos y dábamos un paseo de lo más romántico.

Con él la vida la tenía que ver de color de rosa sí o sí. Lo normal era que no me diese ni

tiempo a decir que algo me gustaba cuando ya lo tenía en la mano o lo estábamos haciendo.

Ya estaba pensando incluso en las vacaciones de verano. Cualquier destino, por muy lejano y exótico le parecía perfecto: Maldivas, Seychelles, Bora Bora… Todo entraba dentro de sus posibilidades y sabía de sobra que allí donde pusiésemos los pies lo haríamos a lo grande.

De todos modos, no pensaba perder mi esencia y en medio de tanto glamur seguía siendo la chica sencilla de siempre. No me olvidaba de donde venía y todo lo que había tenido que sucederme para estar donde estaba: en la familia Astor.

Sin duda que me sentía una de ellos y lo mejor de todo era que estaba encontrando mi sitio: me veía como el complemento perfecto de Ethan, ese hombre por el que derrochaba pasión y que se estaba convirtiendo poco a poco en el eje central de mi mundo. A la par, también moría de amor por Kiara, a quien ya consideraba mi hija, y por quien haría todo lo necesario para verla feliz. Y, contra todo pronóstico, me estaba haciendo amiga de mi cuñada, de Amelia, de una mujer con quien las cosas comenzaron fatal, pero tuvimos la vista de reconducirlas.

No voy a negar que en aquellos días me tenía preocupada porque la notaba más silenciosa de lo normal y eso que, cuando entraba a la fuerza en su habitación, trataba de cambiar la cara y mostrarme una sonrisa.

—Es esta jodida gripe que me tiene bocabajo, qué paliza me está dando.

—Pues yo te veo bocarriba, así que a luchar, que contigo no ha podido nada y no va a poder una simple gripe.

—Claro que no, ¿ya has cambiado la casa entera?

—No te burles de mí. Solo algunas cositas y otras que están en marcha. Creo que te van a gustar.

—A mí, mientras no me toques mi dormitorio.

—Pues falta le haría un cambio de aires. No es que esté feo, pero un poco austero sí. Y la nueva Amelia necesita un dormitorio con más poderío.

—¿Poderío? Ya no sé lo que es eso, se me debió caer por el camino.

—¿A ti? Déjame que lo dude.

Estaba muy pendiente de ella y eso Ethan me lo agradecía cantidad. A él se le amontonaban las oportunidades de trabajo y no podía estar en todo. Debía estudiarlas y no eran sencillas. Y eso requería tiempo.

Capítulo 45



No es que el rancho estuviese mal decorado ni mucho menos, más bien tenía que ver con que me mostraba encantada de poder darle mi toque personal.

No voy a negar que quizás pudiera tener que ver con que la mayor parte de esa decoración venía de los tiempos de Lara y como que me sentía más a gusto pudiéndole dar mi propio sello de identidad a la casa.

Ethan me notaba entusiasmada y más vía libre me daba. Cuando yo entraba en la cocina, lo hacía canturreando. Me gustaba ver allí a Clara porque también en ella confiaba. Se tomó la molestia en su día de sugerirme que me anduviese con pies de plomo cuando debía hacerlo, cuando era cierto que Amelia no me tragaba.

Para mí la confianza en las personas es como oro en lingotes. Y en ese momento sentía que podía depositarla en todas las de aquella casa.

—Si lo llego a saber, te hubiera sugerido que te pusieses a redecorar antes. Qué contenta te veo—me cogió él por la cintura aquel día.

—¿Antes? ¿Cuánto llevo en la casa? ¿Dos minutos y medio? —bromeé.

—Llevas varias semanas y estoy seguro de que sabes que están siendo las más felices de mi vida.

—Pues entonces prepárate, porque vendrán muchas más.

—Lo sé, es que no pienso consentir que sea de otra manera, ¿eso lo tienes claro?

—Como el agua, así que estoy obligada a ser feliz.

—Obligada por contrato, más o menos.

—Ya salió el CEO que llevas dentro.

—No puedo hacerle otra cosa, nací para los negocios y para algo más…

—Ya, para hacerte rico.

—No, para quererte—besó la punta de mi nariz.

—Y ahora es cuando me dices que tienes que irte pitando, que ya te están esperando.

—Exacto, ¿me quieres acompañar?

—¿A una reunión de trabajo? No pego nada ahí, no entiendo nada de eso.

—Lo entenderías en un periquete, te tengo por una chica muy lista.

—Me lo has dicho muchas veces, pero los negocios no son lo mío. Gracias.

—Sabes que te apoyaré en todo lo que te haga feliz, porque lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y ahora corre o me acusarán de entretenerte más de la cuenta y me odiarán.

—Todos te adoran, dicen que soy mejor jefe desde que te tengo a mi lado.

—Son unos aduladores, igual que tú. Un día me paso a conocerlos.

—Me quedaría toda la mañana para adularte… Y para más cosas. Pero me temo que no puedo.

—Y yo tampoco puedo, que me tienes los bajos hirviendo. Menudo despertar me has dado, ¿ya estás pensando de nuevo en lo mismo?

—¿Es que hay algo más en lo que pensar?

—Golfo, que eres un golfo.

—No, un golfo nunca. Solo me tienes hipnotizado tú.

—Más cuenta te trae o…—le hice el gesto de que le cortaba el cuello y él me respondió poniendo ojitos horrorizados.

En cuanto se fue, entré en la cocina para servirme un cafecito y me encontré a Clara sola. Estaba cortando unas verduras y me sonrió.

—Qué feliz soy, Clara—le confesé.

—Y no sabes cuánto me alegro, de verdad—me respondió y a continuación suspiró.

—¿Pasa algo?

—Verás, se trata de un tema muy delicado que hace días que quiero abordar y no sé cómo. Ten presente que este trabajo me echa un cable de vez en cuando. Aunque venga poco, Ethan me paga genial. Es un hombre muy generoso.

—Sí, ¿y dónde está la pega entonces, Clara?

—En que me da miedo hablar porque a veces pienso que en esta casa oyen hasta las paredes.

—¿De qué me estás hablando? Sin paños calientes, por favor.

—Es que me cuesta. Si te cuento algo, ¿me prometes que no me dejarás con el culo al aire?

—Ese no es mi estilo, Clara. Nunca lo ha sido.

—Tampoco el mío es ser una chismosa. Sé muchas cosas sobre los Astor porque ya mi madre trabajó aquí y frecuento esta casa desde niña. Valgo más por lo que callo que por lo que hablo, pero esto que sé me está encogiendo el alma porque no te lo mereces.

—Cuéntamelo, por favor.

—Está bien, iré al grano.

—Prometo no delatarte, lo prometo.

—Es que me mata ver cómo te está engatusando Amelia, cómo está haciéndote ver que ahora es tu amiga cuando en realidad…

—No te pares ahora, por Dios te lo pido.

—Cuando en realidad te la está jugando por detrás.

—¿¿Cómo?? —me llevé las manos a la boca.

—Le ha venido muy bien esta gripe, que sé que es real, ojo… Pero así está metida en su dormitorio y puede hablar a su antojo con su amiguita sin que nadie la escuche.

—¿De qué amiguita me hablas? Si Amelia no se relaciona con nadie.

—Te hablo de Lara, la madre de Kiara.

—¿Lara y ella hablan?

—No sé desde cuándo, no tengo ni idea. Sospecho que, quizás, se hayan puesto en contacto desde tu llegada a esta casa. Me da que Amelia no soporta ver a otra en su lugar. A veces creo que ella estuvo más enamorada de Lara que su hermano. Es un decir, no pienso que le gusten las mujeres ni nada, solo que Lara la tenía totalmente encandilada por el motivo que fuese. Era su

cuñada, su cómplice, su amiga…

—¿Y cómo sabes que hablan? ¿Es que te lo imaginas?

—No, lo comprobé con mis propios ojos el otro día a la salida del campeonato. Hubo un momento en el que la vi fuera hablando con alguien.

—Es cierto, salió. La perdimos de vista.

—Así es. Me llamó la atención que escuché sus risas y eso no es propio de ella. Hasta que miré a la otra mujer y reconocí a Lara. Está igual, tan guapa, elegante y distinguida como siempre…

—¿Sí?

—Sí, Lara es una rival astuta. No temas, tú vales mucho, pero debes tener cuidado porque esa tipa está de nuevo al acecho y tú tienes al enemigo en casa, a su cómplice y a su amiga del alma.

—Pero Lara se fue en su día por su propio pie.

—¿Y quién te dice que no esté totalmente arrepentida? Hombres como Ethan no abundan, Julia. Piénsalo.

Capítulo 46



El mundo se me cayó a los pies. Recordé las palabras de Jackson cuando me dejó. Que espabilase, me sugirió con toda la desfachatez del mundo. Para mí que era candidata a que me diesen palos hasta en el cielo de la boca, ¿cómo podía ser cuando lo cierto es que creí haber encontrado por fin mi sitio en la familia Astor?

Sin duda, que el cambio que había dado Amelia fue demasiado radical. Clara debía tener razón en eso de que me veía como la sustituta de su querida Lara. Quizás llevase más tiempo hablando con ella, lo mismo no dejó de hacerlo nunca. O sí y volvió a entrar en contacto con la madre de Kiara al comprobar que lo mío con su hermano iba en serio.

Por parte de la otra, si tenía intención de volver a acercarse a la que un día fue su familia, también lo consideraría el momento. Lo mismo me estaban tendiendo una trampa. Sentí manía persecutoria o qué sé yo. Es que realmente la verdad no la conocía. Pero la iba a conocer.

En una ocasión Ethan me pidió que si su hermana hacía algo a sus espaldas que me fastidiase se lo contase. Esa vez se había pasado de la raya, pero no quería irle con el cuento sin las pruebas en la mano. Amelia era una farsante a la que necesitaba desenmascarar de una vez y para siempre a sus ojos.

A partir de ese momento, esa sería mi prioridad y no pararía hasta hacerla realidad. Me lo juré a mí misma y así sería.

Se me pasó de todo por la cabeza. Me sentía muerta en vida, totalmente defraudada porque lo que venía no sería bonito. Amelia había sido muy importante para Ethan y él también se llevaría el palo de su vida cuando se enterase de lo que estaba haciendo a sus espaldas.

Subí la guardia y él me lo notó. La presión hizo mella en mí desde el primer momento que lo supe. Tenía que tomar cartas en el asunto, tenía que hacer que la verdad saliese a la luz antes de que se las ingeniaran de algún modo para hacernos daño.

El simple hecho de que su ex llegase en pie de guerra y, al ver que no conseguía nada, quisiera joderle pidiendo derechos sobre la niña ya nos dejaría tocados y hundidos, porque según me contó Clara, Lara era fría y calculadora como ella sola y no pararía quieta hasta jodernos la vida.

Y lo que más me dolía era que Amelia la estuviese ayudando.

Debía moverme y hacerlo rápido. No podía quedarme de brazos cruzados mientras contemplaba cómo aquella pécora se las ingeniaba para hacer saltar nuestra relación por los aires.

Seguro que se estaban riendo a mis espaldas, que se las estaban prometiendo muy felices. Las creía capaces de cualquier cosa. Así que fue a darle el encuentro a Amelia a la salida del campeonato… Capaz era de haber entrado para ver competir a la niña y así marcarse un tanto cuando se supiera. Esa maligna podría pensar en cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Y las dos mentes pensantes juntas no digamos ya el daño que podían hacer, uno atroz.

—¿Te pasa algo? —me comentó esa noche Ethan a la hora de acostarnos.

—No, es solo que siento un poco de tensión en el cuello—me excusé.

—Esa tensión me encantará rebajártela, déjame—murmuró libidinoso mientras me ponía los dedos encima.

Hacía maravillas con sus manos. También con otras partes de su cuerpo, a qué negarlo, pero con las manos parecía un mago. Comenzó a tratar de rebajar esa tensión y lo lógico hubiera sido que lo lograse, pero me costaba porque estaba pillada del todo, con contracturas por toda la espalda a consecuencia de la tensión que se acumulaba en mi cuerpo.

—Está difícil la cosa—murmuré.

—Pero no imposible, déjame.

Acompañó el movimiento de sus dedos con besos. Por un rato, no sé cómo lo hizo, pero logró que me evadiese de mis oscuros pensamientos, los cuales comenzaron a desaparecer de mi mente para entregarme a él.

Ethan merecía mi atención, mi cariño, mi entrega y mi pasión. Ethan se lo merecía todo porque era el hombre de mi vida y nada ni nadie podría interferir en ello.

Me sonrió. Le miraba de lado y le devolví la sonrisa, una sonrisa que solo puede devolver una mujer enamorada a quien se le caía la baba con él. Era guapísimo, de lo más atractivo, pero aparte era bonito por dentro, con una claridad de la que pueden presumir pocas personas. Ethan no tenía dobleces, nada que ver con su hermana.

Del cuello comenzó a bajar por mi espalda, la cual masajeaba y besaba. Mi entrega era total. Me deshacía en sus brazos. Le amaba, le amaba mucho, le amaba tanto que cerré los ojos e imaginé el mundo que quería para nosotros; un mundo sin amenazas externas y un mundo en el que no tuviera que temer nada, solo dejarme llevar por su amor y disfrutar de todos los efectos que producía en mí.

Al llegar a mis nalgas, comenzó a amasarlas y gimoteé de placer. No quiso llegar más allá esa

noche por mi puerta trasera, como si intuyera que necesitaba algo más cálido y romántico. Por esa razón me dio la vuelta y hundió su boca en mi sexo hasta hacerme correr no una, sino dos veces. Fue entonces cuando me hizo el amor lenta y apasionadamente, recordándome por qué estaba allí y por qué ese era el lugar del que no deseaba moverme más.

Un rato después, se quedó dormido. Yo simulaba dormir, pero no podía pegar ojo. De nuevo estaba con la guardia alta, pensando en que no se podía concentrar más maldad en una sola persona que en Amelia.

Capítulo 47



Me levanté con una sorpresa y no agradable. Ethan se preparaba para ir a trabajar y me asomé por la cocina.

—Buenos días, cuñada—me dio un beso en la mejilla Amelia.

Pensé en que se trataba del beso de Judas y de buena gana lo hubiese borrado de mi cara, aunque ya era imposible.

—Buenos días, Amelia—disimulé—, ¿qué haces levantada ya?

—Eso mismo le he dicho yo—me comentó Clara desde atrás.

—He pasado la gripe, no el cólera. Ya está bien de cama, que me duele el cuerpo entero. Me siento recuperada y es hora de volver a mis quehaceres. Le he comentado a Clara que ya que está aquí, se quede hoy. Pero que a partir de mañana me encargo yo de la cocina.

—Opino que deberías descansar un poco más—le dije porque me sentía más segura con Clara allí, ella sí que se había convertido en mi cómplice.

—Me estás tratando como si estuviera lisiada. La culpa es mía, siempre diciendo que si estoy achacosa y tal. Y sintiéndome mayor. Quizás tengas razón y podríamos ir a la peluquería, ¿qué te parece? —me preguntó cogiéndome del brazo.

Lo que me parecía era que, si no fuera porque ella también iría en el coche, lo mismo me habría aflojado los frenos.

—Ok, iremos.

—De repente no parece que te entusiasme mucho, cariño, con las ganas que parecías tener, ¿qué es lo que crees? Dime la verdad, que me he dejado demasiado durante estos años y lo mío no tiene enmienda, ¿no?

—Para nada pienso eso—negué con la cabeza—. Y claro que me entusiasma tenerte cerquita —disimulé y Clara me miró de soslayo, como asintiendo. Sería lo mejor: no perderla de vista.

Nos fuimos a la peluquería y la encontré con muchas ganas de hablar. Parecía como si de golpe se le hubiesen cargado todas las pilas, ¿tendría que ver con que creyese que sus maldades pronto darían fruto? No sabía por dónde me vendría el palo, pero era evidente que estaba deseando asestármelo.

Ella se iba a cortar y a peinar. Yo me alisaría y me aplicaría un tratamiento reparador. Justo le comenzaban a cortar cuando le sonó el teléfono y noté claramente cómo se ponía nerviosa y le comentaba a la peluquera que necesitaba salir un momento.

—Ahora vengo, Julia—me dijo también.

—Claro, sin problema.

Estaba a punto de pillarla con las manos en la masa. Ella no sabía que yo estaba sobre aviso y era lo mejor, porque así actuaría con más naturalidad.

Salió con rapidez y me acerqué a la puerta, dejándola entreabierta.

—¿Lara? —le preguntó en ese momento—. Te dije que esperases a que te llamase yo, no seas impaciente. Pronto tendrás lo que ansías, pero no puedes meter la pata con tonterías como estas. Y sí, claro que puedes confiar en mí, como lo hiciste siempre, ¿ok?

La hubiese estrangulado en ese momento. Lo digo como lo siento. Pero no… Tenía que mantener el tipo. ¿No lo hacía ella? Pues yo igual. No me iba a arruinar la vida tan impunemente. Eso nunca.

Me fui hacia dentro y al poco entró. Disimulaba con el móvil en mi mano y ella me habló.

—Me llamaban de la farmacia, es por uno de mis medicamentos—fingió.

—Pues nada, si quieres nos pasamos por él cuando salgamos. Que no te falta de nada, cuñada —le dije con toda la ironía.

—No, no hace falta. Es que ha habido un problema y va a tardar un poco más. Por eso me avisan.

—Qué cumplidos. Eso es porque eres buena gente y todo el mundo te aprecia.

—¿Has visto las cosas tan bonitas que me dice Julia? —le preguntó a la peluquera.

—Ya te digo que sí. Se nota que sois una familia muy bien avenida.

—Sí, sí, yo no creía que la fuera a querer tanto, la verdad, pero esta personita me ha ganado por completo.

Tuve que morderme la lengua. Si llego a abrir la boca, me sale un demonio de dentro porque

escuchándola sentía que estaba hasta poseída.

Al rato salimos de allí y mi suplicio iba en aumento.

—¿Sabes lo que he pensado? —me preguntó.

—Ni idea, dime.

—Pues que ahora que me he quitado un puñado de años de encima con el arreglito del pelo, igual podría darle también un meneo a mi armario.

Yo sí que le hubiera dado un meneo a ella. La hubiera cogido por el cuello y la hubiese meneado hasta que echase espuma por la boca. La odiaba, la odiaba hasta un límite que no era normal.

Estaba deseando poner al corriente a Ethan de eso que estaba urdiendo a sus espaldas. Esperaría a que volviese de trabajar y se lo contaría de inmediato. Mientras, no quería levantar la liebre por si tenía la oportunidad de ver o escuchar algo más por parte de su hermana.

Me parecía que estaba contenta, pero también nerviosa. La llamada debió ponerla en alerta. No era para menos porque lo lógico era pensar que se la estaba jugando mucho.

La miraba deseando saber qué pasaba por su malvada cabeza, ¿quizás hacerme desaparecer de algún modo de la vida de su hermano y luego que se presentase la otra como salida de la nada? Igual querían romperle de nuevo el corazón para que luego su ex se lo recompusiera. Solo de pensarlo…

Me iba a reír cuando su plan fracasase porque me adelantase. Me iba a reír mucho porque sus maldades no parecían tener fin, pero todo termina en la vida y eso también terminaría.

Pensaba en todo y en más mientras la acompañé de compras. Qué falsa era, si hasta insistió en que me comprase también ropa de la que decía que le gustaría a Ethan, ¿era para matarla o no era para matarla? Ese pensamiento me asustó, ¿acaso sería eso lo que planearan hacer conmigo? Cualquier cosas se me podría pasar por la cabeza.

Capítulo 48



Por fin llegó a casa Etan, lo hizo a primera hora de la tarde. Yo estaba que me mordía las uñas, metafóricamente hablando, pues siempre llevaba mi manicura impecable. Incluso en los momentos más jodidos de mi vida, cuando no tenía un dólar para nada, me las arreglaba yo misma en plan baratito y las llevaba monísimas.

—¡¡Papá!! ¡¡Por fin has llegado!! —se le echó Kiara encima.

—Hija, qué efusividad. Cualquiera que te vea dirá que vengo de la guerra.

—En realidad vienes de la jungla, ¿no? Porque tú siempre dices que los negocios lo son.

—¿Eso digo?

—Sí, eso dices, ¿has tenido mucho trabajito hoy?

—Sí, hoy cerrado un contrato muy importante—le comentó. Yo lo sabía y por eso no le quise interrumpir.

—Pues también tienes otra cosa importante que hacer, ¿la recuerdas?

—Ayudarte con tu proyecto de ciencias, ¿no?

—Sí, es en lo único que te pido ayuda, lo sabes.

—Lo sé y la tendrás. Ahora mismo me cambio y estoy contigo.

Me entraron los siete males porque estaba que me subía por las paredes. Y, para colmo, Amelia no se encontraba en ese momento en la casa, con lo cual me parecía el ideal para hablar con él. Había ido a misa, ¿no era para reventar? Supuse que a rezar a Dios para que sus planes le salieran a la perfección. No se lo consentiría.

—¿Y a ti qué te pasa con esa carita, preciosidad? —me preguntó.

—Es que también necesito hablar contigo, Ethan. Lo siento porque sé que la cría te espera.

—Uff, por el tono creo que no va a tratarse de una conversación que me guste, ¿puede ser?

—Va a ser, sí. Acompáñame.

Me lo llevé al dormitorio y me senté en el filo de la cama, pidiéndole que hiciera lo mismo.

—Me voy a ir desanudando la corbata porque me falta el aire, ¿qué es lo que va tan mal?

—Amelia—le contesté de inmediato.

—¿Qué le pasa ahora a mi hermana? ¿Se le está desatando una crisis nerviosa?

—No, vas bien se me está desatando a mí, Ethan: tu hermana está en contacto con Lara, quiere meterla de nuevo en tu vida, ha maquinado un complot con ella a tus espaldas.

—¿De qué me estás hablando? Amelia es incapaz de eso.

—Claro, Amelia es ahora una hermanita de la caridad. Mira, por eso está en misa justamente.

—No, no digo eso. Amelia tiene su mucha guasa, pero no haría jamás eso que me estás contando, ¿de dónde te lo has sacado?

—Me estás hablando como si estuviera loca y no lo estoy. Tenía mis razones para pensarlo—no le mencioné a Clara—, pero esta mañana he tenido ocasión de escucharlo con mis propios oídos.

—Eso es imposible—negó con la cabeza.

—¿Cómo va a ser imposible si te digo que yo misma las escuché hablar? —le contesté muy nerviosa.

—Pero hablar, ¿cómo? ¿Viste a Lara?

—No, fue una conversación telefónica, aunque resulta que ellas dos estuvieron juntitas fuera del recinto donde se celebró el campeonato de la niña, ¿te acuerdas de que se quitó de en medio? Pues adivina con quién se reunió.

—¿Lara vino a ver patinar a Kiara?

—No sé si entró, pero en la puerta sí que estuvo. La vieron con tu hermana.

—¿Quién la vio?

—No te lo puedo decir, pero la vieron.

—No me lo puedes decir, pero la vieron—me repitió nervioso—. Y crees haberlas escuchado

hablar por teléfono, pero solo oíste a Amelia, ¿no es así?

—Sí, así es, pero la llamó Lara cuando descolgó y luego me dijo que la llamaron de la farmacia por un medicamento que…

—Que está esperando, es verdad, me lo comentó. Y la farmacéutica se llama Alana, en cierto modo se parecen los nombres, ¿no puedes haberte equivocado?

—Otro con Alana, estás igual que Kiara con la niña de Cristiano y Gio.

—Esto no es para tomárselo a broma, amor.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Eres tú quien no me cree.

—Yo solo digo que debe tratarse de un malentendido—me respondió suspirando y con unos nervios evidentes.

—Que no, que le decía que no tendría que llamarla ella ni ser impaciente.

—Puedes haberlo tergiversado, escucharlo mal. Quizás estuvieras con las antenas puestas y la otra le dijese que la impaciente era ella, que mi hermana se pone fatal sin su medicación.

—Vaya por Dios, si lo de impaciente lo dijo Amelia. A la otra no la escuché.

—¡¡Papá!! ¡¡Que es para hoy!!

—Lo siento, es que me está esperando Kiara. Llevo un día tremendo y lo último que esperaba era encontrarme con algo así.

—Ya, no te creas que tampoco he estado dando brincos de alegría. Menuda mierda de día—resoplé súper cabreada.

—Cariño, no quiero decepcionarte. Hablaré con Amelia, pero estoy seguro de que todo ha sido un lamentable malentendido.

—Quien lo lamentará serás tú si entre esas dos brujas me hacen algo malo, Ethan. Porque están conchabadas.

—Lo siento, pero no te permito que hables así de mi hermana.

—Ya, porque le debes mucho, ya que estuvo siempre a tu lado desde que la niña nació, ¿y acaso eso la eleva a los altares? ¡¡Ni que tuviera algo mejor que hacer!!

—Por favor, no vayas por ahí.

—Si es cierto. Su vida es más aburrida que la de una ostra y Kiara le dio un sentido. Le hiciste

el favor tú dejando que la cuidara, pero eso le dio derecho a entrometerse en tu vida.

—No sabes de lo que hablas, le debo mucho más a Amelia.

—Venga ya… Te tiene el coco comido para que creas que estás en deuda perpetua con ella.

—Ya te he dicho que hablaré con ella, pero que no quiero que te refieras en esos términos a su persona.

—¡¡Joder con tu hermana!! ¡¡Me largo!!

—¿Dónde vas?

—Necesito tomar el aire y pensar.

—Por favor, Julia, por favor te lo pido. No quiero que esto nos afecte. Eres muy importante para mí.

—Pues entonces no dejes que eso suceda.

—No es lo que quiero, te lo prometo—me besó.

Capítulo 49



Llegué con el coche al pueblo más cercano, en el que vivían varias de las personas del servicio de la casa. Conduje hasta allí con unos bríos impresionantes y supe que no era la mejor de las ideas porque no quería sufrir un accidente.

Me estaba tomando un café cuando vi pasar por allí a Stuart, uno de los chavales que trabajaban con nosotros, que se me acercó amable.

—Buenas tardes, señorita.

—Stuart, por favor, llámame por mi nombre, Julia.

—Vale, Julia, ¿estás bien? Te noto, no sé…

—Estoy bien, estoy bien, ¿quieres tomar un café o algo?

—Lo siento, es que tengo que ir a recoger a mi novia, pero si necesitas algo de mí, me quedo.

—No, no, para nada. Ve a por ella. Oye una cosa, ¿Clara vive cerca de aquí?

—Sí, en la segunda calle a la derecha. Es un edificio bajo.

Me fui a buscarla porque era la única persona con la que podía hablar de aquello. Al verme allí, se sorprendió.

—Julia, ¿qué ha sucedido?

—Que no me cree, Clara, que no me cree. Y eso que las escuché hablar por teléfono esta mañana. Dice que igual me he confundido de nombre, que…

—Me lo temía—suspiró.

—¿Y eso por qué?

—Porque el vínculo entre ambos es muy estrecho, cariño. Lo siento de verdad—se lamentó.

—¿Y tú qué tienes que sentir? Eres quien me ha abierto los ojos. Si hay alguna posibilidad de que esto salga bien, es gracias a ti.

—¿Y cómo no va a haberla? No se te ocurra desfallecer ahora, que esta batalla ni se ha comenzado a librar aún.

—Es que pensé que me creería.

—Ethan tiene muchas cosas en la cabeza y Amelia siempre ha sido su paño de lágrimas. Encontrarse de pronto con algo tan fuerte le debe resultar increíble, igual es eso.

—¿Y qué otra cosa podría ser si no?

—No adelantemos acontecimientos, ¿cómo es que has venido?

—Porque me ha dicho que hablaría con ella, con Amelia. Y porque necesitaba tomar aire fresco. Me estaba asfixiando en esa casa.

—Siéntate en el sofá, que te pongo un cafecito—me tomó de las manos.

—Vengo de tomarme uno, no quiero ponerme como una moto. En la cafetería me encontré con Stuart, él me dijo dónde vivías.

—Es un chico estupendo que adora a su novia.

—Qué bonito es el amor, ¿verdad? Hasta que llega alguien y lo jode.

—Aquí todavía no se ha jodido nada y tú y yo nos encargaremos de que así siga siendo.

—Eres muy buena, ¿por qué haces todo esto?

—Porque no te mereces lo que te está sucediendo. Todos apreciamos a Ethan, mucho más que a Amelia, la verdad. Él siempre nos trató mejor, ella fue más ruda.

—Ella es una maldita, demasiado poco os hizo. Estaba guardándolo todo para joderme a mí.

—¿Qué parte de que no dejaremos que se salga con la suya no entiendes?

—¿Y si sigue sin creerme, Clara? ¿Y si cuando Ethan venga a reaccionar ya es tarde? No tengo ni idea de lo que traman esas dos.

—Ya me imagino, bonita. Maldita sea… Algo se nos ocurrirá, ya lo verás. Yo tengo algún as en la manga todavía.

—Pues suéltalo.

—Vamos a esperar acontecimientos, ¿ok?

—Estoy atacada, te lo juro.

—Y es normal. Ahora debes mostrar nervios de acero.

—Yo es que de esos no uso.

—De verdad te digo que no voy a permitir que esa mujer te haga daño. Formáis una pareja preciosa. A Ethan nunca le habíamos visto más feliz.

—Eso me dice él, pero por lo visto no cree en la mujer a la que dice amar tanto.

—Dale un voto de confianza, a ver qué sucede cuando vuelvas al rancho.

—Me da miedo, Clara.

—¿De qué te da miedo?

—De volver a sufrir. Ya lo hice una vez por amor y no quiero que vuelva a suceder. El chico al que amaba me traicionó.

—No creo que Ethan te vaya a traicionar.

—¿No lo crees?

—La mano en el fuego no la puedo poner por nadie, pero es lo que espero.

—Igual es todavía peor porque se piense que le traicionaré yo a él.

—Tú estás viendo el vaso medio vacío, ¿no?

—Sí…

—Creo que más que un café necesitas una copa.

—Te la aceptaría con gusto si no fuera porque tengo que volver conduciendo.

—Ah, no, entonces no, que te aprecio mucho y quiero que regreses de una pieza. Chica, me lo estás poniendo difícil, ¿una infusión relajante entonces?

—Menudas fiestas que nos montamos tú y yo, ¿eh?

—¿Has visto? Me tomaré una contigo en solidaridad y también porque no te lo voy a negar, me estoy poniendo igualmente hecha un manojo de nervios.

—No me digas…

—Sí, como te lo digo. Venga, te la tomas y te vuelves al rancho, ¿ok? Estoy muy a gustito contigo aquí, pero no quiero que vuelvas conduciendo de noche y con lo nerviosa que estás.

—Eres muy buena, de veras que no me voy a olvidar de lo que estás haciendo por mí.

—No lo hago por eso. También yo sufrí por amor.

—¿Otra a la que le rompieron el corazón?

—De una pedrada, Julia.

—Estamos apañadas, hay más cabrones que orejas, Clara.

—No es el caso de Ethan. Espero que con él te salga todo genial, de veras.

—Yo también lo espero porque no sabes cuánto le quiero.

—Se te nota en los ojos, no es algo que puedas disimular.

—Ni quiero. Ignoraba que se pudiera querer tanto a un hombre como le quiero a él.

—Ay, eres muy joven, cariño, muy joven… Se puede querer mucho, mucho.

—Ya me estoy dando cuenta. A ver esa infusión, que me gustaría entonarme.

—Nos conformamos con poco tú y yo, ¿eh? Vamos a brindar con esta porquería—me animó con gracia.

—¡Por nosotras! —choqué mi taza con la de ella.

Me sentí mimada y bien. Siempre, en todos los lugares a los que llegaba, encontraba a una especie de hada madrina… Primero Liz, luego Clara… Parecía como que velaban por mí en lugar de mis padres.

Capítulo 50



Cuando llegué al rancho me asusté al ver las luces de la ambulancia. Ya había anochecido, efectivamente, y se cruzó conmigo.

Entré en la casa corriendo de lo más acojonada y me encontré a Ethan cabizbajo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté alarmada.

—Que lo ha negado todo. Amelia afirma lo que yo pensaba, que te has equivocado, y a continuación ha sufrido una crisis nerviosa muy fuerte. Se ha caído al suelo.

—No, esto no puede estar pasando, ¡¡es una pataleta!!

—Por favor, Julia… Hay líneas que es mejor no traspasar. Tú no la has visto.

—Ni falta que me hace porque es una farsante.

—¡¡Ella sufre esas crisis desde hace años!!

—Y no te digo que no, pero hoy le ha venido muy bien para dar un espectáculo y que te olvides de todo.

—No me podré olvidar porque me lo vas a recordar, ¿no es así?

—Sigues sin creer ni una palabra de lo que te dije, ¿verdad? —le respondí con ojos vidriosos.

—Por favor, Julia, entiéndeme—me acarició el rostro—. Sé que crees que es así, pero Amelia jamás me la jugaría en la vida. Ni en esta ni en otras que viviéramos.

Me compadecí de él. Entendí que estaba entre la espada y la pared, y totalmente manipulado por su hermana. Recordé lo que me había dicho Clara de que debía mostrar nervios de acero y adopté otra táctica. Reuniría más pruebas de que esas dos estaban en contacto y entonces no tendría más remedio que creerme.

—Está bien, está bien, lo siento—suspiré.

—¿De verdad? No pongo en duda lo que creíste oír, mi niña.

—Quizás todo esto se pueda solucionar.

—Es que se debe solucionar porque somos familia y porque os quiero con locura a todas.

—Lo entiendo, lo entiendo. ¿Y sabes cuánto tiempo pasará fuera Amelia?

—No lo sé, dependerá de su evolución. Espero que solo unos días. Por favor, Julia, cuando vuelva…

—Tranquilo, no volveré a sacarle el tema.

—Es que ella se mostraba muy cercana a ti y eso no es fácil.

—Ya lo sé, no deseo que las cosas se estropeen más, pierde cuidado. Tienes mala cara.

—Me duele mucho la cabeza.

—No me lo estarás diciendo para no cumplir conmigo, ¿no?

—Nada me gusta más en el mundo que cumplir contigo, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—Cuando todo esto acabe, me gustaría que tú y yo hiciéramos un viaje.

—¿Y Kiara?

—Kiara hará muchos con nosotros, pero hablo de uno de los dos solos.

—Ya, como en los días de Nueva York.

—Eso es, ¿a dónde te gustaría ir?

—¿Puedo elegir cualquier lugar del mundo?

—Es que debes… Debes elegir el que más ilusión te haga.

—Italia, quiero ir a Italia.

—Pues que se prepare Italia porque iremos a quemarla.

—¿Eres un pirómano? No, en realidad no, aunque calor sí que das mucho.

—Pero calor del que te gusta, ¿no? —me pegó mucho a mí.

—Sí y del otro también.

—Vaya, pues tendremos que dejar las prácticas para luego porque Kiara tiene la mala costumbre de cenar todas las noches.

—Seguro que hay cena en el frigorífico.

—Sin duda. De todos modos, ¿te encargas de llamar a Clara para que venga a partir de mañana?

—Sí, yo me encargo, déjalo de mi mano.

Eso me vendría bien porque la necesitaba a mi lado. Mi plan tendría que estar más en marcha que nunca. Me encontraba mal, con ansiedad, pero no se lo podía demostrar a Ethan.

Nos sentamos a cenar y suerte que Kiara comenzó a hablar de su proyecto de ciencias.

—Menos mal que ya lo habíamos terminado cuando la tía llegó y se puso malita, ¿verdad, papá? Espero que me lo califiquen bien, porque nos ha quedado chulísimo.

—Vale, pero recuerda que la mitad de la calificación es mía.

—No, no, de eso nada.

—Pero si la mitad del trabajo lo he hecho yo.

—Porque eres mi padre y harías cualquier cosa por mí, ¿verdad?

—Ya sabes que sí, mi niña.

—¿Y tú, mamá? —me preguntó.

—¿Yo qué? Salí de mis pensamientos.

—Que si harías cualquier cosa por mí.

—Cualquiera, cariño—la cogí de la mano.

—Ya decía yo…

—Oye y esa niña, Valeria, ¿te deja en paz?

—Sí, sí. Desde que pusiste en su sitio a su madre pasa de mí, lo mejor que puede hacer. No me habla y así no me molesta.

—Genial entonces, amor.

Al rato nos fuimos todos a la cama. A Ethan se le notaba preocupado y yo estaba que reventaba, pero trataba de disimular.

—Todo está bien entre nosotros, ¿verdad? —me acarició al ver que muy receptiva no estaba. Las ganas de sexo se me habían esfumado.

—Sí, tan solo ha sido un día complicado, tan solo eso—me ahuequé en su pecho—. Ethan, ¿tú siempre me contarás la verdad de las cosas?

—Y qué haría si no. Claro que sí, mi amor—me cogió de la barbilla para hablarme.

—Es que no quiero que haya secretos entre nosotros. Cuando todo esto pase, quiero que partamos de cero.

—¿Estás muy preocupada? Todo pasará, Amelia no es rencorosa. Podremos hablar con ella y entenderá que no ha habido mala intención por ninguna de las partes.

—Ya, ya…

Seguía sin admitir ni mínimamente la posibilidad de que su hermana hubiese hecho lo que le conté. Al final, quien debía abrir los ojos era él.

Con todo, Ethan se me arrimó demasiado y los dos terminamos fundidos en uno porque lo necesitábamos. El ambiente se había enrarecido y lo que mejor nos venía era enredarnos el uno con el otro. Lo estaba deseando, en el fondo lo deseaba para olvidarme de toda esa toxicidad que Amelia había esparcido a nuestro alrededor. Le amaba con el alma y por él estaba más que dispuesta a hacer limpieza. No les consentiría a ninguna de esas dos que se entrometieran en nuestras vidas, que se llevasen por delante nuestra felicidad.

Capítulo 51



Ethan salió como una bala por la mañana. Había recibido una llamada del trabajo.

—¿Acercas tú a Kiara al cole? —me preguntó.

—Claro que sí, de mil amores.

—Un amor eres tú—se paró para agarrarme por la cintura y decírmelo.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Lo sé, ¿estás bien? —rozó mi nariz con la suya.

—Sí.

Salió andando y me acerqué a ella, quien mojaba un bizcocho en su cacao.

—Señorita, es hora de menear el culo.

—¿Nos vamos a poner a perrear? ¡¡Yupiiii!!

—Va a ser que no. Es día de presentación de tu proyecto de ciencias. Ya te lo he envuelto en papel de burbujas para que no sufra ningún percance.

—¿Te he dicho que eres la mejor madre del mundo? —me dio un beso.

—No, pero suena bien. Repítelo—le pedí.

Un rato después ya estaba de vuelta y Clara en la cocina. Al verla, suspiré y la abracé.

—Te sientes como si te hubiese pasado un tren por encima, ¿me equivoco?

—Con cada uno de sus jodidos vagones.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Amelia?

—Ingresada. Y esta vez no me creo que sienta ansiedad de verdad. Se ha largado para no tener que dar la cara hasta pensar en su siguiente y pérfido paso. Seguro que desde allí está al habla con la otra.

—Qué mujer tan maldita, te doy toda la razón. Así que no ha reconocido nada.

—Nada, quiere que su hermano me vea como una loca.

—¿Y él lo hace?

—No, solo piensa que estoy equivocada.

—Este es un juego muy peligroso, ¿lo sabes?

—Y tanto. Está en el aire que podamos ser una familia de verdad. Tengo que quitarle la máscara delante de Ethan y que la saque de la familia.

—Eso no va a ser fácil.

—Lo sé, es su hermana y muy querida. Cree que le debe todo, es como si le debiera la vida.

—La vida puede que sí se la deba—carraspeó.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, al fin y al cabo, ella se la dio—me tomó de las manos y me miró fijamente a los ojos.

—¿De qué me estás hablando?

—No puedes decirle que te lo he contado, te lo ruego. Ethan ni siquiera sabe que sé que Amelia, en realidad, es su madre.

—¿Cómo que es su madre?

—No sé mucho del tema. Te conté que la mía trabajó aquí y conocía todos los secretos de la casa, pero nunca me los reveló. Sin embargo, ya de mayor, escuché cómo un día lo hablaba con mi padre, quien también fue un tiempo chófer de Ethan.

—Y entonces, la que figuraba como su madre, ¿quién era?

—La esposa del padre de Ethan. Es lo único que sé, no te puedo decir más.

Caí redonda en la silla. No podía más… Sentí hasta ganas de vomitar porque esa casa estaba plagada de mentiras. No aguanté más.

—Me voy, Clara.

—Cariño, ¿dónde vas? ¿Dónde?

—Me voy a buscarlo, esta es la gota que colma el vaso.

—Julia, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir, te lo ruego.

Salí por la puerta, no la escuché. Me monté en uno de los coches de Ethan y me fui a buscarle a su trabajo.

Ni siquiera me paré delante de la mesa de su secretaria, quien todavía no me conocía.

—No puede pasar. Tengo que avisar al señor Astor, por favor.

—¡¡Y una mierda!! —grité y entonces él abrió la puerta de su despacho, extrañado.

—Julia, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Es por Amelia? ¿Le ocurre algo? —me preguntó mientras entraba y él cerraba la puerta.

—Ni lo sé ni me importa, si te digo la verdad. ¡¡Me has mentido!!

—¿En qué te he mentido?

—¡¡Es tu madre, no me lo niegues!! ¡¡Amelia es tu madre!!

La cara se le transformó por completo. No podía esperar que lo supiese.

—Te pido un poco de calma, por favor.

—No tengas valor de negarlo, Ethan Astor, demuestra algo de dignidad.

—No, no te lo voy a negar. Sí, Amelia es mi madre, ¿mejor así?

—¿Mejor? No… Pero al menos es la verdad. Anoche, anoche mismo me prometiste que no habría más secretos entre nosotros, ¡¡y mira lo que he tardado en enterarme!!

—¿Es que acaso me has puesto un detective?

—No, pero debería, porque por lo que veo no me dices la verdad ni cuando te equivocas.

—No es eso, Julia. Debes entenderlo.

—Lo único que entiendo es que no confías en mí, eso es lo único que entiendo, ¿me oyes, cabronazo? —le pregunté mientras golpeaba su pecho.

—Entiendo tu dolor, lo entiendo…

—No entiendes una puta mierda. No sé de qué va a esto. Tienes un tinglado montado que es para alucinar. Eso no es un rancho, es un circo, pero siento decirte que no soy ninguna payasa y que me largo.

—No lo puedes estar diciendo en serio.

—Claro que lo digo en serio.

—Julia, yo te quiero.

—Si me quisieras, me habrías contado la verdad desde el principio.

—Las cosas no son tan sencillas, mi vida no ha sido fácil en ese sentido.

—Ya, fuiste un pobre niño rico y las consecuencias ahora son para mí, ¿no? Pues que las aguante tu puñetera madre, ¡¡y nunca mejor dicho!! Y otra cosa, que sepas que anoche me callé porque necesitaba más pruebas, pero Amelia está en contacto con Lara como que me llamo Julia, no me he tragado que no en ningún momento.

—Todo se ha complicado mucho…

—Ya no confío en ti, esa es la principal complicación, ¿acaso estás también en el ajo? ¿Te has visto ya con Lara? ¿Amelia ha conseguido su propósito y por eso la proteges?

—¡¡Por supuesto que no!! Llevo sin ver a Lara desde que Kiara nació.

—Pues no te preocupes, que seguro que tu mamita te la mete en casa en un periquete. Las próximas Navidades te veo comiéndote los dulces con ella, a ver si hay suerte y reventáis los dos.

—Por favor, Julia.

—Ni por favor ni ocho cuartos, estoy hasta el moño de mentiras y de intrigas de ricos. A mí esto me ha sobrepasado. Me voy y no se te ocurra venir tras de mí o llamo a la Policía. Si algo quiero es que me dejes en paz.

Capítulo 52



Conduje de nuevo hasta la casa. Ethan no me siguió. Lo normal era que estuviese muy impactado con la noticia. No se esperaba que la supiera, que conociera la gran mentira sobre la cual giraba su vida.

Clara me vio llegar hecha un mar de lágrimas y se sintió fatal.

—No debería haberte dicho nada, pero no quería que te hiciesen daño. Aprecio a Ethan, lo cual tampoco me garantiza que no salgas escaldada.

—Te lo agradeceré siempre, Clara, siempre. Ahora voy a recoger mis cosas y me largo del rancho.

—¿Has terminado con Ethan? No, por favor—vi cómo se le escapaba también una lagrimilla.

—Te pido que no te sientas culpable. La culpa no es tuya. Es de él y solo de él. Y de su madre, que al saber la verdad de lo que traman a mis espaldas.

—No sé qué decirte, la verdad.

—Dime solo dónde me puedo quedar hoy. Tengo que pensar qué hacer con mi vida.

—¿Volver a la ciudad de la que vienes? Me contaste que llevabas unos años viviendo allí.

—En esa ciudad no se me ha perdido nada, no me queda nadie.

—¿Y a tu casa, con tus padres?

—Hace años que no los veo, Clara. Salí de allí de la peor de las maneras.

—¿Y qué? Unos padres siempre aman a una hija y si la ven volver, desamparada, le abren los brazos.

—¿Tú crees?

—Me juego lo que quieras, pero mientras te lo piensas te puedes quedar en mi casa.

—¿En tu casa? Eso no puedo aceptarlo, es demasiado.

—Mujer, que no la vas a vender, solo vas a quedarte allí. Toma las llaves, ya sabes dónde es. Te veré esta tarde.

—Ok, ahora subo a recoger mis cosas.

—Pues para eso sí que vas a necesitar ayuda. Ethan ha sido muy generoso, eso no se le puede negar.

—No pienso llevarme ni un alfiler que me haya regalado él. Te lo puedes quedar todo si quieres.

—¿Yo? Ni se me ocurriría. Y aparte, ¿cómo crees que cabrían mis kilitos en tu ropa de jovencita? Anda que no hace años que dejé de tener una cintura como la tuya.

—Pues entonces al menos ven—tiré de su mano.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quédate con las joyas que me ha regalado. No estás boyante y puedes venderlas si lo necesitas.

—Que no, Julia, que no, que mientras tenga un par de manos para trabajar, no me quedo con nada de nadie.

—Es que no las quiero y él ni las echará en falta. Por favor—insistí y se las entregué.

—Mira que eres pesada, ¿qué hago con esto?

—Quedártelo por si necesitas algo de dinero extra alguna vez. Y si no, las luces.

—Tú las luces mucho mejor, cariño.

—Pero es que ya no las quiero lucir.

Recogí todo lo que era mío de antes y pedí un taxi que me llevase hasta casa de Clara. Allí, sentada en el sofá y hecha un ovillo, esperé a que llegase por la tarde.

—Seguro que no te has llevado nada a la boca—me dijo nada más aparecer por la puerta.

—No tengo ganas de nada, Clara.

—¿Qué has pensado, Julia?

—He pensado en que tienes razón, me vuelvo con mis padres. Cualquier intento de conducir sola mi vida me lleva a ahogarme, parece que soy un poco inútil.

—Eso no lo digas ni en broma. Solo has tenido mala suerte, ¿quieres que viaje contigo para acompañarte cuando llegue el momento?

—No, es una oferta muy generosa, pero debo enfrentarme sola a esa nueva etapa de mi vida.

—Como quieras, pero la oferta sigue en pie.

—Estoy en deuda contigo, de verdad.

—Sí, claro, en deuda vas a estar después de haberme regalado esas joyas.

—Tú sí que eres una joya, Clara.

—No, soy del montón. Una mujer normal.

—Pues ojalá abundasen más como tú, porque te digo que no es fácil encontrar personas así.

—¿Y tú qué? Mírate.

—Sí, estoy como para mirarme. Un cromito total, hasta ojeras tengo.

—Esas se te pasan en un par de días, ¿de veras quieres irte mañana mismo? Todavía podrías hablar con Ethan, tratar de arreglar las cosas…

—Las cosas entre nosotros no tienen arreglo. Me ha mentido y, de no ser por ti, casi seguro que no me hubiese enterado en la vida. Habría vivido su propia mentira. Creí que era distinto, pero no.

—No sabes cuánto lo lamento, preciosa. Te voy a preparar una sopita quieras o no.

—Ya me lo temía, ¿te tomarás un cuenco conmigo?

—Claro, ha empezado a llover y siento que me ha calado los huesos. Me voy a dar una ducha calentita mientras se hace la sopa.

—Yo siento otro frío, uno que viene desde mucho más adentro.

—Ese es peor, mi niña. Ese frío no lo quita ninguna sopa, aunque te la vas a tomar igual. De eso me encargo yo. Tienes que comer algo para emprender la marcha mañana.

—¿Y qué haré para que se me pase?

—Comenzar una nueva vida si eso es lo que quieres.

—Sí, es lo que quiero. Estoy decidida.

—Pues entonces no se diga más.

Me quedé pendiente de la sopa que había preparado hasta que se terminó de cocer. Entonces, ella salió de la ducha y me acompañó.

Me sentó bien, tomar una sopa calentita me vino genial, pero todavía fue mejor cuando ella me dio la mano y también charla para que me distrajera.

Clara se comportó conmigo como una madre en una noche tan importante, en una noche en la que estaba dispuesta a encarar la vuelta a casa, en una noche en la que mi vida volvería a dar un giro radical… Un giro que supondría un antes y un después, un giro que me encogía el corazón.

Capítulo 53



—Y si no quieren volver a saber nada de mí, Clara, ¿entonces qué hago? —le pregunté con lágrimas en los ojos al despedirme de ella al día siguiente.

—Eso no ocurrirá, me apuesto contigo lo que quieras. Pero en el hipotético y remoto caso de que…

—De que mis padres me den una patada en el culo, sí—la interrumpí.

—Pues que aquí seguirías teniendo tu casa, nena. No pienso defraudarte.

—Eres una amiga de verdad.

—Es que las amigas de mentira no existen. Y ahora venga, que perderás el autobús.

Viajaría hasta mi casa en ese medio tan económico y que nada tenía que ver con el avión privado de Ethan. Tampoco lo necesitaba. Ese hombre me había demostrado el poco valor que tenía, por mucho dinero que hubiese en sus cuentas corrientes.

No había podido conciliar el sueño en toda la noche, por lo que recé por dormir un poco durante las pocas horas que durase el trayecto. Mi único apoyo era Clara, quien permaneció a pie del autobús hasta que el conductor arrancó.

Ella movía la mano a modo de despedida y yo le correspondía, comprobando que apenas me sentía con fuerzas. Después, cuando su figura no fue más que un punto distante, cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el cristal.

A mi lado viajaba una chica unos cuantos años menor que yo, una que debía tener más o menos mi edad cuando cometí la gran locura de enfrentarme a mis padres para seguir a Jackson, ese niñato por el que perdí la cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí…

—Es que se te ve muy triste. Me llamo Mary.

—Hola, Mary. Yo soy Julia.

—¿Te acabas de despedir de tus padres después de Navidad o es que te ha dejado tu novio? Porque tienes carita de llevar muchas horas sin dormir.

—Ni lo uno ni lo otro. Vengo huyendo de un tsunami, ¿sabes?

—Ah, ya. De uno de esos que solo están en tu cabeza, pero que te dejan igual de devastada, ¿no?

—¿Ya has pasado por algo así?

—No, pero mi hermana mayor sí. Cuando se divorció tenía la misma carilla de pena que tú ahora, ¿es eso lo que te ha pasado?

—No, tampoco. No me he divorciado porque nunca me he casado.

—Pero te gustaría, ¿a que sí?

—¿Por qué dices eso?

—Porque se te nota que eres romántica, igual que mi hermana. Yo voy más a mi bola, ¿quieres escuchar música?—me ofreció uno de sus auriculares inalámbricos.

—No, gracias, no estoy para nada.

—Pero recuerda que no llueve eternamente. No es mía la frase, es de la peli de "El Cuervo", me flipa—me dijo y reparé en ese instante en que su estilo era gótico y en que llevaba ropa negra. Tan negra como lo veía yo todo en ese momento en el que solo quería dormir y no lo conseguía hasta que por fin me rindió el sueño. Me despertó Mary cuando el autobús llegó a la estación.

—Que tengas mucha suerte con eso que sea que andas buscando—me deseó y se lo agradecí.

A continuación comencé a caminar por las calles de la que había sido mi ciudad, esa en la que nací y crecí. Me acompañaban dos maletas de las que iba tirando como podía, porque sentía que las fuerzas me fallaban.

Nunca hubiera imaginado cuando me marché de allí con tanto arrojo y con tantas ganas de vivir que regresaría tan derrotada como me veía a mí misma en aquel día en el que tenía que darles la razón a mis padres. Me había equivocado por completo.

Para colmo del dolor, los recuerdos de Ethan y Kiara, esos que había grabado a fuego en mi mente en mis últimas semanas de vida, me estaban torturando.

Nunca se me pasó por la cabeza que me pudiera enamorar tanto y en tan poco espacio de tiempo. Y encima, menos habría podido calibrar que sufriría con tanta rapidez el suplicio que me había caído encima.

Ya no sabía quién era quién en esa casa ni los motivos que llevaron a Ethan a ocultarme una verdad como aquella. Solo sabía que me habría sido imposible seguir adelante con un hombre que no creyó en mis palabras y que, para más inri, se guardó para él una información que cambiaba muchas cosas.

Intuía que había hecho lo mejor. Tuve que abandonar a la fuerza ese que por un tiempo creí que se convertiría en mi hogar. Pero no por ello dolía menos. También dolía como si me estuviesen clavando una navaja en el vientre haber perdido a esa niña que creyó encontrar en mí a una madre.

Ya no volvería a escuchar un "mamá" de los labios de Kiara. Todo eso había quedado atrás, como atrás quedaban las calles que me iba dejando camino de mi casa, porque esperaba que la de mis padres lo siguiera siendo.

Yo le había prometido que siempre estaría con ella, que no le fallaría y Kiara se sentiría de lo más decepcionada al comprobar que me marché sin tan siquiera despedirme de ella. No habría podido, en ese momento mi corazón se habría desangrado y bastante malherido lo llevaba ya.

Estaba llegando. Reconocí cada palmo de la calle en la que corrí de niña, en la que solté a la comba, en la que más de una vez me raspé las rodillas y en la que me fui haciendo mayor poco a poco.

Sentí que ojalá no hubiese pasado el tiempo y estuviese jugando, esperando a que mi madre me llamase por la ventana para entrar en casa. Quise volver a ser aquella mocosa que se quejaba en esas ocasiones mientras que ella me recordaba que ya estaba bien de jugar y que me tocaba estudiar un poco. Siempre me costó hincar los codos en los libros. Mientras lo recordaba, mi barbilla temblaba y tenía que hacer un gran esfuerzo por reprimir las lágrimas. Ya había llegado.

Nunca dudé tanto como lo hice antes de picar el timbre de la puerta de mis padres. En mi cabeza, reviví aquellos últimos momentos vividos antes de irme de la mano de Jackson dejando a mi padre tirado tras haberse pegado con él.

Nunca debieron llegar a las manos, aunque por parte de mi progenitor lo llegué a entender. Debe doler mucho criar a una hija con todo el mismo del mundo para un mal día, porque en este caso no puede decirse uno bueno, ver cómo un canalla tira de ella para llevarla por el mal camino y desgraciar su vida.

Dolida, mi madre me dio el ultimátum de que si me iba con él me tendría que olvidar de ellos. Durante años esas palabras retumbaron en mi cabeza y no se lo perdoné. Había sido muy necia, altiva y orgullosa. Y me tocó volver con la cabeza gacha y, de haberlo tenido, el rabo entre las piernas.

No hay nada como que la vida te ponga en tu sitio, como te dé un varapalo en condiciones, para darte cuenta de que todos nos equivocamos y de que ser padres no es algo que nadie tenga aprendido de antemano, sino que debes practicarlo cada día, simplemente haciéndolo lo mejor que puedas. Lo había experimentado con Kiara. Esa niña me enseñó más cosas que yo a ella.

Tanto Buster como Mia, mis padres, debieron sentirse muy frustrados y por eso todo era justificable. No así por parte del niñato de Jackson que abusó de su fuerza y de su condición de joven para tumbar a mi propio padre y partirle las gafas en la que fue la escena más turbia que contemplaron mis ojos. Es que aún me sobrecogía por completo al recordarlo.

Y allí estaba de nuevo. Emprendiendo el regreso a casa, sola y derrotada, con más necesidad que nunca de un beso. Y temerosa, muy temerosa de su rechazo, puesto que si mis padres no me acogían, si me cerraban la puerta definitivamente, esa vez sí que me sentiría desvalida y abandonada en el mundo, pues estaba harta de palos y no me quedaba nadie más.

Me alegraba tanto por Liz… Que su hija le ofreciera marcharse con ellos a Berlín le cambiaba sus últimos años, dándoles un giro radical. Hay ancianos que se niegan a salir de sus casas, si bien ella era valiente y sabía que el hogar de uno está donde estén los suyos. Y en la lejana capital alemana encontraría de nuevo el calor de una familia cuando más lo necesitaba. Liz fue muy buena conmigo, igual que Clara. A las dos les debía mucho.

Yo también necesitaba a los míos y los segundos que pasaron entre que piqué la puerta y que esta se abrió me parecieron eternos. La valla exterior me la encontré abierta y, por tanto, me encontraba ante la puerta principal.

De pronto, noté que esta se abría y tras ella aparecía mi padre, quien arrugó su nariz bajo las gafas al tiempo que noté cómo los ojos le brillaban hasta estallar en lágrimas. Trataba de articular palabra y no podía, por eso fui yo la primera en hacerlo.

—Papá—murmuré con la barbilla temblándome y con unas ganas tremendas de abrazarme a él.

—¿Eres tú, Julia? —me preguntó con idéntico temblor.

—Sí, claro, ¿es que no me reconoces?

—Por supuesto que sí, eres mi niñita. Lo que me cuesta trabajo creer es que estés aquí de verdad.

—Lo estoy papá, lo estoy—di un paso adelante, al encontrarle tan receptivo, y me fundí en un beso con él.

—Mia, Mia, ven, corre, por favor—le pidió entonces a mi madre.

—¿Son otra vez los de la telefonía? Diles que en mi casa no ponen ni un cable más, que está todo recién pintado y que me da igual no tener Internet de última generación, que me apaño muy

bien con el que tenemos.

—No es Internet lo que nos ofrecen y no son los de la telefonía. Es un regalo de Santa Claus atrasado, el más maravilloso de los regalos. No te lo vas a creer, esposa mía, ¡¡ven!!

Mi madre corrió a la puerta y, al verme, tuvo un gesto que me conmovió por completo hasta convertir mis ojos ya directamente en dos ríos, puesto que se puso de rodillas. Me dolía el corazón verla así. La cosa iba de emociones fuertes y subiendo.

—Julia, mi amor, Julia… Siento tanto, siento tanto haberte dicho aquellas palabras. Me he arrepentido cada día desde entonces y he rezado tanto para que volvieses a casa. Ojalá nunca las hubiese pronunciado.

—Mamá, ya, por favor—le pedí porque no podía soportar verla así, a sus años y en esa postura, por lo que me agaché también para, como mínimo, estar a su altura.

—Cariño mío, estás aquí, ¡¡has vuelto a tu casa!! Queríamos buscarte, pero no nos atrevíamos. Sentíamos que te habíamos perdido para siempre y una negativa por tu parte nos hubiese destrozado.

—Mamá, lo siento, lo siento—ya que ella no se levantaba, seguía también agachada, abrazándola.

—Tu madre está delicada del corazón y no quisimos arriesgarnos por miedo a que empeorase si no querías saber de nosotros—me informó mi padre y me dejó impactada.

—Mamá, ¿enfermaste del corazón por mi culpa? Eso es porque te lo rompí, no me lo voy a perdonar. Te juro que no me lo perdonaré nunca.

—No, hija, no digas eso, por favor. Me diagnosticaron el mismo mal que padeció mi padre, algo hereditario que nada tuvo que ver con tu marcha. Eso estaba ya en mi cuerpo aunque no lo supiéramos. No te culpes de nada. Hoy le estás dando vida a este escacharrado corazón mío.

—Cierto—le dio mi padre la razón—, pero ya sabiéndolo debía cuidarse. Y no podíamos arriesgarnos, hija. No sabíamos cómo ibas a reaccionar si seguías con ese demonio de chico.

—E hicisteis bien, estaba muy obcecada, solo veía por los ojos de ese maldito.

—¿Ya no estás con él? Eso es que Dios, por fin escuchó las plegarias de tu padre y las mías.

—Hace meses que me dejó. Ni siquiera le abandoné yo, siento ganas de pegarme por ello.

—¿Y eso qué más da, mi amor? Lo importante es que ahora ves las cosas como son. Sabíamos que algún día daría la cara, aunque temíamos que para entonces te hubiese hecho algún daño irreparable. ¿Tuviste hijos con él?

—No, no soy madre todavía—me guardé para mí esa información sensible que era el hecho de haberme sentido madre de Kiara.

—Mejor, porque tienes toda la vida por delante y ningún vínculo con él. ¿Sabes una cosa? Tu habitación está tal y como la dejaste aquel día, no hemos cambiado nada. Está lista para que vuelvas a ocuparla, ¿te quedarás con nosotros?

—Si me lo permitís, sí, vuelvo a casa.

—¿Permitírtelo? Como bien dice tu madre, este es el regalo más maravilloso que pudiéramos recibir tras unas Navidades que han sido tan tristes como el resto de las que pasamos sin ti, cariño.

Capítulo 54



Me sentía rara estando en mi propia casa, en la que crecí y en la que me convertí en una joven que tomó la peor de las decisiones.

—Ven, por favor, acompáñame—me pidió mi madre y me dio la mano.

Nunca hubiera imaginado que ese simple gesto me transmitiera tanto. Con los años fuera de allí tuve que hacerme fuerte, lo cual no significa en absoluto que no extrañase la mano de mi madre o el abrazo de mi padre. Miles de veces los eché en falta y miles de veces me negué a buscarlos.

Me había sentido tan sola… Y lo peor de todo era que durante mucho tiempo ni siquiera fui consciente de ello porque Jackson se mostraba como si fuese el salvador de mi mundo, como si con él nada pudiese faltarme, cuando lo cierto era que mi corazón se sentía muy vacío.

Luego, a los meses llegó Ethan y llegué a hacerme ilusiones, a pensar que con él todo sería distinta. El resultado ya sabéis cuál fue, así que me ahorro hablar de él. Jackson ya no me dolía, pero a Ethan lo llevaba en mi interior como la más dolorosa de las condenas. Un hombre del que me había enamorado y del que, al final, resultó que sabía bien poco.

Llegué hasta la puerta de mi dormitorio y no miento si os digo que las rodillas se me volvieron gelatina, que me tambaleé, que sentí que las fuerzas no me acompañaban para entrar en él. Había pasado un verdadero calvario y ese día me sentía muy débil.

Mi madre me volvió a ofrecer su cálida mano para atravesar el umbral de la puerta y entonces me reencontré con ese universo juvenil que un día dejé atrás y que construí a lo largo de toda mi vida.

Desde mis fotos de adolescente acompañada de mi querida amiga Maddie, con la que crecí y con la que también rompí relaciones al marcharme de casa, hasta mis viejos diarios, guardados en el cajón de mi mesa de estudio, atesorando los primeros pensamientos de mi corta vida.

Varias veces me llamó y me escribió Maddie hasta que la bloqueé, pues temí que quisiera convencerme para que volviese, que mis madres hubiesen conseguido ponerla de su parte.

Había fotos de ambas en el mural de corcho; desde las excursiones de Primaria hasta el baile de fin de curso de Secundaria, incluidas otras de antes y de después… Nuestras jóvenes existencias plasmadas en una felicidad que se reflejaba en mis ojos y que terminé perdiendo al lado de aquel desgraciado.

Junto a todo ello, mi coqueto tocador, ese que les pedí a mis padres como regalo en las últimas Navidades que pasé en casa. Era una monería, en blanco, a juego con el resto del mobiliario. Le di al interruptor y se encendieron sus luces, todas en hilera, como alumbrando mi vuelta.

—No me lo puedo creer—murmuré.

—Te dije que nada ha cambiado, hija. Tu padre y yo no tocamos ni un lápiz. A pesar de lo que te dije, albergábamos la esperanza de tu vuelta.

—Mamá, lo siento, lo siento tanto—la abracé llorando.

—Ya lo sé, ya lo sé, mi amor. Tampoco estoy orgullosa de cómo actué, pero sí inmensamente feliz por tu vuelta.

—¿Podrías dejarme un poco a solas, por favor? Lo necesito.

—Claro que sí, estás en tu casa, mi pequeña—pronunció con todo el amor.

Así lo percibí. Me habían recibido con la grandeza de quienes han sufrido, pero no se victimizan por ello. Muy al contrario, no salió un solo reproche de sus bocas y sí muchas frases cariñosas, como para que fuese haciendo oído, como para que me fuese enterando de que les había convertido en dos seres inmensamente felices con solo regresar a sus brazos.

Cerró la puerta y me quedé con las piernas colgando, sentada en el borde de la cama. Era cierto que, echando un vistazo a aquel dormitorio, nada parecía haber cambiado, absolutamente nada. Sin embargo, yo no era la misma… El juvenil corazón que un día latió en esa misma cama, estaba partido ya en mil pedazos por culpa de unas experiencias con los hombres que no le deseaba a nadie.

Entré en el cuarto de baño con ganas de darme una ducha. Abrí los cajones del armario y encontré allí las toallas, donde siempre, con ese olor tan característico a lavanda del suavizante que utilizaba mi madre. Cuánto extrañé también ese olor y el modo tan perfecto en el que las doblaba.

Me metí en la ducha y, mientras el agua corría por mi rostro, comencé a sollozar sin poder parar, como si la vida se me fuese en ello. Estaba bien… En ciertos momentos de mi existencia la angustia me llegó a impedir llorar y cuando eso ocurre es mucho peor.

Estuve llorando largo rato, el mismo que el agua caliente me reconfortaba. Después salí envuelta en la toalla y me senté en el banco de mi tocador. Hasta mi maquillaje, pues dejé allí

una parte el día que me marché, continuaba intacto. Era como si hubiese retrocedido en el tiempo, salvo por ese corazón partido que me recordaba que ese mismo tiempo había pasado y dejando la más dolorosa de las huellas.

La puerta se abrió y era mi madre.

—¿Estás bien, Julia? —me preguntó de lo más cariñosa.

—Lo estoy, mamá. Oye, ¿me harías un favor?

—Cualquiera, el que me pidas—me contestó emocionada.

—Cepíllame tú el pelo como cuando era una niña, por favor.

Qué bonita la sonrisa que se le dibujó en la cara. Mientras me cepillaba el pelo como hacía años atrás, comenzó a contarme sus cosas.

—Me han jubilado, ¿sabes?

—¿Por lo del corazón?

—Sí, por eso. Y no te preocupes porque estoy bien. Es solo por precaución. Me tomo mi tratamiento y no siento absolutamente nada. Y encima, ahora resulta que tengo más tiempo libre.

—¿Y en qué lo ocupas?

—Cuando te fuiste, sentía que tenía que entretenerme en algo para no volverme loca y comencé a pintar. Luego, al jubilarme, me dio más fuerte por la afición. Los cuadros de paisajes que has visto en la escalera son míos.

—¿Qué me dices? ¡¡Pero si estás hecha una artista!!

—Yo no diría tanto. Eso sí, me entretiene y me ha venido muy bien, hija. También pinto retratos.

—¿En serio? Siempre dibujaste bien, recuerdo que a veces me ayudabas con los dibujos del cole, pero de ahí a pintar de verdad… Hiciste muy bien.

—Sí, tengo un retrato que es mi preferido, ¿sabes? Está en el salón, no te has fijado antes.

—No me he fijado en nada. Si te digo la verdad, me encuentro un poco en shock.

—Yo también y es normal, no te preocupes. Cuando bajes a sentarte a la mesa, te lo enseño.

—Sí, claro estoy deseando verlo.

Entrecerré los ojos porque necesitaba volver a sentirme niña. De pequeña, me encantaba que mi madre me desenredase el pelo mientras me hablaba. Me daba mucha paz. Y eso era justo lo que experimenté en ese momento del día de mi vuelta, mientras ella me peinaba y volvió a invadirme esa hogareña sensación.

Cuando me lie con Jackson las cosas se pusieron feas entre nosotras. Un día, en plena bronca, quiso calmarme y se ofreció a cepillarme la melena, para lo que me pidió el peine. En lugar de dárselo, lo tiré contra el suelo en pleno ataque de rabia. Lo lamentaba tanto, tanto….

Capítulo 55



Bajé las escaleras al rato. Mi madre me esperaba en el salón, de pie y al lado de la mesa, con la sopera. Mi padre traía la carne de acompañamiento de la cocina. Los dos me esperaban como quien espera algo grande, muy grande. Podía ponerme en sus zapatos, por fin lo hacía y los entendía perfectamente. Poco tiempo me duró, pero tuve la oportunidad junto a Kiara de saber lo que duele un hijo.

Con el cucharón, mi madre me señaló a la pared y mis ojos se volvieron a inundar de lágrimas.

—Has retratado nuestra foto favorita, mamá, la de las dos juntas al pie del embarcadero. Yo debía tener unos…

—Seis años tenías, mi amor. Y sí, siempre fue nuestra fotografía preferida.

—Lo has bordado, sí que eres una artista.

—El truco está en ponerle mucho amor.

—El mismo que le pone a todo lo que cocina, ¿qué te voy a contar que no sepas? —me preguntó mi padre como si no hubiera faltado ni un día a esa mesa en la que no me senté en años.

—Cierto, papá. No te figuras lo mucho que he echado de menos la comida de mamá.

—Me lo figuro, hija.

—Y nuestros ratos de charla cuando me comentabas las impresiones sobre el libro que estabas leyendo, ¿sigues devorándolos?

—Todavía más, me refugié en ellos.

—Y eso que él sigue trabajando—me comentó mi madre.

—Pues sí, aunque mi trabajo nunca fue con un pico y una pala, no es cansado. Más cansado tenía el corazón, hasta hoy—resopló.

Había mucha emoción en el ambiente y tuve que hacer algo para rebajarla. Se me ocurrió al levantarme de la mesa. Entonces me fui hacia ese piano que también continuaba tal como lo dejé.

Mi padre abrazó a mi madre y ambos se sentaron a escucharme. Siempre fueron mi mejor público, el más exigente también, pero agradecido.

Comencé a tocar y me miraron.

—¿Lo has hecho últimamente? Porque tocas bien…

—No, todavía aporreo un poco las teclas—les comenté sin hablarles de lo mucho que extrañaba a Kiara en ese momento, con la que me acostumbré a tocar a cuatro manos.

—No, ¿dónde has tocado?

—He estado en un gran rancho pasando estas Navidades y algunas semanas más, ¿sabéis?

—¿En un gran rancho? ¿Y eso?

—Conocí a alguien después de Jackson. Un hombre muy rico, Ethan, y su hija Kiara. Yo trabaja ocupándome de una pista de patinaje sobre hielo y ellos eran clientes.

—¿Y te invitaron a pasar las Navidades en su rancho? Esas fiestas son muy íntimas y familiares, hija.

—Sí, el problema justo estuvo en su familia, en Amelia, una mujer complicada y que no me quería allí. En realidad es su madre, se trata de una historia muy turbia. Él no fue sincero conmigo y eso que llegó un momento en el que pensé que estaba por mí. Si hasta me pidió que me quedase a vivir allí. Me cuesta hablar de ello. Creí que su propuesta era seria, que quería una nueva vida conmigo.

—Y lo sería, hija, porque mereces mucho la pena y eso cualquier hombre lo ve.

—Pues no debió verlo tanto cuando no supo abrirme su corazón de par en par como yo a él. Además, que no creyó en mí, que puso en dudas cosas que le conté. Así que no me lo pensé y me marché. Y lo malo es que me estaba enamorando de él—les confesé.

—Hija mía, menos mal que ahora ya estás en casa, qué mala suerte has tenido. ¿No has conocido a nadie que mereciera la pena en este tiempo?

—A su hija Kiara, la niña no tiene la culpa de nada. Y a una anciana con la que vivía desde que Jackson me dejó. Se llama Liz y tiene un corazón de oro. También a Clara, la cocinera del rancho de Ethan que me abrió los ojos y en cuya casa he pasado esta última noche.

—Menos mal—resopló mi madre. — ¿Sabes qué te digo? Que ahora que estás aquí se me está ocurriendo que podríamos hacer algo cuando dejes de tocar.

—Dime, ¿qué?

—Galletas, podríamos hacer galletas, ¿recuerdas lo mucho que te gustaba que nos metiéramos las dos en la cocina a hacerlas?

—Claro que lo recuerdo. Terminábamos con harina hasta el pelo, pero me lo pasaba bomba. Y con papá hacía otras cosas, ¿recuerdas que me encantaba revisar el motor de tu coche y del de mamá contigo, papá?

—Claro que lo recuerdo, Julia. No sabes cómo disfrutaba de esos ratos y las veces que me he acordado de ellos en estos años.

—Es que los coches me encantaban. Cielos, si moría porque me regalaseis uno…—se miraron entre ellos— Oíd, que no os dio ni tiempo, ¿eh? Y encima comencé a ser una petarda que no me lo merecía.

—¿Sabes que cuando te marchaste el coche ya estaba encargado? —me preguntó mi madre y se me desencajó la mandíbula.

—No puede ser. Si nos peleábamos día sí y día también. ¿Y no se os quitó la idea de la cabeza por completo?

—No, porque pensamos que quizás fuese un aliciente para ti, que te ayudaría a ver que no estábamos en tu contra.

—¿Y os devolvieron el dinero de la reserva? Porque me siento fatal.

—No—negaron tajantemente.

—Pues lamento mucho que lo perdierais por mi culpa. Procuraré devolvéroslo. En cuanto comience a ganar dinero yo…

—No lo perdimos, nos quedamos con el coche—me informaron en ese momento.

—¿Y lo vendisteis?

—El dinero que hubiésemos obtenido por él nos habría quemado en las manos. No, lo trajimos a casa y está en el garaje—me comentaron y flipé mucho, muchísimo.

—¿Tengo un coche nuevo del paquete en el garaje?

—Mía, ha puesto la misma carita que en las mañanas de Navidad cuando desenvolvía sus regalos—apreció mi padre.

—La misma, la misma. Ven con nosotros, a ver si te gusta, mi niña.

Cuando abrieron las puertas del garaje, mis ojos se convirtieron en dos grifos. De toda la vida me tuvo enamorada en Mini y en color rojo era mi preferido. En concreto, al tono exacto que me gustaba lo llamaba “rojo manzana de caramelo”. Y en ese apareció ante mis ojos en aquel garaje.

—Es la sorpresa más maravillosa del mundo, ¡¡os adoro!! —me volví a abrazarlos mientras daba saltos de emoción.

—Es tuyo, Julia—me puso mi padre las llaves en la mano.

—¿Y ahora qué hago con vosotros?

—Unos cuantos achuchones no nos vendrían mal—me contestó mi madre.

Les di uno y mil. Me acababan de sorprender tanto, tanto… Qué equivocada estuve con todo y cuánto sufrimiento causé por culpa de mi empecinamiento.

Me subí al coche de un salto. Necesitaba probarlo y hacerlo ya. Les invité a subir y no tardaron en hacerlo. Mi padre se situó a mi lado y mi madre en el asiento de atrás.

—¡¡Arrancamos!! —exclamé en ese momento en el que sentí que no solo lo hacía en el coche, sino que era hora de pensar en que arrancase mi nueva vida, una vida que quedó en pausa años atrás y que el destino, sin embargo, me estaba proporcionando la magnífica oportunidad de retomar al lado de mis queridos padres, a esos cuyos consejos les llevaron a que les considerase mis enemigos. ¿Se podía ser más boba?

Capítulo 56



Me desperté a la mañana siguiente con una sensación de lo más contradictoria. Había dormido en mi casa y en mi cama, pero soñé con Ethan y con todo lo sucedido.

He de reconocer que la vuelta a mi hogar me trajo muchos recuerdos de Jackson en el sentido de que me machacaba el coco porque fueron mis últimas vivencias allí, pero por él ya no sentía nada.

Ojalá hubiera podido decir lo mismo de Ethan, de quien me había enamorado aquellas Navidades y a quien adoré durante todo el tiempo que permanecí en su casa. Un tiempo en el que siempre tuve el miedo en el cuerpo de que la cosa se pudiera ir al traste por algo, y por desgracia no me equivoqué.

No solo le echaba de menos a él. Tenía el corazón partido pensando en Kiara. No podía saber qué le llevó a ser tan débil con esa mujer que era su madre y que siempre lo fue a la sombra. ¿Tan poco me quería como para para no dudar en absoluto de su palabra? Y encima, que no me contó cuál era su vínculo real y no pensaba hacerlo.

Me mataba pensarlo. No tenía suerte con los hombres que escogía en mi vida y eso que el perfil de Ethan y el de Jackson no tenía nada que ver, eran como un huevo y una castaña.

En fin, que extraña todo lo que fue mi vida en el rancho muchísimo, pese al dolor, y a la par tenía que acostumbrarme a una vuelta con mis padres que resultó tan emocionante como chocante.

Nunca habría imaginado un recibimiento tan caluroso por su parte. Fui boba en ese sentido porque si me hubiera liberado de más de un miedo quizás llegase a esa conclusión. De cualquier forma, las cosas pasan cuando tienen que pasar. Y allí estaba.

Me levanté y me encontré a mi madre pintando en el salón, de lo más relajada.

—Buenos días, mamá—me acerqué a darle un beso—. Qué paisaje tan bonito estás pintando.

—¿Te gusta? Te lo regalo.

—No tengo casa, te lo recuerdo. Vuelvo a vivir con vosotros.

—Y no he podido dormir de la emoción de pensarlo. Lo pondremos en tu dormitorio, ¿te parece?

—Me gusta la idea, sí. Creo que es perfecta.

—Pues entonces, no se diga más. Los cambios de aire vienen bien. Tampoco le iría mal uno a tu pelo—me comentó y recordé el maldito cambio que le propuse a Amelia, la llamada de Lara a su teléfono estando en la peluquería… En fin, que todo daba gloria.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Nada, pero siempre nos viene bien ponernos en manos de una profesional para levantar el ánimo. Voy a coger hora en la peluquería. ¿Me acompañas?

—Creo que será una buena idea.

—Genial entonces. Desayuna y nos vamos en un rato. Tienes zumo de naranja natural recién exprimido en la cocina. Y te he hecho tus tortitas preferidas también, con sirope de chocolate.

—Gracias, mamá—se las di con lágrimas en los ojos.

—De nada, mi amor. Ha sido todo un placer.

Tras el desayuno, nos fuimos a la peluquería. Candy, la dueña, era amiga de mi madre de toda la vida y me cortó el pelo desde bebé. Cuando me vio entrar por allí, se le cayó de las manos el secador, que fue a dar al suelo.

—¡¡Si eres tú, mi niña!! —corrió a abrazarme.

— ¿Has visto lo guapa que está? Y cuando termines con su pelo no te digo nada. Una modelo va a ser mi Julia.

—Pero si no sabía nada, ¿cuándo has vuelto?

—Ayer, volví ayer.

—Qué buena noticia. Al arreglo del pelo invito yo, ¡¡al de las dos!! ¡¡Esto hay que celebrarlo!!

—Pues el caso es que, aparte de lavarme, alisarme y demás, me gustaría sacarme también un flequillo así recto, ¿me ves con él?

—A ver—lo indicó como con su mano—. Perfectamente, la tuya no es una de esas caras pequeñitas que se quedan escondidas si se lo sacan.

—Pues ya sabes.

Son muchos los estudios que dicen que hay diversas razones detrás de un cambio de look de una mujer. La mía era, sin duda, las ganas de pasar página, de dejar el pasado atrás, de olvidarme de lo que pudo ser y no fue. Y que ya nunca sería.

Mi madre presumía de mí. Y eso que pocos motivos le había dado para hacerlo. No había nada en mi vuelta reseñable, salvo que los hombres me habían dado palos hasta en las pestañas.

—Genial el flequillo, ¿te lo aliso entonces y le paso las planchas?

—¿Sería demasiado abusar si te pido que me pongas unos reflejos? Es que estoy deseando verme distinta.

—Hombre, si me lo pidieras a punta de pistola sí, pero con esa dulzura que sigues teniendo, te pongo lo que te dé la gana, mi niña. Marchando unos reflejitos—Candy estaba de lo más contenta y se le notaba.

Lo hizo y me vi muy bien, muy juvenil y favorecida. Mi madre tenía razón en que un cambio me vendría de perlas. Y eso que hacía pocos días que estuve en la peluquería.

—¡¡Es que estás guapa a rabiar!! ¡¡Verás cuando te vea tu padre!!

—¿Vendrá a almorzar a casa?

—De eso nada. Hoy el restaurante casero está cerrado por fiesta. Le recogeremos en el trabajo y nos vamos a comer a la calle. Invita él—me sonrió.

Habíamos ido hasta allí en mi coche. Estaba encantadísima con él. Qué sorpresa tan impresionante la que me llevé. Eso sí, cada vez que me subía en mi Mini me acordaba de Ethan y de su impresionante garaje. Y no porque hubiera allí una millonada invertida, sino por lo mucho que él los disfrutaba. En ningún momento me deslumbró su dinero, aunque a nadie le amarga un dulce. Yo vi en el él al hombre fascinante que creía estar empezando a conocer.

No era el caso. A mí los príncipes azules se me volvían ranas. Unos antes y otros después. Al menos este había dado la cara antes que el primero. O me había pillado más espabilada, porque Jackson las señales las emitió desde bien pronto. Fui yo quien no quiso verlas.

Capítulo 57



El día estaba fantástico y paré mi coche delante del edificio en el que trabajaba mi padre.

Le faltó contarles a todos que su hija le esperaba en la puerta y hacerlo a través de un megáfono. Venía feliz.

—Buenas tardes a las mujeres de mi vida—nos besó—. He pensado que podemos ir a comer una buena mariscada, ¿qué os parece?

—Por mí perfecto—le contesté. Anda que era como para objetar nada. Estaban eufóricos y con ganas de hacer todo aquello que nos habíamos perdido durante demasiado tiempo, durante un tiempo que ya no recuperaríamos, pero al menos contábamos con la impresionante posibilidad de invertir bien el que estábamos disfrutando en ese momento.

Se me daba la circunstancia de que tenía que hacer de tripas corazón. Estaba rota por dentro, pero ellos no merecían más dolor, no podían verme así.

—Hija, ¿pero tú qué te has hecho en el pelo? ¡¡Si estás todavía más bonita!!

—Gracias, papá.

—No me las des, si es que estoy tan contento que por primera vez en mi vida me han llamado la atención en el trabajo.

—Porque estabas en babia y no has hecho ni el huevo, ¿no?

—Exacto.

—Tranquilo, que tú ya has rendido lo tuyo en estos años.

Nos fuimos a ese restaurante y pidieron la mariscada más completa para tres que uno se pueda imaginar.

—Papá, esto os va a costar un pastizal y yo estoy sin blanca. Vaya regalito de hija que estoy hecha.

—El mejor de todos—me acariciaba la mejilla.

—Mamá, estoy pensando en que esta tarde podría ir a ver a Maddie, ¿crees que querrá hablar conmigo?

—¿Bromeas? Se volverá loca de alegría.

—¿Tú crees? No volví a hablar más con ella.

—Lo sé todo. No ha dejado de visitarnos en estos años.

—¿Maddie os visita? Qué linda.

—Sí y su hija Lisa también lo es, ¿sabes que tu padre y yo somos tus padrinos? Lo hizo por contentarnos un poco.

—¿Maddie tiene una hija? ¡¡No!! —me llevé las manos a la boca. No me lo esperaba.

—Una niña preciosa con dos añitos. Es como nuestra nieta postiza.

—Pero si es muy joven…

—Sí, dos añitos tiene, ¿estás sorda?

—Siempre con tu sentido del humor, mamá. Lo he echado mucho de menos.

—Pues sí, hija, Maddie es joven, pero conoció a un chico y…

—¿Está emparejada? Tampoco lo esperaba. Claro, que a mí no me hayan ido bien las cosas no quiere decir que ella no esté feliz como una perdiz con un chico.

—No, qué va…

—No me digas. También dio con un bala perdida y encima este le hizo un bombo antes de largarse por patas, ¿no?

—No, no… Cameron es un buen chico y las quiere. Las cosas no fueron bien entre ellos, pero quedaron genial y se ocupan del cuidado de la niña en conjunto.

—¿Quedaron bien? ¿Se puede? Yo he salido tarifando con todos…

—No todos los hombres son iguales. Tampoco nos has dado muchos detalles de cómo es este último que conociste, Ethan.

—Si no os importa, es que prefiero no hablar de él. Quiero hacer con mi vida como con mi pelo, darle un buen cambio.

—Está bien, hija, como quieras. Se me ocurre algo.

—Dime.

—¿Por qué no le pido a Maddie que venga esta tarde a merendar con la niña? Lo hacemos a veces, no sospechará. Y así después me puedo quedar con ella y vosotras salir a tomar algo si os apetece.

—¿Salir a tomar algo con una amiga? ¿He muerto y he resucitado? Hace mil que no lo hago.

—Has vuelto a la vida, eso es verdad.

—Pues va a ser que sí. Por mí perfecto, ojalá también le apetezca.

Lo que mi madre ignoraba era que el interior sí lo tenía muerto, ese no iba a resucitar tan fácilmente. O quizás lo intuyera y organizaba todo lo que estaba en su mano para alegrarme.

Maddie llegó a media tarde con su pequeña en brazos. Mis padres salieron a recibirlas y él tomó a la cría.

—Qué alegría que me llamarais, sabéis que la niña siempre se vuelve loca cuando le digo de veros.

—Y nosotros también. Pero, además, hoy tenemos un motivo más de celebración.

—¿Y cuál es? ¿Se jubila Buster?

—No, no…

En ese momento salí del pasillo y me vio. Mi amiga, que siempre fui muy sentida, se me quedó mirando y me habló.

—Te merecerías dos buenas bofetadas, pero en lugar de eso te voy a dar un millón de achuchones—me abrazó con todas sus ganas comenzando a llorar mientras, muy nerviosa, movía los pies sin poder parar.

—Lo siento, lo siento…

—Va, va. No es hora de eso, ¡¡has vuelto!!

—Sí, he vuelto a mi casa, con mi gente.

—Pues ahora hay alguien más entre tu gente. Ella es Lisa, mi hija—me la señaló con mucha ternura. Me costaba asimilar que aquella cabra loca fuese madre y encima de una cosita tan tierna y bonita.

—Ya me habían hablado de ella. Ven conmigo, chiquitina—le eché los brazos con la suerte de que fue receptiva. Sentí emociones muy contradictorias en ese momento. Me encontré con que Maddie era madre justo cuando yo había dejado de serlo.

—No te flipes tanto, que esta se va con cualquiera. A la vista está—me dijo al notarme tan emocionada.

—Es preciosa, de verdad.

—Normal, ¿tú has visto la madre que tiene? A quién va a salir la niña. Por mí genial, así tendré otra niñera gratis, que me debes unas cuantas.

—Ya te digo que sí, cuando quieras.

—Mira, la tita Julia está encantada contigo, mi amor. Ahora le dices que se tire a jugar al suelo, que a mí me tienes la zona del lumbago que no me la siento ya.

—Yo le iba a hacer el caballito—miré y mi padre estaba en el suelo.

—¡¡Papá!!

—Es que no sabes cómo son con su nieta postiza, me la tienen consentida del todo. Y claro, luego llego a casa con ella y no hay quien la aguante. Cualquier día os la traigo con un lacito y os la dejo aquí, para vosotros enterita.

Mi padre la subió a caballito y a mí me asomaba la sonrisa boba a la cara. Nunca le había visto así desde que yo era pequeña y me trajo los mejores de los recuerdos.

Mientras que él le daba juego a la niña, las chicas nos sentamos a merendar. Mi madre había preparado un bizcocho y unos zumos naturales que le quedaban riquísimos y de los que nos fue sirviendo mientras ambas charlábamos por los codos.

Vista la escena desde fuera, bien podría parecer que los años no habían pasado. Luego miraba a la alfombra y veía a mi padre con la hija de mi amiga y comprobaba que la vida no era la misma, que los años habían pasado y que lo único que perduraba intacto era el cariño entre todos nosotros.

Capítulo 58



—Ya os podéis ir, que este tesoro duerme aquí hoy con sus padrinos—nos comentó mi madre para que las dos nos largásemos.

—A un rato libre por la noche no le pienso decir que no, desde luego, ¿nos vamos? —me cogió por el brazo mi amiga, a quien solo le faltaba brincar de alegría.

Hacía tanto que no sentía algo así… Esa libertad que te da el poder contarle las cosas a una amiga que sabes que no te va a juzgar tras una etapa en la que encima le has fallado estrepitosamente.

—Dices que no, pero te tengo que pedir perdón. No quise hablar contigo más por si venías de parte de mis padres.

—Ya lo sé, chalada. Y no insistas o al final cobrarás, ¿cómo te ha tratado la vida?

—Como el culo… Como me merecía en realidad.

—Déjate de tonterías, que siempre fuiste muy buena niña. Un poco tonta, pero muy buena.

—Ese fue el problema, ¿sabes lo que me dijo Jackson antes de irse con la que era mi mejor amiga allí? Que espabilara.

—Qué cabronazo. Y tú menos mal que has especificado que era tu mejor amiga "allí" porque si no, te llevas el guantazo.

—No te enceles, que ni siquiera fue mi amiga nunca. Lo dejó claro.

—Pues es verdad, andando me voy yo con un novio tuyo por mucho que me gustase.

—Para lo que te ibas a llevar…

—¿Y el rico qué? Me contaste antes por encima.

—Una decepción total. Creí que su madre era su hermana, por lo que me contó igual que al

resto de los que vivían allí, y resulta que me enteré de la verdad por boca de Clara, la cocinera suplente, porque cuando Amelia estaba en el rancho en la cocina no entraba ni Dios. Eso sí, adoraba a la ex de Ethan y estaba en complot con ella a espaldas de él. Y eso que la cabrona de Lara abandonó a Kiara cuando nació.

—Otro capullo, pero ese de culebrón venezolano. Una especie más original.

—Nunca debí dejarme engatusar. Si en pocos días ya estaba viviendo con él. Todo era como un cuento mágico de Navidad hasta que la magia se esfumó y lo que comenzó a aparecer fue mierda a punta de pala.

—Se emocionaría y luego no supo enfrentarse a su madre. Pues ya le vale con tanto dinero como tiene y tanto poder. Bien podía tener más huevos también.

—Pues sí. Por medio me llevó a Nueva York, eso sí, en avión privado y todo. Cuando se me pase el cabreo te contaré.

—Bueno, pues eso que te llevaste por delante. Yo apenas he salido de aquí.

— ¿Y el padre de tu hija qué?

—Cameron sí tiene huevos y bien puestos. Justo fue ese el problema, que con su carácter y con el mío no parábamos de chocar. Yo necesito alguien más templado, que me aguante sin exaltarse. A él le sacaba de sus casillas y pensamos que la niña crecería en un ambiente más sano si nos separábamos. Fue lo mejor.

—Claro…

—Pero que se hace mucho el cargo de la cría, ¿eh? Lo que pasa es que es militar y por eso la tengo más tiempo. Ese era otro problema, que pasaba poco tiempo en casa y me veía muy sola con Lisa. Al próximo lo busco con un trabajo más tranquilito.

—¿Te quedan ganas de buscar un próximo?

—Por supuesto. Y hasta de casarme. Que todavía no me he casado. Ese sueño no me lo quita nadie. Aparte de que no quiero dejar a Lisa como hija única, que es muy triste.

—Tú y yo lo somos y nunca nos causó un trauma.

—Porque crecimos como hermanas, capulla, por eso—me dio un beso.

—Oye, ¿conoces a esos chicos? —le pregunté por unos que nos miraban mucho.

—No los conozco de nada, pero los voy a conocer enseguida, que no te quepa duda. Y tú también.

—Que no, que no, que yo paso…

Tiró de mi mano y no tuve más remedio que seguirla.

—Hola, me llamo Maddie y ella es Julia. Como nos estáis mirando y no dais el paso, pues hemos venido a poneros las cosas fáciles. Yo soy más de ginebra y ella de ron, ¿necesitáis alguna información más u os basta para invitarnos a una copa?

Maddie siempre fue así, no sé de qué me asombraba. Y el paso de los años lo único que hizo fue que se desinhibiera más aún. Los chicos, que eran monísimos, nos miraron asombrados.

—Vale, yo soy Fred y él Oliver.

—De acuerdo, Fred, me voy contigo a por las copas y a estos dos, que tienen más pinta de paraditos, los dejamos aquí, a ver si se aclaran.

La miré queriéndola matar. No había salido a ligar y allí estaba, delante de un chaval que estaba que crujía, pero que no me interesaba en lo más mínimo.

—Bueno, Julia, ¿eres de aquí? Nunca te había visto por este pub.

—Ni tú ni nadie. He estado fuera una larga temporada—murmuré.

—Lo dices como si hubieses estado en la cárcel…

Vi el cielo abierto en ese momento para que me dejara en paz y no lo negué.

—Quién sabe…

—No jodas… ¿Qué hiciste?

—Un problema con un chico. Cuando me agobio, corto por lo sano.

—Cortas, ¿por dónde?

—Por donde sea, tipo Jack “El Destripador”, voy por partes.

Se lo decía y a él los ojos se le salieron de las cuencas cuando llegaron los otros dos.

—Oliver, tío, que creo que me vuelvo para casa. Necesito ir al baño.

—Pues aquí hay uno, ¿qué dices? Si te estás meando, ya sabes.

—No es eso—le hizo un gesto.

Maddie me miró porque sabía de mi humor negro en determinados casos y se lo olió.

—¿Qué te ha dicho mi amiga?

—Nada, nada, si ella es muy discreta.

—Mira que huelo el miedo como los perros—olisqueó delante de él— y tú estás cagado.

—No, pero casi. Me ha contado que ha estado en la cárcel.

—¿Y le vas a hacer caso? Su único problema es que está loca.

—Pues mejor me lo pones.

Me siguió el rollo a partir de ese momento porque era muy veleta y le divirtió.

—Yo también lo estoy un poco, pero poco. El cerebro de la operación ha sido ella.

—¿De qué operación?

—De la de la fuga del centro de salud mental.

Fred miró a su amigo acojonado igualmente.

—Oye, pues me he acordado de que también me tengo que largar. Ya si eso, te acerco a tu casa y listo.

—Va a ser lo mejor.

Los dos salieron corriendo y nuestras risas se oyeron en todo el local.

—Somos las mejores. Les hemos sacado un par de copas y casi me meo de la risa, pero hemos perdido dos polvos seguros.

—Yo es que para polvos no estoy ahora.

Capítulo 59



Un par de días después, la esperaba con mi Mini a la salida del centro dental donde trabajaba.

Ella siempre soñó con montar su propia clínica dental, pero como tampoco era un hacha en los estudios, se terminó haciendo higienista.

—Mi jefe me acaba de contar que se ha separado—me comentó.

—Uno más para la lista. ¿Hay una epidemia?

—No, Lucas no va a estar demasiado tiempo en el mercado. Se lo van a rifar y yo la primera.

—¿Te gusta tu jefe? Ten cuidado, que si te sale mal puede ser luego un problema.

—Pero es que no me va a salir mal. A mí me gusta desde el mismo día que lo conocí y pensé que era como un dios en la Tierra porque más bueno no se puede estar.

—Lo mismo que pensé de Ethan.

—Ya, con la diferencia de que Lucas no aporta una niña, aquí la aporto yo. Él, si quiere, que me haga otro bombo.

—¿Estás loca? No pienses eso ni en broma.

—En serio, que es un tío serio. A ver, no serio de que parezca que tiene el culo escocido, me refiero a que es muy responsable y eso. Pero luego me lo paso genial con él, es muy divertido.

—¿Y todo eso dónde pasa?

—En el trabajo, así que imagínate cuando le pida que me invite a cenar.

—No puedes hacer eso.

—¿Y por qué no? ¿Para qué tengo la boca? Bueno, te iba a responder que también para otras muchas cositas, pero que ya me entiendes.

—Me gustaría ser tan atrevida como tú.

—¿Y qué te lo impide?

—Pues mi carácter, que soy como un imán para los palos.

—Esa tontuna te la vas a quitar de la cabeza, pero que ya. Tú tienes que coger el timón de tu propia vida, navegar hacia donde te salga del higo por mucho que sople el viento en contra…

—Muy literario todo, aunque lo del higo no pegaba ahí en medio ni con cola.

—Lo del higo es una manera de reivindicar que no tenemos que esperar a que ellos den pasos, ¿me oyes?

—Ya te digo que sí, porque cada vez me hablas más fuerte con la emoción y me vas a dejar sorda.

—Venga, que te voy a invitar a almorzar y te vas a poner ciega.

—Pues sorda y ciega no sé cómo me las voy a apañar, aunque para el ojito que tengo— suspiré.

Durante el almuerzo le estuve contando. Mi amiga contaba con un par de horas libres y decidí explayarme.

—Tengo que hacer algo para llenar las horas.

—Si quieres, te doy la mitad de las horas de mi trabajo. Eso sí, el sueldo para mí enterito, que la niña genera muchos gastos y la madre también. Tengo que estar estupenda para ponerme en el mercado.

—Y lo estás, si no te falta un detalle. Quién diría que eres madre soltera y trabajadora. Mira qué uñas.

—Perfectas, ¿a que sí? Ni la Kim Kardashiam las lleva iguales. Si es que tengo un arte…

—Casi igual que yo, que me noto como encajonada, no sé para dónde tirar. Eso sí, las uñas también las llevo ideales.

—Chica, pues estudia o trabaja, lo que te salga del… Voy a decir del kiwi, a ver si eso le suena mejor a tus delicados oídos.

—En realidad, me gustaría ser psicóloga. Nunca se me dio bien estudiar, pero igual ahora…

—Julia, que quien quiere, puede. Te lo digo yo.

—Es verdad. Igual se lo propongo a mis padres.

—Sabes que van a pagar lo que sea para que lo hagas.

—Tampoco les quiero ocasionar gastos. Mientras me buscaré un trabajo.

—También son ganas de complicarte. Si me viera como tú, me ponía a estudiar tranquilita, sin búscame más problemas.

—Es que les debo mucho a mis padres.

—Y la cuenta está saldada para ellos desde el punto y hora que has vuelto a casa. Si parece que han rejuvenecido un montón de años. Por cierto, esta tarde, cuando salga, cojo a la niña y me voy para allá.

—¿Y qué haremos?

—Se la dejaremos a tu padre, que Cameron está fuera y los míos de viaje, y nos vamos al cine las tres, nos llevamos a tu madre.

—¿Cuál ponen?

—"Gladiator 2" y ya estoy puesta solo de pensarlo. Esos tíos, con los cuerpos sudorosos, dándose de palos…

—Es que no sé si tengo muchas ganas de ir. Sabes que actúo mucho delante de ellos, pero ganas no tengo de nada.

—Al final, los palos los reparto yo.

Maddie me estaba haciendo mucho bien en los primeros días. Siempre lo hizo y así seguía siendo.

Había recuperado parte de mi vida, de la que siempre fue, pero pagué muy caras las lecciones. Sobre todo, la última. Cada paso que daba me recordaba demasiado a Ethan y a Kiara. Creía verles en cualquier escena cotidiana de cada familia que me cruzaba.

Cuando ves a otras mujeres felices con sus parejas te alegras por ellas, pero te preguntas por qué no tienes la misma suerte y hasta te culpas por ello. A mí me pasaba. A Maddie no. Ella tenía muy claro que iba a encontrar pareja pronto y si era su jefe, mucho mejor.

A Maddie la vida no la había maltratado tanto como a mí y su separación había sido mucho menos traumática que las mías. Consideraba que llevaba dos a mis espaldas; una de mi relación de varios años con Jackson y otra de mi relación con el que hubiera podido ser el hombre de mi vida: con Ethan.

Su lejanía me dolía y daría cualquier cosa porque nada de lo que llegó a mis oídos hubiera sido cierto. Pero lo fue y nadie podía cambiarlo ya. Me sentía muy desgraciada y maldecía el momento en el que le conocí, porque me había ilusionado muchísimo y para nada. Yo llegué a pensar que un día sería la mujer de Ethan Astor sin sospechar que no era el hombre que yo creía, sino una marioneta en manos de una mujer que no me tragaba.

Capítulo 60



Unos días más tarde, en sábado, resultó que Maddie había quedado para cenar con Lucas, su jefe. Por supuesto que mi amiga se lo había pedido y que se salió con la suya porque, debido a su reciente separación, él vaciló durante unos segundos, los mismo que ella tardó en convencerle.

—Ya puede darse por cazado—afirmó con sonrisa maliciosa mientras se tomaba un café con mi madre y conmigo por la tarde, ya que nos ofrecimos a quedarnos con Lisa y vino a traerla.

Al rato, y aprovechando que aún había algo de luz, salía con mi madre y con la niña de casa para llevarla al parque. Ella se entretuvo un momento saludando a una vecina y entonces escuché aquellas palabras tan significativas detrás de mí.

—Te queda preciosa, ojalá fuera nuestra.

Me volví y sí, no me había equivocado en mi percepción. Era Ethan quien las pronunció y las piernas me temblaron como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol en cada una y no fueran capaces de sostenerme.

Mi madre, quien se acercó a mí en ese momento, no necesitó de presentaciones para entender que se trataba de Ethan.

—Vámonos, mamá—le dije de inmediato.

—Buenas tardes, señora—se dirigió primero a ella— y perdone la intromisión. Soy Ethan Astor y lo único que vengo a pedirle a su hija son unos minutos de su tiempo.

Con sus formas tan educadas y caballerosas, vi que se la metió en el bolsillo en un momento. Mi madre no era consciente de hasta qué punto me hizo daño Ethan, puesto que no les conté ni a ella ni a mi padre más que por encima. Y claro, al ver que no se parecía ni en el blanco de los ojos a Jackson, como que respiró más tranquila.

—Hija, yo no sé, pero creo que deberías escucharle—opinó.

—Por favor. Si no te convence lo que he venido a decirte, me marcharé por donde he venido. Tenías razón en que Amelia estaba en contacto con Lara—me anunció de antemano para que

accediese.

—Está bien, solo unos minutos. Mamá, enseguida te doy alcance. Nos vemos en el parque—le comenté mientras le entregaba a la cría.

—Hija, y si no me lo das es igual, ya nos vemos luego en casa—me guiñó ella el ojo y le miró a él suplicante, como pidiéndole por favor que me convenciese.

—¿Dónde podemos hablar? —me preguntó una vez a solas—¿Te parece si vamos a una cafetería?

—Está bien, pero solo porque la tarde está fría.

Nos sentamos en ella y se encargó de pedir. A continuación, me habló.

—Verás, Julia, Amelia no ha estado en condiciones de hablar hasta ayer. Su crisis nerviosa no ha tenido precedentes, ha sido la más fuerte que ha sufrido hasta la fecha. Traigo el informe de su psiquiatra que lo acredita—lo puso encima de la mesa.

—Vale, lo creo. En realidad tiene sentido, porque lo que ha hecho ha sido muy gordo y se ha visto descubierta.

—No tanto, no creas….

—Te mintió, te dijo que no era cierto que estaba en contacto con ella cuando las vieron juntas y yo las oí hablar por teléfono.

—Fue Clara quien las vio juntas, ¿no es así? —me preguntó del tirón y me pilló con la guardia baja.

—No sé de lo que me hablas.

—Ahora eres tú quien miente, pero no te juzgo. Se ha ganado tu confianza con malas artes.

—¿Con malas artes Clara? Santa Teresa de Calcuta es esa mujer al lado de tu madre.

—Cuán equivocada estás, mi vida.

—Cuidadito con llamarme así, que me levanto de la mesa y el pelo no me lo ves más.

—De acuerdo, perdona. Es que te tengo aquí, delante de mí, y me cuesta pensar que no sigamos siendo pareja.

—Ni lo seremos porque con las mentiras no puedo y, por lo que veo, la vida de los Astor está repleta de ellas.

—Más bien de un secreto del que no pude hablarte antes, pero no quiero perder el hilo de la conversación, por favor. Luego llegaremos a esa parte.

—Más te vale porque solo tienes unos minutos—le recordé.

—Está bien. Pues te cuento que en esta ocasión a mi madre tuvieron que sedarla y que nunca había sucedido. Resultó que su móvil no paraba de sonar y que en la pantalla siempre aparecía el nombre de Lara, así hasta que se le acabó la batería. Una de las enfermeras me lo comentó anteayer cuando le retiraron la sedación y me quedé muy loco. Entonces, ayer Amelia sospechó que te habías marchado y se echó a morir. Nunca la había visto tan disgustada, ni siquiera cuando se marchó Lara.

—Tan culpable, querrás decir—carraspeé.

—No, tan disgustada, porque si negó estar en contacto con Lara no fue porque estuviese en complot con ella, sino porque mi ex la estaba chantajeando. Y por eso no me lo quiso admitir cuando me lo contaste. Prefirió que no nos enterásemos, decir que te habías equivocado y ya. Ella pretendía vender unos terrenos que le cedí a la muerte de mi padre y de la que se suponía que era mi madre biológica, y por eso le pedía paciencia a la otra, porque no tenía liquidez para pagarle lo que le pedía. Ahora ya sabes que Amelia no es mi hermana y que, por ende, tampoco es una rica heredera.

—¿Y cómo sabes que Lara la chantajeaba? ¿Y si se lo está sacando de la manga?

—Para que no me quedase duda, la llamó delante de mí. La otra blasfemó, la llamó vieja estúpida, le preguntó que dónde había estado y le juró que, o le daba una alta cantidad de dinero ese mismo día, o me jodía pidiendo derechos de visita sobre Kiara y demás. Con el debido arrepentimiento fingido delante de un juez, lograría algo. Y añadió también que cuando la tuviera a su lado la machacaría mentalmente, que nos haría daño a través de la niña, que nos jodería vivos.

—Hija de puta, sin tener en cuenta que el principal daño se lo haría a su hija.

—Lara no es madre. Ella dio a luz, pero evidentemente eso no le concedió el título de madre. La madre de Kiara eres tú, si es que sigues queriendo serlo—me acarició la mano por encima de la mesa.

—No tan rápido, ¿y qué pasó entonces?

—Que yo estaba grabando la llamada y que se lo conté de inmediato, cogiendo el teléfono de Amelia. Se quedó fría al escucharme. Estaba chantajeando a mi madre por considerarla el eslabón más débil de la cadena. Se había enterado de que yo tenía pareja, de que estabas viviendo en el rancho, algún conocido común se lo comentó, aunque vive lejos. Y entonces fue a buscar a mi madre el día del campeonato.

—Cielo santo, qué horror de mujer.

—No lo sabes bien. La estaba poniendo en la punta de la picota. Amelia ya te quería de verdad y hubiera hecho cualquier cosa, hasta vender su alma al diablo de haber podido, para salvar nuestra relación y para que Lara no nos hiciera nada malo. También pensó que, si nos enterábamos, nos alteraríamos muchísimo y, si no era de una manera sería de otra, nos terminaría por afectar y tendríamos problemas.

—Así que su cariño era sincero.

—Tanto que por poco le da algo malo de verdad.

—¿Y dónde queda Clara en todo esto entonces?

—Clara odia a mi madre porque hace años hubo un mayordomo en la casa del que se enamoró perdidamente, me lo contó con los ojos inyectados en sangre cuando la abordé en la cocina y la acusé. De pronto até cabos y entendí que solo ella podía estar detrás de todo esto, ser ese "pajarito" que estaba cantando más de la cuenta. Me contestó con la cara desencajada, diciendo que ella amó a ese hombre, el cual se fijó en mi madre. Y añadió que él se despidió del rancho al no ser correspondido su amor por Amelia. Y que la hubiera matado entonces.

—Fue el hombre que le partió el corazón a Clara, no sabía que Amelia tuviera nada que ver.

—Y no lo tuvo, mi madre solo estuvo enamorada una vez y fue de mi padre.

—Maldita Clara. Así que me la jugó por venganza…

—Quería ver sufrir a Amelia, que la odiaras, que se tuviera que marchar del rancho incluso por sus supuestos pecados que no eran tales porque solo aspiraba a protegernos.

—Y Amelia supongo que ya había sufrido bastante en la vida.

—No te lo imaginas. Se enamoró como una loca de mi padre cuando este estaba comprometido en segundas nupcias con una mujer de su mismo estatus. Era la cocinera de la casa, trabajaba por aquel entonces ya para mis abuelos, era jovencísima y preciosa.

—Y le dieron la patada al saberse que estaba embarazada, ¿no es así?

—Así es. Mi padre ya había estado casado por aquel entonces y no tuvo hijos de su primer matrimonio.

—Entonces le llevaría muchos años a Amelia.

—Eso es. Quiso "comprarle" al niño por así decirlo porque le contó lo del embarazo a su nueva prometida.

—La que luego figuró como tu madre.

—Correcto. Ella también tenía una cierta edad y no estaba segura de poder tener hijos ya. Amelia no quiso "venderme" por ninguna cantidad y le ofrecieron un trato: se trasladarían de ciudad, comprarían el rancho y a ella la harían pasar por su hija mayor. Solo tenía 16 años, así que colaría.

—¿Tu padre la sedujo con 16 años?

—Así es.

—Es de locos…

—Lo es, sobre todo lo que ha sufrido en la vida.

—Por eso decías deberle tanto.

—Pues sí. El trato era que nadie, jamás, podría saber que ella era mi madre. Para todos, tendrían dos hijos: una adolescente, Amelia y un bebé recién nacido, que era yo.

—¿Y cómo te enteraste de la verdad? ¿Te la contó ella?

—No, sufrió lo indecible, pero Amelia tiene palabra. Desde niño noté una conexión espectacular entre ella y yo. Era la cocinera de la casa, pero cuando me miraba… Se derretía. Un día, de adolescente, caí enfermo y apuntaron a la posibilidad (que por suerte fue errónea) de que se tratase de una dolencia grave y hereditaria. Yo deliraba entre fiebres y llegó un momento en el que me creyeron inconsciente, pero no lo estaba. Escuché cómo mi padre la interrogaba sobre sus familiares y entonces lo supe.

—¿Y lo hablaste con ella?

—Sí, no pudo negarlo. Pero me pidió casi de rodillas que no dijese nada, por el bien de los dos, nunca. No quería que todo estallase y prefirió que, a los ojos de los demás, quedase como estaba. Pensaba que otra cosa resultaría un escándalo y que me perjudicaría.

—¿Y qué pasó a la muerte de tus padres?

—Que no cambió de opinión, aunque siempre me trató como a su hijo, desde que vine al mundo. Decía que era lo único que le importaba, que con eso se conformaba. Siempre se conformó con muy poco.

—¿Ni siquiera Lara lo supo?

—Ni siquiera ella. Aquel día, de adolescente, me hizo jurar por la memoria de nuestros antepasados que jamás se lo contaría a nadie. Y no pude faltar a mi promesa porque también tengo palabra. Ni siquiera te lo pude contar a ti, que eres y siempre serás la mujer de mi vida, me

vuelvas a aceptar o no—pronunció emocionado.

—Así que Lara la chantajeaba y Clara movió los hilos para terminar de liarlo todo. Las dos son de la misma calaña, por eso se llaman casi igual.

—Es cierto.

—Y pensar que le dejé las joyas que me regalaste.

—Eso es lo de menos. Te compraré todas las que desees.

—No necesito joyas, ahora veo que mis joyas sois Kiara y tú.

—Y yo muero de amor escuchándote, pero quiero que tengas todo lo que pueda darte.

—Ya me das mucho, ya me das mucho—me eché a llorar.

—Estate tranquila porque nadie nos volverá a hacer daño jamás. A Lara le dejé bien claro que la denunciaría si volvía a aparecer alguna vez. Tengo las pruebas de que se valió de la vulnerabilidad de una persona enferma para chantajearla.

—Maldita sea. ¿Y cómo está Amelia ahora?

—Deseando verte, mi amor, deseando verte—me cogió fuerte por las manos. Por cierto, estás aún más bella, ¿qué te has hecho en el pelo?

Capítulo 61



Nos levantamos de la mesa y nos dimos un gran beso. La gente se nos quedó mirando. De mis ojos se escapaban unas lagrimillas que él iba borrando con sus dedos.

—Da igual, son de alegría—le comentaba.

—Pues si son de alegría, llora todo lo que quieras.

—Te he extrañado, Ethan, te he extrañado mucho.

—Y yo a ti. Y también la niña, que no para de preguntar por su madre.

—Creerá que le he fallado, pero no podía quedarme allí dadas las circunstancias.

—No te juzga, le expliqué que tanto Amelia como yo sin querer te hicimos daño. Y me contestó que cuando se daña a las personas que se quiere, hay que repararlo.

—Anda que no sabe nada la mocosa.

—Ella lo ve todo de un modo muy simple. Piensa que la vida es así y resulta que tiene razón.

—Pues sí. Ahora sí que tienes que prometerme que no habrá más secretos ni mentiras entre ambos.

—Antes me haría el harakiri.

—No me seas dramático, que te necesito enterito.

Llegamos de la mano al parque y mi madre se acercó a nosotros con la pequeñita en brazos.

—Así que eres el hombre que tiene enamorada a mi hija. Bienvenido a la familia.

—Es el del rancho que te conté, mamá.

—Ya lo sé, creo que me va a durar muy poco la alegría de tenerte en casa, hija.

—Mamá, yo…

—Calla, calla, que no me has dejado terminar porque te iba a decir que la vas a sustituir por la alegría de verte feliz y enamorada, viviendo al lado del hombre al que amas.

—Y estaremos en contacto todo el tiempo. Y vendremos mucho a veros.

—Y también vosotros al rancho, por favor, Mia—añadió él.

—Mira, esta cosita tan bonita es Lisa, la hija de mi mejor amiga Maddie.

—Me hablaste de Maddie, ¿tiene una hija?

—Sí, tiene una hija y esta noche también una cita, así que nos quedamos con la peque.

—Está empezando a refrescar más y estoy segura de que a tu padre le encantará conocer a Ethan, ¿nos vamos a casa?

—Vámonos a casa, mamá.

Allí hicimos las presentaciones. Mi padre alucinó bastante, igual que ella, cuando les contamos toda la historia durante la cena. Era ciertamente rocambolesca y ambos se quedaron ojipláticos.

—Lo único que te pido, Ethan, es que trates a mi hija igual de bien que lo haríamos en casa. Y tengo la garantía de que lo harás porque si algo has demostrado es ser un hombre de palabra—le abrazó mi padre tras la cena.

Nos acostamos después en el que era mi dormitorio y él se reía, al tratarse de una cama simple.

—Es esto o que duermas en el sofá, porque de mi cama no me sacas—me burlé.

—¿Y perderme la posibilidad de estar tan cerquita de ti? Ni muerto, ¿me oyes?

—No, no, deja, que tú vendes vida.´

—Y más que voy a vender. Me cargas las pilas, Julia.

—¿Yo? Más te vale traerlas cargadas de casa porque esta noche las vas a necesitar.

Lo hicimos con verdadera pasión, con tanta como silencio, cómplices y entre mis sábanas.

Nos marcharíamos al día siguiente, porque tanto Kiara como Amelia nos esperaban con los brazos abiertos y no queríamos hacerlas esperar.

A la hora del desayuno llegó Maddie, así que me levanté a abrirle la puerta.

—Niña, que sepas que con Lucas me caso o me caso—me saludó dándome un beso—. Y no te preocupes, que ya te buscaremos a ti alguien que…

Lo iba diciendo camino del salón cuando se topó con Ethan en la mesa.

—Esto se avisa—murmuró entre dientes porque enseguida entendió de quién se trataba.

—Creo que me he adelantado a tus planes. Soy Ethan, Maddie—se levantó de inmediato a saludarla.

—Así que también me conoces. En realidad es normal porque soy única—le sonrió ella.

—Para tu amiga Julia, desde luego que sí.

—Y para el resto también—nos soltó una de las suyas.

Tras el desayuno, me ayudó a recoger mis cosas. Me refiero a mi madre, mientras que Ethan hablaba en el salón con mi padre. Maddie ya se había marchado con Lisa.

—No te las lleves todas, ¿no? Me encantará saber que parte de tus cosas estarán aquí cuando vengas a visitarnos.

—Mamá, no temas, que te pienso llamar todos los días y más de una vez. Además, que no tiene nada que ver con lo de la otra vez, nos vamos a ver mucho.

—No hace falta que me lo jures, cariño, porque esta vez te marchas con un hombre que, además, te quiere con todo su corazón. Solo hace falta ver cómo te mira para saberlo.

—Ahora sé lo que es amar, mamá. Tampoco quise nunca como le quiero a él.

—Y soy la más feliz del mundo sabiéndolo. Venga, no le hagas esperar, que tenéis por delante unas horas de camino.

—Mamá, he pensado que el coche sí que me lo llevo, ¿te parece? Quiero tenerlo cerca, me recuerda una parte tan, tan bonita y generosa de vosotros…

—Ok, pues entonces hacemos una cosa. Vete hoy con Ethan en el suyo y dentro de unos días te lo llevamos tu padre y yo. Así conocemos el rancho.

—¡¡Eres la mejor!!

Capítulo 62



Llegamos al rancho primero porque Kiara nos esperaba tan nerviosa que salió a recibirnos a la puerta dando brincos.

—Por fin has vuelto, mamá, ¿cómo se te ocurre tardar tanto? —me preguntó sin parar de saltar.

—Cariño, que la vas a marear—le hizo ver su padre.

—Mira quién va a hablar de marearla, que un poco más y nos quedamos sin ella. No me hagas hablar, no me hagas hablar.

Era la misma. Kiara lo era y ojalá que esa pequeña campeona que se había ganado a pulso mi corazón no dejara de serlo nunca. Después de volver de casa de mis padres, después de que me acogieran con los brazos abiertos y con el corazón lleno de amor, veía de nuevo la maternidad de un modo distinto, con más grandeza, con más ilusión, con más ganas aún.

Kiara hablaba sin parar ni un solo segundo, me preguntaba por el lugar en el que había estado y por lo que había hecho. Cuando le conté que mis padres serían sus abuelos y que estaban deseando conocerla, casi llega de un salto al techo.

—¡¡Por fin voy a tener abuelos!! ¡¡Yupiiii!!

—Bueno, cariño, en realidad tú ya tenías una abuela, aunque no lo supieras—le comentó su padre en ese momento.

Lo habíamos hablado por el camino. La figura de Amelia y cómo se había comportado siempre con su hijo bien se merecía que se le hiciera justicia y que se le diera de una vez en esa familia el lugar que le correspondía.

—¿Cómo una abuela? Papá, ¿es que te ha picado una avispa rara por el camino o te has zampado media docena de setas alucinógenas?

—Ni lo uno ni lo otro, mi amor. Es hora de que conozcas la verdad.

—¿De qué verdad me hablas?

—De que quien conoces como tía Amelia es en realidad la persona que me dio a luz. La mujer que siempre nos ha cuidado es mi madre y tu abuela.

—¿La tía Amelia es mi abuela?

—Sí, hija.

—¿Y cómo no me lo habías contado antes? Menos mal que siempre me dices que no debo tener secretos con vosotros.

—Tu padre tenía un motivo de peso, cariño, te lo vamos a contar.

Al terminar de hablar con ella, decidimos ir a ver a Amelia. La niña lo había encajado perfectamente. No le comentamos nada de Lara ni de su chantaje. Ethan tenía muy claro que la había asustado de una vez y para siempre y no deseábamos trastocar su mundo de niña con una historia así de truculenta.

Mi huida del rancho quedó para ella como en un desencuentro entre su padre y yo. Uno que ya estaba resuelto.

—Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre—sentenció cuando terminamos de contarle.

—Hija, que aquí Dios todavía no ha unido nada—le recordó su padre.

—Da igual, da igual, que no lo separe, por favor—suplicó con sus manitas unidas.

—No lo hará, pequeña—la abracé.

Llegamos solos a ver a Amelia, Ethan y yo. Aún seguía ingresada y le quedaban unos días por delante, pero ya estaba mejor.

—Tu vuelta es la mejor de las medicinas, mi niña—me dijo besándome las manos.

—Soy yo quien debería besártelas a ti por todo lo que has hecho en la vida.

—Una vida entregada a mi hijo, una vida muy triste en cierto modo, pero que me permitió permanecer a su lado, que era lo que me importaba. Tan solo me marché del rancho cuando se casó con Lara, para que tuvieran privacidad.

—Pues yo no quiero que te marches, ¿me oyes? Eres la mejor cocinera del mundo y ya sabes que a mí la cocina no me tira demasiado. Además, que ahora quiero estudiar.

—¿Vas a estudiar, Julia?

—Sí, quiero ser psicóloga para ayudar a las personas que sufren.

—Es que los sufrimientos que vienen de la cabeza son los peores. Lo sé muy bien. Enfermé de los nervios.

—Eso fue en una vida en la que te tocó pasarlo muy mal. Ahora te viene otra nueva, ¿me oyes? Y en esa mantendremos tus nervios a raya, ¿estamos?

—Cualquiera te dice que no. Y hasta ahora la del genio era yo, hijo, pues no veas con tu mujer —le sonrió.

Me encantó que me llamara su mujer. Así me consideraba. Hay cosas que no requieren de papeles para sentirse y esa era una de ellas.

Amelia nos prometió que haría por ponerse buena enseguida y, una vez más, cumplió con su palabra. Unos días después fuimos a recogerla con Kiara, quien se acercó a besarla.

—Abuela Amelia, ¿ya estás bien? —le preguntó y se le cayó la baba.

—Mamá, me diste permiso para contárselo a Julia y no tenía ningún sentido que tu nieta no lo supiera igual.

—Es verdad. Esta niña es mi nieta, la hija de mi hijo, y quiero que se entere el mundo entero. Os amo mucho a los dos y también a Julia.

—¿A que sí, abuela? Es la mejor incorporación que podíamos hacer a la familia. Por cierto, que quiero que te compres algo bonito de ropa y que vuelvas a la peluquería, porque compito de nuevo en unos días y la ocasión lo merece, ¿no es lo que dirías tú?

—Claro que lo merece, mi amor. Todo lo que venga de vosotros lo merece—le decía ella.

—Pues eso, que iremos junto con mamá de compras de chicas—le dio la mano.

Su padre y yo nos quedamos detrás. Representábamos tres generaciones con un denominador común: el amor que sentíamos los unos por los otros.

Ethan era el hombre de mi vida, indiscutiblemente, y yo la mujer de la suya. Y esa nueva vida empezaba allí y en ese momento, con todo aclarado y con las piezas de un puzle que comenzó en Navidad, encajando todas ellas bajo la suave melodía de las notas del piano que Kiara y yo tocamos esa misma tarde, una vez más.

Capítulo 63



La vida comenzó de la mejor de las maneras en el rancho. Las semanas fueron pasando en una total felicidad hasta que llegó la primavera.

La más bonita de todas las noticias, aparte de que Kiara no paraba de ganar trofeos con sus compañeras, fue que la salud mental de Amelia mejoró a marchas forzadas.

Hablábamos mucho y mi suegra siempre decía que le daba mucha paz, que yo la había llevado al rancho. Y eso que nuestro día a día siempre estaba revolucionado con muchos planes y aderezado con una inmensa alegría y alboroto.

Por esa razón, insistió en quedarse de nuevo con la cría para que nosotros viajásemos solos a Italia durante una semana, en lo que sería una increíble escapada romántica. Kiara estuvo de acuerdo porque con ella hacíamos muchos planes y teníamos en mente otros viajes, así que volamos hasta allí Ethan y yo, en plan tortolitos.

Siempre quise visitar Italia. Ese viaje representaba para mí un sueño que Ethan compartía y del que habíamos hablado incluso antes de mi marcha a casa de mis padres, uno que vi cumplido en la mejor de las compañías y con una ilusión desbordante.

Nada más bajar del avión supe que Italia me iba a enamorar por su historia, por su cultura, por su gastronomía, por sus paisajes, por la hospitalidad de la gente, por su acento, por todo…

En esa primera ocasión que la visitamos, porque Ethan me prometió que habría muchas más, nos decantamos por la zona de Florencia y la Toscana, al ser una de las que más llamaban mi atención.

En primavera, con la felicidad que reinaba entre ambos, con el buen tiempo que tuvimos la suerte de pillar y con las ganas de disfrutar el uno del otro, sin duda que nos pareció el mejor lugar del mundo en el que vibrar con todo ello.

El entorno me pareció el mejor del mundo. En coche y descapotable, recorrimos cada uno de sus rincones, probamos cada una de sus delicias y nos perdimos en el laberinto de esas carreteras maravillosas que parecen no llevarte a ninguna parte porque, en el fondo, de allí no te quieres mover.

Los dos últimos días los pasamos en Florencia, un lugar que me inspiró tantas emociones que no dudé en comentarle.

—¿Tú sabes que aquí dejo un trocito de mi corazón?

—Por fortuna, lo tienes muy grande, preciosa mía. Aparte de que ya volveremos a recogerlo.

—¿También aquí? Pero en otros viajes supongo que optaremos por ver más lugares.

—Lo cual no significa que no volvamos aquí, ya que siempre hay que volver al sitio donde uno fue feliz. Y aquí lo estamos siendo, ¿verdad? —me preguntó.

—Y que lo digas…

—Aparte, que espero que te lleves un recuerdo imborrable.

—Me llevo no uno, sino un montón.

—Yo me refiero a uno más—murmuró en tono misterioso.

Estábamos cenando en una terraza incomparable, perteneciente a una villa que alquiló para ambos, situada en lo alto de una colina, a las afueras. Desde allí acabábamos de contemplar la puesta de sol, la cual nos ofreció una paleta de colores que quedó grabada en mi retina y para siempre, dada su belleza.

Ya había anochecido y nos alumbrábamos con unas románticas velas en la que iba a ser la última de nuestras cenas allí, llena de pasión y complicidad.

Al lado de mi plato había una preciosa rosa roja, una que desprendía un olor inconfundible, exquisito. Me la quedé mirando por un segundo, como si se tratase de una premonición.

—Cógela, por favor—me pidió—. Y mira entre sus pétalos.

Lo hice y entre sus bellos pétalos, firmes aún, encontré un precioso anillo que provocó que mis ojos se convirtieran en dos cataratas.

—Cásate conmigo, amor. Cásate ese día—me invitó a que mirase en su interior.

—¿El 11 de julio? Pero si ese es el día de mi cumpleaños.

—Por eso mismo. Deseo que cumplas años siendo mi esposa, ¿te hace ilusión?

—¿Que si me hace ilusión? ¡¡Me muero de ilusión!! —chillé y entonces el eco estuvo repitiéndolo mientras sus ojos imitaban a los míos y se llenaban igualmente de lágrimas.

Tras una cena que jamás olvidaremos ninguno de los dos, celebramos nuestro compromiso en

la cama, que era el lugar en el que lo terminábamos festejando todo.

Jamás olvidaremos tampoco la sincronía de nuestras miradas y esa pasión que derrochamos la noche en la que nos comprometimos oficialmente a que lo nuestro fuera para siempre.

En realidad estaba cantado. Lo estuvo desde el día en que los vi por primera vez en la pista de hielo. Ese fue el momento en el que mi vida dio el más radical y positivo de los giros, en el que la mala racha terminó para comenzar otra que me hizo sentir la mujer más afortunada del globo.

A nuestra vuelta, Kiara nos esperaba impaciente junto con su abuela Amelia, quien también nos recibió con la más emocionada de las sonrisas.

—¿Ya se lo has pedido, papá? —le preguntó y la miré asombrada.

—¿No me digas que ya lo sabías?

—Yo le di a papá la idea de la rosa, ¿te gustó, mamá? ¿Quién si no podría dársela?

—Así es mi nieta. Una descarada, pero es que encima hay que darle la razón. Estoy tan, tan contenta… —me besó Amelia.

—Hemos pensado una cosa, no sabemos cómo la verás. Nos gustaría casarnos en el rancho. Eso sí, tú de la comida no te vas a encargar porque eres la madrina y ya bastante haces en el día a día.

—Está bien, no estoy para tantos trotes. Pero sí me encargaré de la tarta nupcial, eso no es negociable.

—¡¡Y yo la ayudaré!! —chilló la peque.

No podían estar más contentas. Fueron las cómplices de Ethan a la hora de hacerme la petición más emocionante de mi vida. Una petición que abría una nueva etapa como fue la preparación de nuestra boda.

Capítulo 64



Unos días antes de mi cumpleaños, y por tanto de nuestra boda, todos fueron llegando al rancho. Me refiero a mis padres y a Maddie con Lisa y Lucas.

Por supuesto que mi amiga ya estaba saliendo en serio con Lucas, a quien le echó el lazo desde la primera noche que se vieron a solas y que coincidió con esa en la que Ethan vino a buscarme a casa de mis padres.

Desde entonces, la vida nos había cambiado a las dos, qué duda cabía de eso, y cuando nos vimos allí, nos abrazamos como locas.

—Menudo rancho, brujita, cómo te lo has montado—silbó.

—Tú tampoco te lo has montado mal—abracé a Lucas y me comí a besos a la peque.

—Y hablando de montar, ¿habrá rodeo para la despedida de solteros? No sé si estoy de acuerdo en que sea conjunta, traía otra idea en la cabeza.

—Por eso, y como me da miedo, va a ser conjunta.

—Ok, pero apoteósica, porque me pienso encargar yo, ¿quiénes estarán?

Le di la lista de la gente que acudiría, que incluía a muchos amigos de Ethan que ya también lo eran míos, y añadí a Liz. Sí, aún no habíamos ido a visitarla a Berlín, pero ella acudiría a nuestra boda porque me lo prometió cuando se lo pedí. Y también estaría en la despedida.

—Bueno, bueno, a esa mujer no la veo en lo alto de un toro, pero ya veremos.

—¿Que no? Dale una copita y se subirá la primera.

Ciertamente, y como corrió de su cuenta, la despedida de solteros fue realmente memorable. No pudimos bailar, cantar ni beber más. Con deciros que, efectivamente, hasta Liz terminó borracha como un piojo y diciendo que el toro mecánico que colocamos era el hombre de su vida, y que los cuernos se los había puesto ella.

En fin, que fue un despiporre, que desfasamos bastante y que suerte que no fue el día antes de la boda porque entonces la hubiéramos tenido que aplazar, de la que allí se montó.

La algarabía era total en el rancho la noche antes del enlace. Amelia y Kiara se habían pasado la tarde en la cocina ultimando la tarta nupcial. Aún había luz en ella y mientras que Ethan hablaba con los nuestros, mi padre me llevó un momento aparte.

—Hija, quiero que sepas que me siento inamenamente feliz del paso que vas a dar mañana y de que lo hagas con un hombre como Ethan. Él es el hombre que tu madre y yo siempre quisimos para ti, alguien que te ama, te respeta, te cuida y te valora.

—Ya lo sé, papá, me vas a hacer llorar, ¿y si mejor nos echamos unas canastas?

—¿Igual que en "El padre de la novia"? Nos encantaba ver juntos esa peli.

—Sí. Ahora solo falta que me digas que me vas a regalar una cafetera exprés que hace un café muy cremoso y que yo te responda que no hay nada que me chifle más—le guiñé el ojo.

—¿Es que te apetece uno? ¿Le pregunto a Amelia si lo puedo preparar?

—Papá, Amelia ya no muerde cuando se entra en la cocina—le sonreí—. Y no, que tengo el estómago un poco revuelto—suspiré.

Al poco nos fuimos a la cama a dormir. Ethan me abrazaba y mis suspiros volvieron. Él quizás no lo captó, aunque yo sabía a qué obedecían.

Por la mañana, me habló. Me había levantado antes que él y ya estaba extrañado.

—Cariño, que es el día de nuestra boda y llevas un rato en el cuarto de baño, ¿te encuentras bien? —me preguntó.

—Perfectamente, solo son los nervios—le contesté.

No le mentí y, si lo hice, se trató de una mentirijilla piadosa. En realidad, lo que me tenía así de nerviosa era la prueba de embarazo que me acababa de hacer.

Desde el día de la despedida, se me había quedado el estómago revuelto. Y por mucho que nos hubiésemos emborrachado, no hay resaca que dure tanto. Al menos no una a la que se pueda sobrevivir.

Eso, unido al hecho de que me di cuenta de que tenía una falta, me hizo sospechar que fuésemos a llegar a nuestra boda siendo cuatro en vez de tres. Y el ansia me pudo.

Ethan se calló y se apartó de la puerta. No me comentó nada más y, al hacerse un total silencio, creí que habría salido del dormitorio. La cabeza me daba vueltas y era porque tenía un alboroto mental de aúpa y eso que aún no sabía que también mis hormonas estaban subidas en

una montaña rusa.

Lo comprobé enseguida, eso sí, porque miré el resultado de la prueba y de nuevo me fui hacia las instrucciones. Y eso que no había que ser ingeniera para entenderlas.

—¡¡La madre que me parió!! —solté en el justo momento en el que constaté que madre iba a ser también.

Sin más, y con la prueba en la mano, abrí la puerta del cuarto de baño y me topé con Ethan, que seguía allí, aunque mudo. La prueba cayó al suelo y fue él quien se agachó.

—¿Los nervios eran por esto? —me preguntó con voz temblorosa después de que el rostro se le transformase por la emoción que sintió.

—¿Te parece motivo suficiente?

—¡¡Me parece el mejor motivo del mundo!! ¡¡Vamos a ser padres!! —chilló.

No estaba previsto que lo anunciásemos así. De hecho, no había nada previsto porque el embarazo nos pilló totalmente por sorpresa, pero el destino quiso que Kiara avanzase en ese justo momento por el pasillo para venir a buscarnos y la cara se le iluminó también, tocando con los nudillos.

—¿He oído que vamos a ser padres? —nos preguntó con la voz entrecortada por la emoción.

—Bueno, tú vas a ser hermana, hermana mayor, mi amor—le comenté.

—¿Y a qué esperas para abrirme la puerta, mamá?

Fue de lo más tierno, porque nada más hacerlo se agarró a mi cintura. Luego, bajó la cabeza y besó mi vientre, que estaba metido dentro de una batita corta de raso que llevaba puesta.

—Por fin has llegado, hermanito, te has hecho un poco de rogar, pero te perdono—murmuró.

—¿Se ha hecho de rogar? ¡¡Si tu padre y yo nos conocimos en Navidades!!

—Pues eso, que han sido un montón de meses de larga espera, pero que os perdono también a vosotros.

—Gracias, hija.

—De nada, papá. Te has portado como un campeón, un poco lentorro, pero como un campeón —le dio un golpecito en el hombro.

—¿Has escuchado a tu hija? —me preguntó.

—¿Ahora es mi hija?

—Sí, sí. Cuando se comporta así es solo tuya. ¿Qué hacemos con ella?

—Pues a mí se me ocurre que podríamos hacerle un buen puñado de cosquillas…

—¡¡No!! —chilló.

Resultó que la puerta la habíamos dejado abierta y no tardó en acudir Maddie, que corría detrás de Lisa, quien estaba para comérsela de salada. Tras ellas apareció Lucas, quien tenía santa paciencia con ambas.

—¿Qué está pasando aquí? —nos preguntó ella.

—¡¡Que vas a ser tía!! —le chilló Kiara.

—¡¡Jura!!

—Que sí, que sí, que mi madre está embarazada.

La muy loquilla de mi amiga se puso a dar saltos como si tuviese un muelle en los pies. Kiara se zafó de las cosquillas y la imitó. Y para que no faltase de nada, también lo hizo la pequeña Lisa.

—Yo lo que os juro es que como me dé mi primer mareo viendo tanto salto, os corro a palos.

—¿Por qué estás a punto de repartir palos, hija? —me preguntó mi madre, que venía con mi padre.

—Cielo santo, ¿alguien más? Menos mal que el rancho costó una pasta gansa o se hunde el suelo—resoplé.

—Con lo que vas a pesar de aquí a nada, seguro que sí, mamá—se burló Kiara.

—Bromitas las menos, que llevas desde el principio pidiendo un hermanito y encima voy a servir de cachondeo, hija.

—¿Qué dice la niña? ¿Nos haces abuelos, Julia?

—Abuelos biológicos, que os recuerdo que postizos ya lo sois y muy bien que me venís para quedaros con Lisa—apuntó Maddie.

—¿Quién va a ser abuelo? —preguntó en ese instante Amelia que venía nada más y nada menos que con Liz.

—Tú y yo lo vamos a ser, consuegra—la abrazó mi madre—. Y tú también por extensión, Liz, que te portaste con Julia como una madre.

—¡¡Menudo lío de familia que hay aquí!! —resopló Kiara.

—Pues todo lo has formado tú—apuntó su padre—, que has dado la noticia antes de tiempo.

—¿Yo? Si quien lo ha chillado que casi retumba el rancho entero has sido tú, papá.

—En eso tiene razón nuestra niña, lo has chillado como un condenado. Aquí la única que estaba muda era yo.

—Pero muda, qué calladito te lo tenías—me comentó Maddie—. Qué alegría, de aquí a nada nos reunimos de nuevo para un bautizo.

—Oye, que todavía no nos hemos casado y ya estás pensando en la siguiente fiesta, amiga.

—Yo me apunto hasta a una ronda de aspirinas, imagínate a una fiesta. Deseando estoy. Vamos a perrear, Kiara.

—¿Tiene que ser a perrrear, Maddie? —le preguntó Ethan.

—Por supuesto, que es el baile con más salero. Mira cómo lo baila Lisa también.

Para verlas a las tres, a ella y a las dos niñas, aunque lo de la pequeña también era un espectáculo, todavía con los pañales y perreando como si no hubiera un mañana.

—¡¡No, no!! ¡¡Esto no quiero verlo!! —se tapó Ethan los ojos cuando mi madre, la suya y Liz se unieron a las tres.

—Pues yo no voy a ser menos—me levanté de la cama y comencé a mover el culo a tope.

Desayunamos todos juntos y después comenzarían las preparaciones. Ethan me miraba y yo le devolvía la más enamorada de las miradas. La noticia bomba había llegado el día más inesperado, pero también el más especial.

Me preparé para convertirme en su esposa en compañía de todas las mujeres de mi vida. Un momento muy emotivo fue ese en el que mi madre y Amelia comenzaron a llorar al verme de blanco y ambas se abrazaron.

—Las jodidas estas, verás lo que van a hacer también con mi maquillaje—comentó Maddie mientras se limpiaba los ojos—. Y toma, que estás deslumbrante y no puedo ni mirarte, fogonazos me das en los ojos, no te olvides de mi ramo de novia.

—¿Cómo que de tu ramo?

—Pues claro, te lo presto un rato. Pero en cuanto te hayas casado me lo devuelves, que tengo que hacer que Lucas me lo pida hoy también.

—Serás cafre, si te lo terminará pidiendo de todas las maneras.

—Claro, pero lo quiero para ayer. Y, a poder ser, antes de que le cuente que voy a ser la madre de su hijo. Quiero que me lo pida antes de que se entere.

—¿Qué me dices? ¿Estás embarazada también?

—Claro, no quiero joderte la exclusiva, pero me enteré ayer…

—Madre mía. Y yo sin saberlo, las dos al mismo tiempo, ¡¡qué locura!!

—La locura fue el alcohol que nos pimplamos en la despedida, pero que conste que no teníamos ni idea.

—Claro que no, bonita.

—Menos mal que no era de garrafón.

—O sea que tú disimulando con lo del bautizo, y va a ser doble.

—Disimulo muy bien cuando me interesa. Lo sabes. Mira, por ahí viene tu padre. Voy a por una sábana.

—¿Por una sábana para qué?

—Porque a ese no le servirá con un pañuelo, anda que no es llorón. Venga, tira—me empujó hacia él.

—Hija, estás impresionante. Me recuerdas tanto a tu madre el día que nos casamos…

—Buster, pero que mi vestido no era tan sexy, entonces éramos mucho más recatadas.

—Algunas—añadió Liz.

Los jardines del rancho ya estaban preciosos para la ocasión. Ethan logró la nulidad del matrimonio de Lara. Le bastó con pedírsela para que la otra se la concediera, porque no sabía dónde meterse después de lo que hizo. Así que nos casábamos por la iglesia.

—*Mamma mía*—pronunció cuando me vio, con ese acento italiano que tanto me ponía y que imitaba para mí en ciertos momentos.

—Hijo, viene preciosa, pero no te pongas bizco, con lo guapísimo que eres—le pidió Amelia, que cada vez sacaba más su sentido del humor.

No nos soltamos las manos durante toda la ceremonia en la que Kiara y Lisa portaron los anillos. Hasta el momento de dárnoslos, cuando la chiquitina se negaba a soltar el cojín en el que

estaban engarzados, argumentando que era suyo.

—Ya está, no seas agonías—se lo quitó su madre y se echó a llorar, protagonizando la escena más tierna.

—De aquí a nada estás igual—murmuró él.

—¿Igual de bruta? No lo quiera Dios—le vacilé.

—No, igual de madraza con un bebé en los brazos, aunque madraza ya eres—me besó en la mejilla antes de que nos declarasen oficialmente marido y mujer, y entonces lo hiciera con pasión en los labios.

Nada más terminar la ceremonia todos nos felicitaron y nos hicimos cantidad de fotos, unas más románticas y otras más divertidas, como esa en la que Maddie se lleva de un tirón mi ramo de novia ante las carcajadas de todos.

Ese día triunfó el amor en todos los sentidos: el de pareja entre Ethan y yo, y también el que sentíamos entre todos los demás.

Uno de los momentos más especiales, que aún hoy me pone los vellos de punta, fue cuando Kiara nos dedicó el mítico “You give good love” de Whitney Houston, una de mis canciones preferidas y que nuestra hija entonó como los ángeles antes de contarles a todos a través del micrófono que nos la dedicaba a sus padres y a su hermanito, a ese que estaba por venir y que amaba con todo su corazón, ¡¡aunque hubiese tardado en llegar!!

Epílogo



5 años después…

Ese día me licenciaba como psicóloga ante la orgullosa mirada de mi marido, de mi hija Kiara, de mi hija Mia, de Amelia y de mis padres.

Me sentía increíblemente realizada después de haber cursado la carrera que tanto me gustó, y eso que no descuidé en ningún momento a mi familia, claro que Ethan era un padrazo y que Amelia nos ayudaba con las crías lo que no estaba escrito. No lo habría logrado sin ella.

Nuestra vida en aquellos años no podía calificarse de otro modo que no fuese inmensamente feliz. Las niñas crecían sanas y alegres. Kiara ya era una adolescente que también cuidaba mucho de su adorada hermanita, que era una niña buenísima y a quien le impusimos el nombre de mi madre por lo mucho que la hice padecer en su vida años atrás.

Por suerte, su corazón no volvió a darle ningún susto, lo mismo que la salud mental de Amelia, que también estaba bajo control por completo.

Nos sentíamos absolutamente plenos. Kiara ya era la campeona de su equipo de patinaje sobre hielo y apuntaba maneras de profesional. Había muchas cosas que tenía pensadas hacer, a nivel de estudios y demás porque seguía siendo un portento, pero de sus patines no la bajaba nadie.

La sorpresa me la dio Maddie al aparecer en el acto justo cuando me iban a imponer la beca, con mi birrete en la cabeza. No la esperaba y llegaron a última hora en avión Lucas y ella con los niños, Lisa, Alexander y Julia, pues resultó que su embarazo fue de mellizos y que a la niña la llamó como yo, algo que me hizo muchísima ilusión.

Tocaba celebrar y lo hicimos con una comilona en el rancho, una vez más, pues allí habíamos celebrado también años atrás el bautizo conjunto de los tres peques tras darse la increíble coincidencia de que mi amiga y yo diéramos a luz el mismo día. Para entonces, Lucas y ella ya se habían casado igualmente después de que él se lo pidiese en nuestra boda. Pobre de Lucas si no lo hubiese hecho…

Se podía decir que Ethan creó para mí un mundo en el que, junto a los nuestros, sentía que vivía en una perpetua luna de miel. Por cierto, que con respecto a eso no os he contado que la

nuestra duró el resto del verano tras la boda. Nos llevamos a Kiara y a Mia en mi vientre, pues siempre le decíamos que estuvo presente también, y recorrimos muchas de las islas más exóticas del mundo en la que fue la más fantástica de las lunas de miel.

Todos nuestros sueños se habían cumplido. Con Ethan no era difícil porque sabía muy bien cómo hacerlos realidad y cómo provocar incluso que siempre la realidad superase mis expectativas.

A aquel CEO, un hombre de negocios poderoso que fue a más, lo consideraría siempre un regalo sexy de Navidad por parte de Santa Claus, lo mismo que él decía de mí, porque era un copión.

Por eso, las Navidades siempre serán para nosotros la mejor época del año y no solo por la magia que desprenden de por sí, sino porque en ellas nos enamoramos y tuvimos claro, en pocos días, que lo nuestro era para siempre.

El destino, después, movió los hilos para ponernos a prueba, la cual superamos y con nota. Salimos mucho más reforzados y con la promesa por parte de Ethan de que no habría más secretos entre nosotros.

La cumplió, estaba segura de que así sería y no me equivoqué. La mía por Ethan era una apuesta segura, una apuesta que me cambió la vida, dándole un maravilloso giro de ciento ochenta grados.

Los miraba a todos en la mesa y sentía que no me faltaba nada… Bueno, me faltaba Liz, que también formaba parte de nuestra historia. La anciana había fallecido un año antes, aunque la visitamos varias veces en Berlín, a falta de una. Y siempre viviría en nuestros corazones porque no muere aquel que es recordado.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel